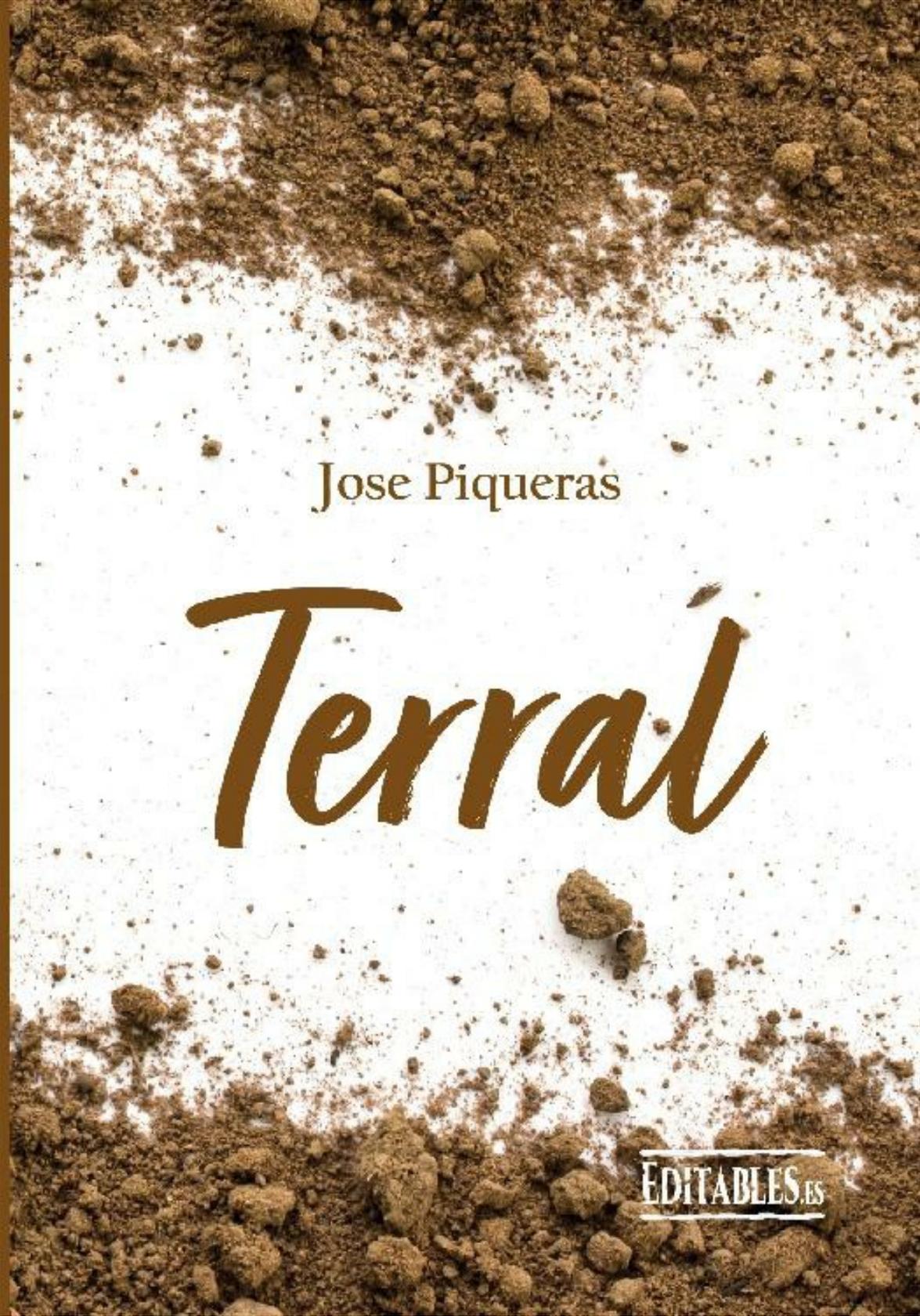


Jose Piqueras

Terrai

EDITABLES.es



Jose Piqueras

Terral

EDITABLES.ES

Primera edición: enero 2019

© José Antonio Piqueras Román, 2018

© Editables SL

C/ Sant Xavier, 35-41, Esc. C, 1º 1ª

43700 El Vendrell (Tarragona)

Tel. 977 279 604

www.editables.es

info@editables.es

ISBN: 978-84-17018-45-0

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

«Y una vez que la tormenta termine, no recordarás cómo lo lograste, cómo sobreviviste. Ni siquiera estarás seguro de si la tormenta ha terminado realmente. Pero una cosa sí es segura. Cuando salgas de esa tormenta, no serás la misma persona que entró en ella. De eso se trata la tormenta».

Haruki Murakami

A mi madre Isabel, mi primera lectora.
Y también a Irene, por cambiar
mi historia desde aquel atardecer.

Alcor (Almería), 31 de enero de 1937

Teodoro Martínez se daba prisa en cavar. Pronto oscurecería. El paisaje a su alrededor le parecía bellísimo y a la vez desolador. Levantó un momento la vista y con la panorámica de aquel imponente barranco de fondo, se tomó un pequeño respiro para contemplar con los últimos rayos del día las parcelas cubiertas de parrales, almendros y castaños que lo bordeaban. Era un atardecer rosado y fresco y, al otro lado, ya podía ver las primeras luces que se encendían en el cercano pueblo de Laujar de Andarax.

Se secó con el dorso de la mano el sudor de la frente y volvió al trabajo. Le quedaba poco para llegar al medio metro de profundidad que se había propuesto. Cuando hubo terminado, prácticamente ya a oscuras, sostuvo la caja en el aire y, tras asegurar el cierre metálico, la depositó con cuidado en el fondo. Volvió a coger la pala y a echar encima la tierra que había extraído unos minutos antes. Estaba seguro de que, a menos que él mismo indicara el punto exacto, nadie más podría encontrarla. Solo ella conocía ese lugar.

Cuando quedó satisfecho con el resultado, se echó de nuevo la pala al hombro y emprendió el camino de vuelta a casa.

Parte 1

Polvo en suspensión

Calima: fenómeno meteorológico consistente en la presencia en la atmósfera de partículas muy pequeñas de polvo, cenizas, arcilla o arena en suspensión cuya densidad dificulta la visibilidad.

Introducción

Enrique apagó la luz de la sala y acto seguido pulsó el botón de *Play*. Subió el volumen a la par que la imagen de Al Pacino aparecía en la pantalla. Era la escena predilecta de una de sus películas favoritas, «Un domingo cualquiera». El célebre actor neoyorquino, que interpretaba al entrenador D'Amato en la cinta, arrancó el discurso en el vestuario ante el fornido grupo de jugadores:

«No sé qué decir en realidad... Tres minutos para la mayor batalla de vuestras vidas profesionales [...] o nos curamos como equipo o nos desmoronamos... Jugada a jugada, pulgada a pulgada... porque sabemos que si sumamos esas pulgadas... Si sumamos cada una de ellas... ¡Eso es lo que va a marcar la puta diferencia entre ganar o perder! ¡Entre vivir o morir!.

»Tenéis que mirar al que tenéis a vuestro lado, mirarlo a los ojos... Os aseguro que vais a ver a un tío que se sacrificará por este equipo... porque sabe que, cuando llegue la hora, ¡vosotros haréis lo mismo! O nos curamos ahora como equipo o moriremos como individuos ¡Eso es el fútbol, chicos! Eso es el fútbol...

»Y ahora, ¿qué vais a hacer?».

Capítulo 1

Alcor (Almería), 30 de octubre de 2012

Alejandro Martínez echó a correr como alma que lleva el diablo. Estaba seguro de que lo había visto. Era él en persona. En ese preciso instante, tuvo la certeza de que había vuelto para vengarse.

Giró hacia el sendero que se abría a mano izquierda, corriendo a toda velocidad sobre la gravilla. Unas golondrinas revoloteaban alegremente sobre su cabeza, como si quisieran animarle a hacer un último esfuerzo en su improvisada huida. Miraba continuamente hacia atrás, presa del pánico. Pero no había nadie que le siguiera. El sendero estaba completamente vacío, salvo algunos olivos y otros árboles que no lograba identificar esparcidos a cada costado. Volver la mirada y contemplar esa perfecta estampa otoñal lo ponía más nervioso aún y, con cada ojeada, apresuraba más su carrera, llevando al límite sus posibilidades físicas.

Maldijo haberle dicho a Rodolfo que lo esperara en el coche. Su chófer siempre iba armado y eso, al menos, lo habría tranquilizado. Aunque no sabía si el revólver que solía llevar en la guantera podría servir de algo contra aquello. En teoría, era imposible, pero estaba convencido de que la persona que había visto, casualmente en el mismo lugar en el que había desenterrado meses atrás aquella misteriosa caja, era nada más y nada menos que su bisabuelo, Teodoro Martínez. En ese primer momento, el otro también pareció sorprendido, pero inmediatamente después, sus facciones cambiaron y Alejandro supo que estaba decidido a hacer lo que fuese necesario. Tenía la misma mirada que había visto tantas veces en decenas de fotos en blanco y negro. Ese rostro juvenil y esa expresión arrogante e implacable que él mismo consideraba que, en cierta medida, había heredado. Esa forma escalofriante de mirarle y que ahora únicamente le impulsaba a correr más rápido.

Le faltaban poco menos de cincuenta metros para alcanzar la calzada principal. El follaje de los árboles se hacía más claro a medida que se acercaba. A pesar del miedo y la importante cantidad de adrenalina que corría por sus venas, sin saberse fuera de peligro aún, ya había maquinado un plan antes de llegar al punto de encuentro con su chófer. Saldrían inmediatamente para Madrid. Y, por supuesto, tendría que encargarse un nuevo trabajo a sus chicos de Acinsa. Para eso les pagaba. Ellos tendrían que solucionarlo, de un

modo u otro. Extenuado, echó un último vistazo atrás. Nadie. ¿Lo habría soñado? ¿Habría aparecido solo en su imaginación la joven imagen de su bisabuelo? Él mismo habría jurado y perjurado que hasta la chaqueta que llevaba era la misma que había visto tantas veces en las fotografías.

Al fin pudo divisar el BMW negro. Rodolfo tenía bien aprendido que el coche debía estar siempre en posición de salida inmediata allá donde se encontraran. Alejandro no le permitía maniobras con las prisas. Cuando deseaba marcharse de un sitio, habitualmente quería hacerlo de inmediato. Y esa era una situación en la que la regla le venía que ni pintada.

–¡Rodolfo, arranca! –gritó a lo lejos, resoplando y sin apenas aliento.

El coche permaneció parado y no se divisaba al chófer en ninguno de los asientos delanteros. Alejandro ya imaginaba la escena. De nuevo estaría durmiendo en los asientos traseros, aprovechando la discreción que los cristales tintados otorgaban. Esta vez no podría dejarlo correr y tendría que castigar seriamente a Rodolfo. No podía permitirle más negligencias, menos ahora, con tanto en juego.

–¡Rodolfo, sal de ahí y arranca el puto coche! –vociferó ya a escasos metros del vehículo.

No hubo respuesta y, segundos después, se encontró golpeando la ventanilla trasera para, seguidamente, abrir bruscamente la puerta.

Lo que no imaginaba era precisamente aquello. No había nada ni nadie, salvo la chaqueta de su chófer, cuidadosamente doblada para su asombro. Rodeó el vehículo y se dirigió a la puerta del conductor, decidido a arrancar el coche y salir de allí de inmediato. Rodolfo, si es que no lo habían cogido ya, tendría que buscarse la vida para volver. Y si lo conseguía, tampoco le iba a gustar el severo correctivo que le estaría esperando en Madrid.

Abrió la puerta delantera. Las llaves no estaban puestas en el bombín. Rebuscó en los asientos. Nada. Miró en la guantera, desesperado, echando un vistazo de vez en cuando al camino, temeroso de lo que pudiera aparecer tras el recodo. Al menos ahora tendría el revólver como elemento disuasorio. Y si tenía que disparar... lo haría. Pero, para su decepción, pudo comprobar que el arma tampoco estaba en su lugar habitual. Y sin embargo, había encontrado el coche abierto... ¿Se lo habría llevado alguien? A pesar de sus múltiples fallos, Rodolfo no solía cometer ese tipo de imprudencias. Una tenebrosa idea tomó repentinamente forma en su cabeza y, con ella, un ligero estremecimiento comenzó a subirle desde el estómago hasta la garganta.

Miró de nuevo hacia el sendero, esperando la irrupción de una sombra que

no terminaba de surgir. Pronto los escalofríos comenzaron a recorrer todo su cuerpo. Estaba atrapado en un camino secundario sin apenas circulación. De pronto, era incapaz de controlarse y temblaba cada vez más. Intentó pensar en todo lo que le habían enseñado durante años en los seminarios de prevención a los que había asistido: cómo mantener la calma, templar los nervios, actuar con frialdad... Pero en una situación así, le era imposible recordar nada. Estaba siendo víctima de un fuerte ataque de ansiedad que su enfermedad no haría sino agravar.

No tardó en caer desde el asiento del coche al suelo hecho un ovillo y comenzar a moverse hacia adelante y atrás impulsivamente, con las manos colocadas tras la nuca. Perdió la noción de la realidad y entró en un oscuro bucle. Era la primera vez que le volvía a suceder desde aquella fatídica mañana, hacía ya casi quince años, coincidiendo con el día en que su padre dejó este mundo. El mismísimo Alejandro Martínez estaba siendo presa del pánico por un solo hombre, pero claro, no era un hombre cualquiera. Se trataba de su propio bisabuelo, compartían la misma sangre. Y solo eso ya era más que suficiente.

–Jefe, ya estoy aquí –le pareció escuchar en la lejanía.

La extraña visión de su chófer le devolvió de forma difusa a la realidad. Escuchaba su voz, pero únicamente como un impreciso ruido de fondo. No controlaba sus movimientos, solo se dejaba llevar por el que también era, a pesar de todo, su amigo. Quizá el único.

–Tranquilo, ya estoy aquí. Me ha dado el apretón y... no he podido aguantar. ¡Qué oportuno, joder! –maldecía Rodolfo mientras tiraba de Alejandro y lo arrastraba hasta el asiento del copiloto–. Ahí está el cinturón. Voy a abrocharte muy fuerte, ¿entendido?

Rodolfo apretó todo lo que pudo el cinturón de seguridad. Alejandro seguía con la mirada perdida en el infinito y su compañero comenzó a preocuparse más de la cuenta al comprobar que no reaccionaba con su presencia, descubriendo que en esta ocasión no se trataba de algo relativamente leve, tal y como había creído en un principio.

–¿Qué ha sucedido? ¡Dime algo! ¡Lo que sea! –imploró.

Alejandro seguía meciéndose en su asiento alternativamente hacía adelante y atrás. Rodolfo tenía miedo de que los fuertes tirones que daba su jefe terminaran por romper el cinturón o, peor aún, que se lesionara. Era evidente que su jefe estaba siendo presa de un ataque que iba a ir a peor; así que abrió el compartimento situado encima del volante, extrayendo un pequeño

estuche.

–Ten, trágate esto.

Le metió con poquísimo tacto en la boca una diminuta pastilla y le acercó el botellín de agua que guardaba bajo el reposabrazos para ayudarle a hacerlo pasar por su esófago.

–¡Trágatelo ya! –chilló–. Eso es. Bebe agua –le dijo mientras le ayudaba con el botellín.

De forma asombrosa, Alejandro obedeció sin reparos. Expectante, Rodolfo comprobó veinte segundos después que los movimientos de su acompañante iban reduciendo su intensidad.

–¿A dónde te llevo? Salgamos de aquí cuanto antes. ¡Solo necesito una palabra! –rogó de nuevo el chófer, conmocionado por la escena que le había tocado presenciar.

–Madrid –contestó Alejandro con un hilo de voz.

Rodolfo no necesitó saber más, puso el contacto y, dos segundos después, arrancó el vehículo. El flamante BMW salió a toda velocidad, levantando una gran nube de polvo a su alrededor.

Alejandro, a pesar de su estado de semiinconsciencia, se sintió tentado de mirar atrás una última vez. Estaba seguro de que aún lo perseguía. Alzó ligeramente la cabeza y... lo volvió a ver. La silueta de su bisabuelo estaba allí. Bien plantado y con la pala apoyada en el hombro, miraba fijamente cómo se alejaba el vehículo. Le pareció que en la lejanía, a pesar de la polvareda, sus miradas se cruzaban fugazmente una vez más.

Volvió la vista al frente y, acto seguido, se desmayó.

Capítulo 2

Distrito de Tetuán, Madrid. 23 de noviembre de 2012

Enrique Narváez salió extasiado del bufete. El curso motivacional de bienvenida había sido un éxito. En especial, el cierre que había preparado, con el célebre vídeo de la película «Un domingo cualquiera», cuyo momento culminante era el discurso previo al partido de la final. A pesar del intenso día de trabajo, esa noche se sentía especialmente animado y decidió dar un pequeño rodeo de camino a casa. Andaba despacio, sin ruta predefinida, deambulando por las callejuelas perpendiculares al Paseo de la Castellana hasta que se vino a topar de bruces con la calle Infanta Mercedes. Era una suave noche de otoño y un revitalizador aire fresco corría a su antojo por las calles de Madrid, aún ajetreadas a esa hora. Le gustaba la sensación de choque del viento frío en sus mejillas. Eso y el olor a tierra mojada eran sus principales debilidades atmosféricas. Por ello, a pesar de la importante cita que tenía a la mañana siguiente, optó por seguir un rato más vagabundeando y disfrutando del ambiente nocturno de la capital.

Poco después, sin apenas darse cuenta, llegó a la altura de la calle Bravo Murillo. Pensaba que los últimos meses habían sido especialmente duros. Anímicamente, su ruptura con Ariana le había pasado factura y solo el trabajo le reportaba alguna satisfacción ocasional, tal y como había sucedido ese mismo día. Al fin, su ascenso, o más bien, «aumento de estatus», como él prefería llamarlo, estaba a punto de hacerse realidad. Los dos socios fundadores del bufete le habían prometido que si conseguía un buen resultado en el caso en el que había estado trabajando los últimos meses, tendría una pequeña participación como socio. Y prácticamente lo tenía hecho. A fin de cuentas, y a diferencia de su situación personal, en el plano laboral todo se había resuelto de una manera mucho más fácil de lo que inicialmente esperaba.

El brusco frenazo de un coche ante un imprudente peatón que cruzó de forma temeraria un semáforo en rojo le devolvió a la realidad. Se descubrió leyendo un letrero que decía «Colchones. 50% de descuento. Todo primeras marcas». Algo desorientado, reanudó la marcha y, con ella, el hilo de sus pensamientos. En esencia, lo que se traía entre manos no era más que otro de esos casos estrictamente burocráticos. Además, todo había derivado finalmente en una negociación y, a la postre, en un acuerdo, por lo que el

juicio iba a evitarse. Enrique, en cierto modo, lo lamentó, pues consideraba que con cada vista ante el juez aprendía mucho más que en un mes entero de despacho. En cualquier caso, la disputa entre las partes no daba para mucho más, dado que desde el inicio él no la había considerado más que un nuevo episodio sobre la eterna lucha que ha movido la historia de la humanidad a lo largo de los siglos: la disputa por la propiedad de unos terrenos. La intriga, en esta ocasión, la ponían los protagonistas. Y, en su caso particular, también el lugar, dado que se trataba de unas parcelas que estaban en el término municipal de su pueblo natal: Alcor.

Su cliente, Alejandro Martínez, era un emergente empresario que había hecho fortuna rápidamente invirtiendo en empresas de base tecnológica. Era el hombre de moda en todas las revistas de emprendedores. Y también en las del corazón, dado el interés que su vida sentimental generaba para la prensa rosa. Al otro lado del conflicto, Santiago Vázquez, un pequeño y honrado agricultor, un hombre de campo de toda la vida. El problema entre ambos surgió cuando el multimillonario empresario denunció que la mayor parte de los terrenos que el segundo cultivaba desde hacía años pertenecían a su bisabuelo y, en última instancia, a él mismo, único y legítimo heredero vivo.

A pesar de todo, Enrique había tenido algunos problemas para llevar el caso a buen puerto. El escollo principal lo ponía el propio Alejandro, que se inmiscuía con gran ahínco en asuntos nimios, obstaculizando muchas veces su propio trabajo como letrado. Esa noche, a pocas horas de la firma del acuerdo, pensaba precisamente en eso, en el extraño comportamiento de su excéntrico cliente. Ante las ocasiones en las que por este aspecto había hecho llegar alguna tímida protesta a Antonio, uno de los dos socios mayoritarios del bufete, éste le había respondido siempre de la misma y tajante forma, alegando que «cliente que paga es cliente que manda». Con todo, pocos meses atrás, durante uno de sus primeros encuentros, no pudo evitar hacerle al importante empresario un comentario al respecto. Se veían por primera vez tras varios contactos vía telefónica en las oficinas de Montolivo Abogados, el bufete en el que trabajaba. Aún tenía ese primer momento grabado a fuego en su cabeza. La luz primaveral penetraba caprichosamente entre las cortinas blancas de la ventana de la sala de reuniones y un tímido rayo de sol se posaba de forma caprichosa sobre la mejilla izquierda de Alejandro Martínez. El gran empresario, que había hecho fortuna invirtiendo en el momento exacto en las *start-ups* oportunas, no pasaba de los cuarenta años, pero su presencia, su mirada decidida y su eterno toque arrogante generaban cierta

intimidación. Aquella mañana de mayo, los dos a solas, mientras revisaba la última documentación que el propio Alejandro había llevado consigo al bufete, se decidió a hacerle la pregunta. Dejó los documentos sobre el escritorio, dio un sorbo a su taza de café para ganar tiempo y fijó su mirada en el reflejo de la luz sobre el rostro de su cliente.

–Señor Martínez... –comenzó vacilante–. Con el debido respeto, ¿por qué tanta insistencia en recuperar esta parcela de terreno precisamente ahora? ¿Tiene algún plan especial o es un hecho puramente emotivo dada la relación con ella de sus antepasados? Tenga en cuenta que hace unos meses ya consiguió la parcela principal de Francisco Carmona. Esta pequeña extensión de Santiago Vázquez y la otra por la que aún no se ha decidido a denunciar no suponen apenas nada para usted. Para esos agricultores, en cambio, esa tierra es casi toda su vida. ¿Está seguro de que no prefiere volver a estudiar un acuerdo amistoso?

Jamás solía ser tan franco y se arrepintió en el preciso instante en que terminó de pronunciar esas palabras. La persona que tenía enfrente no era precisamente un cliente cualquiera. Además, cuando se lo propusieron, él ni siquiera quería llevar ese caso, dado que, por la otra parte, tenía a conocidos y podría decirse que hasta amigos de su familia. Alejandro Martínez se le quedó mirando fijamente y en silencio, hasta que su expresión se suavizó y amablemente contestó, enigmático y con un tono casi paternal:

–Señor Narváez, no podemos saber hacia dónde vamos si no sabemos de dónde venimos.

Enrique, a pesar de la casi mística respuesta, pudo vislumbrar a qué podía referirse su cliente. Poco más de un año atrás, sus jefes habían ganado el litigio clave que a la postre desencadenaría el resto de disputas en las que se encontraba inmerso el empresario en la actualidad: había quedado demostrado que Alejandro Martínez era descendiente directo de Teodoro Martínez, propietario original de pleno derecho de los terrenos que con tanta insistencia ahora reclamaba. Se trataba de tres parcelas y, una de ellas, la más grande, ya estaba en poder del multimillonario, tras un acuerdo muy ventajoso conseguido por Montolivo Abogados. Fue Mónica, la otra socia fundadora, la que insistió y convenció a su socio y también marido, Antonio, para que Enrique Narváez se hiciera cargo del segundo caso. Y en esas había estado durante los últimos meses hasta que, finalmente, demandante y demandado acordaron que lo más sensato era una compraventa pactada, tal y como había sucedido con la primera parcela.

Por ello, con todo encarrilado ya de cara a la firma, sus jefes le habían encargado que durante esa semana se dedicara a formar a los tres nuevos becarios de la oficina. Había preparado el curso a conciencia, pues él mismo recordaba a menudo lo perdido que estuvo durante sus primeros días. Con gran esmero, había puesto el punto final esa misma tarde, mostrando a sus nuevos compañeros la famosa película protagonizada por Al Pacino... ¡Equipo, equipo, equipo! Eso era lo que intentaba inculcar Enrique a los jóvenes, aunque él en secreto prefiriera mil veces el trabajo en solitario. La idea había sido de Antonio, que se empeñaba en predicar lo mismo día tras día.

–Tienes todo el material que necesites a tu disposición, pero sabes lo que queremos. –Hizo una pausa como para dar énfasis a lo que iba a decir a continuación–. Motiva a los chavales, enséñales el bufete y, ya sabes, aquí trabajamos en equipo. Es el principal mensaje con el que quiero que se queden, ¿entendido?

Enrique se limitó a asentir sin más. Antonio era un obseso de la palabra «equipo». Hacía meses que su jefe estaba llevando más allá del límite todo lo aprendido el año anterior en un curso *online* sobre equipos de alto rendimiento basados en la comunicación. A su juicio, una cosa era trabajar en equipo y otra muy distinta era lo que proponía su superior, que prácticamente quería que se avisaran unos a otros cada vez que alguien tenía que ir al baño. Aunque también era cierto que todas esas medidas y las retahílas periódicas de medio pelo que soltaba de memoria daban mucho juego en el despacho. De hecho, uno de los momentos favoritos en la oficina solía darse al día siguiente de un partido importante de fútbol debido al gusto de su superior por hacer analogías con este deporte cuando daba uno de sus peculiares discursos. Tras volcar toda la emoción de que disponía en las palabras que pronunciaba, Antonio se ajustaba las gafas en un gesto muy característico suyo, se rascaba la calva y concluía dando dos palmaditas al aire y diciendo:

–¡Ahora, a trabajar! Un equipo sin esfuerzo conjunto no es nada. –Y se volvía caminando lentamente a su despacho cerrando la puerta tras de sí.

La semana anterior, mientras preparaba el curso para los becarios, maquetando elaboradas diapositivas del tipo «juntos no sumamos, sino que multiplicamos», se acordó de las repetitivas escenas de su jefe y resolvió cambiar la dinámica del curso probando con otro tipo de materiales. Al final, podría haber puesto solamente el tramo del discurso en lugar de la cinta al completo, pero quería recrearse, impregnarse del espíritu combativo de los

recios jugadores de rugby y, por otro lado, la presentación que había diseñado era infinitamente más aburrida.

Así que, mientras paseaba aquella noche de finales de noviembre, se veía ya con un despacho propio y mucha más responsabilidad. *A priori*, eso era con lo que había soñado toda su vida. En tanto que daba rienda suelta a su imaginación, reparó en que tenía que pasar por un supermercado «24 horas» y comprar un buen vino. A su compañero de piso, Alberto, no había nada que le pusiera de mejor humor que celebrar algo con unas copas de por medio y, además, le había prometido semanas antes que, si todo iba como debía, le invitaría a una buena botella. Había uno no muy lejos de allí; tendría que desandar un poco el camino, pero se dispuso a atajar por una ruta que daba a parar con la calle Orense, la avenida que hacía esquina con el *súper*. El móvil no dejaba de vibrar en su bolsillo izquierdo: echó una ojeada rápida y vio que tenía varios mensajes de Patricia... y otros tantos de Amanda. Había conocido a las dos en la noche madrileña y alternaba las citas con una y otra. Ninguna le entusiasmaba, pero estaba en racha y sabía que tenía que aprovecharla, pues intuía que no duraría demasiado. Además, esas relaciones esporádicas eran la única forma que tenía de dejar de lado el trauma que había supuesto la separación de Ariana. Mientras guardaba de nuevo el teléfono en el bolsillo, se preguntaba cuánto le duraría la racha de éxitos esta vez. Ese tema siempre le llevaba al mismo callejón sin salida: de nuevo pasó fugazmente por su cabeza la idea que le llevaba rondando los últimos meses, ¿qué quería hacer realmente con su vida? A sus treinta y dos años, lo tenía menos claro que nunca. Paradójicamente, con dieciséis o diecisiete alumbraba su futuro con gran precisión: sería un reputado abogado en un bufete de prestigio (al menos hasta que pudiera montar su propio negocio) y, por supuesto, a esas alturas de la vida, estaría felizmente casado, con un hijo y, por qué no, quizá otro en camino. Pero la realidad era que nada de eso se cumplía en la actualidad y, lo que era peor, no tenía indicios de que nada de aquello pudiera materializarse a corto plazo en algo similar a esa visión que había tenido hacía ya quince años. Su situación sentimental era desastrosa y, para más *inri*, hacía tiempo que tenía serias dudas sobre su trabajo... Había estado tan concentrado en cumplir sus objetivos profesionales a corto plazo, en su caso, llegar a lo más alto dentro de la profesión lo más rápidamente posible, que en ningún momento había hecho una pequeña parada en el camino para preguntarse y reflexionar si eso era realmente lo que quería para su vida. Cuánto más se acercaba a la supuesta meta, más dudas le surgían.

Prefirió dejar de nuevo esos pensamientos a un lado y volvió a concentrarse en los modestos planes de celebración para esa noche. ¿Sería mejor para la ocasión escoger un Ribera del Duero o un Rioja? Estaba convencido de que Alberto apenas los distinguiría. Cuando llegó a la puerta del supermercado, algo en la estrecha calle que se abría a mano derecha llamó su atención. Dos hombres de mediana edad, complexión maciza y pintas poco agradables arrastraban a la fuerza a otro más joven hacia un pórtico. Uno de ellos era totalmente calvo y su camiseta blanca de tirantes dejaba a la vista unos brazos repletos de tatuajes hasta la muñeca. El otro llevaba un pañuelo atado a la cabeza y una chaqueta de cuero negra. Cuando llegaron al portal, comenzaron a aporrearle de forma salvaje sin mediar palabra alguna, mientras la víctima se cubría como podía la cara para evitar los golpes. Enrique, aturdido por la escena, no era ni mucho menos partidario de inmiscuirse en ese tipo de saraos, pero no pasó por alto su obligación civil del deber de socorro. No podía dejar a su suerte al agredido, así que, desde la esquina en que se encontraba, marcó con cautela el número de emergencias. Informó rápidamente y en voz baja a la operadora de lo que estaba pasando. Una patrulla de la policía estaría allí en menos de cinco minutos.

A pesar de ello, lo asaltaba la incertidumbre, ya que viendo el ritmo con el que se aplicaban los agresores, albergaba serias dudas de que la policía llegase a tiempo. De hecho, a su parecer, cuando colgó el teléfono, el joven al que golpeaban ya estaba inconsciente. Se acercó un poco más, adentrándose sutilmente en la oscura callejuela y miró instintivamente a los balcones y ventanas en busca de algún apoyo. No había nadie. La gente dormía. O tenía miedo. Algo en su interior le decía que no podía permanecer impasible ante semejante brutalidad y que tenía que actuar de inmediato si quería salvar a ese hombre. Estaba a punto de gritar a lo lejos para llamar la atención de los agresores hacia sí cuando tuvo una idea. Los matones aún no se habían percatado de su presencia, así que, antes de lanzarse a gritar, con una gran sangre fría y aprovechando que tenía el teléfono móvil en su mano, se dispuso a tomar apresuradamente una foto para quedarse así con las caras de los sujetos ante una futura demanda judicial. Probablemente estarían fichados. Y él ya no solo ganaría casos de otros, sino que traería uno propio para estrenarse como socio. Después gritaría y se escondería en el supermercado, a pocos metros de distancia. Rápidamente, enfocó y sacó la foto lo mejor que pudo. Dudaba si, dada la iluminación y la distancia, la imagen sería mínimamente aceptable. No tenía tiempo de comprobarlo, así

que decidió hacer un segundo intento, pero justo cuando separaba la vista de la pantalla y se disponía a empezar a gritar, vio a uno de ellos, el que estaba totalmente calvo, corriendo hacia él a toda velocidad. La visión de aquel mastodonte lo paralizó. No había duda de que le había visto manipular su móvil. En ese momento, se sintió totalmente perdido.

Su cerebro recapacitaba a toda prisa. Corriendo no dudaría mucho. El matón parecía excepcionalmente rápido y, como había podido comprobar, perfectamente capacitado para la labor. Él llevaba unos meses sin hacer ejercicio por un esguince de tobillo del que aún se estaba recuperando y lo máximo que había hecho en las últimas semanas había sido dar unas pocas vueltas a paso ligero en el céntrico Parque de Canal. Tampoco su elegante traje y sus zapatos le otorgaban ventaja alguna en cuanto a indumentaria. Sin tiempo ya, optó por intentar esquivar el primer golpe, pensando que, si lo conseguía, podría lograr la delantera de cara a alejarse con mayores garantías. De todos modos, la policía estaría al caer. Intentó recordar los meses en que recibió clases de taekwondo durante el instituto, pero pasaron fugazmente por su cabeza y en su mente volvió a aparecer el color blanco, el mismo del cinturón con el que empezó y terminó esa breve actividad extraescolar. Rápidamente, analizó a su adversario y se dio cuenta al instante de que, dado su peso y enorme envergadura, sus movimientos podrían ser relativamente predecibles. Estando ya a unos tres o cuatro metros de su posición, el atacante levantó el puño derecho y Enrique vio el golpe venir. Sería casi imposible que cambiase su trayectoria en carrera. Aguantó un segundo más. En el momento justo, hizo amago de tirarse a un lado, pero rápidamente se agachó y se lanzó hacia el otro. El corpulento agresor se pasó de frenada y su puñetazo se estampó de bruces con la pared de atrás.

Aulló de dolor.

–¡La concha de tu...! –Se puso de cuclillas y se encorvó en un gesto de dolor, soplando repetidamente al puño con el que había golpeado el muro.

Enrique percibió que la ventaja era solo momentánea, así que aprovechó su oportunidad y comenzó a alejarse calle atrás a toda prisa, sin perder de vista a su oponente y con el supermercado como meta. El otro matón había dejado hacía rato al hombre al que golpeaba, que yacía tendido en el suelo, para fijarse en lo que hacía su compañero. Al ver lo que había sucedido y dado que la persona que tenía a sus pies no podría ir muy lejos, no dudó en acudir en su ayuda. Él podía esquivar un golpe, pero sabía que, si seguía allí, la cosa no podía acabar bien. Quería alcanzar la esquina del supermercado o algún

cruce principal para pedir ayuda. El tobillo comenzó a darle pinchazos a rabiarse. «¡Tanta rehabilitación y fisioterapia para esto!», maldijo. Cuando ya creía que estaba fuera de peligro, la mala fortuna hizo que tropezara repentinamente con el bordillo de la acera y se estrellara aparatosamente contra el cemento.

El segundo matón, más delgado y bajito pero igual de veloz que su compañero, se acercó vertiginosamente. A pesar del dolor por la caída, Enrique intentó levantarse lo más rápidamente posible, pero fue en vano. La primera patada lo pilló aún en el suelo y fue directa al estómago. Retorciéndose de dolor, el agresor lo levantó tirando de la solapa de la chaqueta y comenzó a registrarlo. Enrique se dio cuenta de que quería el teléfono y lo agarró con todas sus fuerzas en el interior del bolsillo del pantalón. No sabía por qué lo aferraba con tanta insistencia, lo más fácil era dárselo y evitar problemas mayores, pero algo en él le decía que aquella injusticia no podía quedar totalmente impune y que esos matones no debían salirse con la suya.

–¡Dámelo! –gritó de nuevo con los ojos inyectados en sangre a la vez que le asestaba un cabezazo en la frente.

Eso fue todo. Enrique sintió que se desplomaba. De repente, todo se volvió negro. Durante su caída, le pareció escuchar sirenas de fondo.

Capítulo 3

Se despertó empapado en sudor a las once y media de la mañana. Su primera visión al abrir los ojos fue la de un bolso blanco en la silla de la habitación y dos ramos de flores junto a la ventana. Vagamente, durante el exiguo tiempo que volvió en sí la noche anterior, recordó haber jurado y perjurado a la doctora de guardia que se encontraba en perfectas condiciones. Antes de dejarse vencer nuevamente por el sueño y el cansancio, también creyó haberle hecho prometer al enfermero que lo despertaría a las siete y media de la mañana. Era evidente que los calmantes que le habían suministrado habían hecho su trabajo a la perfección mientras que no así el susodicho enfermero.

Sin avisar, Mónica apareció por la puerta. Su perfume impregnaba toda la habitación incluso antes de entrar. «Así que el bolso es de ella», pensó. «¿Qué hace aquí?». Su jefa y principal mentora había estado haciendo guardia, no sabía desde cuándo. Supuso que Alberto, su compañero de piso y contacto de emergencia, había llamado a primera hora al bufete informando de lo ocurrido. Al menos parecía que no había avisado a sus abuelos, pues, en ese caso, probablemente ya estarían allí.

Mónica cerró suavemente la puerta tras de sí y él solo acertó a susurrar:

–Mónica, disculpa... Iba a ir ahora mismo al despacho, pero...

–Shhh, no digas ni una palabra más –replicó de forma suave–. Es lo último de lo que tienes que preocuparte ahora. –Se acercó a él y, apoyándose en la cama, le acarició levemente el pelo–. Antonio está ya con ello. Además, has hecho un gran trabajo y lo que queda es solo un mero trámite.

Ella se levantó y se dirigió hacia la ventana. En ese momento, se dio cuenta una vez más de que verdaderamente se la veía una mujer imponente. Su sola presencia bastaba para llenar todo un palacio. A sus cincuenta y cuatro años, la figura de Mónica Espinosa seguía siendo espectacular. Y aunque no era especialmente guapa, sus rasgos en conjunto tenían un gran atractivo. Rubia y de ojos claros, poseía una media sonrisa que era capaz de desarmar a cualquiera. Con todo, lo mejor de ella era el magnetismo que desprendía: decidida, con unas habilidades innatas para el liderazgo, eternamente moderna y tremendamente independiente... En definitiva, era lo que podría decirse una mujer de carácter arrollador e ideas muy claras. Desde la camilla, mientras observaba cómo Mónica paseaba por la habitación consultando su teléfono, revivía algunos de los momentos compartidos

durante los últimos meses... Lo que pudo haber sido y jamás fue. En el fondo, se sentía profundamente aliviado, pues bastantes vaivenes experimentaba ya su vida amorosa como para incluir un factor adicional. También se preguntó cómo aquella mujer podía seguir con un hombre como Antonio. Y no porque su jefe fuese un mal tipo, sino porque cada vez que los veía juntos, tenía la sensación de que era una pareja enormemente descompensada, tanto en lo físico como en lo intelectual y emocional. Le parecía un hecho irrefutable que ella estaba a años luz de su marido en cualquier aspecto que se quisiera comparar.

La propia Mónica interrumpió sus pensamientos.

–Por cierto –añadió mientras seguía consultando su teléfono (a Enrique no le cabía duda de que se trataba de *emails* de trabajo)–, esas flores son de tu compañero de piso. Qué majo es. ¿Alberto, no? ¡Qué susto nos dio esta mañana cuando nos llamó! Ha estado aquí contigo hasta que he llegado. Las otras flores de ahí no sé quién te las manda, no llevan tarjeta –dijo señalando el otro ramo.

Enrique no sabía qué decir. Alberto había estado haciendo guardia toda la noche y Mónica prácticamente toda la mañana. Se preguntaba de quién sería el ramo de flores cuando una doctora de mediana edad, pelo castaño y más bien bajita, entró en la habitación y le preguntó con una sonrisa de oreja a oreja:

–¿Cómo te encuentras? –Y prosiguió sin dejarle siquiera tiempo a coger un poco de aire para contestar–. Se te ve fenomenal, ha sido solo un pequeño susto. El escáner ha salido estupendamente –añadió mientras echaba un vistazo al nivel de la bolsa de suero–. Fíjate si me pillas de buen humor, que hasta te voy a dar el alta ahora mismo –terminó guiñándole un ojo.

–Gracias, doctora –contestó–. Me encuentro bastante bien, solo un poco aturdido por el golpe. Aunque le aseguro que estaría mucho mejor en una playa de Almería. Seguro que usted piensa lo mismo, ¿me equivoco?

La doctora se quedó perpleja y Mónica mostró una tímida sonrisa, casi pícaro, al darse cuenta de que Enrique parecía casi recuperado.

–Pero ¿cómo diantres sabes que me encantan las playas de Almería? ¡Soy de Vera! ¿No me digas que nos conocemos? –exclamó asombrada.

Enrique se sumó a Mónica y esbozó una media sonrisa.

–Nada de eso –replicó, quitándole importancia–. Me he fijado en el colgante con el símbolo que lleva al cuello. Es un indalo, de un estilo muy particular, por cierto. Soy de Almería y ese distintivo es fácilmente

identificable para mí. Su inconfundible acento me ha confirmado las sospechas instantes después.

La doctora seguía procesando la información con la boca abierta y Mónica intervino, divertida.

–Ya ve, doctora, que nuestro joven abogado es muy observador. Se ha ganado que le dé usted el alta –añadió con una mueca.

Ella asintió y sonrió sin más. Minutos después y tras rellenar el papeleo, Enrique agradeció en el pasillo a la doctora y al personal de enfermería la atención recibida. Mónica lo esperaba al lado del ascensor y añadió a modo de despedida:

–Doctora, páselo bien en Almería y mándele un saludo de nuestra parte a su madre Juani. ¡Espero que sus varices mejoren pronto!

La doctora se volvió a quedar a cuadros y Mónica desapareció junto con Enrique tras la puerta del ascensor. Una vez dentro, Enrique le preguntó sorprendido:

–¿Cómo diantres has sabido....? –protestó, en parte molesto porque, después de ese último comentario, el número del colgante había quedado a la altura del betún.

–Enrique –contestó solemnemente–, estar tomando un café en el momento oportuno y en el lugar adecuado como, por ejemplo, la cafetería del hospital, a veces puede resultar más útil que la más pertinaz de las observaciones.

Los dos se miraron fijamente y, de repente, estallaron en carcajadas. Era en esos momentos cuando se olvidaba de todas las circunstancias que los rodeaban y solo pensaba en lo mucho que le gustaba la forma de ser de Mónica. Dulce y a la vez tan altanera y decidida como la que más.

Instantes después, volvieron a ponerse serios. El ascensor llegó a la planta principal y el pitido de la puerta, que Enrique consideró casi celestial, consiguió romper ese silencio incómodo que se había creado entre ambos.

–Tengo el coche en el *parking* –dijo ella–. Espérame en la puerta principal y te recojo. Es mejor que no te esfuerces demasiado hoy.

Enrique asintió. Avanzaron unos pocos metros hacia el *hall* del hospital, cuando un hombre trajeado de negro, de tez morena, rubicundo y de pelo oscuro y alborotado se les acercó:

–¿El señor Narváez? –preguntó con tono grave.

Enrique asintió, desconcertado.

–De parte del señor Martínez. –Y, seguidamente, dejó caer un tercer ramo de flores en los brazos de Enrique–. Lamenta mucho lo ocurrido.

De un rápido vistazo, consiguió distinguir una nota entre las orquídeas, cuya lectura decidió dejar para después.

–Muchas gracias –es lo único que acertó a decir, a modo de respuesta.

Enrique, algo aturdido, hizo amago de continuar hasta la puerta sin más, pero, con un gesto de la mano, el hombre le indicó que esperara.

–Señor, le llevo hasta su casa –dijo–. Tengo el coche aparcado justo ahí, en la entrada principal. Le estaba esperando y es deseo expreso del señor Martínez que lo deje descansando en su domicilio.

Hasta ese momento, Enrique no había caído en la cuenta de que el hombre que tenía delante era el chófer de Alejandro Martínez. Un poco descolocado ante una situación que no esperaba, dirigió su mirada a Mónica que asintió en señal de aprobación. Era viernes y Antonio, su marido y a la vez el otro socio principal del bufete, llevaba toda la mañana fuera de la oficina cerrando la firma de un acuerdo debido, precisamente, a la ausencia del propio Enrique. Los viernes en Montolivo solían ser una locura y estaba seguro de que, tras casi toda la mañana fuera, Mónica tendría bastantes asuntos desatendidos y eran muchos los compañeros que dependían de su criterio para avanzar en sus respectivos casos. Lo mejor era que se marchara cuanto antes.

–Está bien –respondió sin más.

Mónica le estaba entregando los otros dos ramos al chófer cuando Enrique se acordó del pobre joven que, sin lugar a dudas, se había llevado la peor parte la noche anterior. Quería saludarlo e interesarse por él. Le produjo un profundo malestar pensar que había estado a punto de abandonar el hospital sin más.

–Disculpad un momento –interrumpió dirigiéndose alternativamente con la mirada a uno y otro–. No puedo irme sin visitar al pobre chico que sufrió la verdadera paliza. Voy a ver en qué habitación se encuentra. Mónica, puedes irte ya, yo estoy bien. Y señor...

–Rodolfo Barrilado –contestó el chófer con marcada voz grave.

–Si es tan amable, ¿me espera aquí unos minutos? Volveré enseguida.

Dio media vuelta y, a paso lento, pues aún se sentía un poco mareado, se dirigió al mostrador principal de recepción, donde le dieron el número de habitación, no sin ciertas reticencias por parte de la recepcionista, que dudaba en facilitarle el dato hasta que Enrique consiguió explicarle que habían ingresado juntos en el hospital la noche anterior.

Volvió a dirigirse al ascensor y marcó la planta número cuatro. Salió y buscó en los carteles indicativos la numeración correspondiente. A Enrique le

pareció que los pasillos tenían poca iluminación. Le costó un poco dar con la habitación, pero cuando al fin se encontró frente a la puerta, golpeó dos veces con los nudillos. A falta de respuesta, entró sin más.

–¿Hola? –preguntó dubitativo.

Vio a un joven adormilado cuya cara no reconocía en absoluto debido a las circunstancias de su único y desafortunado encuentro. Por su aspecto, intuyó que debía rondar los veinticinco años. A simple vista, le pareció que la habitación era mucho más triste que la suya. Quizá porque no había ningún ramo o porque la persiana estaba bajada en su totalidad y apenas dejaba entrar una mortecina luz. Se acercó y pudo leer que las bolsas de la vía solo contenían suero y calmante. Por tanto, se relajó al comprobar que no parecía nada excesivamente grave, aparte de las evidentes contusiones. El brazo derecho, en un cabestrillo y envuelto en escayola, era la lesión más obvia junto a la hinchazón en la cara. Enrique se acercó un poco más al joven convaleciente que se estaba despertando en esos momentos.

–Hola, ¿qué tal te encuentras? Soy Enrique, estuve anoche contigo en el callejón, ¿me recuerdas de algo? Al parecer, vinimos juntos en la ambulancia –le dijo simpático.

El joven negó con un ligero gesto de la cabeza. Ya a su lado, pudo observar con detalle que tenía el ojo izquierdo morado, la cara más magullada de lo que inicialmente había pensado y el otro brazo también con pequeñas heridas y magulladuras. A pesar de todo, su aspecto le sorprendió positivamente; se esperaba algo peor después de lo que había presenciado unas pocas horas antes.

–Bueno, vaya susto nos dieron anoche, ¿no? –continúo en tono animado, como para quitarle hierro al asunto–. Te veo bien –añadió–. Pensaba ir esta tarde a comisaría a poner la denuncia, pero si sales mañana o pasado, te espero para que vayamos juntos.

El chico abrió totalmente los ojos y empezó a hacer evidentes señales de negación.

–¿Qué pasa? –preguntó Enrique confuso.

–No voy a denunciar –dijo con voz débil–. Y te recomiendo que tú tampoco lo hagas. Esa gente... es peligrosa.

–Pero bueno, ¿estás hablando en serio? –replicó indignando–. ¿Por qué no iba a hacerlo? Podrías empezar por contarme el motivo por el que te estaban arreando. A saber lo que llega a pasar si no da la casualidad de que andaba por allí –añadió Enrique, irritado por la respuesta que acababa de oír.

El joven agachó ligeramente la cabeza. Enrique se sentía entre furioso y defraudado. Un fuego empezó a arder en su estómago; sin embargo, hizo un esfuerzo por no perder la calma y lo intentó de nuevo suavizando el tono de sus palabras.

–Puedes contármelo. No tienes de qué preocuparte, soy abogado y guardaré el secreto profesional. ¿Es por un tema de drogas? ¿Le debes dinero a alguien?

Se hizo el silencio de nuevo. El joven no quería hablar. Profundamente cansado, Enrique pensó que lo mejor era dar por concluida la visita.

–Te voy a dejar mi tarjeta. –Rebuscó en su cartera y dejó el pequeño trozo de cartón en la mesita más cercana–. Este es mi teléfono, puedes llamarme a cualquier hora. Tanto si cambias de idea como si no. Yo iré más pronto que tarde a comisaría a poner la denuncia. Mejórate –le dijo sin más.

Abandonó la habitación sin conocer siquiera el nombre de su compañero de batallas de la noche anterior y, a pesar de su estado, bajó las cuatro plantas por las escaleras todo lo rápido que pudo. Rodolfo Barrilado seguía en la misma posición en que lo había dejado unos minutos antes. Al verlo venir, con un gesto sutil le indicó que lo siguiera y llegaron al coche, un BMW negro con los cristales traseros tintados.

Rodolfo no dijo nada durante el trayecto. Algo más tarde, cuando llegaron a la puerta de su edificio, su improvisado conductor le dedicó la única frase del viaje:

–Mejórese, señor Narváez.

Enrique le dio las gracias y, ya en el interior del portal del edificio y a pesar de ir cargado con los ramos de flores, decidió prescindir nuevamente del ascensor y usar una vez más la escalera. Tres pisos después, justo cuando se disponía a girar la llave en la cerradura de su apartamento, se asombró repentinamente al caer en la cuenta de que no le había indicado la dirección al chófer de Alejandro Martínez. No le dio más vueltas, aunque necesitaba hablar con alguien de todo lo sucedido en las últimas horas. Ese día habría querido compañía, pero se encontró solo en casa. Recordó que su compañero de piso, Alberto, se iba de fin de semana a Tenerife, pues era natural de la isla. Al entrar y no ver sobre el recibidor ni sus gafas de sol ni sus llaves, le invadió una inesperada sensación de soledad. Por momentos, le pasó por la cabeza la idea de llamar a Amanda, pero la desechó de inmediato, más aún cuando se acordó del paupérrimo estado en que se encontraba su teléfono, que milagrosamente y a pesar de todo, había logrado conservar. Al parecer,

los matones se habían conformado con reventarlo contra el suelo antes de marcharse alertados por las sirenas de la policía. Tremendamente cansado, se dirigió a la cocina y decidió descongelar una lasaña precocinada.

El piso de alquiler en el que vivía le resultaba especialmente acogedor. Nada más entrar, tenía acceso de un solo golpe de vista a todas las habitaciones. Un pequeño pasillo repartía las cinco estancias en las que se dividía la vivienda: a mano izquierda, el pequeño salón, que dejaba entrever a su vez la puerta de una habitación al fondo, la del propio Enrique. Justo de frente, una pequeña cocina, para continuar a la derecha con el baño y, por último, en el otro extremo, la habitación de su compañero Alberto. A Enrique le gustaba la distribución y la forma de decorarlo que había tenido la propietaria; tanto que, cuando se mudaron allí, decidieron dejar casi todo tal cual.

Metió la lasaña en el microondas y marcó en la máquina el tiempo que indicaba el precinto. Encendió la televisión con la intención de distraerse un poco, pero cuando torció un poco la vista y vio el ramo de Alejandro Martínez, cayó en la cuenta de que aún no había leído la nota. Lo cogió y extrajo el pequeño trozo de papel. Solo decía:

«*Mejórese. A. M.*».

Pensó que el poco explayo que revestía el detalle sería sin duda consecuencia de la personalidad del encargado de la compra, con toda probabilidad, el chófer.

Se dirigió al de Alberto y, aunque no lo esperaba, encontró otra dedicatoria:

«*Me debes una botella de vino. Bueno, que sean dos. Recupérate y buen fin de semana. Alberto*».

Enrique no pudo más que sonreír y le agradeció en secreto a su compañero haberle sacado esa sonrisa con su mensaje. Dejó para el final el ramo sin nota. Lo estuvo observando sin tener la menor idea de quién se lo podría haber dejado.

¿Su exnovia quizá? Lo dudaba, dado que Ariana no era de esas. Si ella le hubiese regalado unas flores, habría hecho que lo supiera hasta el último mono del hospital. Además, era imposible que se hubiera enterado en tan poco tiempo. Sus abuelos, *a priori*, tampoco sabían nada. Y del bufete, menos aún. Sin dejar de mirarlo desde la distancia, lo que verdaderamente le inquietaba era que ese ramo había llegado demasiado pronto a la habitación del hospital.

Con él en las manos, se entretuvo mirando las curiosas flores, pues no conocía la especie. Estaba recreándose en la intensa fragancia que desprendían cuando, al zarandearlas un poco, vio que también había una pequeña nota al fondo. Introdujo los dedos con cuidado entre los suaves tallos y extrajo el pedazo de papel. Lo que leyó lo dejó, cuando menos, confundido. Solo constaba de una frase, sin firma alguna:

«La tierra es insultada y ofrece las flores como respuesta».

Se quedó perplejo. Tanto, que decidió buscar de inmediato la frase en Internet. Como no tenía móvil operativo a mano, fue a su habitación en busca de su vieja tablet y la tecleó en el buscador. Rápidamente, pudo averiguar que pertenecía a un poeta y filósofo bengalí llamado Rabindranath Tagore. Estuvo leyendo en varias *webs*, pero aparte de una apasionante biografía, no sacó nada en claro relacionado con la enigmática sentencia.

Concluyó que se trataría de un error y que, evidentemente, ese mensaje no le tenía a él como destinatario. Arrojó la nota a la basura a la vez que convino que ya era hora de comerse la lasaña. Cuando terminó, se propuso dormir un par de horas, acordando con él mismo que después iría a intentar recuperar los datos de su teléfono, que además de no encender, tenía un aspecto deplorable.

Se despertó a las nueve de la noche, tras más de cinco horas de sueño. Se maldijo por tener que decir adiós a la posibilidad de arreglar su móvil ese día. Se consoló con que, al menos, disponía del arcaico y obsoleto teléfono de empresa. Decidió, antes que nada, llamar a sus abuelos tras hacer el cambio de la tarjeta SIM de un aparato al otro, para tener su número personal operativo cuánto antes y así poder, al menos, enviar y recibir llamadas. Le daba una pereza inmensa pensar siquiera en la de mensajes que tendría que leer cuando lograra recuperar la memoria de su terminal, si es que lo conseguía. Se detuvo a pensar especialmente en Amanda, la chica con la que se había estado viendo de forma más o menos continua durante el último mes. A saber qué estaría pasando por su cabeza al no dar señales en las últimas cuarenta y ocho horas. Quizá estuviera realmente preocupada. En cualquier caso, le daba igual, pues sabía de antemano que la fecha de caducidad de esa relación llegaría más pronto que tarde. A pesar de ello, de pronto le sacudió un profundo malestar. Era viernes noche y estaba cansado y solo. Repentinamente, le invadió una vieja sensación, la de sentirse desangelado. Y lo que era peor, a su mente volvía una y otra vez la idea del rumbo que quería tomar en su vida. Pronto cumpliría treinta y tres años.

Hacía tiempo que ya había dejado de ser un jovencito. Esos súbitos pensamientos le llevaron a la imperiosa necesidad de ahogar sus penas. Decidió que esa noche se tomaría una botella de vino. Tal vez dos.

Presto a ponerse con ello, fue al baño a lavarse la cara. Cuando se vio en el espejo, bañado por la fría luz azul, se asustó de la cantidad de canas que asomaban en las sienes y que avanzaban imparables hacía el interior, deponiendo paulatinamente sus cabellos castaños para dejarlos en un mero recuerdo. Se enjuagó rápidamente la cara, evitando fijarse en los tímidos surcos que asomaban por encima de sus mejillas y que hacía tiempo le susurraban en silencio que su juventud física como tal había acabado. Salió casi corriendo del baño, como aterrado, y llamó a casa de sus abuelos. Agradeció enormemente que respondiera su abuelo, ya que ella habría entrado en pánico de forma instantánea nada más escuchar la primera frase de su historia. Insistió en que estaba bien y solo había sido un susto. De repente, si mediar aviso alguno, su abuela apareció al otro lado. La imaginaba arrancando de las manos el teléfono a su marido al escuchar el tipo de preguntas que éste le estaba haciendo. A ella le hizo un resumen aún más descafeinado del que había narrado instantes antes, obviando también la parte del hospital.

–Enrique, mañana cogemos el primer tren. A mediodía estamos allí. ¿Por qué no nos has dicho nada antes? –preguntó exasperada.

–Abuela, tranquila, estoy bien. No es necesario que vengáis. Ha sido solo un empujón con la mala fortuna de que el teléfono móvil... Estoy casi incomunicado.

Enrique conocía perfectamente a su abuela y se dio cuenta de que ella querría ayudar de cualquier forma. Si no, la asolaría un enorme sentimiento de culpabilidad. Tal y como supuso, la pequeña insinuación sobre el teléfono dio sus frutos.

–Enrique, mañana a primera hora te compras un móvil. Vete a la tienda y escoge el que quieras, tómalo como un regalo anticipado de cumpleaños.

–Abuela, de verdad, que no es necesario –replicó–. Primero voy a ver si arreglo este.

–¡Sin rechistar, Enrique! ¿Cómo vas a estar sin teléfono...? –dijo contrariada–. Ah, y no se te ocurra comprar esos móviles que fabrican en Asia... Esos chinos ya hacen de todo y de muy mala calidad. Elige una buena marca.

–Abuela, hoy en día las marcas asiáticas...

–Está bien. Elige el teléfono que quieras, pero que sea bueno –zanjó.

Prefirió no corregir a su abuela. Estaba convencido de que ella creía que la mayoría de marcas de teléfonos eran alemanas en lugar de chinas o coreanas.

–¿Qué has comido hoy? –siguió preguntando ella.

–Lasaña, abuela.

–¿Congelada, verdad? ¿No has podido comer algo más sano? Si estuviera yo allí... –se lamentó–. ¿Seguro que no quieres que vaya? –volvió a insistir.

Se pasó los diez minutos siguientes escuchando las lamentaciones y tímidos reproches de su abuela, pero, a pesar de todo, tras la conversación, se sintió mucho más animado. Hablar con ellos siempre le revitalizaba. Especialmente con su abuelo. Le reconfortaba escuchar sus palabras, probablemente porque hablaba más bien poco, pero siempre con gran criterio y sentido común. Ellos le habían criado y lo habían dado todo por él y su hermana Eloísa. Y con el paso de los años, se daba cuenta del enorme mérito que tenían los dos, cada uno a su manera. Si su abuela, que había sido profesora después de ser costurera durante muchos años, era una mujer acostumbrada a la filosofía de «orden y mando», su abuelo jamás le había dicho lo que tenía o no tenía que hacer. Quizá podía señalar fugazmente un posible camino, pero siempre había preferido que tanto él como su hermana se dieran cuenta de las cosas por sí mismos.

Ensimismado, pensando que quizá tenía que haberle hecho caso a su abuela en su deseo de convertirse en médico en lugar de abogado, el sonido del timbre interrumpió sus recuerdos. Eran casi las once de la noche y no esperaba a nadie. Un plato lleno de migajas de pan era testigo del insulso sándwich de pavo que acababa de cenar. Se levantó del sofá y sintió de golpe todo el cansancio que la tensión del día vivido le había impedido notar hasta entonces, a pesar de todas las horas que había dormido. El timbre volvió a sonar antes de que pudiera llegar a la puerta. Puso el ojo en la mirilla y vio a Mónica con lo que parecía ser una botella de vino en su mano.

–¡Enrique, soy yo! ¿Estás despierto? –preguntó.

No podía ser. La historia que jamás llegó a tener con Mónica ya debía haber terminado. Era su jefa, esposa a su vez de su otro jefe, y tenía veintidós años más que él.

¿Qué pretendía a esa hora presentándose en su casa? No imaginaba el motivo de su visita y, evidentemente, no le quedaba otra alternativa que abrir la puerta.

–¡Hola! ¿Qué tal estas? –entró arrolladora y prosiguió como si nada–. Ya

sé que es un poco tarde... Perdona las horas, pero es que traigo tan buenas noticias que no podía esperar al lunes para contártelas... Pon esto en la nevera, que tenemos mucho por lo que brindar hoy –le pidió alargándole la botella que sostenía en su mano.

Mónica parecía no ser consciente de que en ese momento él estaba destrozado y agotado. Agradeció para sus adentros no haberse puesto aún el pijama, dado que quizá ello le ayudaba un poco más a disimular su aspecto. Sin más dilación, metió la botella de vino en el frigorífico e invitó a Mónica a sentarse en el sofá. Él cogió una de las sillas, le dio la vuelta y se puso frente a ella, con los brazos en jarras apoyados en el respaldo.

–Perdona el desorden –se disculpó–. En fin, tú dirás... –La invitó a comenzar mientras ella se terminaba de acomodar.

Mónica estaba radiante. Con el pelo recogido, vestía un sencillo pero elegante traje azul de ejecutiva (estaba seguro de que acababa de salir del despacho y había venido directamente desde allí), y los discretos pendientes que portaba, pulsera a juego, le daban ese toque que solo ella sabía conseguir: lo sencillo elevado a la máxima categoría de la elegancia. A su entender, probablemente si intentara explotarse o arreglarse más, no lograría el mismo resultado.

–Lo primero: ¿cómo te encuentras? ¿Has conseguido descansar? –preguntó interesada.

–La verdad es que demasiado –contestó rascándose la nuca–. Se me ha ido el santo al cielo y no he podido siquiera ir a poner la denuncia...

–Bueno, eso puedes arreglarlo mañana –cambió de tono repentinamente–. Tengo dos buenas noticias, ¿quieres la buena o la muy buena? –inquirió.

–Sabía que las desgracias no venían nunca solas, pero lo de buenas noticias en un *pack* es algo nuevo para mí... Ojalá me arreglen el día –dijo, como suplicando–. Primero, la buena a secas.

–Está bien, ahí va. La firma se ha hecho efectiva y Alejandro Martínez ya es el propietario legal de la segunda parcela. Considera un éxito de Montolivo los términos del acuerdo alcanzado.

–Es una gran noticia –dijo Enrique, sin más, al considerarlo ya zanjado de antemano.

En ese momento, sin motivo aparente, su mente voló hacia el chico del hospital. Los hombres que también lo habían atacado a él parecían muy peligrosos y, por sus palabras, dedujo que debían tener a gente detrás con mucho dinero e intereses poco lícitos. La principal esperanza se reducía a

recuperar las fotos de lo que quedaba de su teléfono. Al día siguiente, iría a la tienda de su amigo Shen. Estaba seguro de que si había una forma de repararlo, Shen la encontraría antes que el propio servicio técnico de la compañía. Decidió pasar a la otra noticia.

–¿Cuál es la muy buena? –inquirió de nuevo Enrique.

–Pues ahí va... –Ella abrió su bolso, el mismo que había visto esa mañana nada más despertarse en el hospital, y sacó una carpetilla con varios documentos.

–No tenías el teléfono del bufete operativo y no hemos podido avisarte antes... Como te decía, hemos vuelto a lograr un acuerdo muy beneficioso a favor de Alejandro Martínez. Incluso un poco mejor de lo inicialmente estipulado. Además, está muy contento con el trabajo realizado por el bufete, especialmente con el tuyo. Por eso creemos que te mereces esto. –Extendió un papel en la mesita–. Es una participación de un 2%. Una vez firmes, serás oficialmente socio de Montolivo Abogados.

–Espera un momento –interrumpió él bruscamente.

Estaba confundido. Habían acordado que, si ganaba el caso, tendría el 0,5% de participación. Y ahora le ofrecían el 2% y ni siquiera había estado en la antesala de la firma donde Antonio había vuelto a forzar un acuerdo aún mejor que lo que él mismo había pactado días antes con la otra parte.

–¿Dónde está el truco? –preguntó.

–No hay ningún truco, querido –respondió apaciblemente–. Simplemente creemos que puedes ser uno de los pilares básicos de este bufete a medio plazo. Tienes mucho potencial, Enrique, y nosotros te ayudaremos a explotarlo. No queremos que abandones Montolivo Abogados y por eso te ofrecemos un trocito de la empresa. Una vez que firmes, será también tu compañía.

–Mónica, vamos... –dijo Enrique sabiendo que solo con eso no le iba a convencer–. Antonio no me hubiese ofrecido ni un 1%. Entre el total de empleados, no llegan al 8% de participación y algunos están desde el principio con vosotros... ¿Ahora me ofrecéis a mí un 2%? Sé que Antonio no es partidario de dar tanta cuota a un solo empleado... Él me habría ofrecido una compensación por estos cuatro años del 0,5%, la práctica que venís haciendo habitualmente. Y, francamente, este caso tampoco era un imposible.

Mónica bajó la mirada. Era evidente que ocultaba algo. Consideraba a su jefa una persona honesta y no era nada habitual en ella lanzar evasivas de esa forma. La invitó a explicarse mejor.

–Enrique, yo... –dijo dubitativa–. Solo puedo decirte que creemos que es lo mejor para ti y para el bufete. –Le parecía increíble que ni siquiera ella pudiese sacar de la chistera argumentos sólidos que sujetasen los motivos de ese repentino cambio de parecer en el porcentaje de participación.

En ese momento, lo más fácil era firmar y olvidarse, pero no podía hacerlo sin saber las circunstancias que habían dictaminado el cambio. Por un momento, pensó que lo que jamás había pasado entre ambos podría ser uno de esos motivos, pero lo descartó casi de inmediato. Ella sabía perfectamente que estaba dentro del código ético de Enrique no tener relaciones sentimentales con compañeros de trabajo. Pero, en ese caso, si Mónica buscase algo más, se le antojaba más lógico que hubiese ido en sentido contrario... ¿Pretendía tenerlo cerca aun sabiendo que lo que deseaba jamás iba a suceder? Y todo ello sin que su marido tuviese ni la más remota idea. Había algo que no cuadraba.

Mónica esperaba ansiosa una respuesta. Enrique le cogió la mano con delicadeza y la miró fijamente a los ojos. Le pareció que ella se estremecía ligeramente.

–Lo siento, Mónica, pero no puedo aceptarlo. Es más, tampoco aceptaré nada distinto a lo pactado. Renuncio a dicho acuerdo y me quedaré única y exclusivamente con el 0,5% habitual que concertáis con los empleados que cumplen cuatro años en el bufete.

–Enrique, te ruego por favor que lo reconsideres.... – le exhortó de nuevo.

–Está decidido –su tono de convicción no dejaba lugar a dudas–. No puedo comprometerme en una situación así, menos aún si no me cuentas toda la verdad –resolvió tajante Enrique mientras soltaba su mano.

Le pareció que ella dudaba. Finalmente, se decidió a hablar, resuelta.

–Está bien, lo entiendo. Tienes razón, hay algo más. Sabemos que el bufete de Oliver te ha hecho una oferta. No me digas cómo, pero me he enterado. Sabes el modo en que funciona este mundillo. En el fondo, somos cuatro gatos. Y no me ha quedado más remedio que comentárselo a Antonio.

Enrique se quedó pasmado. ¿Cómo habría llegado a ella esa noticia? Todo había transcurrido muy rápidamente. Dos semanas atrás, a la salida del bufete, se había cruzado con un antiguo compañero de la facultad, Gustavo, con el que siempre había tenido muy buena relación durante sus estudios, aunque jamás habían llegado a intimar realmente. Ambos se alegraron mucho de volver a verse y quedaron para comer un par de días después, cuando sus respectivas agendas se lo permitieron. Quedaron en un local perteneciente a

una cadena que constaba de varios bares-restaurantes en Madrid. Y el que se ubicaba a medio camino entre ambos despachos era amplio, con terraza y discreto, pues ninguno de los clientes ni socios mayoritarios de ambos bufetes frecuentaba el lugar, dado que carecía del mínimo *glamour* exigible.

Llegó cinco minutos antes al restaurante y rápidamente lo acomodaron, no sin dejar escapar la oportunidad de pedirle al camarero una cerveza mientras llegaba Gustavo. A través del cristal, lo vio aparecer de lejos. En su primer y breve encuentro, con la efusividad del momento, no se había percatado del prematuro envejecimiento de su colega. Su media melena rizada había sido sustituida por una acuciante calvicie. Además, su rostro estaba muy cambiado. Habían pasado solo cinco años desde su último encuentro, pero ahora, viéndolo bien, le parecía que habían sido más de quince.

Gustavo lo saludó a través del cristal antes de entrar. Ya dentro, cuando pasó a su lado, le dio una palmadita en la espalda y se sentó frente a él. Fue agradable, pues hablaron durante un largo rato de antiguos compañeros, incluido algún viejo amor en común. También rememoraron algunas de sus mejores juergas universitarias. Fue durante el postre cuando Gustavo fue al grano.

–Enrique, me alegro de haberme encontrado contigo el otro día, porque eras además uno de los nombres que tenía en mente –dijo–. No me voy a andar con rodeos: te queremos en el bufete de Oliver. Estamos buscando gente joven pero con sobrada experiencia y creo que encajas perfectamente en el perfil. El propio Oliver me sugirió contactar con algunos de los colegas que estudiaron conmigo y que estuviesen en un bufete de una entidad y prestigio similares, y tu nombre, junto al de Carmen, fueron los primeros que me vinieron a la cabeza. ¿Qué te parece? –preguntó, como entusiasmado con la idea de que Enrique pasase a ser su compañero en el mismo despacho.

Sin embargo, él no sabía qué pensar. Estaba muy contento en Montolivo, donde cada vez tenía más responsabilidad, aunque tampoco podía rechazar esa inesperada oferta si tan siquiera valorarla antes. El bufete de Oliver Torres era tanto o más prestigioso que Montolivo, aunque el duro carácter y las excentricidades de su dueño también eran sobradamente conocidas dentro de los círculos que compartían. La gente decía que en el mundo de Oliver no existían los grises: todo era blanco o negro. Y aplicaba esa filosofía tanto a sus casos como al resto de facetas de su vida. Si le caías bien, te catapultaba a lo más alto. Si no le entrabas por el ojo, en una semana estabas de patitas en la calle, aunque fueses el mejor en tu campo de todo el país.

–No tienes por qué responder ahora –continúo Gustavo, interrumpiendo las reflexiones de su compañero–. Tómate tu tiempo. Eso sí, necesito la respuesta antes de la semana que viene. Quizá esto te ayude a decidirte –sacó un gran sobre de su maletín y lo deslizó hacia la posición de Enrique. Ahí dentro tienes los términos contractuales y la cifra de entrada que te ofrece Oliver. Piénsalo. Y ahora, disfrutemos de este delicioso postre y olvidémonos un poco de los casos, las cifras y los dolores de cabeza que nos dan a diario – concluyó a la par que engullía el succulento profiterol que acababan de dejar sobre la mesa.

Mónica se había enterado de aquello y ahora, en su apartamento, mostraba sus cartas. Es más, Enrique sabía que, probablemente, si ella hubiera querido, también se habría enterado de lo que comió aquel día y hasta qué propina dejó. La confesión lo dejó en estado de *shock* y sin saber muy bien qué decir. Ante la ausencia de respuesta, ella añadió:

–Solo te ruego que lo pienses y que no tomes ninguna decisión precipitadamente.

Ahora fue ella quien le tomó la otra mano a él. Se acercó a la silla y le susurró al oído:

–Sabes lo importante que eres para mí. No te puedo dejar escapar así como así.

Acto seguido, se apartó apresuradamente, cogió su bolso y, a modo de despedida, mientras sostenía el pomo de la puerta, añadió:

–Disfruta del vino. Es un gran reserva.

Hasta que la puerta no se cerró, Enrique no terminó de reaccionar ante aquella mujer que, por más difícil que tuviera la situación, siempre acababa dándole la vuelta a la tortilla. Y en ese sentido, él también estaba a años luz de ella.

Capítulo 4

Madrid, Edificio Torreblanca, 48 horas antes

Alejandro Martínez caminaba con paso firme hacia el ascensor. Pulsó el botón de bajada y tuvo la suerte de encontrar el elevador en su misma planta. La puerta se abrió al instante. Marcó el sótano dos y el ascensor comenzó a bajar las diez plantas de distancia entre la octava y el piso solicitado.

Vestía un traje azul marino oscuro, con camisa blanca y corbata moteada a juego. Por supuesto, todo el conjunto de Armani, su modista preferido.

El ascensor se detuvo en la quinta planta y una chica con gafas de pasta verde muy llamativas que no tendría más de treinta años subió con una caja de cartón entre sus brazos rebosante de papeles. Casi no veía de frente debido al enorme bulto, pero logró pulsar el botón del primer sótano justo cuando la puerta se cerraba a su paso. No reparó en Alejandro hasta que se acomodó contra la pared. Su rostro cambió al instante y un intenso rubor recorrió sus mejillas.

–Ho... hola, señor Martínez –saludó con voz entrecortada–. Disculpe, no le había visto. –Y seguidamente, bajó la mirada.

Alejandro no entendía por qué algunas personas le rehuían. Él jamás lo había hecho ante nadie, ni cuando era un pobre chaval con miles de ilusiones y sueños por cumplir, ni ahora, con treinta y nueve años, en la cúspide de su carrera, siendo dueño de tres de las empresas más punteras del país y un personaje de interés público eminentemente influyente.

–Imagino que vas al archivo –expuso Alejandro para amenizar el trayecto–. Deja que te ayude. –Se ofreció extendiendo sus manos en dirección a la caja que portaba su acompañante.

–No se moleste, de verdad, no pesa nada –contestó la chica declinando amablemente la invitación.

–Insisto –zanjó él–. Y no me trates de usted, aún no me considero lo suficientemente mayor para ello –le dijo sonriendo.

La chica no tuvo más remedio que pasarle la caja. Milagrosamente, el ascensor no se detuvo en la planta principal y, pocos segundos después, sonó el timbre que indicaba la llegada al primer sótano. Alejandro apoyó la caja contra su pecho y, con la mano que le quedaba libre, aguantó la puerta para que la chica saliera. Seguidamente, le preguntó:

–¿Esto va al archivo de acciones nacionales o a alguno de los territoriales?

–Al nacional. Por este pasillo de aquí –indicó ella, señalando el corredor que quedaba a la izquierda.

La planta estaba desierta. Las paredes eran de cemento gris oscuro y la iluminación del espacio era inteligente, de modo que las lámparas estancas de luces con tecnología led se iban encendiendo paulatinamente a su paso. A Alejandro le pareció que olía ligeramente a humedad. Básicamente, la planta de archivo era un *parking* al que le habían colocado unos grandes módulos para guardar la ingente documentación que generaban las tres empresas. Unos pocos metros después, la chica giró de nuevo a izquierda y condujo a su acompañante a través de otro estrecho pasaje hasta que llegaron a un nuevo pasillo central, mucho más grande. Miró hacia arriba: del techo colgaban dos indicaciones; a izquierda, el letrero del archivo nacional y, a derecha, el rótulo que indicaba el lugar del archivo territorial. La flecha que marcaba hacia delante señalaba los almacenes de archivo número dos y tres. Sin titubear un segundo, la chica se detuvo frente a la puerta de acceso del almacén del archivo nacional e hizo una seña al guarda de la garita, ubicada en el pasillo principal. Desde ese punto se controlaban los accesos a todos los almacenes. El guarda, un hombre canoso y de incipiente barba blanca que a juicio de Alejandro debería tener más que edad suficiente para estar ya jubilado, se tocó suavemente la gorra a modo de saludo y dijo con voz carrasposa:

–Buenas tardes, señores. Por favor, necesito nombre, departamento y destino de la documentación. ¿Quién de los dos firmará la entrada? –preguntó mirando alternativamente a uno y otro.

–Yo mismo –se prestó Alejandro–. Por lo que he visto, es la documentación referente a la campaña de *marketing* de la pasada Navidad –comentó en voz alta dirigiéndose a la chica–. Supongo que aquí habrá algunos datos confidenciales.

Su compañera asintió y añadió, dirigiéndose al guarda a la par que señalaba la etiqueta identificativa de la caja:

–Esto va al almacén de documentación nacional, a la sección de *Marketing*, mes de diciembre de 2011.

–Entendido, ahora mismo lo colocamos –respondió el hombre cortésmente–. Señor, si es tan amable, indíqueme su departamento, nombre y matrícula de empleado para dar de alta la entrada en almacén. Y no olvide cerrar y precintar la caja antes, estoy harto de tener que retocar precintos y no me pagan por ello –protestó al darse cuenta de que la caja venía sin precintar,

como tantas otras.

Alejandro no dijo nada y cerró la caja al instante con el precinto, no sin cierto esfuerzo, pues estaba colmada de carpetas y documentos. A continuación, dirigiéndose nuevamente al guarda, que ya tenía preparado el puntero sobre la máquina de firma digital, le indicó sus datos:

–Alejandro Martínez, matrícula S0001, departamento de presidencia.

El guarda lo miró de arriba abajo, boquiabierto. Era evidente que no había caído hasta ese preciso instante en la identidad de la persona que tenía delante, pero se repuso rápidamente. Tecleó el nombre y la matrícula y pasó la máquina a Alejandro, que firmó y le dio las gracias por su trabajo. También se percató de que ella había reparado en el asombro del guarda, pero no hizo ningún comentario al respecto. Juntos de nuevo, desanduvieron el camino hasta el ascensor, con Alejandro siguiendo de nuevo a ciegas a su compañera, eso sí, ahora con las manos libres, lo que le permitía observar mejor la planta de almacén de archivos que él mismo había ordenado reorganizar dos años atrás. Resolvió que tenía que adecentarla un poco y pensó que había sido una buena idea bajar a echar una mano a la chica. A veces pasaba demasiado tiempo en su despacho y se olvidaba de lo más básico: salir a pasear por la calle y, lo que era peor, por su propia empresa para ver realmente el ambiente y las condiciones de trabajo de sus colaboradores. A escasos metros del elevador, ella reanudó la conversación:

–Muchas gracias, Alejandro. Si me permites la libertad, haces honor a la leyenda de *gentleman* que te rodea –comentó de forma pícaro.

Alejandro esbozó una sonrisa. Antes de la importante orden que tenía que dar, necesitaba distraerse unos minutos y el paseo por la zona de archivo le había servido para reorganizar sus ideas. Además, había conocido a una chica guapa. Quizá intentara seducirla más adelante.

–De nada, faltaría más –contestó él, sin darle más importancia al halago–. Pasaré por la quinta planta algún día de estos a ver qué tal por allí. Por cierto, no me has dicho tu nombre...

–Paola Diéguez, departamento de Canal Online. Trabajo en la dirección general de Agustín Torres coordinando las campañas de *marketing* digital.

–Ah, estupendo. Pues encantado de conocerte, Paola. Dile a Agustín que la próxima caja al archivo la baje él. Le sentará bien hacer un poco de ejercicio –dijo en tono jovial.

Llamaron a ambos ascensores, ya que Paola subía y Alejandro bajaba un piso más. Las puertas de ambos aparatos se abrieron casi a la vez y los dos se

despidieron con un gesto amable. Hacía mucho que Alejandro no pensaba en mujeres. Había estado demasiado ocupado. Quizá la llamara en los próximos días para invitarla a cenar. Aunque, si lo hacía, esperaba que la chica no fantaseara demasiado pensando que la cita se podría convertir en una nueva versión de las últimas novelas tan en boga en las que ingenuas chicas se enamoran de jóvenes multimillonarios con unos gustos eróticos un tanto peculiares. Esos libros habían abierto la caja de pandora y él, soltero y con treinta y nueve años de edad, tenía que escuchar de vez en cuando algunos comentarios y rumores, cuando menos, desafortunados. Desechó rápidamente esos pensamientos que lo malhumoraban para concentrarse única y exclusivamente en lo que se traía entre manos.

Llegó al segundo sótano. La planta estaba aún más oscura que la anterior. Mientras se dirigía a su plaza de *parking*, se fijó en algunos coches desperdigados que quedaban aún estacionados. Aligeró el paso hasta el lugar en el que se encontraba su vehículo y se ajustó el nudo de la corbata, en un gesto característico. Su chófer le estaba esperando de pie apoyado en la puerta delantera del BMW.

–Hola, Rodolfo, ¿hiciste lo que te pedí? –preguntó, directamente al grano.

–Tal y como me dijiste, Alejandro –contestó él.

Había muchísima confianza entre ambos. Rodolfo Barrilado era un amigo de la infancia de Alejandro. Durante muchos años solo les separó una calle entre casa y casa. Con la entrada en la universidad, sus caminos se separaron. Rodolfo no tuvo suerte ni con los estudios ni con los negocios y se metió en el sector de la construcción como jornalero. Al principio le fue bien, se compró una casa y se casó con una chica del mismo barrio. Pero con un hijo ya en camino, vino la crisis, quedándose al poco tiempo en el paro y con una nueva boca a la que alimentar. En la desesperación, no se le ocurrió otra cosa que llamar a su antiguo amigo para pedirle trabajo de lo que fuera. Y a Alejandro, que no tenía ni quería secretaria para controlar su agenda, se le ocurrió que la idea de un chófer que, a su vez, pudiera hacer las tareas que a él tanto tiempo le quitaban en su día a día, siendo así de gran ayuda. Se conocían muy bien y los lazos de la niñez y adolescencia habían aguantado perfectamente el paso de los años.

–Está bien –dijo Alejandro–. Confiaremos en que no surjan más imprevistos. Ahora necesito que hagas lo siguiente.

Sacó un pequeño sobre doblado de su chaqueta.

–Es de importancia capital que sigas estas instrucciones a pies juntillas.

Haz el trabajo apenas te sea posible –añadió.

–¿De qué se trata? –preguntó.

Alejandro se impacientaba. Uno de los defectos que tenía Rodolfo era que preguntaba demasiado a menudo lo que a todas luces resultaba obvio. Ya le había dicho que en el sobre estaban todas las instrucciones. Eso evidenciaba que no le quería revelar nada directamente. Pero, aunque las preguntas gratuitas de Rodolfo le desesperaban, por otro lado, a su favor tenía que era fiel y tenaz como un *bulldog* y eso contaba mucho más que esas pequeñas molestias que a veces ocasionaba con sus discutibles cuestiones.

–Rodolfo, está todo en el sobre –respondió tajantemente.

–Está bien –contestó–. ¿Te llevo a casa? –le preguntó a su vez.

–No, tranquilo, hoy me quedo hasta tarde, aún me queda mucho trabajo por hacer –contestó–. Me iré en mi coche más tarde. Vete tú y descansa. Ah, se me olvidaba, le he comprado este juego de pegatinas al pequeño Javi, sé que le encantan y, al verlo de pasada por el quiosco, no he podido evitarlo.

–Gracias, Alejandro, no tenías que haberte molestado –dijo, agradecido por el gesto–. Hasta mañana pues.

A Alejandro le gustaba tener detalles con el pequeño Javi. Él no tenía hijos y consideraba a su ahijado casi como el suyo propio. Rodolfo arrancó el coche y se precipitó a la salida mientras Alejandro volvía al ascensor. Seguía pensando en el tema de la nota anónima. Estaba seguro de que ahí podría estar la clave de ese pasado que ya llevaba demasiado tiempo atormentando su presente.

Capítulo 5

Enrique pasó todo el fin de semana en casa. Necesitaba descansar, ordenar sus pensamientos y afrontar con una posición decidida y clara el encuentro del lunes con sus jefes y compañeros del bufete. Alrededor de las ocho de la tarde del domingo, Alberto llegó de su escapada insular. Su compañero de piso lo encontró envuelto en una manta enorme, con un bol de palomitas sobre la mesilla del salón y los ojos como platos viendo una película ambientada en la cultura guerrera y filosofía de vida de los vikingos.

–Hola, ¿cómo estás? ¿Has descansado el fin de semana? –dejó la maleta en la entrada y se acercó al salón, interesado–. ¿Te estas ambientando para cuando te metas en otra pelea saber qué hacer? –le guiñó un ojo.

Enrique sonrió.

–Y yo que empezaba a echar de menos las tonterías que dices a diario –le contestó divertido.

–¿Qué tal te encuentras? –preguntó de nuevo Alberto.

–Bien, ya no me duele prácticamente nada, solo un poco el bollo que tengo en la cabeza. –Se pasó la mano por encima del chichón, frotándose con suavidad–. Mañana iré al bufete con heridas de guerra –respondió mientras le guiñaba un ojo.

Tras una breve charla, Alberto se metió en su habitación. La relación de Enrique con su compañero era excelente, a pesar de que ambos, recién llegados a Madrid, se conocieron a través de un anuncio por Internet y se lanzaron a la aventura en común sin pensárselo demasiado. Justo cuando le pidió a Ariana que se fueran a vivir juntos, en plena mudanza, todo se torció. Al menos se alegraba de seguir manteniendo un apoyo como Alberto en su día a día.

Terminó de ver la película y, a pesar de que no tenía sueño, se obligó a meterse en la cama para intentar descansar. La alarma sonó ocho horas después. Alberto había dejado café preparado. Estaba aún caliente y se lo tomó en una taza junto a unas insípidas galletas. Se duchó, se puso un traje gris oscuro y salió a pie hacia el bufete con la idea de despejarse un poco.

Cuando llegó, casi toda la planta estaba oscura. Le resultó muy raro, pues eran casi las nueve de la mañana y muchos compañeros solían llegar incluso antes de las ocho. Se adentró unos pasos más en dirección a su mesa y, de repente...

–¡Sorpresaaaaaaaaa! –gritó súbitamente un gentío al unísono a la vez que

las luces se encendían.

–Enrique –salió Antonio al paso–, esta tarta es para ti –dijo señalando el enorme pastel que había encima de una de las mesas centrales–. Sabemos que te has comportado como un héroe y que pudiste llamar a emergencias antes de que la cosa fuese a peor. Si no es por ti, ese chico quizá hoy no podría contarlo.

Enrique, que no salía de su asombro, solo acertó a decir:

–Gracias, Antonio, la verdad es que no sé qué decir. Muchas gracias a todos... –afirmó dirigiéndose a todos sus compañeros y buscando con la mirada a Mónica, aunque no fue capaz de encontrarla.

Estuvo unos minutos saludando a unos y otros, rememorando una y otra vez cómo había sido su actuación. Con cada repetición, añadía algún detalle que adornaba un poco más la historia haciéndola más memorable. «Si sigo así, a última hora de la mañana ya habré superado a todos los superhéroes conocidos juntos», pensó. Entonces, Antonio asomó por la puerta de su despacho y le hizo una seña para que entrara.

El despacho de su jefe era pequeño y funcional. Tres pequeños cuadros de paisajes coloridos adornaban una de las paredes, mientras que de la otra colgaban varios títulos y reconocimientos. La mesa y la pequeña estantería lucían impecables. Ni un solo papel o documento quedaba a la vista de ojos indiscretos, y las treinta o cuarenta carpetas que había sobre la mesa estaban perfectamente organizadas alfabéticamente unas sobre otras. Enrique siempre había pensado que la casa o lugar de trabajo de una persona puede decir mucho de ella. Que Antonio era ordenado y meticuloso, no le cabía duda.

–Siéntate, joven –le dijo su jefe en tono animoso mientras cerraba la puerta–. Me dijo Mónica que habló contigo el pasado viernes y no aceptaste el 2% de participación. Entiendo que por teléfono le resultaría difícil convencerte, pero para eso estoy yo aquí hoy.

«Así que Mónica le ha mentado a su propio marido y ha obviado el detalle de decirle que pasó por mi casa», dedujo inmediatamente Enrique. Meditó brevemente la respuesta:

–Antonio, con total franqueza, agradezco la oferta y sé que es irrechazable, pero lo consideraría un agravio comparativo con el resto de compañeros veteranos que se lo merecen tanto o más que yo. Más aún cuando ni siquiera pude ir al cierre del acuerdo personalmente, aunque los motivos, como sabes, estén más que justificados.

–A ver, Enrique, ¿qué tonterías son esas? –Se levantó y se puso a caminar

inquieto de un extremo al otro de la pequeña habitación.

Enrique, sentado en una de las dos anticuadas sillas frente a la mesa, se limitó a observarlo, impasible ante su comentario, pues ya sabía la forma de expresarse tan peculiar que a veces tenía su jefe. Su barriga crecía por días, la corbata le quedaba corta y el color de la misma, un gris claro a rayas y con un pequeño detalle en amarillo, hacía un contraste que bailaba entre lo atrevido y lo ridículo.

–Aquí somos todos un equipo –continuó–, nadie se va a molestar por nada ni nadie tiene por qué enterarse –añadió a su vez, cómplice.

–Antonio, yo de veras que te lo agradezco, pero...

–Al grano, Enrique, ¡joder! –le cortó elevando súbitamente el tono de voz–.

¡¿Así que quieres irte al despacho de ese mequetrefe y engréido de Oliver, no?! ¿Quieres poner en práctica allí todo lo que te hemos enseñado aquí estos años? ¿Y crees que el 2% es un problema para tu inminente salida, verdad? – La cara de Antonio se enrojeció y apoyó las palmas de las manos en la mesa encarándose con Enrique, que no se esperaba esa reacción de ira repentina–. Está bien –continuó mientras se sentaba de nuevo en su sillón y, suavizando repentinamente su tono, añadió–. Cuéntamelo sin tapujos –concluyó con los brazos en jarras, mirándole fijamente a los ojos.

Tuvo poco tiempo para pensar. No recordaba haber visto a Antonio tan enfadado jamás, ni siquiera cuando perdieron el caso defendiendo una empresa del Ibx 35, con la enorme repercusión mediática que aquel hecho tuvo. Pero ni mucho menos era la oferta del despacho de Oliver lo que le frenaba. Ni por supuesto tampoco los posibles agravios comparativos con sus compañeros. Consideraba que trabajaba mejor que la mayoría de ellos, y tanto el volumen como la calidad de su trabajo estaban por encima de la media del bufete. Una de las principales razones era Mónica. Todo lo que había y no había pasado entre ellos era demasiado para él. Ella se le había insinuado varias veces y a él le costaba echar el freno. A pesar de que no tenía compromiso alguno, no podía cometer un error como ese. Jamás se lo habría perdonado. Tenía que alejarse definitivamente de ella y de la tentación que suponía. Además, llevaba tiempo pensando en tomarse un año sabático, viajar e irse, por qué no, a Estados Unidos, dónde podría probar suerte como guionista de cine. Ese había sido uno de sus sueños de adolescencia y hacía un par de años que había regresado con más fuerza. Aunque aún no tenía claro qué quería hacer con su vida y con su futuro, estaba convencido de que

necesitaba un cambio.

En esos momentos, tenía que salir rápidamente del apuro y, lo más importante, debía sonar creíble. No le quedó más remedio que decirle a Antonio precisamente lo que quería escuchar.

–Antonio, es cierto. El bufete de Oliver me ha hecho una oferta irrechazable y no te voy a negar que lo estoy pensando... Por eso no quiero ningún trato excepcional, al menos hasta que sepa en qué va a acabar la cosa.

Lo dijo con tacto, encarando directamente a su jefe. Su rivalidad y la de su colega Oliver, dueño de un bufete cercano y toda una eminencia en el sector, era de sobras conocida por muchos profesionales del mundo de las leyes que se movían por sus mismos círculos. Además, ninguno disimulaba esa enemistad, que nadie sabía cuándo cuajó en realidad, pues ambos habían estudiado juntos Derecho en la misma universidad y se rumoreaba que por aquel entonces eran uña y carne. Las malas lenguas decían que quizá Mónica, una jovencísima y brillante estudiante de primer curso, embaucó a ambos y aquello fue precisamente lo que desencadenó esa eterna aversión.

Antonio estalló. Era lo que esperaba oír:

–¡Pero ese malnacido...! ¡Se cree el rey del mambo...! –vociferó y dio un puñetazo a la mesa–. ¿Tiene que venir a mi bufete a quitarme a mi gente? ¿No hay más abogados en Madrid? –Se levantó de nuevo y continuó, bajando otra vez repentinamente el volumen–. No te lo tomes a mal, Enrique, pero esto lo hace por fastidiarme. Apuesto a que ha dicho: «¡Vamos a quitarle alguna promesa a Montolivo, a ver cómo reacciona el gafitas...!» ¡Pues no se va a salir con la suya! ¡Vamos que no! Mañana incluyo una cláusula en todos los contratos en la que pondré que el personal indefinido de esta empresa puede trabajar en cualquier sitio, como si quiere irse a una escombrera, excepto en ese bufete por un período mínimo de cinco años tras concluir la relación laboral con nosotros... ¡Vamos si lo voy a hacer! Y va a pasar todo el mundo en fila india a firmarlo. –Jadeaba y gesticulaba muchísimo mientras no paraba de dar vueltas de un lado a otro.

Antonio estaba fuera de control y Enrique creyó conveniente suavizar un poco el tema. Decidió salir por la tangente y recular parcialmente en su declaración.

–Antonio, no te preocupes. En realidad, y aunque no te voy a negar que la oferta es tentadora, no está entre mis planes aceptarla. Yo valoro mucho otros aspectos. El afecto y todo lo que me habéis enseñado aquí vale mucho más que la cifra que pone Oliver sobre la mesa... Lo que sí es cierto es que quiero

dar un pequeño giro a mi vida laboral. No quería decir aún nada en el bufete, pero me pones contra la espada y la pared. Hace tiempo te comenté algo... –dijo, bajando el tono de voz y buscando una leve señal de aprobación en sus ojos–. Sabes que quiero intentar lo del cine... Quiero trabajar en un guion y probar suerte en Estados Unidos. O Canadá quizá. De hecho, ya estoy trabajando en un proyecto en mis ratos libres. Pero para hacer todo eso, necesito tiempo y, en realidad, estaba pensando tomarme unos meses sabáticos....

Enrique no tenía ni la más remota idea de cómo iba a reaccionar su jefe después de esa nueva información. Esos cuatro segundos esperando una respuesta se le hicieron interminables.

–Enrique, ¿de verdad te crees que nací ayer? –preguntó de forma escéptica–. Dime la cifra que ha puesto Oliver sobre la mesa. Estoy dispuesto a doblarla con tal de que no te vayas a ese bufete.

Lola, la secretaria, irrumpió repentinamente en el despacho:

–Antonio, por favor, ponte al teléfono. La policía pregunta por ti urgentemente –dijo apurada.

Enrique vio la expresión de desconcierto en el rostro de Antonio antes de que saliera precipitadamente para atender la llamada desde el propio puesto de su secretaria. Debía tratarse de algo gordo, pues Lola era muy respetuosa con las reuniones de su jefe y no se le habría ocurrido entrar así en el despacho sin una razón de peso.

Desde el cristal del despacho y a través de las rejillas de las cortinillas, Enrique pudo ver cómo su jefe asentía una y otra vez. Su rostro expresaba solemnidad. Antonio tenía la virtud de que solo por su cara uno ya podía saber en qué estado anímico se encontraba y casi atreverse a adivinar lo que estaba pensando. Algo muy diferente a Mónica, cuya expresión siempre se le antojaba imprecisa, fugaz, cambiante... Colgó el teléfono pocos segundos después y se dirigió de nuevo al despacho. Cerró precipitadamente la puerta tras de sí en un estado aún más nervioso del que mostraba minutos antes.

–Enrique, tenemos novedades relacionadas en parte con el acuerdo del pasado viernes... –le dijo confuso.

Se quedó perplejo. El acuerdo ya estaba firmado, de forma muy favorable a Alejandro Martínez y no sabía qué novedad podría haber al respecto.

–Déjame adivinar... Ese pobre hombre, Santiago, se quiere echar atrás ahora, ¿no? Es normal, Antonio, lo intentará por todas las vías... Es el pan de sus hijos lo que está en juego –respondió.

Antonio negó con la cabeza. Parecía aturdido y Enrique se temió algo peor. Empezó a sospechar de algún tipo de incidente violento contra Alejandro Martínez por haberle arrebatado también las tierras a Santiago Vázquez a un precio irrisorio. Y si la policía había llamado, no tenía que ser cosa nimia... Antonio arrancó por fin:

–El agricultor de la primera parcela, con el que hace pocos meses llegamos a un acuerdo casi idéntico al del pasado viernes, Francisco Carmona, ha aparecido muerto en su finca. Esta misma noche. En extrañas circunstancias, según me han informado.

Enrique se quedó boquiabierto. Desde luego, era lo que menos se esperaba.

–¿Cómo que en extrañas circunstancias? ¿Y qué tiene que ver eso con la firma del viernes? –preguntó sin dar crédito.

–Pues que, aunque las demandas se hayan presentado de forma individual y en tiempo diferente, ambas forman parte de la misma causa. De hecho, aún queda una tercera parcela... por la que Alejandro no tardará en llamarnos, por cierto. Respecto a Francisco Carmona, mi contacto en la policía me ha dicho que, en principio, podría tratarse de un infarto; es más, es lo primero que pensaron cuando encontraron el cuerpo esta madrugada. No hay signos de violencia, solo un golpe en la cabeza que al parecer encaja con el impacto contra el suelo consecuencia de un mareo o un desmayo.

–¿Entonces? –preguntó expectante Enrique.

–Pues que, al levantar el cuerpo, había algo. No lo vas a creer –Antonio volvió a elevar el tono–. Una especie de carta... ¿Qué te parece?

–¿Una carta? ¿De quién? –preguntó de nuevo, él también ya algo alterado.

–No me han querido contar más, dicen que aún no descartan ninguna hipótesis, ni siquiera la del suicidio. Pero han hilado rápidamente y mi contacto me ha dicho que es cuestión de tiempo que terminen hablando con Alejandro Martínez. Ten en cuenta que esto que te digo es información confidencial, ¿entendido? En la nota ponía algo así como «La tierra volverá a...», no sé, no recuerdo qué me ha dicho exactamente. Tal vez ese hombre no superó la venta de sus tierras y se quitó la vida, quién sabe. Muy raro todo, vamos. –Se rascó la calva pensativo y, acto seguido, añadió–: Enrique, tienes que contactar inmediatamente con Alejandro Martínez. Estaba de pleitos con él hasta hace escasos meses y es cuestión de horas o minutos que la policía descuelgue el teléfono. Ponlo sobre aviso y, por favor, que no conteste ninguna pregunta sin al menos alguien del equipo de Montolivo presente. Ahora tengo que hacer unas llamadas, mantenme informado.

Le hizo un gesto para que abandonara el despacho. La discusión que tenían, en teoría, se había acabado. Lo malo era que Enrique no sabía bien cómo. Ligeramente aturdido, se limitó a marcharse a su puesto con la intención de llamar a Alejandro Martínez. Estaba marcando el número, cuando apareció Mónica por la puerta. Ella le guiñó un ojo a modo de saludo al pasar por delante de su mesa. Enrique imaginaba que aún no sabía nada de la noticia que acababan de recibir.

Al otro lado respondieron.

–Buenos días. Dígame, señor Narváez.

–Buenos días. ¿Qué tal? –saludó cordialmente–. Quería darle la enhorabuena por la firma del pasado viernes. Además, tengo que comunicarle una noticia un tanto extraña.

–¿Qué más extraño que la muerte de ese pobre hombre me pueden contar hoy? –preguntó.

Enrique permaneció en silencio un par de segundos, procesando la respuesta. Evidentemente, el empresario tenía sus contactos y se habría enterado mucho antes que el propio Antonio de la muerte del agricultor que todavía, por esas fechas, seguía regentando los terrenos que ya eran de su propiedad en virtud del acuerdo alcanzado meses atrás.

–Bien, veo que ya está al tanto. Era para ponerle en aviso. Si la policía le llama para hacer cualquier tipo de pregunta, por favor, proceda con suma cautela. No queremos que ningún comentario desafortunado se filtre y dé lugar a malinterpretaciones que nos hagan estar en la prensa de todo el país.

–Señor Narváez, de verdad que le agradezco sus consejos, pero hace unos minutos he hablado voluntariamente con la policía y les he contado todo lo que sé; básicamente nada.

–¿Usted mantenía algún contacto con el fallecido? –preguntó de pronto Enrique, obviando lo que el otro acababa de decir–. En el acuerdo se estipulaba que le permitiría terminar con la cosecha hasta, al menos, después de Navidad. Desconozco si hablaban de algún tema concreto de forma recurrente de cara a su próxima toma de posesión, por llamarlo así.

–No. Yo he estado todo el tiempo en Madrid, sin contacto alguno con nadie de la finca y no tengo la más remota idea de qué le ha podido pasar a ese pobre hombre. Así que esté usted tranquilo y tenga por seguro que, si existe alguna novedad relevante, yo mismo le llamaré.

Alejandro colgó inmediatamente después. Enrique no pudo llegar a darle las gracias por el ramo de flores y pensó que no había habido ni una sola vez

en la que él se le hubiera adelantado en algo. Incluso con la documentación que tenía pensado solicitarle para la defensa del caso, Alejandro se había anticipado y presentado de antemano todo el papeleo necesario. Y eso le causaba cierto malestar, porque Enrique, al que incluso de niño había llegado a denominar «el pequeño Sherlock Holmes», se sentía ninguneado e intelectualmente varios niveles por debajo de su cliente cada vez que trataba con él. Alejandro Martínez era un hombre que se había hecho a sí mismo y era obvio que no tenía una charla con nadie en la que no tuviera la sartén por el mango. Incluso para él, con su carácter abierto y facilidad para la palabrería, le resultaba imposible cambiar esa dinámica.

Fue en el preciso instante en el que colgó el teléfono cuando tomó la decisión. Estaba harto de clientes estirados y engreídos. Se tomaría un descanso. Tampoco se iría al bufete de ese maniático de Oliver. Estaba saturado. Necesitaba alejarse de Mónica, de las Amandas y Patricias de turno y, en definitiva, del mundo en general. Y de paso, encontrar una verdadera inspiración para su guion. Al día siguiente, hablaría nuevamente con Antonio. Necesitaba al menos dos o tres meses para recapacitar y pensar. Tras la firma del pasado viernes, estaba sin casos importantes en ese momento, y tenía que adelantarse y actuar rápidamente antes de que le cayera algún otro asunto de responsabilidad.

Ahí mismo resolvió que lo mejor era irse con sus abuelos a Almería. El aire de la sierra alpujarreña siempre lo revitalizaba. Esa tierra le hacía sentirse bien. Y les daría una alegría a ambos. Desde que comenzó la universidad, poco a poco sus visitas al pueblo se habían ido espaciando en el tiempo... El último año solo había estado allí un par de días en Navidad y menos de una semana en verano. Su vida estaba en Madrid y cada vez le costaba más meterse en un pequeño municipio donde las posibilidades de ocio eran las que eran, tan limitadas como repetitivas. Con la decisión ya tomada, pasó el día archivando algunos documentos y terminando de cerrar flecos de algunos otros casos recientes. Eran casi las siete de la tarde y, antes de irse, pudo entrever a Mónica y Antonio en el interior del despacho y, por los gestos que advertía a través del cristal, discutiendo de forma acalorada. Así llevaban ya más de tres horas. Apagó el ordenador, cogió la chaqueta y salió, esperando encontrar al día siguiente de buen humor a sus jefes de cara a la importante petición que les iba a hacer.

Pasó frente al estadio Santiago Bernabéu, tan imponente como siempre. Se rumoreaba que lo iban a remodelar, pero a él le encantaba tal y como estaba.

Cada noche, cuando pasaba por allí camino a casa, recordaba la primera vez que había entrado al campo. Había sido hacía mucho tiempo, tendría once o doce años, y su abuelo le trajo desde Almería a ver su primer partido de Liga, un Real Madrid-Athletic de Bilbao. Jugaba uno de sus ídolos, Zinedine Zidane, lo que suponía un aliciente más. Recordaba ese fin de semana como uno de los mejores de su vida. A solas con su abuelo, visitaron además la Puerta del Sol, el Palacio Real, la Plaza Mayor... y aunque el Real Madrid perdió por cero goles a dos, para él fueron dos días igualmente memorables. El recuerdo hizo que se reafirmara aún más en su decisión. Quería desconectar, pasar tiempo con su familia, tener la calma suficiente para preparar el guion que tenía en mente y después viajar por el mundo con su historia de la mano. Conocer de paso otras culturas y probar suerte. Si no era Estados Unidos, sería Australia o Sudáfrica o Suecia... Eso daba igual. Llevaba más de cuatro años trabajando como letrado y necesitaba ese descanso. Tenía que intentarlo antes de que el mundo del Derecho le atrapara para siempre.

Pasó relativamente cerca del lugar en el que tuvo el altercado días atrás. Se preguntó cómo estaría el otro chico que había recibido la paliza. Y se maldijo una vez más, pues de nuevo había olvidado pasar por la tienda de Shen para intentar recuperar las fotos del móvil. Eso sin contar con la denuncia, en la que tampoco había reparado aún. En esas andaba pensando, cuando, a escasos veinte metros de su casa, vio una chica sentada en el portal. Al principio no quería creerlo, pero a medida que se acercaba, no le quedaron dudas de que era ella. Su larga melena rizada le hacía inconfundible. Su corazón se puso a cien por hora. Cuando se encontraba a pocos pasos, ella simplemente le preguntó:

—¿Has cambiado de número, no?

Ariana era su ex novia. Tres años de una relación tormentosa que aún no había podido olvidar. Hacía seis meses que lo habían dejado y allí estaba ahora, en su portal, con una sonrisa resplandeciente, saludándolo como si entre ellos jamás hubiese pasado nada.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Enrique, cortante.

—¿No me vas a dar siquiera dos besos? —dijo a modo de respuesta, como decepcionada.

Enrique no sabía cómo comportarse. Llevaba unos meses en racha y, cuando salía, le era relativamente fácil entablar conversación y hacer que las chicas se fijaran en él. Pero Ariana era distinta. Ella lo desarmaba por

completo, en una situación similar a la que sufría con Alejandro Martínez, salvando las diferencias, por supuesto. Todo iba bien entre ambos hasta que Ariana comenzó a sospechar que entre Enrique y Mónica había algo más que una simple relación de compañeros de trabajo. En realidad, no había pasado nada, pero probablemente Ariana vio a Mónica venir. Ella actuó como siempre, contratacando más fuerte. Así que una noche cualquiera, él la pilló en su propia casa, en la habitación situada encima de ese mismo portal en el que ahora se encontraban, con un camarero al que había conocido esa misma noche. Enrique no se inmutó ni articuló palabra. Ella lloró, gritó, suplicó, le echó en cara su relación con Mónica... Pero la realidad era que entre él y su jefa jamás había sucedido nada y que Ariana tenía a un tal Tommy, como al parecer se llamaba el susodicho camarero dada la etiqueta de la camiseta que estaba tirada en el suelo con la bandera de Puerto Rico bordada en el pecho, metido aún en sus sábanas y muerto de miedo ante su posible reacción. Pero no hizo nada. Se dio la vuelta y se marchó sin más. Tras aquello, ella le escribía de vez en cuando algunos mensajes a los que Enrique jamás había contestado.

–¿A qué has venido? –preguntó, obviando el tono jovial de ella.

–Quería verte de nuevo, Enrique. Hablar con calma... No sé por qué hice aquella tontería... –comenzó a lloriquear.

Enrique sabía que Ariana era experta en manipular e imaginaba que, con sus lágrimas, que tan fácilmente habían brotado de un instante a otro, intentaba precisamente eso. A pesar de todo, ver a Ariana así lo desarmaba. Y ella lo sabía.

–Sube, anda. Charlemos –le dijo secamente.

Enrique entró en el apartamento con Ariana tras de sí. Alberto estaba en pijama tumbando en el sofá leyendo un libro. Cuando volvió la vista, dio un respingo. Parecía como si hubiese visto una extraña aparición. Él había vivido junto a Enrique los malos momentos de los últimos meses a raíz de su separación.

–Hola, Ariana... Cuánto tiempo... –logró salir del paso y, levantándose como un resorte, le dio dos besos, a pesar de su evidente asombro—. Yo ya me iba, justo tenía que hacer unos recados...

Se fue a su cuarto, se cambió rápidamente y, en menos de un minuto, desapareció tras la puerta. Evidentemente, a esas horas pocas tiendas encontraría abiertas, pero Enrique agradeció una vez más el gesto amable y comprensivo de su compañero de piso.

–Y bien... cuéntame –le dijo, sentados ya ambos en el sofá, uno frente al otro.

No medió palabra alguna. Se abalanzó sobre Enrique y lo besó, agarrándolo por la nuca. Él, cuyo primer impulso fue apartarse, correspondió a los pocos segundos. Le resultaba agradable volver a reencontrarse con viejas sensaciones y, a la vez, con lo que él mismo se había prohibido cientos de veces. Pero se dejó llevar... No había alcohol ni embriaguez de por medio como excusa. Solo lo que le apetecía en ese momento. Ella se desabrochó los botones de la camisa y le llevó la mano hacia uno de sus pechos. Enrique la besaba cada vez con más fuerza. Y, de repente, un clic en su cerebro. Se precipitó hacia atrás y le dijo:

–Ariana, lo siento, pero esto no puede ser. –Evitaba mirarla a los ojos, aturdido como estaba ante su propio comportamiento–. Esto no va a ir a ningún lado, lo sabes. No sé qué pretendías presentándote aquí, pero es mejor que te vayas.

Se levantó del sofá rápidamente y se alejó de ella, situándose en el otro extremo del salón, como si tuviera miedo de sí mismo al saber que no podría aguantar una segunda embestida si llegaba a producirse.

–Enrique, quiero que sepas que yo siempre te he querido –dijo mientras se abrochaba la camisa y lo miraba directamente a los ojos–. Sé que me equivoqué, pero no nos iba tan mal como crees. Por favor, no olvides lo que te dije la última vez que nos vimos... –añadió.

–La pelota está en mi tejado, lo sé –afirmó él, evitando su mirada.

Ella asintió con gesto serio. Se ajustó la falda, recogió el bolso y salió precipitadamente del apartamento, sin cerrar tan siquiera la puerta.

A la mañana siguiente, cuando Enrique llegó al bufete, lo primero que hizo fue hablar con Lola, la amable secretaria, para preguntarle si Antonio tenía unos minutos a lo largo de la mañana para reunirse con él. Le dijo que a eso de las diez y media ella misma lo avisaría. En realidad, Enrique podía entrar en todo momento en el despacho para comentar a su jefe cualquier novedad importante de un caso, pero al tratarse de un tema tan peculiar como el de su excedencia, prefería pedir cita a través de Lola y así Antonio intuiría de antemano que de lo que iban a hablar no sería un tema habitual.

A las once y diez minutos, Lola informó a Enrique que podía pasar al despacho. Se acercó a la puerta, llamó con los nudillos y, a un gesto de Antonio con el brazo, entró. Se acordó en ese momento del enfado

monumental que había presenciado el día anterior con la oferta del bufete de Oliver.

–Bien, tú dirás... Imagino que vienes a trasladarme la decisión que has tomado en relación a lo que hablamos ayer, ¿cierto?

Antonio parecía mucho más relajado que el día anterior. Iba a ser difícil encontrar un momento mejor para pedir su excedencia.

–Así es. No me andaré con rodeos, Antonio –dijo con tono firme–. Quiero tres meses de excedencia para poder trabajar en mi historia. Quiero ver si soy capaz de contar todo lo que quiero y plasmar mis ideas dándoles la forma de guion cinematográfico.

Antonio se ajustó las gafas. Seguía contento. Aceptaría cualquier cosa con tal de que Enrique no se fuera al bufete de Oliver.

–Bien, te daremos dos meses. Un mes de vacaciones y otro de permiso sin sueldo. Tres, ni lo sueñes. Y tendré que consultarlo con Mónica, claro, pero no creo que haya problema –añadió.

–Muchas gracias, Antonio, agradezco de veras tu gesto. –Intuía que Antonio quería decir algo relacionado con el bufete de la competencia y solo estaba esperando el momento oportuno.

–Imagino entonces que has desechado completamente la oferta del bufete de ese caradura...

–Sí. Mi sitio está aquí. Dudé por un momento cuando vi aquella cifra encima de la mesa, espero que lo entiendas... –dejó caer esas palabras con toda la intención, preparando el terreno para una futura subida salarial.

–Ese engreído se cree que lo puede comprar todo con dinero –replicó– pero, a diferencia de él, aquí tratamos a la gente con respeto y no estamos sujetos a los vaivenes de ningún demente en función de cómo se levante ese día. En fin, ¿cuándo piensas irte?

–El viernes me gustaría que fuese mi último día. Estoy cerrando los flecos pendientes de algunos casos y el resto los traspasaré a Benito, si te parece bien.

–Estupendo. Pues no se hable más –zanjó el jefe.

Enrique se levantó y, cuando se disponía a salir, Antonio le dijo:

–Enrique, ¿dónde piensas ir, si no es mucho preguntar? ¿Punta Cana? ¿Riviera Maya? Ya imagino yo cómo te quieres inspirar... –le dijo soltando una mueca.

–A la Alpujarra almeriense, con mis abuelos –hizo una pausa y añadió–: Aunque no lo creas, algunas de las puestas de sol que puedes ver allí inspiran

mucho más que esos lugares que mencionas, te lo aseguro.

Antonio se quedó entre chafado y asombrado. Enrique, mucho más animado, pasó el resto de la jornada poniendo al día a su compañero Benito con el traspaso de casos menores. No vio a Mónica en toda la jornada; tarde o temprano tendría que comentárselo también a ella, aunque a esas alturas probablemente ya se habría enterado por su marido.

Esa noche llegó a casa y encontró a Alberto en la misma posición que el día anterior, esta vez jugando a la videoconsola. La mirada pícaro de su compañero revelaba sus pensamientos.

–Pero bueno... ¿Ariana otra vez? ¡No paras! –dijo divertido entre carcajadas haciendo alusión a la noche anterior.

Enrique sonrió y, cuando iba a dejar claro a Alberto que entre Ariana y él no había pasado nada, sonó el timbre. Ambos se miraron extrañados.

–¿Esperas a alguien? –preguntó Enrique.

Su compañero negó con la cabeza y Enrique se dirigió al telefonillo. Instantes después, pudo comprobar que no habían llamado por error. Era Mónica. ¿Qué hacía de nuevo allí a esas horas?

–Es Mónica, mi jefa. Está subiendo...

–A hacer unos recados se ha dicho... –dijo Alberto mientras enfilaba dirección a su habitación tras incorporarse como un resorte.

–No hace falta que te vayas... –le dijo a media voz Enrique.

–Bueno, por si acaso, salgo mejor a dar un paseo y que me dé un poco el aire –llegó a decir con una risilla antes de entornar la puerta de su habitación, dado que conocía también de pasada la especial relación que mantenía Enrique con su jefa.

Mónica entró como un huracán dirigiendo una severa mirada a Enrique. Estaba a punto de empezar a hablar y entonces vio a Alberto, que se disponía a salir. Cambió totalmente su expresión para saludarlo, alegre y amable. Podía hacer eso con una facilidad pasmosa; cambiar de registro en centésimas de segundos nunca era un problema para ella. Cuando su compañero se hubo marchado, de pie, en medio del salón, Mónica le reprochó colérica:

–¿Crees que está bien que me entere de esa forma que te quieres ir tres meses? ¿Cuándo pensabas decírmelo?

–Mónica, yo... no sé qué decirte... Sé que ambos sois dueños del bufete, pero también es cierto que Antonio está más metido en todo el tema de administración y personal... –Se sentía un poco paralizado porque jamás la había visto tan fuera de sí.

–¿Pero qué me estás contando? ¿Y eso qué tiene que ver? ¿Ahora soy solo tu jefa? –preguntó indignada.

En ese momento, cayó en la cuenta y no lo podía creer. Dos numeritos en el salón de su casa en menos de veinticuatro horas. «Menos mal que las paredes no hablan», pensó un tanto resignado.

–Mónica, entiéndelo –respondió Enrique, intentando suavizar la situación–. Llevo tiempo pensándolo y estoy hecho un lío. Necesito ordenar mis ideas, trabajar al menos una vez en la vida en lo que realmente quiero y no estar permanentemente con la duda de si podría haber hecho algo bueno o no. Y sabes que hay otros aspectos que influyen, cosas que no están bien. Temo que un día no vamos a poder frenar a tiempo...

Sin previo aviso, Mónica se abalanzó sobre él y lo besó. Sus labios estaban húmedos y frescos. Sabían ligeramente a menta. Para él era distinto, desconocido. Y también extremadamente prohibido. Ella le había pillado de improviso, al igual que Ariana la noche anterior. No pudo evitar hacer una efímera comparación.

Enrique no era de piedra, Mónica le gustaba y estaba claro que ella quería mucho más. Bastante le había costado ya frenar a Ariana... pero tenía que volver a parar. Tenía que poder alejarse, aclarar sus pensamientos y su vida, y mirar atrás sin tener nada de lo que arrepentirse antes de tomar futuras decisiones. En cuanto a volver, si es que volvía, lo haría con las ideas claras. Con extrema suavidad, la apartó.

Mónica lo miró a los ojos. En ese momento, se dio cuenta de que ella no era una jovencita como Ariana, sino una mujer de cincuenta y cuatro años que sabía exactamente lo que quería.

–Lo siento, Mónica –dijo–. Sabes que siento algo por ti, pero esto no puede ir a más. Está mal, muy mal. Lo sabes tan bien como yo.

–¿Sabes qué está mal, Enrique? Te lo voy a decir –se reincorporó–. La vida te dirá a la larga que lo que está mal es que desaproveches las oportunidades que te brinda. En el trabajo, en el amor... tienes que saber cuándo subirte al tren. Ya no tienes veinte años, deberías ir aprendiéndolo. Tal vez, el día que lo hagas, sea demasiado tarde.

Cogió su bolso y asió el pomo de la puerta. Enrique aún notaba la fragancia de ella en su cuerpo y el sabor de sus labios en su boca.

–Espero que no te arrepientas nunca de lo que pudo haber sido. Estoy segura de que habría servido para un gran guion cinematográfico –le dijo, despidiéndose de un portazo.

Instantes después, a solas en el salón, no se lo podía terminar de creer. Había rechazado a dos mujeres increíbles en pocas horas. Aún no sabía cómo se había podido controlar. Llamó a Alberto, necesitaba un buen trago y contárselo a alguien. Su amigo le respondió al instante. Lo esperaría en el bar habitual.

Esa noche se emborrachó.

El día siguiente, en el bufete, transcurrió con menor sosiego que de costumbre. Su marcha era el bombazo del día y algunos compañeros se acercaban para sonsacarle de la forma más discreta posible los motivos por los que se iba a tomar un par de meses sabáticos, a lo que contestaba siempre lo mismo: para un hombre de «pueblo», tras cuatro años en Madrid, era necesario desconectar y «desintoxicarse» durante un tiempo para volver después con más ganas. No había nada más, insistía. Le costaba más de lo normal atender a unos y a otros dado que tenía una resaca importante. Las cañas de la noche anterior se habían tornado en copas y acabó con Alberto en un antro-pub hasta pasadas las cuatro de la madrugada.

Capeó como pudo la mañana y esa tarde salió un poco antes de lo habitual con la intención de dirigirse *ipso facto* a la tienda de Shen. Su amigo regentaba un pequeño local en la calle Lérida, relativamente cerca de su casa. Shen era más que su tendero de confianza en cuanto a ordenadores, móviles y accesorios de tecnología. El vínculo se creó años atrás. En un descuido, el móvil de Enrique cayó al agua y, obviamente, tras negarle la garantía el fabricante, de camino a casa dio por casualidad con la tienda de Shen, que consiguió arreglar el teléfono en menos de veinticuatro horas y además a un precio muy asequible. Enrique comenzó a comprarle accesorios, y si no tenía alguno en *stock*, Shen siempre se lo conseguía. Una vez, cuando su anterior terminal móvil se quedó totalmente bloqueado y no podía ni apagarlo ni reiniciarlo, permanecieron hasta tarde juntos, con la tienda cerrada, hasta que consiguió ponérselo a punto de nuevo. Tan agradecido le estaba Enrique que, al salir, le invitó a unas cañas. Y así, poco a poco, el chino y él habían establecido una particular amistad.

Sobre las siete de la tarde, Enrique llegó a la tienda. Shen estaba terminando de atender a un cliente que al parecer buscaba una funda divertida para su tablet. Cuando se marchó, ambos se saludaron y se fundieron en un amistoso abrazo.

—¿Qué te trae por aquí? ¿Cómo no me has avisado de que venías? —

preguntó sorprendido Shen.

–Pues eso mismo... Mi móvil sufrió un fuerte golpe hace unos días –dijo, mostrando el aparato–. Gracias a la empresa, tengo este cacharro con el que voy tirando, pero he perdido todos los contactos personales... y las fotos. ¿Podrías recuperarlo?

–Déjame ver... Este te lo traje yo, ¿no?

–Sí, eso es.

–Tienes que cambiarlo ya, está mayor. Te puedo conseguir a buen precio una nueva marca china que está reventando el mercado... –sugirió.

Enrique recordó fugazmente el comentario de su abuela sobre los teléfonos fabricados en Asia y sonrió para sus adentros.

–De momento, a ver si puedes arreglar este, le tengo cariño. –Le cedió el teléfono a Shen, que pudo ver de primera mano la pantalla completamente partida y la parte trasera también muy dañada.

–Pero bueno, ¿qué has hecho? –preguntó extrañado ante tanto destrozo.

–Se me cayó bajando las escaleras –mintió.

–Bueno, no te prometo nada, pero lo intentaré. Pásate mañana por la tarde.

–Shen... es especialmente importante rescatar las fotos –incidió–. Me gustaría, al menos, recuperarlas de algún modo y poder pasarlas al ordenador, aunque el móvil no vuelva a funcionar...

Shen asintió y sonrió pícaro, a lo que Enrique imaginó que su amigo había malinterpretado el comentario de las fotografías. A saber qué estaría pensando. Y añadió, a modo de despedida:

–Mañana a esta misma hora me paso. Cruzaremos los dedos.

A pesar de la parada en la tienda de su amigo, llegó a casa temprano y aprovechó para llamar a sus abuelos y comentarles que llegaría el sábado a mediodía para comer con ellos. Los dos se pusieron muy contentos ante la inesperada noticia. Sin darse descanso, comenzó a organizar de inmediato los preparativos para el viaje: qué iba a dejar en Madrid y qué se iba a llevar... En teoría, solo eran unas vacaciones largas, así que no pensaba ir excesivamente cargado de equipaje. Además, en Alcor tenía bastante ropa que, aunque no usaba habitualmente por estar pasada de moda, para lo que tenía previsto hacer allí, básicamente pasear y concentrarse en su guion, le valdría perfectamente.

Cuando terminó con la maleta, fue al salón y encontró de nuevo a Alberto enfrascado en una nueva partida de la consola. Él hacía años que no jugaba a videojuegos, salvo alguna vez ocasionalmente en una reunión de amigos o

con el propio Alberto en sus inicios como compañeros de piso. Pero se animó esa noche. Necesitaba desfogar por algún lado todo lo que tenía dentro, aunque fuese a través de disparos virtuales a unas criaturas futuristas. Además, sería una bonita forma de decirle «hasta luego» a su amigo, al que, a buen seguro, echaría de menos durante su estancia fuera.

–¿Qué, salvamos el mundo? Por los viejos tiempos...

Alberto pausó el juego y lo miró extrañado. No contestó, sino que le acercó el otro mando y le dedicó una amplia sonrisa.

Su penúltima mañana en la oficina fue más tranquila. Desde lo que había pasado un par de noches atrás, no había dirigido una palabra a Mónica y, cuando se habían cruzado en el pasillo, ella no había hecho ni tan siquiera el amago de mirarle. Le parecía una pena acabar de esa forma. Sobre el papel y en la vida misma, ella era la mayor y la que tenía una relación y un compromiso que respetar.

A eso de las seis, salió de la oficina y se fue directo una vez más a la calle Lérica. Tenía esperanzas porque sabía de la habilidad y capacidad de su amigo chino para arreglar estropicios como el de su teléfono, aunque el propio Shen le había advertido que no iba a ser tarea fácil esta vez.

Cuando llegó, la pequeña tienda estaba abarrotada. Era hora punta. Desde la puerta, le hizo un gesto a su amigo indicándole que se pasaría después. Dio un largo paseo, llegando hasta el parque de Canal. Meditabundo, a poco más de un día de su partida, recapacitaba sobre el penoso final, muy a su pesar digno de él, que había dado a sus dos últimos amoríos de discoteca. Había estado hablando por teléfono primero con Amanda y luego con Patricia, con las que había utilizado exactamente las mismas palabras. Se marchaba para tomarse un respiro y llamaría a su vuelta. Pero él sabía, tanto como ellas, que jamás volverían a contactar. «Al menos, tener un cacharro tan antiguo durante estos días», pensó haciendo alusión al teléfono de empresa, «me ha obligado a llamarlas y a no despedirme con un mensaje, como probablemente habría hecho si hubiese tenido la oportunidad».

Impaciente por comprobar si Shen había conseguido sacar su móvil de la UCI, volvió a remontar en dirección a la tienda tomando la calle Bravo Murillo, con la esperanza de tener en su poder poco después las fotos de los matones con los que desafortunadamente se había topado días atrás. Por el camino, compró la cena en un supermercado cercano. Shen ya estaba solo con la reja medio bajada.

–¿Y bien?

–Lo siento, Enrique, no he podido arrancarlo. Hay que cambiar muchas piezas y el coste no merece la pena... Pero he conseguido recuperar fotos y contactos – prosiguió–. Está todo aquí –concluyó alargándole a Enrique un pequeño *pen drive*.

–Fantástico. No sé cómo agradeceréte... ¿Cuánto te debo?

–500 *eulos*... –respondió bromista Shen que, aunque hablaba magníficamente el castellano, misteriosamente tenía un problema con la palabra «euro», que no terminaba de pronunciar correctamente a pesar de que era una de las que más utilizaba a diario–. Es broma, corre a cuenta de la casa. No te he podido arreglar el teléfono, así que no te voy a cobrar nada.

–Pero de veras que...

–No es nada –dijo de nuevo Shen dando por terminada la conversación.

Enrique no protestó más y se fundieron en un corto abrazo, muestra del aprecio que se tenían. Dudó por un instante, pero finalmente prefirió no decirle a su amigo que se marchaba un tiempo a Alcor. Sin perder un segundo más, se dirigió apresuradamente a casa a ver las fotos en su ordenador. Confiaba en que la primera instantánea que hizo fuese lo suficientemente nítida como para reconocer al menos a alguno de ellos. Si era así, al día siguiente las llevaría a comisaría para intentar identificar a los agresores. Con la rutina del día a día, no había puesto aún la denuncia, a la espera también de las fotografías. Aunque, en realidad, en secreto y dado lo que le había dicho el chico del hospital, no tenía demasiadas ganas de denunciar para meterse en un jardín de futuro incierto con unos tipos peligrosos probablemente para nada. Estaba bien, y si el otro chico no denunciaba, que era quien se había llevado la peor parte, ¿por qué iba a hacerlo él que, a pesar de todo, no estuvo allí más que por azar?

Se fue a su habitación, encendió el PC y enchufó el conector con la memoria de su teléfono. Apenas el contenido se terminó de cargar, comenzó a visualizar las fotos. Echó un primer vistazo, pero no consiguió localizar las de ese último día. En su búsqueda, se topó con antiguas fotos junto a Ariana. En algunas imágenes se les veía felices. Volvió a recordar la escena de hacía pocas noches atrás y se le volvió a hacer un nudo en la boca del estómago. Mónica había sido la única mujer capaz de borrar parcialmente su huella... y ella era también algo imposible. Desechó esos pensamientos y desestimó abrir cualquier otra foto en la que apareciese su ex novia, decidido a concentrarse en su tarea. Prosiguió buscando con la mirada a través de las

imágenes en miniaturas sin éxito. Empezó a temer que su peculiar amigo, al ver que las últimas fotos estaban oscuras, las hubiera borrado directamente. Estaba tentado de llamarlo cuando al fin dio con ellas. La miniatura se veía muy oscura y la foto había salido movida. Supuso que esa sería la segunda imagen, justo la del momento en que se dio cuenta de que lo habían pillado. Cerró y se fue a la otra. Su mirada se clavó en la pantalla. Bingo. Ahí estaba. La toma era bastante lejana, pero estaba seguro de que unos profesionales podrían llegar a reconocer los rasgos de ambos, especialmente el que lo agredió a él, parado de frente mirando a la cámara mientras su compañero propinaba golpes a aquel otro desgraciado. Envío la foto a su correo electrónico y guardó el *pen drive* en su maletín. Esa noche se acostó con una sensación de alivio.

Su última mañana en el bufete pasó sin pena y sin gloria. A eso de las doce, comenzó a despedirse de todos y cada uno de sus compañeros. A pesar de ser viernes, el ambiente de la mañana era relajado y permaneció casi hora y media charlando con unos y otros. Solo le faltaban Mónica y Antonio, a los que entreveía tras las cortinas del despacho de este último.

Decidió entrar y cumplir con el trámite lo antes posible. No esperaba que le preguntaran por el asunto, pero tras darle varias vueltas durante las últimas horas, finalmente estaba dispuesto a no poner denuncia alguna. Aún le quedaba la esperanza de que el chico del hospital lo llamara y, en ese caso, sí aportaría las fotos a una posible demanda conjunta. Simplemente se marchaba de la ciudad y no le apetecía darle más vueltas al asunto. Llamó con los nudillos y vio tras la puerta acristalada cómo Antonio le hacía un gesto para que entrara. Una vez en el interior, le animó a sentarse en la destartalada silla de tapiz verde que quedaba libre, justo al lado de Mónica. Por un momento, imaginó la escena en la que Antonio era el juez y ambos se sentaban enfrente como acusados.

–Enrique, te veremos pronto. Espero que no te acostumbres mucho a unas vacaciones tan largas, ¿eh? –dijo su jefe conciliador.

Él sonrió, a la espera de que Mónica dijese algo. De forma seca, instantes después, ella agregó:

–Te veremos a la vuelta, aprovecha el tiempo lo mejor que puedas.

Enrique dio las gracias amablemente a ambos y salió del despacho sin más. No sabía cómo podría llegar a sentirse Mónica, pero desde luego, él se encontraba especialmente incómodo cuando estaba con ella y Antonio en la

misma habitación, algo que consideraba, a fin de cuentas, de lo más normal.

Apagó y guardó su ordenador portátil junto con el teléfono de empresa y salió de la oficina apresuradamente, decidido a terminar los preparativos para su estancia en Alcor. De vuelta, pasó por una gran superficie y compró un nuevo teléfono que el vendedor había definido como el mejor de «gama media». Pero a él ese día un teléfono u otro le daba igual. Ya casi podía oler el aire de la sierra, verse allí, intentando recolectar las castañas de esos maravillosos árboles que aún conservaba su abuelo, algunos de ellos centenarios. En ese momento, ese le parecía un plan perfecto para cualquier día otoñal de los que aún restaban. Justamente, los meses de octubre, noviembre y diciembre coincidían con la temporada de la castaña. Muchos pueblos alpujarreños de alrededor incluso celebraban fiestas en honor a esos emblemáticos árboles, muchos de ellos con más de cuatrocientos años de historia. ¿Qué no habrían visto ya a esas alturas sus troncos y sus ramas? ¿Cuántas historias no se habrían vivido al amparo de sus copas?

Era 30 de noviembre de 2012. Lo que Enrique Narváez no sabía aún era que otra historia, la suya propia, iba a cambiar de forma radical. Y algunos de esos árboles que permanecían allí, alzándose orgullosos desde el tiempo de los moriscos, serían testigos privilegiados también en esta ocasión.

Parte 2

Terral

Terral: Viento suave que sopla durante la noche de la tierra al mar. Se da a sotavento de sistemas o cadenas montañosas y es especialmente típico en las zonas costeras rodeadas de montañas.

Capítulo 6

El viaje en coche se le hizo muy largo. Aquella primera mañana de diciembre el cielo estaba nublado y Enrique solo pudo comenzar a ver algún destello de sol cuando ya circulaba por la provincia de Toledo, en plena meseta ibérica. Tras poco más de una hora de viaje, el madrugón le comenzó a pasar factura y decidió pararse en Turleque, en un bar a pie de carretera en el que solía detenerse más por costumbre que por convencimiento.

Un joven con un pronunciado flequillo rubio, que a juicio de Enrique no tenía edad legal para trabajar, le puso un café solo largo y una tostada con mantequilla y mermelada. Buscó una mesita junto a la ventana desde la que podía vigilar su vehículo y volvió a dirigirse a la barra para hojear algunos de los periódicos del día que estaban sobre ella. Tenía la manía de sentarse siempre de manera que tuviera el coche a la vista. No sabía bien por qué, jamás le habían robado, pero era una de esas costumbres que practicaba desde que tenía uso de razón. Ante el repentino jaleo, pudo comprobar que el otro camarero, que parecía ser el padre del joven del flequillo, le echaba un solemne rapapolvo al chaval por derramar algo en el suelo, sin importarle demasiado lo que pudieran oír los seis o siete parroquianos allí presentes, que presenciaban la escena con aire distraído.

Enrique cogió uno de los periódicos al azar y se sentó de nuevo. La sección política protagonizaba la portada y numerosas páginas del interior, aunque hacía tiempo que eso le aburría. Tras un fugaz vistazo a la de deportes, llegó a la página de sucesos y sus ojos se posaron inmediatamente en un titular que lo dejó de piedra.

«Giro de acontecimientos en Alcor (Almería)

»La Guardia Civil ha descubierto nuevas pistas en relación a la muerte en extrañas circunstancias de F. C. A., vecino de la localidad de Alcor (Almería). Aunque en principio todos los indicios apuntaban a un infarto, fuentes de la investigación han admitido que se encontró una misteriosa nota bajo el cadáver y no descartan ninguna hipótesis, incluida la del suicidio. Sin embargo, la posibilidad de un homicidio cobra cada vez más fuerza. Los agentes ruegan la colaboración ciudadana en caso de haber detectado alguna anomalía y recomiendan a los vecinos que acudan al cuartel o comisaría más cercana si disponen de cualquier información que pueda resultar de interés para esclarecer los hechos».

Enrique releyó el breve texto de nuevo. Su pequeño pueblo salía en los

medios nacionales y el hombre que había muerto, Francisco Carmona, vivía a escasos kilómetros de la casa de sus abuelos... A todo ello, se sumaba que el bufete para el que trabajaba había estado implicado en un pleito contra el fallecido pocos meses atrás, representando a Alejandro Martínez. Y ahora resultaba que podía haber un asesino suelto por la zona.

A pesar del miedo que le provocó pensar en esa posibilidad, la alegría de ir a Alcor y estar con sus abuelos era mayor. Cada vez con más frecuencia le invadía cierto sentimiento de culpabilidad por dejarlos tan solos y descuidados durante tanto tiempo. Habían dado su vida por él y hacía ya tiempo que sentía que no les estaba correspondiendo como merecían.

Arrancó el coche de nuevo media hora después, mucho más despierto tras el desayuno. No volvió a parar hasta llegar a la altura de Granada, donde hizo una breve pausa en una gasolinera para ir al baño. El trayecto se le estaba haciendo eterno y lo peor del viaje en solitario era que no paraba de darle vueltas a la cabeza sobre su futuro: seguía sin saber qué quería hacer con su vida. Con el volante entre sus manos y el gris asfalto extendiéndose hasta el horizonte, se sentía inmerso en una huida hacia delante en la que Montolivo ya parecía formar parte de su pasado.

Sea como fuere, de lo único de lo que estaba seguro era de que le venía bien parar y tomarse un descanso. Evadirse. Alcor lo esperaba. No sabía bien por qué, pero tenía cierto nerviosismo metido en el cuerpo ante la idea de llegar a su pueblo y pasar más de tres o cuatro días allí. Al fin, pocas horas después, ese sentimiento desapareció por completo cuando se vio sentado a la mesa junto a sus abuelos, rebosante de alegría por estar de nuevo en la que tantos años había sido y siempre seguiría considerando su hogar.

Decidido a aprovechar lo que quedaba de día, aquella misma tarde salió a dar un paseo por el pueblo. Nada más cerrar la puerta de casa, se topó con Dolorcitas, una gran amiga de su abuela, que nunca perdía la oportunidad de recordarles a él y a su hermana Eloísa el mérito de sus abuelos, especialmente en aquellos primeros meses tan duros tras la repentina pérdida de sus padres. Dolorcitas era una mujer bajita de pelo corto y cano, con la cara surcada de profundas arrugas y que, a pesar del largo tiempo transcurrido desde la muerte de su marido, seguía vistiendo de luto. Enrique le tenía un gran afecto, la única pega que se le podía poner era que siempre había sido cotilla de afición, pero desde que enviudó, lo era también de profesión. Se conocía la mayoría de chismes del pueblo y de las pedanías cercanas. Se alegró mucho al verla, pero no fue nada comparado con ella, que estalló de júbilo

apenas lo reconoció.

–Pero Enrique, ¡qué sorpresa! –le dijo efusivamente–. Dame un beso –le pidió poniéndose de puntillas para que Enrique tuviera que agacharse un poco menos. ¡Qué guapo estás, hijo! ¿Qué edad tienes ya? –preguntó sin reparos.

–Treinta y dos años, Dolorcitas.

–Escucha, ¿y no tienes novia? –preguntó directa e incisiva, mirando de reojo alrededor, como si no quisiera que nadie se enterase.

–Aún no... No me hacen caso las mujeres –respondió Enrique esquivo y con una ligera sonrisa.

–¡Ay, mi nieta Federica, que está en Alemania trabajando...! ¡Sería perfecta para ti! Y viene para Navidad, que es ya mismo... Os lo voy a arreglar yo todo. Ya verás –dijo convencida.

–A ver si usted puede hacer algo. Por lo que se ve, yo no soy capaz de arreglármelas solo... –añadió Enrique, siguiéndole el juego.

–Anda, anda, que a mí no me engañas –dijo picarona–. Seguro que allí en Madrid las tienes a pares. A todo esto, ¿qué haces por aquí en estas fechas?

–Me he cansado del estrés de la ciudad y me he tomado unas semanas libres. Quería pasar más tiempo con mis abuelos tranquilamente en el pueblo –su voz sonó poco creíble y fue consciente de ello inmediatamente después.

–Vamos, que tienes líos de faldas, ¿no? –dijo por sentado la mujer y, sin dar la posibilidad a Enrique de que pudiera rebatirlo, añadió–: Tú tranquilo, que aquí vas a estar en la gloria. En estos días os voy a traer un puchero de esos que tanto te gustaban de niño. Dile a tu abuela que la avisaré antes para que ese día no encienda los fogones.

–Muchas gracias, Dolorcitas.

–De nada, mozo. –Se le acercó y le cogió las dos mejillas, pellizcándolas con suavidad–. ¡Qué guapo estás, por Dios! Adiós, hijo –y se alejó apoyada en su bastón, a paso ligero, mientras murmuraba algo como «cuando venga mi Federica, esto lo arreglo yo...».

Poco después, Enrique llegó caminando más allá del límite suroriental del pueblo. A paso ligero, se acercó hasta una derruida acequia, de esas que durante tanto tiempo habían conducido la nieve fundida desde las cumbres más altas a los cortijos y casas que se asentaban en las más recónditas zonas de los valles. Se dio media vuelta y, entre viñedos, pudo ver de lejos el tradicional encalado de las casas, tan típico de los pueblos alpujarreños. Respiró hondo y emprendió la vuelta, consciente de que por fin estaba en casa.

A la mañana siguiente, aprovechó para ir a la pequeña finca familiar. Le apetecía dar una vuelta por el campo, así que se enfundó en un viejo chándal gris y salió temprano junto a su abuelo. Éste tenía la mayor parte arrendada a su vecino Nicolás Belmonte, una persona de confianza y amigo de toda la vida, del que no le quedaba duda de que, mientras la tierra estuviera en sus manos, la cuidaría como si fuese propia. Pese a todo, se había reservado una pequeña parte del terreno, en teoría, por diversión. Sin embargo, cuando Enrique llegó, se dio cuenta de que la parcela con la que aún contaba su abuelo daba para mucho más que para unos cuantos ratos de esparcimiento. En ese preciso momento, pensó que a las personas como él, ininterrumpidamente activas desde su infancia, les era muy complicado desconectar y quedarse en casa o sentado en la plaza del pueblo durante la mayor parte del día viendo las horas pasar.

Aparcaron el coche en un pequeño recodo del camino y se apearon junto a la entrada. Había llovido el día anterior y la senda estaba hecha un barrizal. Al bajar, Enrique hundió sus viejas zapatillas en el fango y, curiosamente, esto le evocó recuerdos y sensaciones que ya creía olvidadas: cuando era niño y se pasaba las tardes revoloteando por la finca mientras su abuelo y otros, esos que para él eran los «hombres del campo», de los de antes y de siempre, vareaban y recogían la aceituna, lloviera o tronara. Su familia siempre había tenido olivos, pues no le gustaba demasiado el cultivo de la vid, el almendro o el castaño, muy comunes también por la zona.

Estuvieron paseando unos minutos en silencio acompañados por el revoloteo de las pequeñas hojas de los olivos hasta que llegaron al límite de la finca con la parte del terreno que ahora cultivaba Nicolás. Al fondo, pegados a la pequeña caseta que servía como almacén de utensilios, aún quedaban unos pocos castaños. A Enrique le gustaban más estos, pues tenía una pequeña alergia al polen de los olivos y, según la época del año, apenas podía acercarse a esos árboles que de tanta predilección gozaban por parte de los suyos. Cuando llegaron a la altura de los primeros, se entretuvo un tiempo en examinarlos. Su abuelo se quedó mirando al horizonte, con las lomas de la sierra de Gádor de fondo cubiertas esa mañana por unas espesas nubes negras. A Enrique, a veces, le incomodaban los extensos silencios en los que se sumía. Le parecía que quería decir algo, pero luego no pronunciaba nada. O quizá era al revés, y en realidad le estaba diciendo todo sin que una sola palabra saliera de sus labios. Ante el largo mutismo, no se le ocurrió otra cosa

que decir lo primero que le vino a la mente:

–Parece que las plagas han respetado este año... –dijo, no del todo convencido, para romper el hielo.

Su abuelo asintió, sin más, y Enrique imaginó que algo habría habido, como cada año. Mosca o polilla o cualquier otra cosa que siempre terminaba atacando. E intuyó que no quería perder tiempo explicándole algo que ya estaba resuelto y por lo que Enrique jamás había prestado demasiado interés. La relación con su abuelo siempre había sido un tanto peculiar y Enrique se autoculpaba cada vez más de la decreciente atención que le había ido prestando con el paso de los años, especialmente desde que entró a trabajar en Montolivo Abogados. Había estado haciendo su vida sin echar demasiadas cuentas a nadie. Y él más que nadie sabía que quien no siembra, no puede intentar recoger después.

Justamente iban a dar la vuelta, cuando una mujer con un pequeño tractor irrumpió en el camino vecinal. Era Teresa, la esposa de Francisco Carmona, el agricultor que había fallecido una semana antes y cuya muerte ahora parecía resultar un misterio. Su abuelo hizo una seña con el brazo a modo de saludo y ella le correspondió igual, en un gesto más bien apático. Inmediatamente después, iniciaron el camino de regreso al coche; según las previsiones de la aplicación que llevaba Enrique en su teléfono móvil, no tardaría en comenzar a llover de nuevo. Se lo comentó a su abuelo, pero él se fiaba más de otro tipo de medios, los que usaban sus ancestros, para los que la neblina en las lomas cercanas de la sierra siempre auguraba lluvia o vendaval. Por eso, la mayor parte de veces hacía oídos sordos a las predicciones del tiempo que le daba su nieto de forma tan convencida. Ya en el interior del vehículo, no pudo dejar de hacerle una pregunta:

–Abuelo, esa mujer es la que se ha quedado viuda hace tan solo unos días ¿no? ¿Sigue con la finca ella sola?

–Sí. Al parecer, va a acabar la temporada y se mudará con su hija. Mientras tanto, ahí sigue, intentando sacar la cosecha adelante antes de hacer el traspaso al nuevo propietario –dijo indiferente, en alusión al consabido acuerdo alcanzado meses antes con Alejandro Martínez.

–¿Se sabe algo más de esa muerte? –preguntó en tono casual–. Como sabes, mi bufete estuvo implicado en el acuerdo de compraventa de la finca.

–Lo sé –respondió secamente su abuelo.

–Ya –contestó a su vez Enrique, incómodo.

–Aquí no se sabe nada más de lo que le pudo pasar a ese pobre

hombre. Bastante tuvo ya –dijo su abuelo zanjando la conversación.

Enrique lo comprendió al instante. Su abuelo sabía que él trabajaba para el bufete encargado del pleito contra Francisco Carmona y, por tanto, responsable de obligar a malvender esas tierras a un pobre agricultor en pro de un hombre mucho más rico, sin muchos escrúpulos, según decían algunos, y que a esa fecha aún no se sabía bien para qué quería exactamente ese terreno y por qué lo reclamaba ahora de forma escalonada y no antes, cuando la verdadera historia de su identidad salió a la luz. Probablemente también sabría, aunque él no se lo había dicho directamente, que su nieto había sido el responsable directo de llevar el reciente acuerdo de Santiago Vázquez, quien también había terminado vendiendo al multimillonario empresario. Era lógico pensar que el siguiente demandado sería, sin duda, su amigo y vecino Nicolás.

Una punzada de culpabilidad le recorrió el estómago. Era obvio que David Narváez no estaba de acuerdo con la posición tomada por su nieto, aunque el propio Enrique tenía claro que, en el caso de Nicolás, jamás habría podido intervenir directamente, dada la relación de amistad que le unía con su familia.

En medio de un ambiente ligeramente enrarecido, llegaron a casa a eso de las once de la mañana. Su abuela les tenía preparado un café caliente.

–¿Cómo están los hombres de la casa? ¡Qué alegría estar juntos de nuevo! – exclamó sinceramente contenta al ver a su nieto allí después de tanto tiempo. Y añadió–: Enrique, te he preparado albóndigas, tu comida favorita.

En parte abrumado por tantas atenciones, lo cierto era que también se encontraba francamente relajado, en su sofá de siempre junto a la chimenea que su abuelo acababa de encender y con una taza de café caliente entre sus manos. La casa de su infancia era tan cálida en invierno como fresca en verano y, por encima de todo, se trataba de una vivienda muy funcional. No había grandes adornos en las paredes ni ostentosa alguna. Pero le parecía que estaba todo lo que tenía que estar y en el sitio que realmente debía ocupar. En ese momento, se volvió a convencer de que había sido una decisión más que acertada pasar una temporada en su pueblo. Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando llamaron al timbre y escuchó que su abuela se dirigía a una mujer cuya voz le resultaba familiar.

–Hola, Esperanza, perdona que os moleste –oyó que decían con voz entrecortada–. Me he enterado de que Enrique está por el pueblo y quería pasar a saludarlo.

–Claro que sí, hija, ¡cómo no! Está con su abuelo junto a la chimenea.

Instantes después, vio aparecer a Noelia, una antigua compañera de instituto, por la puerta de la sala de estar. Enrique se sobresaltó y se incorporó de inmediato. Estaba hecho una porquería, con un viejo chándal descosido lleno de barro y totalmente desaliñado.

–¡Enrique, cuánto tiempo! ¡Cómo me alegro de verte! –dijo ella a modo de saludo.

Se dieron dos besos. Tras intercambiar unas palabras con su abuelo y una vez superada la sorpresa inicial, decidió cambiarse rápidamente y dar un pequeño paseo por el pueblo junto a ella. Noelia y él habían tenido un fugaz romance durante el verano pre-universitario. Cuando eran aún unos críos, se habían dado algún beso a hurtadillas en el patio del instituto, hecho que no se volvió a repetir jamás en años sucesivos. Luego Enrique se fue a estudiar a Granada y ella se quedó en el pueblo ayudando a sus padres en el negocio familiar. Por aquel entonces, ambos fueron plenamente conscientes de que ninguno derramaría una sola lágrima por el otro. Poco después, ella comenzó a salir con un tipo bastante mayor durante, al menos, nueve o diez años, hasta que, al parecer, aquello se torció. Ya apenas tenían contacto, así que fue toda una sorpresa y un detalle inesperado que pasara a saludarlo a propósito.

Noelia era rubia, con un pelo ondulado que le caía hasta la mitad de la espalda, ojos claros y, además, bastante alta, casi tanto como él. Sin duda, llamaba la atención allí donde fuera. Aunque a Enrique le parecía una chica fuera de serie, siempre había tenido en mente su mojigatez de entonces. Se preguntó si ella también se habría quedado con alguna idea preconcebida del Enrique adolescente de aquella época que nada tenía que ver con el actual.

Tomaron dirección hacia la fortificación denominada «El Castillejo Antiguo». Mientras daban sus primeros pasos charlando de temas triviales, se dio cuenta de que estaba más impresionado de lo que suponía inicialmente. Noelia lucía mucho más esbelta de lo que la había recordado jamás y su ligera gabardina verde de plumas dejaba adivinar debajo una figura escultural. A todo ello se añadía el hecho de que seguía tan simpática y agradable como siempre.

–Y bueno, ¿qué es de tu vida? –preguntó ella, esbozando una gran sonrisa, percatándose de inmediato de que Enrique no le quitaba ojo de encima.

–Poca cosa. Sigo en Madrid, en el mismo bufete –contestó ruborizado.

No sabía cómo continuar e intentó salir por la tangente para evitar hablar más de su vida en Madrid.

–¿Sabes qué? Se me hace raro verte aquí y en estas circunstancias. Un improvisado paseo matutino una mañana de domingo. ¿Curioso, no? Apenas nos solemos encontrar de año en año –sonrió–. Pero me alegro mucho de que hayas venido a casa de mis abuelos. ¿Cómo te has enterado de que estoy en el pueblo?

–Me encontré ayer con Dolorcitas y me dijo que te había visto. Como no tenía nada mejor que hacer, he decidido ir a visitarte. Te habría avisado, pero no tengo tu número de teléfono...

«Dolorcitas...», dijo para sí Enrique. A estas alturas, ya todo el pueblo sabría que estaba de vuelta. Los minutos pasaban y, a pesar de lo agradable del encuentro inicial, no conseguían mantener una conversación fluida más allá del diálogo puro de pregunta-respuesta. En realidad, tras tantos años sin apenas relación, tenían poco que decirse.

–¿Y tú, qué haces ahora? –se interesó–. ¿Sigues en la tienda con tus padres?

–No, ya lo dejé. Ahora estoy trabajando como administrativa en el ayuntamiento. La verdad es que no me puedo quejar. Lo único malo es que, a veces, estar en un pueblo como este se hace un poco duro.

–Ya imagino –contestó él, dado que conocía perfectamente las escasas posibilidades de ocio y de relacionarse con gente de su edad que tendría Noelia en una localidad tan pequeña como aquella.

–¿Y qué tal se encuentran tus padres? –preguntó, cambiando de nuevo de tema.

–Bien, como siempre. La tienda no da para tanto como antes, pero al menos les sigue proporcionando lo suficiente para vivir –contestó en un tono más bien indiferente.

–Pues tengo que hacerles una visita. Hace mucho que no les veo –contestó Enrique.

Ella sonrió y asintió. La conversación había llegado a un punto muerto. Enrique se dio cuenta de que, en realidad, apenas la conocía. Habían estado en la misma clase durante gran parte de los años de colegio y durante todo el período de instituto. Se habían besado alguna vez. Se saludaban en las escasas ocasiones que se cruzaban y se llevaban bien. Pero había poco más que rascar. A él siempre le había resultado encantadora y de un atractivo peculiar, pero nunca como para fijarse en ella de otro modo distinto al de la amistad.

Caminaban remontando la calle Real hasta la plaza de la Iglesia. Enrique

observaba todo con ojos nuevos, como si jamás hubiera pasado por allí. Se respiraba tranquilidad en cada esquina, en cada balcón, en cada casa. Incluso siendo construcciones relativamente modernas, los callejones del pueblo aún evocaban ese pasado morisco que tanta sensación de frescor le producía, con sus casas blancas adornadas por preciosas balconadas cubiertas de flores. De repente, sonó el teléfono. «Bendita melodía», pensó, al sentirse salvado por el otrora molesto timbre que bramaba desde su bolsillo. Vio en la pantalla que se trataba de Antonio y, a pesar de que no quería contestar, se veía más incómodo aguantando el silencio de su acompañante que lo que le pudiera decir su peculiar jefe. Le hizo una señal con el dedo a Noelia indicando que iba a responder la llamada y se alejó unos pasos antes de descolgar:

–Enrique, ¿qué tal? –preguntó Antonio en tono jovial.

–Bien...

No le dio tiempo responder. Su jefe prosiguió de carrerilla.

–Me acaba de llamar Alejandro Martínez. Va a ir a por el siguiente caso, quiere recuperar el terreno completo. Y quiere que tú lo vuelvas a gestionar.

No podía ser. Solo llevaba poco más de un día fuera de la oficina. El que fuese domingo era lo de menos. Decidió que la mejor opción era cerrarse totalmente en banda ante una petición así. Además, jamás habría podido llevar un pleito en contra de Nicolás Belmonte, el amigo de sus abuelos.

–Antonio, ya sabes que, al menos hasta dentro de dos meses, no tengo pensado volver...

–Lo sé, lo sé, pero se ha empeinado en que seas tú quien lleve el caso. No me preguntes por qué.

–Pues lo siento, me voy a tener que negar, habíamos llegado a un acuerdo –respondió tajantemente.

Con esa respuesta, pretendió tocarle la fibra. Sabía que su jefe, cuando cerraba un trato, lo cumplía. Su interlocutor carraspeó.

–Enrique, voy a tratar de convencerle por enésima vez de que sea otro compañero el que lleve el caso –dijo, no muy convencido–, pero los multimillonarios son unos excéntricos, lo sabes bien, y éste se ha empeinado en que seas tú. Deberías sentirte halagado. Te llamaré en un par de días. Y recuerda que valoraremos mucho tu gesto.

Colgó. Antonio también sabía jugar sucio y había contraatacado intentando rozar su sensibilidad. Eso de la valoración del gesto se lo había escuchado infinidad de veces durante estos años y casi siempre le había funcionado. Pero Enrique no iba a acceder, aunque eso significara el fin definitivo de la

relación laboral con Montolivo. Tenía claro que no iba a volver a Madrid en una temporada. Necesitaba tiempo para su proyecto y sabía que la tranquilidad y serenidad que respiraba en Alcor no la iba a encontrar en la gran ciudad. Tomó aire y notó cómo el tibio frescor de la brisa alpujarreña recorría sus pulmones, lo que le ayudó a reafirmarse en sus ideas. Había decidido que, al día siguiente, comenzaría a trabajar en su guion seriamente. Tenía en mente un *thriller*, por ser un género que le gustaba y en el que creía que era más fácil destacar siendo su primera composición. Y triunfara o no, dentro de un tiempo podría echar la vista atrás y decir que, al menos, puso toda la carne en el asador y luchó por cumplir su sueño.

Se encaminó de nuevo hacia donde estaba Noelia, que se había sentado en un banco y saludaba amablemente con un gesto de la mano a varios hombres de avanzada edad que pasaban por delante. Era domingo y la plaza de la Iglesia estaba abarrotada. Intuyó que, dada su actual posición como administrativa del ayuntamiento, ella debería conocer ahora a más de la mitad del pueblo. Noelia se levantó cuando Enrique estaba a solo un par de pasos.

–¡Ha sido un placer verte, compañero! –dijo directamente a modo de despedida mientras le posaba amistosamente una mano en el hombro.

–Igualmente, me alegro mucho. Estaré por aquí algún tiempo, así que ya nos veremos –dijo él, intentando ser cortés.

–¿Qué tal si me escribes mejor? Aquí hay poca gente joven y un día podemos tomar una cerveza. Anota mi teléfono, anda –sugirió ella.

Enrique anotó el número. No sabía si estaba pidiéndole una especie de cita o si solo pretendía ser amable con él. Se despidieron con dos besos y Noelia enfiló por la calle Iglesia mientras él volvió a girar en dirección a la calle Real.

Así, reflexivo, durante el camino de vuelta siguió pensando cómo la vida allí seguía transcurriendo sin demasiados sobresaltos. La suya caminaba entre las paredes de blanca cal de Alcor y las de cemento rojizo de Madrid. Ambas composiciones preciosas a su manera. Su tiempo se deslizaba entre Ariana, Amanda, Mónica... y quizá también otras mujeres, sin rostro aún, y muchas otras más, incluso aquellas que jamás vendrían. ¿Qué quería Enrique Narvárez en realidad? ¿Buscaba a alguien? ¿Buscaba algo? ¿O es que era él mismo quien se ponía un escudo, una coraza, unos límites que en realidad no existían? Lo que más le asustaba era que no lo sabía. O más bien que, en su fuero interno, tal vez sí.

Era 2 de diciembre de 2012. Pronto cumpliría treinta y tres años.

Capítulo 7

Enrique le daba vueltas a la noticia del periódico y la extraña muerte de Francisco Carmona. ¿Habían matado a sangre fría a ese hombre? Y en ese caso, ¿quién y cuál podía ser el motivo? La cuestión que más le inquietaba era si podía tener algo que ver con la venta de su finca. Nuevamente, por enésima vez, esa mañana se esforzó en concentrarse en su tarea, volvió a la pantalla del ordenador y tecleó:

«-Estoy cansado de perderte sin querer...».

Era la primera frase de su guion. Se imaginaba una escena profundamente deprimente. En su mente, aquella oscura noche, la lluvia resbalaba por el rostro de ella, creando su propio camino, zigzagueando por su mejilla como si se tratara de un juego en el que sus pecas eran los únicos obstáculos a sortear para llegar a la meta. Al poco, esa gota de lluvia se mezclaba con otra salada, la lágrima que salía de sus ojos. Y juntas se unían y acababan en el suelo, perdidas en un mar de agua, tierra y maleza junto a un millar de gotas más. Mientras tanto, él se alejaba, enfundado en su eterno chubasquero amarillo, teniendo por seguro que jamás volvería a verla. Y de repente, todo se volvía negro. «Solo tengo escenas en mi cabeza, joder», se decía para sí, cortando el hilo de sus pensamientos. «Sé que juntas significan algo, pero ni aún en mi mente conozco qué podría ser. Tengo que conectarlas para hacer algo verdaderamente importante, pero no sé cómo».

Una taza de café junto a un lapicero y un bloc de notas conformaban su compañía. Estaba bloqueado. Había hecho varios cursos por internet, leído cientos de blogs, pero realmente no tenía nada. Solo eso, un puñado de cortes bonitos e inconexos para la cámara. Su abuela entró de pronto en su habitación con una bandeja y un cuenco repleto de galletas.

-Toma algo, Enrique, que no has desayunado. A ver si cuando vuelvas a Madrid, vas a irte más delgado de lo que ya has venido -le reprochó cariñosamente.

Desde que había dejado quince años atrás la casa de sus abuelos, siempre que llegaba de nuevo tras un largo periodo de ausencia, su abuela le veía más delgado. El hecho de que se fuera de casa con dieciocho años con setenta kilos y ahora pesara diez más era lo de menos. Aunque también era cierto que su cuerpo había cambiado con los años y que ahora estaba bastante más tonificado gracias al ejercicio regular en gimnasio mantenido en el tiempo.

-Gracias, abuela. Ahora me tomo alguna -le sonrió, volviendo de nuevo la

mirada al ordenador.

Su abuela dejó la bandeja y se marchó. Enrique cogió una galleta y le dio otro sorbo a la taza de café, que ya comenzaba a enfriarse. Volvió a centrar su atención en la única frase que estaba escrita. «Estoy cansado de perderte sin querer...». Su mirada se fue inconscientemente al lapicero y el curioso sacapuntas que albergaba en su interior. Se lo había regalado Ariana hacía dos años, cuando estuvo con él en las fiestas de Alcor. Sus ideas volvieron a irse por otros derroteros. Y es que, por un momento, parecía que podían llegar a ser felices juntos. Ella era todo lo que un hombre podía desear. Eclipsaba a cualquiera que estuviera a su lado, no solo por su arrolladora belleza, sino porque era de esas personas a las que les gustaba hacerse notar. A veces demasiado. En las pocas reuniones familiares a las que asistieron juntos en Alcor, ella siempre intentó ser el centro de atención. La mayoría de veces lo consiguió, pero Enrique era consciente de que muchas anécdotas y comentarios eran, más que desafortunados, expuestos a destiempo y que ella no encajaba del todo con la filosofía de vida que reinaba en su pueblo natal. Sus abuelos jamás se lo habían confesado, pero estaba seguro de que a ninguno de los dos le gustaba especialmente su novia de entonces. Decidió que ahora, con el tiempo, debería preguntárselo abiertamente. Se dirigiría a su abuela; estaba seguro que el viejo David Narváez jamás respondería a una pregunta como esa. O al menos, no con la contestación que él esperaba oír.

Así continuó al menos veinte o treinta minutos más, hasta que de nuevo se propuso reanudar su actividad, tan poco productiva hasta el momento. Para intentar no distraerse más, confeccionó un plan de trabajo. Se dijo que primero haría un esquema de la historia, como recomendaban los expertos del tema. Después crearía a los personajes, dándoles forma. Y a continuación, se pondría a trabajar siguiendo ese esquema, desarrollando la estructura básica de las escenas, para terminar embelleciéndolas y dándoles los detalles y adornos necesarios. La leyenda del baloncesto Michael Jordan, desde el viejo poster que colgaba encima de su escritorio, pareció darle la razón al lanzarle un gesto de «Ok» con su pulgar. Con todo, añadió una segunda frase a la primera:

«-Estoy cansado de perderte sin querer...»

«-Haz como yo, piensa que jamás te quise. Así te será más fácil».

Borró ambas. Le parecían excesivamente pastelosas y sensibleras, nada de lo que buscaba. Tenía una historia de amor entre medias, pero no le encajaba dentro del *thriller*. «Quizá debería olvidarme del género y contar lo que

quiero. Después ya lo encajaremos en uno u otro. O crearé uno nuevo, por qué no», se dijo.

Ahora fue su abuelo quien entró en la habitación de forma inesperada. Dejó un periódico sobre la mesa y se marchó en silencio, sin pronunciar palabra alguna. Era la primera vez en su vida que Enrique le había visto hacer algo así. Para empezar, jamás compraba el periódico.

«¿Qué narices...?», pensó.

El titular fue un jarro de agua fría.

«El ayuntamiento de Alcor aprobó en el primer pleno del mes la recalificación de los terrenos anexos al paraje de La Mesetilla como urbanizables.

»(...) La operación se ha llevado con máximo secretismo para evitar especulaciones y que compradores extranjeros adquirieran las tierras a trabajadores locales para generar beneficios con la recalificación. Fuentes consultadas por este periódico han desvelado varios borradores de proyectos en trámite, entre los que destaca el presentado por el empresario A. M. Un gran complejo hotelero, Mirador de la Alpujarra...».

Enrique no daba crédito y tuvo que leer dos veces la noticia. Acto seguido, arrojó el periódico con un gesto de rabia insólita contra el póster del bueno de Michael Jordan. Después gritó a pulmón lleno para desahogarse. «¡Cómo he sido tan ingenuo! ¡Pero qué estúpido...! Lo peor de todo, ¿dónde estaba escondida esa información?». Le parecía increíble que hubiera podido llevar a buen puerto el caso de Santiago Vázquez sin tener la más mínima idea. «¿Cómo he podido pensar que Alejandro Martínez era un soñador que quería vivir rodeado de naturaleza en el mismo lugar donde se criaron sus antepasados? Manda narices», volvió a maldecir. «¿En qué he estado pensando? ¿Lo sabrán en el bufete?».

No, Mónica no podía haberle hecho eso. Ella jamás le habría ocultado una información así. Estaba defendiendo a un magnate contra vecinos y conocidos de su abuelo, algunos amigos que conocía desde que era un niño. Creía que era una causa justa darle a la persona que se lo merecía lo que le correspondía por derecho, pero ahora quedaba claro que la situación real no era precisamente esa. Se dispuso a marcar el número, enrabiado. Al tercer tono, Mónica descolgó.

–Enrique, ¡qué sorpresa! ¿Ya te has arrepentido, a que sí? –por su forma de hablar, dedujo que estaba con su marido en la oficina o hablando delante de otras personas y quería hacer ver a sus acompañantes de quién era la llamada.

Unos susurros de fondo confirmaron sus sospechas.

–Nada de eso –fue directo al grano–. ¿Puedes hablar un segundo en privado?

–¿Qué te hace pensar que no estoy a solas? –preguntó ella a su vez con un ligero tono de indignación.

Enrique se calló. Al instante, pudo oír el movimiento de una silla y, a los pocos segundos, ella comentó:

–Toda tuya, cuéntame.

–¿Sabías lo de la recalificación de los terrenos de Alcor? –preguntó manifiestamente alterado.

Mónica calló. No hizo falta más. Ella comenzó a intentar excusarse.

–Mira, Enrique, yo me enteré ya tarde, cuando...

Colgó el teléfono. No se lo podía creer. Había sido un pelele todo ese tiempo. Por tanto, lo sabía también Antonio y, por supuesto, quien a buen seguro estaba detrás de todo, el sospechosamente amable Alejandro Martínez, al que probablemente no le habría gustado demasiado que se filtrase gran parte de su proyecto a los medios antes de tiempo.

Salió de la habitación y paseó hecho una furia por toda la casa, vacía en ese momento. Era lunes, probablemente su abuela habría salido al mercado y su abuelo, tras dejarle la noticia, a dar una vuelta por la finca. Sentía muchísima rabia y no sabía cómo darle salida. En otras ocasiones, había optado por correr o hacer ejercicio intenso en el gimnasio, así que, como allí no disponía del segundo medio, decidió enfundarse los primeros pantalones de deporte que encontró en el armario, muy desgastados ya, junto con unas viejas zapatillas de las que no podría decirse nada mejor. Salió como un resorte y enfiló rumbo al campo, en dirección a las fincas que ya eran propiedad de Alejandro Martínez en gran parte gracias a él y el bufete para el que trabajaba. Quería hacer un destrozo y romperle algo al engreído millonario. Un seto, el sistema de riego o cualquier cosa. A un ritmo de carrera bastante elevado, el transcurso de los minutos y el cansancio lograron calmarle un poco. Con la mente algo más despejada, pensó que la pobre viuda de Francisco aún estaría allí, y el trasvase de la propiedad como tal no se haría efectivo hasta dentro de un tiempo, por lo que de poco iba a servir un comportamiento tan irracional. No destrozaría nada. Al menos, de momento.

Media hora después, se encontraba a unos cincuenta metros de la finca. El tiempo se estaba arreglando y, aunque aún algunas nubes negras salpicaban el cielo, los claros ganaban cada vez más espacio. Conocía a la viuda apenas de

pasada. Cuando era niño, de casualidad, acompañó a su abuelo a una reunión para la mejora del camino en común que compartían. Sabía que tenía una hija, que ahora rondaría los diez u once años.

A su espalda, de pronto, escuchó una voz de mujer.

–El niño se ha hecho mayor...

¿No le guardaba rencor o es que no sabía que había estado trabajando para el mismo bufete que defendía a Alejandro Martínez? Cuando se giró, vio a la viuda de Francisco Carmona, mucho más envejecida de lo que evidentemente la recordaba en aquel primer y único encuentro hacía muchos años ya. El día anterior, de lejos, cuando se había cruzado con el tractor, no había podido apreciarlo.

–¿Se acuerda de mí? –preguntó él.

–Cómo no me iba a acordar del nieto de David Narváez... –respondió ella con una media sonrisa.

Enrique se sonrojó. A veces olvidaba que allí a su abuelo lo conocía todo el mundo.

–Disculpe... –No recordaba su nombre y dio pie a que ella lo pronunciara.

–Teresa, no te preocupes –dijo ella.

Iba vestida con un mono vaquero azul sobre una camiseta blanca de manga larga y un gorro para el sol que no dejaba ningún cabello al descubierto. Una indumentaria que no encajaba para nada con lo que se estilaba por la zona.

–Y, por favor, tutéame –añadió.

–Quería decirte en primer lugar que siento mucho lo de tu marido –le dijo Enrique, solemne–. Me consta que era un buen hombre.

Su cara se ensombreció y ella asintió, agachando ligeramente la cabeza.

–Bueno, hay que salir adelante –dijo de nuevo–. Por Luz. Esa pequeña hace que saques fuerzas de donde sea. Disculpa, estoy siendo muy descortés, ¿te apetece una taza de café? –Le invitó a pasar.

Enrique vio la oportunidad de charlar con ella y obtener información desde otro punto de vista. Le gustaría saber cómo se venían percibiendo allí los cambios que se suponía iban a producirse en la zona con la entrada de Alejandro Martínez y en los que ella misma era la primera afectada, pues ya había vendido su parte al empresario.

Se sentaron uno frente al otro, en una pequeña salita de estar con un viejo brasero en el centro. Hablaron unos minutos de la vida de Enrique, de cómo se había ido del pueblo para convertirse en abogado de un prestigioso bufete. Ella habló sobre todo de su hija Luz, una estudiante sobresaliente, y de los

problemas de plagas que había tenido la oliva en los últimos años.

No tardó mucho en decidir sincerarse con Teresa y poner toda la carne en el asador.

–Teresa, si te soy franco, la verdad es que no tenía ni la más remota idea de la recalificación de estos terrenos. Yo no llevé este caso en concreto, pero me cuesta creer que mis compañeros supiesen algo en aquellos momentos – mintió–. Por eso me gustaría saber cómo accediste a negociar junto a tu marido la venta de esta hermosa parcela. Con la recalificación, habríais ganado el doble, por lo que entiendo que tampoco intuáis nada... ¿Me equivoco?

Teresa carraspeó. Dio el último sorbo a su taza de café.

–Si yo también te soy franca, da la sensación de que estás dolido o molesto por algo. ¿Puedo preguntarte por qué?

Se hizo un incómodo silencio. Enrique no quería contarle a aquella mujer la amargura que le producía haber sido engañado por sus jefes de Montolivo. Instantes después, ella habló de nuevo, obviando la pregunta que acababa de formular.

–Está bien, no tengo nada que ocultar, te lo puedo contar a ti como a cualquier otro vecino. Hace unos meses, un año quizá ya, se presentó aquí mismo el famoso Alejandro Martínez. Lo reconocí enseguida porque sale con cierta frecuencia en los programas de cotilleos de televisión. Vino con otro hombre, que no tenía pinta de abogado. Creo que era su chófer o algo así, porque, además, se quedó en la puerta esperando. Fue amabilísimo. Nos dijo que quería comprarnos las tierras y nos habló de un proyecto de futuro para dar a conocer toda esta comarca al mundo entero. Aunque eso sí, dejó claro en todo momento su respeto por el entorno y su compromiso por mantener la esencia de la zona... Todo ello con un discurso muy apasionado.

Dio otro sorbo a la taza de café y continuó.

–Pero mi marido le dijo que jamás iba a vender sus tierras a nadie y menos para convertirlas en un circo. Se enfureció muchísimo y el señor Martínez dijo, sin más, que nos veríamos en los tribunales. Hacía tiempo que se escuchaban rumores del interés de posibles inversores, sobre todo extranjeros, en revitalizar la comarca, aunque, la verdad, jamás pesamos que una recalificación llegaría tan pronto.

Hizo una nueva pausa para apurar lo que quedaba en la taza y prosiguió:

–Al principio, pensamos que fue una bravuconada, pues no entendíamos por qué motivo iba a llevarnos a un juicio, ¿por no querer vender algo que es

nuestro? Pero al poco, nos llegó la demanda que señalaba que la compra de estas tierras por parte del padre de mi marido no fue del todo legal debido a lo que pasó en la guerra y los duros años de posguerra. Un lío de testamentos y escrituras, vamos. Y por ley, ese señor podía y tenía el derecho a reclamar este terreno, pues, al parecer, era de su bisabuelo y ha habido muchos chanchullos entre medias.

Enrique no necesitaba mucho más. Tras unas pocas preguntas y respuestas sin trascendencia alguna, le dio las gracias por el café y salió camino a casa. De nuevo, volvió corriendo, esta vez casi al galope. La conversación con Teresa lo había dejado algo trastocado. Ella no lo había dicho claramente, pero hacia el final, había insinuado que muchas personas sabían de la posibilidad más que probable de la recalificación del terreno a medio plazo y que algunos inversores estaban pendientes de ello. Lo que desconocía era si algo así podría tener que ver con la misteriosa y repentina muerte de su marido. Además, ¿dejar una nota? Un hombre que se suicida, en caso de dejar un mensaje, suele apostar por un escrito claro. Y ese texto era, más que nada, una provocación. «La tierra volverá a quienes la trabajan con sus manos...». ¿Qué quería decir aquello?

Ya en casa, decidió que al día siguiente iría a hablar con el teniente Casto Perea, un viejo conocido de la familia, para intercambiar impresiones. Cada día que pasaba, tenía más claro que allí las cosas no eran como se las habían pintado en un principio.

Y esta vez, quería manejar personalmente todos los hilos.

Capítulo 8

–A ver, David –dijo mientras cruzaba el umbral, a la par que se quitaba la boina y la dejaba en la vieja percha de madera junto a la puerta–. ¿Tú estás seguro de que va a ser capaz de hacerlo bien? –preguntó obviando del todo la presencia del propio Enrique–. Ese hombre tiene abogados muy importantes y mucho dinero. Hay mucho que hacer y, la verdad, con Juan estoy más tranquilo. Él es la persona que me ha llevado todo hasta ahora. Siéntate junto al fuego y sécate rápido –le indicó–, que estos días de lluvia a nuestra edad ya no se llevan igual que antes.

La casa era de una sola planta con cuatro estancias y un enorme patio. La sala principal constaba de una enorme chimenea con numerosas sillas a su alrededor, algunas ya casi destrozadas. Al otro extremo, un distribuidor daba paso de frente a una pequeña cocina, mientras que, a mano izquierda asomaba un cuarto baño y, a la derecha, lo que se intuía como el único dormitorio de la casa. Una vivienda rústica que todavía mantenía la esencia de lo que significaba la verdadera vida de campo.

Un gran dálmata procedente de la habitación asomó por el pequeño pasillo, miró a su alrededor sin demasiado interés, se estiró tranquilamente y, a continuación, se acomodó junto al fuego, sin prestar mucha más atención a sus tres acompañantes.

–Nicolás, mi nieto es un gran abogado. Y tiene una ventaja, ha estado al otro lado y conoce los argumentos que van a utilizar, ya que él mismo ha preparado muchos de ellos.

Enrique, sentado junto a su abuelo, no era más que un mero espectador, como si a ninguno de los otros dos le importase que estuviese allí. Nicolás dudaba. Respetaba mucho a David Narváez, era toda una institución en aquella comarca. Pero también sabía que arriesgaba mucho si ponía el caso en manos de un abogado, a su juicio, muy joven y que no sabía nada de sus asuntos hasta el momento.

–Yo lo que no entiendo es una cosa –dijo Nicolás, acalorándose–: La escritura está a mi nombre, por lo que no sé dónde está el problema. Es que no hay más discusión. Ya puede venir el juez con lo que quiera que a mí no me va a echar.

–El problema es que hay dos escrituras, Nicolás, lo sabes perfectamente –replicó con suavidad David–. Una anterior y otra posterior, que es la que tienes tú y que se alzó sobre polvo mojado. Y ahí está el lío –enfaticó–. A ti

te vendieron algo que, en teoría, no se podía vender, pues su verdadero propietario no era consciente de ello.

–Mi madre compró estas tierras ante notario, ese no es mi problema. Ya pueden ponerme delante los millones que quieran –concluyó mientras se alteraba más de la cuenta.

David Narváez conocía a Nicolás desde que era un niño. Sabía que tenía un corazón de oro, pero también que era muy terco. Y a sus poco más de sesenta años, dudaba que ya fuera a cambiar. Prefirió, por tanto, no insistir más y cerrar el tema cuanto antes.

–Mi nieto no necesita el trabajo, Nicolás, eso lo sabes. Pero se siente en deuda con todos nosotros y quiere ayudar –dijo sin mirar siquiera a Enrique, a pesar de que lo tenía a su lado–. Tú decides.

–¿Pero tu nieto quiere realmente llevar el caso? No tengo muy claro que quiera meterse en semejante jardín... –dijo, ahora sí, mirando de reojo a Enrique.

–Lo hará –contestó dando por zanjado el asunto.

David Narváez se levantó, acarició en el cogote al viejo dálmata, que gruñó como si no quisiera que le molestaran ni para un ligero gesto de cariño, y salió de la estancia.

–Yo volveré andando –dijo ya en la calle.

Enrique no discutió y se metió solo en el coche. Llovía más que antes a gotas finas. A través de la ventanilla, pudo ver cómo su abuelo se ajustaba el sombrero y se encaminaba rumbo a casa, a unos quince minutos a pie. David Narváez había olvidado coger el chubasquero y sabía de antemano que llegaría empapado, por lo que no hizo nada por aligerar mucho el paso: el resultado acabaría siendo el mismo.

La responsabilidad que aceptaba defendiendo a Nicolás Belmonte le intimidaba, pues no quería fallarle, ni mucho menos a su abuelo, su gran valedor, después de que él mismo le pidiera que intercediera. Era la única manera de enmendar parte de los errores cometidos en el pasado. A pesar de ello, la elevada probabilidad de fracasar azotaba su cabeza y con frecuencia se preguntaba si finalmente había sido una buena idea. Pasó varios días preparando a conciencia todos y cada uno de los puntos en los que podía basar su defensa. Una noche, rozando ya el inicio de la Navidad, se quiso sincerar con su abuelo.

–Abuelo, agradezco mucho la confianza depositada en mí, pero creo que

aún me queda mucho para alcanzar mi máximo nivel como letrado. Sé que hay hombres que lo hacen con treinta años y otros con cincuenta. Y no quiero que pienses que me asusta este caso. Lo que quiero decir es que, aunque creo que estoy lleno de energía y buenas intenciones, aún me falta cierta picaresca dentro de la profesión, por llamarlo así. Te hablo del tipo de pillería que solo se adquiere con experiencia. En una profesión como la abogacía, es imposible llegar tan joven a la cúspide. Y no me gustaría decepcionaros.

Su abuelo se levantó del sofá y se asomó por la ventana. Mientras la chimenea apuraba el último hilo de calor que aún le quedaba, pudo contemplar a través del cristal el tupido manto de estrellas que se dejaba ver en el cielo esa noche. Se dirigió al televisor y lo apagó directamente sin usar el mando, como siempre solía hacer. A continuación, se encaró hacia él, de pie:

—¿Por qué dices eso? —le dijo enérgicamente levantando el dedo índice y apuntando directamente hacia él—. Te limitas a ti mismo. Y eso siempre es un error. Si tú mismo pones barreras a lo que haces, jamás conseguirás nada.

Enrique se sorprendió con su reacción, pero la realidad era que, en ese momento, no tenía verdaderamente nada a lo que aferrarse. Solo indicios. Con total seguridad, la recalificación se habría producido o acelerado de forma irregular. A buen seguro, existirían sobornos, pagos en dinero negro... Podía llegar a intuir muchas cosas, pero no podía probar nada. Y dudaba que llegara a ser fácil probarlo. Aunque claro, si algo era sabido, era que en ese tipo de negocios, por pequeño que fuera, siempre había un hilo del que acabar tirando.

—Déjame que te cuente —prosiguió—. Cuando tu padre tenía nueve o diez años, tuvimos que tomar una decisión muy arriesgada: Dejar de trabajar para don Natalio y comprar nuestra propia finca. Entonces no teníamos recursos, ni mucho menos, para afrontar el pago. Aún recuerdo aquella noche como si fuera ayer. Fue en este mismo salón y tu abuela estaba justo ahí, donde estás sentado ahora. Llevaba tres noches sin apenas dormir. Y en ese momento, vino tu tía Carmen, jugueteando con un ovillo de lana. Decía que quería ser costurera, como lo había sido su mamá Esperanza. Tu abuela reaccionó y dijo:

—Llama a don Natalio y dile que nos quedamos las tierras. Ya saldremos adelante, como siempre hemos hecho.

Hubo un silencio. Su abuelo se atragantaba. Hacía mucho tiempo que Enrique no lo veía hablar así de emocionado.

–Tu abuela no quería la misma vida de penurias para su hija que la que habíamos sufrido hasta ese momento nosotros –continuó–. Y salimos adelante, como puedes comprobar –hizo una nueva pausa para tomar aire–. Lo que quiero decirte es que uno jamás sabe si está verdaderamente preparado para algo hasta que no se enfrenta a ello. Y para esa batalla, la actitud es clave. Aún eres joven, Enrique, pero sé que eres un chico despierto y bueno en lo tuyo. Tus padres estarían orgullosos de ti, tanto como lo estamos tu abuela y yo. Las aptitudes las tienes. La actitud la eliges tú cada día, cuando te levantas por la mañana de la cama.

Enrique no supo cómo reaccionar pero, viendo a su abuelo, con setenta y nueve años, dándole un enorme discurso de lección de vida y actitud, también se emocionó y a punto estuvo de escapársele una lágrima. Su abuelo nunca había mostrado tanta confianza para hablar abiertamente de sentimientos. David Narvéez siempre estaba en su lugar, discretamente en el rincón desde donde podía ver toda la sala y los movimientos de los actores de reparto, interviniendo solo para corregirlos ligeramente cuando se salían de escena. Para Enrique, sus palabras supusieron toda una inyección de moral y energía. Así que asintió, sin más. Se hizo de nuevo un silencio incómodo, unos pocos segundos en los que tampoco pudo decir nada, luchando como estaba porque el nudo que tenía en su garganta no fuese a más. Bajó la mirada y, cuando levantó la vista de nuevo, su abuelo ya no estaba.

A la mañana siguiente, se despertó con una sensación revitalizadora; tenía fuerza, energía y algo que hace mucho tiempo que le faltaba: determinación. Toda la que le hacía falta para llegar hasta el final y ganar el caso a Alejandro Martínez y a su antiguo bufete, del que tenía la certeza que, tras lo que le habían ocultado, jamás regresaría.

Aquella mañana de diciembre, el viento azotaba el ventanal de su habitación dando la sensación de que quería entrar en su cuarto y sacarlo en volandas, directo a la sala del juzgado de Madrid en la que, estaba convencido, ganaría el caso más importante de su carrera defendiendo a Nicolás. A menudo imaginaba la cara y reacción de Antonio al enterarse de que se iban a ver en los tribunales, pero esta vez, desde diferentes bandos.

Bajó las escaleras y no encontró a nadie en casa. Hacía unos años, cuando tenían a su perro Chuso, al menos siempre contaba con esa compañía. Pero el viejo y perezoso pastor alemán ya no estaba allí y con lo mal que lo pasó con su pérdida, Enrique le hizo prometer a sus abuelos que no tendrían ningún

otro perro nunca más. Introdujo una cápsula en la máquina y pulsó el botón derecho para, tras un espantoso ruido, dispensar un café largo.

Lo primero que tenía pensado hacer esa mañana era hablar con el teniente Casto Perea y preguntarle de manera informal si tenía alguna novedad sobre la muerte de Francisco Carmona. El teniente Perea era un viejo conocido de su abuelo y daba la casualidad de que era, además, el responsable de dilucidar los hechos relacionados con la muerte del desdichado agricultor. Después iría a hablar con Nicolás y, por la tarde, se dedicaría a revisar la documentación del caso anterior, ese que él mismo había gestionado desde Madrid, para intentar encontrar ahora un resquicio desde el lado contrario.

Cogió un mini-croissant de chocolate, lo envolvió en papel de aluminio y lo introdujo en su chaqueta, por si después le daba un ataque repentino de hambre tras haber tomado solo un café. Además del fuerte viento, el cielo estaba muy cubierto y solo unos pocos rayos de sol conseguían penetrar a través del denso manto de nubes. Enfiló rumbo a Berges, confiando encontrar al teniente Casto Perea en el cuartel. Minutos después, aparcaba en la puerta del mismo, encontrándose al propio teniente y a otro guardia civil en las escaleras de la entrada discutiendo de forma acalorada con un anciano que no dejaba de hacer ademanes con los brazos. Bajó del coche y buscó la mirada de Perea, con la que se cruzó instantes después.

Casto era un hombre corpulento, de anchas espaldas y ligeramente encorvado. Probablemente debería haberse retirado ya, pero imaginó que, si no lo había hecho aún, era porque le gustaba demasiado ponerse el uniforme cada mañana. Tenía un espeso bigote entrecano y unos ojos diminutos surcados de profundas arrugas.

Enrique aguardó apoyado en la puerta del copiloto, a una distancia prudencial, esperando a que terminaran de hablar. Instantes después, el anciano desapareció tras la esquina de una calle y Casto Perea se encontraba con Enrique Narváez frente a frente.

–Parece que ese hombre no se va muy contento... –comentó de entrada Enrique, al percibir que se había ido maldiciendo y gesticulando de forma aireada tras la conversación.

–Ese pobre hombre es un grandísimo cabrón, Narváez –contestó en tono furioso a la vez que le tendía la mano—. Pregúntale a tu abuelo, que sabe perfectamente quién es. Demasiado bien lo tratamos por aquí para lo que se merece. Si por mi fuera...

Se estrecharon la mano. Se habían visto varias veces, pero jamás habían

entablado una conversación a solas. Enrique prefirió no incidir más en un tema que no le importaba en absoluto y le preguntó si podía hablar con él en privado. Le contestó de forma enérgica que no. Tenía que salir a hacer una ronda de vigilancia rutinaria. Además, todo lo que quisiera de él lo podía hablar con su joven compañero, el sargento Ramón Pérez, que aguardaba en las escaleras de entrada desde la distancia. Aun así, quizá a la hora de comer tuviera unos minutos para atenderle personalmente. Le indicó el bar donde pensaba almorzar, no demasiado lejos de donde se encontraban.

–Pásate por allí sobre las dos. Si el día se da bien, quizá tengas suerte, Narváez –le dijo alejándose.

Se despidieron. Con toda la mañana por delante aún, Enrique se fue directo a la finca de Nicolás, el agricultor en discordia al que ahora defendía. Lo encontró trabajando en una pequeña parcela en la que tenía plantas de berenjenas al aire libre, aguantadas con caña, como se había estado haciendo toda la vida. Pensó en cómo los invernaderos estaban cambiándolo todo. En un avance imparable, ya se extendían por toda la zona baja de Berges. Y, sobre todo, reflexionó durante un segundo, se preguntó si Nicolás sería de los últimos en cultivar así, al aire libre y siguiendo métodos similares a los que habían usado sus antepasados.

Bajó del coche y le hizo un gesto con la mano. Nicolás llevaba una boina gris y sostenía con una mano la azada y con otra un pitillo al que daba caladas de forma intermitente. Respondió indicándole que se acercara. Enrique abrió la puerta de la verja metálica y se entretuvo unos instantes a observar las plantas de berenjenas. Había visto muchas antes, quizá más grandes, quizá más fuertes, pero jamás con tanta vida como la que desprendían aquellas que disfrutaban con total libertad de la luz del sol por el día y la luna por la noche.

–No te imaginaba haciéndome una visita tan pronto –dijo Nicolás a modo de saludo cuando Enrique se encontraba ya a pocos metros–. A no ser que vengas a por un puñado de berenjenas –observó.

–Buenos días, Nicolás. Disculpa por no haberte avisado antes, pero quería comentar contigo un par de cosas sobre la marcha –dijo con aire distraído. Se volvió hacia una planta y, acariciando sus ásperas hojas, añadió–. Estas berenjenas son una maravilla, se nota que las cuidas bien. Hacía mucho que no veía nada así.

Nicolás sonrió. Eso le hizo recordar a Enrique que era un hombre al que le gustaban los halagos.

–Sí, este año van muy bien –afirmó–. Llévate algunas, seguro que tu abuela sabe sacarle buen provecho. Es una magnífica cocinera.

–Lo sé. Y tomo nota –le dijo–. Pero Nicolás, como no deseo quitarte mucho tiempo, me gustaría hacerte un par de preguntas rápidas que, aunque te parezcan raras, pueden ayudarme mucho a preparar la defensa.

–Dispara –contestó, mientras volvía de nuevo al trabajo con la azada.

–A ver, puede que te parezca un tanto extraño, pero ¿qué relación tienes con tu vecino Santiago Vázquez? ¿Y cuál tenías con Francisco Carmona, en paz descanse?

A Nicolás le cambió la cara. Probablemente esperaba cualquier cosa menos una pregunta de ese tipo. Arrojó el pitillo a la tierra y siguió allanando de forma parsimoniosa las pozas en las que se asentaban las berenjenas, moviendo la tierra hacia un lado y otro.

–Narvárez, no quiero parecer descortés, pero sabes que, si he aceptado que lleves este embrollo, es por tu abuelo. No quiero entrar en problemas con ningún vecino ni que la gente vaya con habladurías. Esto es un pueblo, ya sabes cómo funciona. Así que todos los papeles que necesites, tranquilo, los vas a tener. Pero lo que no voy a ofrecerte son chismorreos –respondió airado.

Por suerte, Enrique ya se imaginaba una respuesta así y tenía preparada de antemano la forma de rebatirla.

–Nicolás, no busco chismorreos, y ten por seguro que lo que hablemos aquí quedará entre nosotros. Pero tienes que saber que necesito estar al corriente, aunque sea levemente, de si las relaciones son buenas, malas o regulares. No olvides que también soy del pueblo y sé que muchas veces surgen problemas con la linde, con las horas de agua para el riego...

Enrique tenía algo que, según Mónica, era una virtud inestimable. Ella no había sido la única que se lo había hecho notar. Su hermana y Ariana también, aunque esta última, por supuesto, en forma de reproche. Y es que era capaz de adaptarse al entorno y al interlocutor que tenía enfrente de forma casi inmediata mediante su forma de hablar, su acento, sus expresiones y, por supuesto, el tema de conversación. Lo había aprendido de niño de, ni más ni menos, su peluquero de toda la vida. Así, en la pequeña barbería de Alcor, Enrique observaba cómo el siempre eficiente Valentín conversaba de forma muy diferente con unos y otros, no solo por su forma de hablar o vocalizar, que apenas era invariable, sino por su tono, expresiones y, especialmente, su lenguaje no verbal. Se adaptaba a la edad y gustos de sus clientes: a los

camioneros, les preguntaba por el clima, por cómo estaban las carreteras; a su abuelo, le interrogaba sobre qué tal iba la almendra, el precio de la aceituna... y siempre, claro estaba, introduciendo una pequeña crítica al gobierno, a los bancos, a la Unión Europea o a la Dirección General de Tráfico, que nunca deja de poner multas... Y lo más curioso era que siempre funcionaba, lo tenía más que contrastado. Sin embargo, cuando el pequeño Enrique disfrutaba más era cuando venía un cliente de los que allí denominaban «señoritos», la gente de mayor postín del pueblo, con hijos estudiando en el extranjero. Aún recordaba cómo se asombraba al oír hablar a Valentín, el peluquero de un pequeño pueblo en lo más recóndito de España, de San Francisco y sus terremotos, del tráfico en Nueva York o de lo puñeteras que eran las asignaturas de la carrera de Ingeniería Industrial Eléctrica, porque él tenía un pariente de un pariente (siempre lo tenía) que había estado allí o había estudiado tal o cual. A Enrique le fascinaba la soltura y naturalidad con la que aquel hombre se expresaba. Y probablemente ese era el secreto del éxito de su pequeño negocio, pues todas las peluquerías masculinas que fueron apareciendo en Alcor en los años sucesivos tuvieron que ir cerrando al serles imposible arrebatarse a Valentín la ya de por sí escasa cuota de clientes disponibles en los alrededores.

Enrique había perfeccionado esa habilidad estudiando Derecho y ponía en práctica lo aprendido siempre que podía. Hablar de un tema que apasione al interlocutor y utilizar expresiones lo más locales posibles casi siempre daba resultado. Empatizar, al fin y al cabo, lo que tampoco resultaba un misterio. En este caso, Enrique lo tenía mucho más fácil, pues se había criado allí y había coincidido con Nicolás en innumerables ocasiones.

El veterano agricultor dudaba ante su pregunta. Enrique simplemente quería conocer un poco más sobre la relación entre esos tres hombres, tan aparentemente distintos entre sí, a los que Alejandro Martínez había decidido demandar escalonadamente y cuyos motivos estaban ya más que claros tras el anuncio de recalificación. Tenía que darle la puntilla, por lo que añadió:

–Bien sabes que mi abuelo salió de la comunidad de regantes durante un tiempo por aquel escándalo con las cuotas... Ningún vecino apechugaba con lo suyo y menos el presidente, que era el mayor culpable, con sus trapicheos de facturas, utilizando la cuenta de la comunidad para sus propios negocios, ¡qué vergüenza! –enfaticó–. En fin, simplemente quiero hacerme una idea para tener una visión global de las tres demandas que van hasta el momento: a uno no le puedo preguntar ya y a Santiago, como es natural, tampoco.

Además, sé que eres el único que realmente me va a decir las cosas tal y como son.

Ahí estaba. Una pequeña y sutil adulación final. Sus miradas se cruzaron. Ya lo tenía.

–Pues mira, vas a tener suerte y te voy a contestar –respiró hondo antes de comenzar–. De Francisco... tampoco te puedo decir demasiado. Era un hombre poco hablador y muy tímido. Su mujer, en la sombra, era la que llevaba todo el cotarro, aunque él era quien daba la cara en las subastas de género y en los almacenes de compra de materiales. Pese a ello, era sabido que no se inmiscuía demasiado en las tareas sobre el terreno como tales, ya sabes, era un poco flojo... pero siempre me he llevado muy bien con él y su mujer Teresa. Ten en cuenta que es lo normal, ya que mi vecino directo, por así decirlo, es Santiago.

–¿Y bien? Yo a Santiago apenas le conozco, sé que tiene dos hijos gemelos algo menores que yo, pero poco más –intervino Enrique.

–Pues es todo lo contrario a Francisco –Nicolás ya se había lanzado a hablar, apoyando las manos relajadamente en su maltrecha azada–. Dicharachero, hablador... Le gusta mucho el vino, demasiado a veces, tú ya me entiendes ¿no? –Se inclinó ligeramente bajando el tono de voz–. Imagino que algo habrás escuchado. Su mujer le abandonó hace años y se armó un buen revuelo. Pero sus hijos gemelos se quedaron con él y a ambos les gusta mucho el campo. Podría decirse que quienes llevan la finca son ellos.

Nicolás se calló y Enrique aguantó el silencio, a la espera de que se atreviera a decir de una vez lo que pasaba por su mente. Era un hombre rudo y no demasiado hablador; de hecho, era la primera vez en su vida que le escuchaba encadenar tantas frases seguidas.

–¿Sabes? Quizá esto sí que te interese... Hace un año o poco más, los gemelos vinieron a hablar conmigo sin su padre. Me dijeron que estaban interesados en comprarme la finca, que ellos eran dos hombres jóvenes y que solo lo de su padre se les quedaba pequeño...

–Veo que no accediste –apuntó Enrique animándole a que siguiera al ver que el temperamento de Nicolás estaba despertando.

–¿Estás de broma? Esos dos mocosos son unos engreídos. Su padre será un borracho, pero sin él serían incapaces de manejar una extensión de terreno como la que llevan –contestó elevando el tono, ya irritado–. Me consta que se están intentando poner al día; es más, cuando me hicieron la oferta, hablaron de modernizar el terreno y de hacer pruebas bajo plástico a ver qué tal iba.

Por supuesto, les mandé a paseo. Les dije que, en caso de vender algo, hablaría primero con mis vecinos, tanto Francisco como su propio padre. No les gustó mucho mi respuesta, no... Creo que Santiago nunca se ha llegado a enterar de que sus hijos me hicieron esa oferta y, la verdad, dudo que a estas alturas se lo vaya a decir ya. Nos vemos más bien poco, en las reuniones de la comunidad de regantes de la zona y poco más –concluyó.

Enrique tomó nota mental y se propuso poner por escrito todo lo que había escuchado apenas pudiera. Tras hablar unos minutos más de lo que cultivaban unos y otros, Enrique dio por concluida la conversación, agradeciéndole en varias ocasiones a Nicolás el tiempo prestado, que no se quedó tranquilo hasta que no consiguió que se llevara unas berenjenas para probarlas.

Dejó la bolsa a rebotar en el maletero y subió al coche. Eran las doce del mediodía. Había estado más de una hora con Nicolás. Dado que tenía que hacer tiempo hasta la hora de la comida y no le apetecía pasar por casa, decidió ir a una cafetería y hacer las anotaciones oportunas en su tablet. Volvió a enfilar el camino a Berges y, una vez allí, se detuvo en una cafetería-pub que frecuentaba durante sus años de bachiller. El local estaba vacío, a excepción de la camarera que, por su expresión, dejó entrever que no era habitual ver a un cliente a esas horas. Sorprendentemente, el negocio disponía de conexión wifi gratuita. Pidió un café largo junto a la clave de conexión a Internet y tras hacer las anotaciones en el funcional bloc de notas de su tablet, estuvo un rato entreteniéndose leyendo las noticias. A la una y cuarto, poco después de notar que la camarera le miraba raro por abusar de su red sin atreverse a consumir nada más, pagó el café y se marchó. El local que le había dicho Casto Perea no estaba excesivamente lejos (para él, tras unos años viviendo en Madrid, en un pueblo pocas cosas lo estaban), por lo que decidió ir dando un paseo para ganar un poco más de tiempo.

Había repasado todas sus notas varias veces. Por el camino reflexionaba: «A ver...», se decía para sí mismo, «tenemos a un empresario que ha forzado dos compras de terrenos importantísimas a última hora en unas condiciones casi irrisorias para los vendedores. Demanda al tercero y último justo cuando sale a la luz la noticia de la recalificación. Lo más sensato para Nicolás es llegar a un acuerdo mucho más ventajoso que sus vecinos, dadas estas nuevas circunstancias. Aunque Nicolás no va a aceptar ninguna oferta, menos sabiendo que esos terrenos ahora valen mucho más. Y luego está lo de la muerte del primer agricultor demandado, en principio por causa natural o

incluso suicidio, pero esa nota que apareció junto al cuerpo...».

Cavilando, llegó al restaurante diez minutos antes de las dos de la tarde. Era un local singular, con una pequeña fuente interior en el centro sobre la que pivotaban ocho o nueve mesas y algunas grandes macetas desperdigadas alrededor. Unos cuantos adornos orientales en las paredes y una enorme claraboya que, a buen seguro, haría las delicias de los clientes en las estaciones menos extremas, completaban el conjunto. Se sentó en la barra y pidió una cerveza para apaciguar la espera. Quedaban solo un par de mesas libres en las que en un pequeño letrero se podía leer «Reservado». Con el vaso ya casi vacío, volvió a mirar el reloj para comprobar que ya eran las dos y cuarto. Estaba empezando a perder la esperanza de que el teniente se presentase cuando lo vio entrar. Aunque lo esperaba junto al sargento Ramón Pérez, venía solo. Con un gesto de la mano, Casto le indicó que le siguiera y se dirigió rápidamente a una de las mesas reservadas, la más resguardada de las dos. Se sentó de manera que podía ver todo el local, controlando las entradas y salidas, y le indicó a Enrique que se sentara frente a él, de espaldas a los demás. Éste imaginó que siempre que concertaba una entrevista lo haría de ese mismo modo. Y no era solo que su acompañante no pudiera más que verlo a él con la pared pegada a sus espaldas, sino que se hacía muy difícil que alguien pudiera identificarle sin poder verle la cara.

El camarero tomó nota únicamente a Enrique y dejó una tónica para su acompañante.

–Y bien –comenzó Casto–. Tú dirás. ¿Qué te aflige? ¿El haber cambiado de bando quizá? –preguntó con una mueca.

–Verá, teniente...

Enrique hizo caso omiso al comentario y se centró en cómo empezar. Era obvio que Casto ya se había enterado de que era él quien defendía ahora a Nicolás, así que decidió coger el toro por los cuernos. A pesar de su fría mirada, notaba una ligera expectación en el guardia civil.

–La verdad es que no sé por dónde comenzar –continúo–. Como ya imagina, en mi cambio de parecer han influido muchos aspectos, pero, sobre todo, el engaño. El mismo engaño que han llevado a cabo algunos canallas de la administración para tramitar a hurtadillas un sospechoso expediente de recalificación. Y, por supuesto, el engaño de mi anterior cliente, que jamás me habló con sinceridad de lo que realmente se traía entre manos.

Casto asintió, haciendo una leve señal con la cabeza animándole a que continuara. Nada de eso le sorprendía. Enrique hizo una pausa mientras el

camarero servía la comida del teniente, filete de ternera empanado con patatas, y la suya propia, espaguetis a la boloñesa.

–Este es mi pueblo. Es mi tierra y es mi gente –continúo–. Yo defendía una causa legítima, pues consideraba a Alejandro Martínez el verdadero propietario de lo que reclamaba. Pero aunque sea así y tenga derecho legal sobre esas propiedades, lo que no tiene derecho es a venir aquí y ponerlo todo patas arriba, menos aún de la forma tan lamentable en que lo ha hecho y, por qué no pensarlo, quizá incluso pasando por encima de la ley.

–Te entiendo. Pero, ¿qué creías tú que iba a hacer con las tierras? ¿Comprar ovejitas y esperar a ver cómo crecían? –preguntó en tono sarcástico mientras cortaba el filete en porciones exageradamente grandes.

–Sinceramente, jamás me lo planteé. Siempre supuse que lo que quería era simplemente recuperarlas y poner todo en su sitio. Era algo lícito por su parte. He de reconocer que la trágica historia que me vendió me convenció desde el principio.

–Lo sé, conozco esa historia. En realidad, ya todo el mundo la conoce.

Capítulo 9

Baja Alpujarra almeriense, 26 de enero de 1937

–¡Lo vamos a matar! Si no se marcha de aquí, ¡lo mataremos! –aulló con rabia Mateo al calor de las brasas que se consumían en la chimenea–. Nuestro padre, que Dios lo tenga en su gloria, jamás habría consentido una humillación así.

Ángela se santiguó varias veces con la mirada perdida. No contenta con ello, se aproximó un poco más a la chimenea y se arrodilló debajo de la imagen de la figura de Cristo que colgaba de la pared contigua. Sus hijos estaban decididos a hacer cualquier cosa por vengar la honra de su hermana. Tembló de miedo.

–Mateo, por Dios –suplicó ella–, no pierdas la cabeza. Te puedes arruinar la vida.

–No, madre. Estamos en guerra –dijo con voz rota–. La gente desaparece de un día para otro. Y él lo sabe. Esta noche iremos a advertirle, por primera y única vez –replicó, furioso–. Si en dos días no ha abandonado España, no tendrá tiempo de arrepentirse en el futuro.

Felipe y Alfredo asintieron. Sus hermanos menores lo acompañarían. Antes de contárselo, Ángela no sabía cómo iban a reaccionar sus hijos, aunque era cierto que imaginaba una respuesta así. En cualquier caso, ella no podía ocultárselo, tarde o temprano se acabarían dando cuenta y pedirían responsabilidades. Su hermana acabaría confesando y el resultado podría ser aún peor.

Trina aguardaba en su habitación, desde la que escuchaba todo. No entendía dónde estaba el problema. Ella lo quería. Había consentido. La gente la consideraba especial, puede que sí, pero no estaba loca, ni mucho menos. Simplemente, sus sueños eran más grandes que los de los demás. Así que no podía permitir que le hicieran eso. Ella lo había buscado a él. Ambos se amaban. ¿De qué eran culpables entonces? Se mordió el dedo índice de su mano para intentar calmarse como había hecho otras veces, pero su furia ya era incontenible y decidió salir a enfrentarse a sus hermanos.

Cuando éstos la vieron entrar, les pareció que ella era como una extraña aparición. Rubia y de piel intensamente blanca, se había quedado extremadamente delgada en menos de un mes. Había hambre, sí. Las penas que arrastraba hacían el resto.

–Mateo, juro por Dios que si le pasa algo, lo pagarás con tu propia sangre – gritó amenazante y en un tono desgarrador–. Lo amo. Desde los doce años estoy enamorada de él. Y ni tú ni nadie puede impedir que estemos juntos. Este niño que llevo en mi vientre no es más que una prueba de fe de ese amor.

Mateo, entre impactado y confundido por la efímera lucidez que le parecía que había mostrado su hermana, no supo qué hacer. Así que optó por la solución más sencilla. Dio tres pasos hacia delante y le propio una bofetada con todas sus fuerzas. Ella casi cayó al suelo, pero consiguió aguantar, apoyándose en el marco de la puerta con el brazo, sin mostrar expresión de dolor alguno.

–Cállate, loca –gritó aún más alto Mateo, fuera de sí– o te llevarás muchos más bofetones como el que acabas de recibir. Eres una vergüenza para esta familia. Y pensar que solo tienes dieciséis años... ¿Qué dirán de nosotros? No me importa quién sea él ni qué posición tenga. Somos gente de bien y jamás consentiremos algo así. Y ahora, sal de mi vista, si no quieres estar encerrada de por vida.

Trina lo miró de arriba abajo. Sus otros dos hermanos permanecían callados, expectantes. Ellos seguirían a Mateo, siempre lo habían hecho. A fin de cuentas, gracias a él, de momento se habían conseguido librar de ir al frente. Mateo tenía los ojos inyectados en sangre por el ansia de venganza y cualquier cosa podía desatar su ira aún más. Ella lo detectó en su mirada nada más recibir el golpe. Lo más sensato era irse y ganar tiempo para pensar en cómo advertirle. Y, quién sabe, quizá fugarse con él. Sí, eso sería lo mejor, concluyó. Lo convencería para escapar juntos.

Se dio media vuelta y volvió a la habitación, sin decir nada más. Su madre y sus hermanos se quedaron en el salón. Mateo se giró y se dirigió a los últimos:

–Esta noche le haremos una visita amistosa. Espero que vayáis vestidos para la ocasión.

Alfredo y Felipe volvieron a asentir, pues sabían lo que eso significaba. Mientras tanto, su madre Ángela, de rodillas, ajena a la escena que acababa de representarse allí mismo, se mecía continuamente hacia delante y atrás, a la par que musitaba en voz baja ante aquella figura de la pared, con el ruido de las brasas como melodía de fondo, repitiendo una y otra vez «hágase tu voluntad, Señor».

Capítulo 10

La conversación con Casto Perea lo dejó trastocado. La confirmación de que la muerte de Francisco había sido un crimen premeditado y no un suicidio, como se creyó en un principio, no dejaba de darle vueltas en la cabeza.

El breve paseo desde el bar hasta el coche le sentó bien. El día se había arreglado y un tibio sol invernal dominaba el cielo. Las calles estaban bastante concurridas a esa hora, poco más de las cuatro de la tarde. Subió al coche cuando algo en el cristal delantero llamó su atención. Un pequeño papel se tambaleaba ligeramente al compás de la brisa de la tarde. No tenía pinta de ser una multa, pues era muy pequeño. Imaginó que se trataba de publicidad sin más. Bajó del coche y agarró el papel con intención de arrojarlo al suelo, pero algo despertó su interés. Le dio la vuelta. Cuando lo leyó, se tuvo que sentar en el capó ante las palabras que se extendían ante sus ojos:

«La tierra no es del hombre, el hombre es de la tierra».

Instintivamente, miró a lado y lado de la calle sin saber bien qué buscaba o esperaba encontrar. Una pareja de ancianos se aproximaba lentamente por la acera contraria y, al fondo, unos niños pateaban una pelota de plástico contra la puerta de un garaje, felices y ajenos al mundo que discurría a su alrededor. Su mente voló rápidamente a días atrás, hacia aquel mensaje que encontró en uno de los ramos de flores que le regalaron en el hospital... Un clic en su mente y relacionó rápidamente ambos hechos. Evidentemente, no era una casualidad. Maldijo haber tirado la otra nota, pues no recordaba bien lo que decía, pero se alivió al dar por hecho que en el historial del navegador de su tablet podría encontrar la respuesta. Aunque podía tratarse de una broma de mal gusto, no pudo evitar pensar en la que se encontró bajo el cuerpo de Francisco Carmona: era demasiado parecida y él no creía en las coincidencias. Por primera vez en mucho tiempo, se asustó, aunque no sabía muy bien por qué, ya que el mensaje tampoco era una amenaza en sí.

Se dejó caer en el asiento del conductor sin atreverse a arrancar, con las llaves puestas en el bombín de contacto. Evidentemente, alguien le estaba siguiendo aquella noche en Madrid para dejarle rápidamente la nota en el hospital. Y ahora ahí, en su propio pueblo... No le había dicho a nadie, ni siquiera a sus abuelos, que se iba a reunir con Casto Perea. Se lamentó por no haberle pedido al teniente su número de teléfono para llamarlo

inmediatamente. Con gran esfuerzo, logró calmarse y se propuso seguir con el plan de la jornada. Al día siguiente, volvería al cuartel a hablar con Casto para ponerlo al corriente de este último hecho.

Pasó la tarde en casa repasando la documentación aportada por Nicolás, sin poder dejar de darle vueltas al asunto de la nota. El tiempo se le hizo eterno, pero a primera hora de la mañana siguiente, se encontraba de nuevo en el cuartel de Berges, a la espera de la llegada del curtido guardia civil.

–A ver, que yo me entere... –dijo Casto una vez se encontró en su despacho–. Me dices que te metiste en una pelea en Madrid y que, estando en el hospital, recibiste un ramo de flores con una nota sin remitente. Y que ahora acabas de recibir otra similar... ¿Y qué? ¿Es una amenaza acaso? Puede ser cualquier cosa.

Enrique comprobó que el teniente no se tomaba muy en serio lo que le contaba. Tal y como imaginaba, la historia como tal tenía poca chicha para un hombre acostumbrado a problemas más mundanos. Por eso había traído la nota consigo. La extendió en la mesa y se la mostró a Casto Perea, que la tomó en su mano con manifiesto desinterés. Diez segundos después, su mirada cambió. Era lo que esperaba. La nota se parecía demasiado a la que habían encontrado debajo del cadáver de Francisco Carmona.

–Ya ve, teniente, que no me preocupo por cualquier cosa. Para mí todo sería una broma si no supiese lo que ya sé, gracias a usted, por cierto. No quiero preocupar a mis abuelos, pero tenía que compartir esto con alguien. La otra nota la tiré el mismo día que la recibí en Madrid, pero estaba escrita también de puño y letra con esta otra frase.

Enrique extendió la tablet y le mostro la misteriosa sentencia que había recibido en Madrid. El teniente la releyó varias veces. Su gesto era severo y tardó varios segundos en responder.

–Bien, esto es lo que haremos. Puede que quizá no sea nada o puede que esto nos ponga tras la pista de algo mucho mayor. Así que, a partir de ahora, vas a tomar muchas más precauciones. –Se rascaba el bigote, pensativo–. Ten los ojos bien abiertos y desconfía de cualquier persona o acontecimiento que puedas considerar fuera de lo habitual. Esta nota me la quedo yo, está escrita a mano y vamos a cotejar con los expertos de criminalística si la caligrafía se corresponde con la que hallamos debajo del cuerpo de Francisco. Supongo que, en dos o tres días, saldremos de dudas. Mientras tanto, ya sabes lo que tienes que hacer.

Se despidieron y, algo más aliviado, Enrique salió del cuartel pensando que

se había quitado un peso de encima. Y también con la sensación encontrada de que podría existir un peligro mucho más real del que suponía inicialmente. Impulsivamente, se dispuso a hacer de forma inmediata una visita a Teresa, la viuda de Francisco, para preguntarle directamente, por su cuenta y riesgo, si ella sabía de alguna nota similar recibida de antemano por su difunto marido.

Decidió pasar primero por casa, pues su abuela le había encargado unos recados para la comida y temía que la visita le llevara toda la mañana. Era 22 de diciembre y en los pequeños comercios del pueblo las radios entonaban los números de lotería premiados que soltaba el bombo. Tras una mínima pausa para tomar de un trago una taza de café, montó en el coche en dirección a la finca que aún regentaba Teresa. Minutos después, cuando llegó, no había vehículo alguno en la puerta y Enrique perdió la esperanza de localizarla en el trabajo.

Quería que su visita fuese discreta, así que, poco después, aparcaba el coche en la esquina de la que creía que era la calle, dispuesto a dar con algún buzón o cualquier otra pista que le indicara el domicilio de Teresa. Era una vía estrecha, con casas de fachada blanca a ambos lados. La inclinación del pavimento hacía que al fondo se viera la sierra, imponente y preciosa en esas fechas, con sus picos más altos bañados por la nieve. Le gustó la escena y decidió sacar una foto con el móvil. Buscando un mejor enfoque, vio cómo una niña de nueve o diez años se colaba de pronto en el objetivo. La reconoció por las fotos. Era la hija de Teresa y Francisco, que jugaba con un globo en la calle, paseándolo y correteando de un lado a otro. Ahí no pasaban apenas coches y Enrique pensó por un momento lo distinta que era la vida de un niño en la gran ciudad y en un pequeño pueblo. Se acercó a la chiquilla, que no le prestó la menor atención.

–Hola –saludó Enrique –. ¿Te lo pasas bien con el globo? –Sonrió. La niña seguía sin hacerle caso–. ¿Está tu mama en casa? –insistió Enrique.

–Mamá dice que no hable con desconocidos –continúo jugueteando felizmente con el globo.

–Pero yo sí conozco a tu mamá Teresa. ¿Puedes llamarla y decirle que Enrique Narváez está en la puerta?

No hizo falta. Teresa apareció en la entrada de la casa más cercana y miró a Enrique, sorprendida.

–Buenos días, Teresa, disculpa que me presente de esta manera, sin avisar. Pero necesitaría que me contestaras un par de preguntas –le dijo sin preámbulos.

Solo por su mirada, notó que su actitud respecto a la anterior visita en su finca había cambiado de forma considerable. Evidentemente, ya se habría enterado de que su marido no había muerto por causa natural. Su aspecto también era muy distinto al de su primer encuentro: pelo suelto, blusa de rayas y unos tejanos ceñidos que resaltaban una bonita figura.

–Pasa –le dijo a Enrique con indiferencia–. Luz, métete al patio, vamos – indicó a la pequeña.

Enrique la acompañó, seguido de la chiquilla, que no dejaba de corretear. Teresa le indicó que esperara en el salón, a mano izquierda nada más entrar. Se sentó en el enorme sofá tipo *chaise longue* y se dedicó a observar las fotografías que reposaban sobre la televisión y las repisas. Un gran número de caras desconocidas, algunos paisajes de la zona y varias imágenes de la pequeña Luz acompañaron a Enrique durante su corta espera. Instantes después, apareció Teresa con una bandeja cargada de pastas y un par de tazas de café.

–No tenías que haberte molestado, Teresa, de verdad –afirmó de nuevo a modo de disculpa por presentarse improvisadamente.

–No es nada –dijo ella, visiblemente contrariada por su visita, pero, a pesar de todo, mostrándose cortés.

Ella cogió una de las tazas y le añadió la leche caliente desde una pequeña jarrita blanca. Enrique tomó la otra y le añadió un poco de azúcar. Siempre que tenía una entrevista, le sucedía lo mismo. Una vez roto el hielo, consideraba que se adaptaba bien a la situación y que sabía cómo hilar la conversación para intentar obtener el resultado esperado; sin embargo, el inicio se le daba francamente mal. Removía el café de un lado a otro, hasta que Teresa perdió la paciencia.

–Tú dirás... –comenzó ella, animándole.

–Verás, quería preguntarte algo. Es sobre tu marido, en paz descanse –dijo sin rodeos.

La cara de Teresa se ensombreció. Aun así, asintió, en señal de que continuara.

–Sé que debajo de su cuerpo se encontró una nota. Ambos sabemos que no la escribió él. Y sé que estás al tanto de los resultados de la autopsia, aunque aún no se hayan hecho públicos.

Teresa se quedó boquiabierta. Claramente, se notaba extrañada ante el hecho de que él tuviera esa información.

–No soy policía y no he venido a interrogarte. Tampoco te puedo revelar

mis fuentes, pero necesito tu ayuda. He recibido dos notas parecidas y necesito saber si tu marido recibió alguna otra antes de morir o esa fue la primera noticia que tuviste.

El propio Enrique se dio cuenta de que no era su estilo ser tan directo, pero las circunstancias y la actitud de Teresa le llevaron a ello.

–No sé de qué me hablas. Jamás he sabido nada de ninguna otra nota. Estoy tan sorprendida como tú y creo que lo mejor es dejar que la policía haga su trabajo –respondió evasiva.

Teresa mentía de forma evidente y Enrique lo notó desde el primer momento, lo que le llevó a cambiar su estrategia de forma inmediata.

–Verás, Teresa, lo cierto es que estoy un poco asustado. La última nota la recibí ayer mismo, estaba en el parabrisas de mi coche. Y ambas contienen citas muy parecidas a la que aparecía en la de tu difunto marido. Espero que entiendas por qué he venido. Y disculpa si te he molestado. –Se levantó e hizo amago de irse, esperando que ella dijera algo para detenerlo. Pero no fue así. Se maldijo por haber creído que Teresa iba a contarle algo. Quizá no sabía nada. O quizá no quería hablar.

Ya en la puerta, encaminándose hacia la esquina de la calle en la que había aparcado el coche, escuchó a sus espaldas cómo lo llamaba, suave.

–Pasa de nuevo, por favor, será solo un minuto –le indicó.

Se dio la vuelta al oír la voz, aliviado. En cierta manera, Teresa le recordaba a Mónica. Una mujer con una gran personalidad capaz de afrontar todo lo que se le viniera encima.

Volvieron a sentarse en el mismo sitio adoptando idéntica posición.

–Mi marido jamás me dijo nada, pero sé que recibió una nota antes de su muerte. No era una amenaza, simplemente se trataba de una frase sin sentido.

–Entiendo. ¿Y llevásteis esa nota a la policía? –preguntó interesado.

–¡Ja! –rio incrédula Teresa–. ¿Qué les íbamos a contar? Podría ser la broma de cualquier niño. Y nunca pensé que algo así podría llegar tan lejos.

–Así que –reaccionó rápidamente Enrique– cuando encontraron a tu esposo muerto, tú ya sospechabas que no era un suicidio y que difícilmente podría tratarse de un infarto.

–La verdad es que tampoco sabía qué creer. Quise pensar que fue un infarto por el susto que se llevó al encontrar otra nueva nota así y mantuve la esperanza hasta el final. Cuando el teniente Casto Perea confirmó mis sospechas, me vine abajo –comenzó a lloriquear y se puso las manos en la cara. Enrique no sabía cómo consolarla, primero le dio unas palmaditas en la

espalda y, ante su proximidad, ella le dio un fuerte abrazo.

Estuvieron como un minuto así, abrazados, sin abrir la boca. Él estaba manifiestamente incómodo, pero no podía apartar su hombro en ese momento tan delicado. Al poco, Teresa se repuso y se disculpó, azorada.

–Perdona, de veras... Me siento avergonzada –dijo mientras se secaba los ojos con las palmas de las manos.

–Tranquila, es de lo más normal –contestó él para quitarle hierro a su último gesto.

–Luz y yo nos vamos cuando termine la cosecha –añadió resuelta–. Estas tierras ya no son nuestras. Podríamos quedarnos unos meses más aquí. Ese señor, Alejandro Martínez, a pesar de todo, ha sido verdaderamente amable con nosotras. Más aún con los últimos acontecimientos. Al parecer, hasta que no tenga un proyecto completo, no va a hacer ningún tipo de movimiento. Pero nosotras tenemos que seguir nuestro camino. Tengo una hermana que vive en Marbella. Su marido es dueño de varios viveros en la zona y me ha ofrecido trabajo para empezar una nueva vida, lejos de todo esto.

–Lo entiendo –asintió Enrique, en parte apenado por la marcha de una mujer como ella de su pueblo–. Solo una cosa más, ¿conservas la primera nota?

Ella negó con la cabeza.

–Francisco la destrozó nada más recibirla. Ojalá la hubiese tenido para poder dársela ahora a la Guardia Civil.

–¿Crees que Francisco sabía quién las enviaba? ¿Tu marido tenía enemigos declarados?

–En ese momento, supuse que no... Además, no le di importancia. Pero ahora, viéndolo con perspectiva, quizá él podría tener una idea, aunque en ese caso, creo que me lo hubiese contado. A pesar de que era un hombre muy reservado en ciertos aspectos, no creo que hubiese sido capaz de ocultarme algo así. Menos aún si hubiese sido consciente del peligro que entrañaba.

Enrique asintió. Dio la visita, ahora sí, por finalizada. En cierto modo, le sorprendía la naturalidad y la sangre fría con la que Teresa hablaba de los complicados momentos que había vivido en las últimas semanas sin derrumbarse. En la puerta de nuevo, le preguntó.

–¿Cuándo piensas marcharte entonces?

–A finales de enero. Al parecer, Alejandro Martínez ha contratado un encargado y varios jornaleros que seguirán cultivando la tierra de forma normal mientras tanto. No es tonto y sabe cuidar de sus intereses.

Enrique asintió y se despidió amablemente con un gesto de la mano y volvió meditabundo a casa.

Esa noche se desveló. No podía dormir y dio varias vueltas de un lado a otro de la cama. El insomnio que sufría era cada vez más frecuente y comenzaba a preocuparle. Primero fue lo de Ariana y su ruptura; luego el turbulento asunto de Mónica, y ahora esto. No solo tenía que preparar la defensa del caso de Nicolás, para la que se veía con escasas posibilidades contra su antiguo bufete, sino que también tenía que preocuparse de unas notas que recibía y que, sospechosamente, eran muy parecidas a las que llegaron al agricultor Francisco Carmona antes de ser asesinado.

Bajó a por un tazón de leche. Ese era de los pocos recuerdos que conservaba de su madre. De niño, le era imposible conciliar el sueño sin que ella le leyera un cuento previo a un tazón de leche. Le aseguraba que tenía que acostumbrarse a estar sin ella por las noches, pues ya se estaba convirtiendo en un niño mayor. Y vaya si lo había tenido que hacer, pero a la fuerza. Perder una madre con solo ocho años no fue fácil y, cada vez que rememoraba aquellas tibias noches de invierno, le invadía un fuerte sentimiento de melancolía. A menudo se sentía desamparado y solo en el mundo. Había echado mucho de menos a sus padres esos años. Hacía tiempo que no quería ver una foto suya, pues en los casos en que lo había hecho, no era raro que se le escapara alguna lágrima. Y sus padres hacían tan buena pareja... Tan jóvenes, tan llenos de vida. Sus abuelos habían hecho todo lo que habían podido por él y su hermana; no podía pedirles más. Pero a pesar de sus esfuerzos, eso era algo que llevaría consigo para siempre, la pérdida repentina e irreparable de sus padres, ambos eternos héroes para él.

El pitido del microondas indicando que su bebida estaba lista le devolvió a la cocina de casa de sus abuelos, el hogar en el que se había criado y que, a pesar de los años viviendo fuera, le resultaba tan familiar como siempre. Trazó un plan para dejarse vencer por el sueño: «Tomaré la leche y leeré un poco de ese libro que lleva semanas en la mesilla de noche. Así hasta que duerma o suene el despertador». En el silencio de la noche, oyó de pronto cómo unos pasos ligeros se aproximaban.

–Enrique, hijo, ¿qué haces despierto a estas horas?

Su abuela había aparecido de forma inesperada en la cocina, con su eterno camisón rosa y, a pesar de las horas, los ojos como platos.

–No puedo dormir, abuela –contestó afligido.

–A veces olvido que estás aquí. He oído un ruido en la cocina y ha sido al

levantarme cuando he caído en la cuenta. Yo tampoco me duermo hoy, últimamente tengo muchas noches así.

–¿Y eso, abuela? ¿Qué sucede? –dijo mientras se sentaba en la mesa de la cocina, removiendo el azúcar de su vaso con la cucharilla.

–Cosas de viejas, que nos preocupamos ya por cualquier tontería. Lo que me inquieta es que no duermas tú. ¿Qué sucede? –Se sentó a su lado.

–Nada, abuela. Pensaba en mis padres... –Se hizo un silencio mientras la cara de su abuela se ensombrecía, pues sabía el dolor que eso causaba en su nieto—. ¿Crees que papá habría estado orgulloso de mí? A veces me lo pregunto. Cada vez más a menudo, de hecho.

–Enrique, tu padre habría estado mucho más que orgulloso. Es más, lo está, desde donde quiera que esté –respondió señalando hacia arriba con la mirada—. De veras, a veces creo que no valoras lo suficiente el hombre en que te has convertido. Aquella noche, hace ya... veinticinco años, si no me equivoco, eras un chiquillo que no paraba de llorar y no entendía nada de lo que estaba ocurriendo a su alrededor. Quizá en esos primeros instantes no te prestamos toda la atención que debíamos. Queríamos mantenerte al margen, a salvo, a ti, que eras el más afectado. Tu hermana, a fin de cuentas, apenas era un bebé. Pero a pesar de todo, creo que lo hicimos muy bien. Ahora mírate, eres un hombre hecho y derecho, que se viste por los pies, como hacía tu padre y sigue haciendo tu abuelo. Un hombre amable, trabajador y de firmes convicciones. Nosotros hemos hecho lo que hemos podido, pero está claro que la genética nos ha facilitado mucho la tarea –dijo mirándole directamente a los ojos.

De nuevo se hizo el silencio. Los profundos ojos claros de su abuela, surcados de pequeñas arrugas a su alrededor, le miraban directamente, firmes, seguros y con gesto sincero. Repentinamente, sintió ganas de llorar. Estaba muy triste y tampoco esperaba esas bonitas palabras en ese momento. El otro día había sido su abuelo y ahora era ella. ¿Qué sucedía? Repentinamente se preocupó, aunque no sabía bien por qué.

–Gracias, abuela. No hace falta que te diga que tú para mí eres la mejor –se acercó y la besó en la mejilla—. Siempre lo has sido. No sé qué haría sin ti.

Su abuela sonrió e, instantes después, su expresión cambió por completo. Tocaba hablar de temas más animados.

–Y ahora, cuéntale un poco a esta pobre vieja –cambió el tono—. ¿Cómo van esos amoríos? Ay, hijo, ya sabes que yo no quiero que traigas a nadie a casa si no estás seguro, pero hace ya tiempo que cortaste con aquella chica...

Ariana.

–Lo sé, abuela. Sé que te quedaste más tranquila tras esa separación, y también lo entiendo. No nos fue bien, ya lo sabes.

Hubo un silencio. Él esperaba, en esa noche de confesiones, que su abuela dijera algo malo de Ariana, que era una niña engreída y mimada que no le mereció jamás y que no valía la mitad que él. Pero no dijo nada. Al poco, añadió:

–A la gente a veces le pasan esas cosas... Dos personas no se entienden y no tiene por qué ser malo. Pero sé que tú mereces una gran mujer a tu lado. –Hizo una pequeña pausa–. Y también sabes que, para mí, ninguna va a ser lo suficientemente buena –añadió, esbozando una ligera sonrisa.

Su abuela le incitaba a hablar. Rara vez habían tratado temas de esa índole, pero era una noche atípica, una noche fría de Navidad en la que un joven abogado desorientado y que no sabía bien qué hacer con su vida le confesaba a su abuela, la mujer de setenta y ocho años que lo había criado como a un hijo, sus deseos y preocupaciones más inmediatas. En cualquier otro contexto, se habría cortado más y no habría dicho ni la mitad, pero sentía que en ese momento todo valía. Sentía que su abuela no iba a estar ahí para siempre, ni su abuelo tampoco. Tenía que aprovechar todo el tiempo que pudiese con ellos. Y él nunca había caído en el error que cometen otros... ¿Por qué no contarle sus problemas y confiar en sus abuelos? ¿Acaso ellos no habían sido jóvenes como él, no habían tenido sus propios sueños e ilusiones por cumplir? Por un momento, se sintió tentado a probar suerte con el único tema que realmente le cohibía: Mónica.

–Abuela, no sé lo que quiero y si está prohibido o no. Pero tal y como has dicho, me considero un hombre con principios.

–¿Ella tiene novio, no? –intentó adivinar ella–. Hijo, te diré algo: eres muy generoso con eso. ¿Ella te quiere? Entonces, no esperéis un minuto más. Vive la vida, disfruta. No todo el mundo es como tú, te aseguro que la mayoría de gente haría lo contrario, más hoy en día.

–¿Pero qué dices abuela? –preguntó sorprendido.

–Nada, nada, suposiciones... Pero lo único que te diré es lo que te he dicho siempre: lucha por lo que quieres.

–Ese es el problema, abuela, es que no sé lo que quiero. A ratos una cosa, a ratos otra.

–Búscalos –respondió tajante, elevando el tono de voz–. Y cuando lo sepas, dedícate a encontrar el equilibrio. Te aseguro que te va a llegar. No todo es

amor desenfrenado y palpitaciones en el pecho las veinticuatro horas. Existe otro amor. Uno más pausado, más suave, pero cuyos lazos se hacen más fuertes al paso de cada minuto. Tal vez no lo identificarás el primer día, pero quizá el segundo o el tercero te empieces a dar cuenta de que está ahí... y te aseguro que es la sensación más maravillosa del mundo.

Enrique asintió, en silencio. Ambos dieron la charla por finalizada. Bebió el último sorbo de su taza y le dio un fuerte abrazo a su abuela. Fue largo, quizá el más largo que le había dado en su vida. Esa noche le tocaba estar triste. Lo peor era que no sabía bien por qué. ¿Era porque veía que pasaban los años y no encontraba a la persona con la que compartir ese equilibrio, ese amor pausado del que hablaba su abuela? ¿Sería la preocupación por su nuevo trabajo? ¿Por las extrañas notas anónimas que recibía? ¿Porque, después de eso, no sabía qué iba a hacer con su vida? Quizá era todo y nada, pero en ese momento, lo único que deseaba era parar el tiempo y que ese abrazo con su abuela se mantuviese suspendido en el aire, para siempre.

–Ahora vete a dormir, anda –le dijo ella dándole una palmadita en la espalda–. Tienes que descansar. ¡Los Narváez tenéis arrugas tempranas si no os cuidáis! –terminó riendo.

Enrique, desde el marco de la puerta, la contempló una vez más. Era la persona con el corazón más enorme que jamás había conocido. Y tenía la suerte de tenerla a su lado. Ella seguía sentada, inmóvil, mirando el reloj de búho de la repisa. Solo acertó a decir unas palabras, algo que no le había dicho hacía muchos años.

–Te quiero, abuela.

Ella sonrió de nuevo y él la dejó allí, sentada en la misma posición, con su eterno gesto amable, retando a las manillas del peculiar reloj a que el tiempo no pasara. Ya rumbo a su habitación, a paso ligero, la escalera fue testigo de las lágrimas que brotaban precipitadamente de sus ojos sin que supiera cómo pararlas.

Capítulo 11

Enrique había escuchado ya algunas habladurías en el mercado, en el bar... En un entorno tan cerrado, algo así era inevitable. Se decía que algunos lugareños habían visto al fantasma de Teodoro Martínez rondando por la comarca. El mismo Teodoro, setenta y cinco años después. Casi nadie allí se acordaba ya de aquel hombre que en 1937 había desaparecido del pueblo sin que nunca se conociera a ciencia cierta su paradero. Solo cuatro o cinco personas que ya pasaban ampliamente de los ochenta años recordaban al joven terrateniente. Algunos decían que se había ido a hacer las Américas. Otros sostenían que había sido fusilado por los republicanos. El caso es que el rumor se hacía cada vez más fuerte y la misteriosa muerte sin resolver de Francisco Carmona, casualmente, propietario de una parte importante de las tierras que antaño pertenecieron a Teodoro Martínez, no hacía sino incrementar los chismorreos que se repartían a diario por las blancas calles de Alcor.

Al margen de ello, estaba preocupado por otros temas aparentemente más mundanos. Alejandro Martínez no debía el apellido actual de Martínez a su bisabuelo, pero aquello era solo una de las muchas y sorprendentes coincidencias. El excéntrico millonario investigó sobre su ascendencia y, por azares del destino, descubrió que era el bisnieto de un pequeño terrateniente de la Alpujarra almeriense desaparecido en plena Guerra Civil española. Aunque Enrique no había llegado a enterarse cómo, había encontrado además una especie de testamento en perfecto estado que había sido certificado por especialistas y las pruebas científicas más avanzadas. Tras la firma de dos ventajosos acuerdos, para la tercera y última causa contra Nicolás Belmonte todo parecía sugerir el mismo desenlace. Sin embargo, por el camino, suceden dos acontecimientos sorprendentes: muere el primer agricultor, Francisco Carmona, en extrañas circunstancias, y se filtra la noticia de la recalificación de los terrenos. Y ahí es cuando empezaba a entenderlo todo. ¿Qué más le daba a Alejandro Martínez pagar a esos agricultores lo que fuera cuando unos meses después esos terrenos valdrían el triple?

Ahora Enrique iba a defender a Nicolás y parte de su estrategia se basaba en las pruebas que esperaba encontrar sobre sobornos e información privilegiada que suponía había usado Alejandro para obtener o acelerar la recalificación del terreno. Había contactado con un periodista que había dado el primer aviso en un periódico provincial hacía varios meses ya, y ese

mismo día tenía una entrevista con él. Había quedado a las cinco de la tarde en Adra, un pueblo costero a una media hora de distancia. Además, esa misma noche llegaba su hermana pequeña de Londres a pasar la Navidad y tenía que ir al aeropuerto de Almería a buscarla. Venía con su nuevo novio, un chico madrileño al que había conocido en tierras británicas y con el que pronto emprendería una nueva vida en común en Sidney, Australia. A Enrique no le gustaba mucho la idea de pasar la Nochebuena y gran parte de las Navidades con un completo desconocido, pero prefirió no hacer ningún comentario a su familia al respecto.

A las cuatro de la tarde, después de dar buena cuenta del impresionante guiso de garbanzos que había cocinado su abuela y de haber descansado un rato en el sofá, se preparó un café y se lo bebió en dos tragos antes de lanzarse ansioso al coche. Estaba tenso con la entrevista. El reportero con el que se había citado era un hombre experimentado, con una larga trayectoria en el periodismo almeriense. A buen seguro le haría una fotografía completa de la zona y le podría aportar otra visión de lo que sucedía en realidad debajo de aquel mar de plástico adornado con preciosas casas blancas.

Bajando por la carretera hacia la costa, ya divisaba el mar. Adra era un importante pueblo de gran tradición agrícola y pesquera, y siempre que se deslizaba por esa vía, se preguntaba quiénes irían en aquellos barquitos que se veían al fondo, dibujados como puntos negros en el horizonte, y qué historia habría detrás de cada uno de ellos.

Así, embelesado por los viejos relatos que le evocaban aquellas vistas y el característico olor a salitre que podía detectar desde varios kilómetros de distancia, llegó a la cafetería en la que había quedado con Eugenio López. No contaba con poder aparcar en la misma puerta del local, pero tuvo fortuna, lo que le permitió llegar con diez minutos de antelación a su cita. Escogió una mesa discreta y, cuando el camarero se acercó, pidió otro café largo, el tercero que se tomaba ese día, y se dispuso a esperar acompañado de su inseparable tablet.

Eugenio entró apresurado al local. Con una rápida mirada alrededor, lo identificó de inmediato. Bajito, delgado y de rostro enjuto, poseía una extensa cabellera plateada que colgaba por debajo de los hombros, sostenida suavemente por una media coleta. A Enrique le pareció mayor para seguir ejerciendo la profesión, debía rondar fácilmente los setenta años. Su ropa, a medio camino entre la de un rancio bibliotecario y el más puro *hippie* sesentero llevaron apresuradamente al abogado a la conclusión de que las

pintas de su acompañante eran, cuando menos, peculiares. Para rematar la faena, había entrado con gafas de sol al local y, a medida que se acercaba, intuía que no tenía intención de quitárselas, a pesar de la escasa iluminación reinante. Cuando llegó a su lado, se sentó frente a él sin decir palabra y dejó su teléfono móvil encima de la mesa. No sabía si había puesto la grabadora (aunque no tenía ni la menor idea de por qué) o era por el simple hecho de que no le gustaba llevar el teléfono en el bolsillo, aunque su lenguaje corporal indicó a Enrique pocos instantes después que era la primera de las opciones, y que le estaba invitando a comenzar la conversación. Por momentos, estuvo a punto de romper a reír, dada la impresión que le había causado la entrada y la escena en sí, demasiado cómica, a su gusto, para ser verdad. Desde luego, si era la persona con la que había cruzado varios *mails*, tenía que ser un hombre serio, pero aunque así fuera, no estaba acostumbrado a tanta escenografía. Después de medio minuto sin soltar palabra, le hizo un gesto impaciente para que comenzara, a lo que Enrique, sin saber por qué, se dejó llevar echándose a reír a pulmón lleno. No pudo aguantar más. No era una risa irónica, ni mucho menos, por el aspecto de su acompañante, sino por la pintoresca situación en sí: Un joven abogado de la capital que había renunciado a un buen empleo y sueldo para venirse a su tierra, que quería litigar contra su anterior bufete y, de paso, preguntarle qué sabía de un fantasma que se decía que rondaba por el pueblo. Aunque claro, eso Eugenio no lo sabía, y la carcajada no se la tomó ni mucho menos bien. Con una vocecilla casi imperceptible, dijo ceceando:

–Para que se rían de mí, voy a cualquier programa de televisión a buscarme novia. No estoy ya para estas cosas. ¡Qué poca seriedad, por Dios!
–Se levantó rápidamente y, sin decir nada más, se encaminó hacia la puerta.

Enrique, a pesar de saber que la había fastidiado, no podía parar de reír. Le pasaba muy pocas veces y, normalmente, cuando más estresado estaba. Pero cuando entraba en bucle, no podía parar, y tenía que hacer esfuerzos sobrehumanos para intentar controlarlo. Aún recordaba una vez en el juzgado, cuando casi le echan de la sala por una situación similar.

No obstante, al ver que el periodista ya abría la puerta en busca de la salida y se le escapaba con ello una preciosa oportunidad, se levantó precipitadamente en busca de su interlocutor, decidido a arreglar el desastre que él mismo había causado.

–Eugenio, por favor. Mis más sinceras disculpas –le dijo cuando lo alcanzó, con el rostro totalmente serio–. Deme una oportunidad de explicarle

los motivos de mi comportamiento.

Eugenio López se dio la vuelta y lo examinó de arriba a abajo. Fue consciente de que la mirada de Enrique era totalmente honesta, e inmediatamente después, su enjuto rostro mostró una expresión de duda.

–Tiene veinte segundos para darme una explicación razonable de por qué al verme entrar ha empezado a reírse como si se acabara el mundo –Eugenio pronunciaba todas las eses como si fuesen ces o zetas, y Enrique no pudo evitar fijarse en la enorme cicatriz que tenía en su garganta y que, a pesar de su espesa barba, no podía ocultar–. Ni uno más –concluyó.

–Lo crea o no –comenzó solemne, mientras intentaba dar con la historia que mejor podría encajar al veterano periodista–, es difícil de explicar. Cuando estoy en una situación de fuerte estrés o nerviosismo, me da esa risa, entre tonta e histérica, como usted mismo ha podido comprobar. Esto me pasa muy de vez en cuando, pero para mi infortunio, no puedo controlarlo. Al verle a usted entrar, no he podido evitar pensar qué hace un aún bisoño abogado reuniéndose en semi-secreto con un periodista para enfrentarse a un multimillonario empresario y a un prestigioso bufete en el que, por cierto, trabajaba hasta hace unas semanas, intentando conseguir por su cuenta pruebas a la desesperada de un caso que cree prácticamente perdido de antemano. Y lo que más me jode es que ese joven letrado sabe que todo este asunto huele muy mal y contiene ciertos aspectos realmente turbios, pero también sabe que va a ser casi imposible demostrarlo. –Acto seguido, consultó el reloj–. Si no me equivoco, me sobran tres o cuatro segundos. Está en su mano creerme o no, pero le aseguro que jamás pensaría en burlarme de usted.

Eugenio entornó aún más sus ojillos, como queriendo escudriñar en la mirada de Enrique el verdadero sentimiento de sus palabras. Al fin, se pronunció con su tibia voz.

–Realmente, le ha sobrado solamente un segundo. Pero bueno, esa prepotencia la puedo considerar aún normal a su edad –sentenció–. Está bien, me ha convencido.

–Le pido por favor que empecemos de nuevo –insistió Enrique, antes de que le diera tiempo a arrepentirse–. Tengo mucho de lo que hablar y compartir con usted. –Le abrió la puerta del establecimiento para que entrara otra vez.

El viejo periodista accedió y precedió a Enrique hasta el lugar que ocupaban antes en la cafetería. Esta vez, Eugenio se quitó las gafas de sol,

mostrando unos enormes ojos azules. Una vez sentados y tras una serie de preguntas de cortesía, el abogado fue al grano.

–Usted sabe la razón por la que le he citado aquí... Aquel artículo que publicó hace unos meses quería decir mucho más de lo que expresó realmente en aquellas líneas. Permítame que le diga, además, que me pareció de una ejecución brillante.

Lo dijo de corazón, y ni mucho menos se esperaba la respuesta que tuvo que escuchar:

–Eso son pamplinas, amigo. Y no intente hacerme la pelota, por favor –dijo contrariado–. Si no conté más y lo insinué solo a medias tintas, no fue más que por un motivo: no tenía pruebas ni nombres. Y apenas se supo que estaba metiendo las narices dónde no debía, digamos que surgieron más complicaciones.

–¿Qué tipo de complicaciones? –preguntó incisivo Enrique–. ¿Me está diciendo que le invitaron a dejar de meter las narices en ese asunto?

–Digamos que así fue. Pero a mi edad, ya poco me importa lo que me indiquen cuatro papanatas con un puestecillo de poca monta en la Administración. Como yo siempre digo, para lo que me queda en el convento, a estas alturas de mi vida, ya hago lo que quiero. El problema fue que me negaron el acceso a todos los registros. Todo eran trabas y la verdad es que tampoco tenía ganas de perseguir un caso que al final podía quedar en nada. Tenía una corazonada, pero realmente nada más que eso. Si llego a saber entonces que iba por el camino correcto, si hubiese recibido tan solo una llamada, una nota... Pero no ha sucedido como otras veces; en esta ocasión, no ha habido ningún chivatazo, por lo que opté por dejar de investigar. Habría sido un gran reportaje, justo lo que busco para poder retirarme tranquilo.

Enrique escuchaba con atención lo que decía Eugenio. Imaginaba que conseguir una prueba en esos momentos sería aún más difícil, pero contaba con que el periodista, a pesar de todo, tuviese algo en su poder de lo que poder tirar.

–No hay nada, entonces, por lo que me dice. Tendré que empezar de cero y el tiempo no corre precisamente a mi favor...

–Me temo que así es. De momento, lo único que puedo hacer por usted es facilitarle contactos.

–Me interesa conocer su opinión, ¿cómo cree que fue?

Eugenio se rascó la barba, justamente donde tenía la enorme cicatriz. Miró

a un lado y otro, como asegurándose de que nadie ponía el oído donde no debía.

–Lo de siempre. Igual que en todos lados. Con muchos sobres de por medio y alguna que otra promesa futura. ¿O acaso cree que este caso es especial? –preguntó en tono ligeramente burlón con su resquebrajada voz.

Enrique anotó en su tablet los contactos facilitados por Eugenio López, haciéndole la promesa de que, en caso de encontrar alguna información relevante, sería el primero en saberlo. Tras terminar con los detalles, Enrique no pudo evitar hacerle la otra pregunta que le rondaba por la mente. Quizá quedara como un auténtico estúpido, pero estaba dispuesto a correr el riesgo. En caso de lo primero, estaba seguro de que su acompañante no tendría ningún reparo en decírselo.

–Eugenio, no sé cómo decirle esto. Se ha oído en el pueblo que el fantasma de Teodoro Martínez, el que es el verdadero bisabuelo de Alejandro Martínez, ha aparecido alguna vez rondando por el pueblo. Evidentemente, yo no creo en estas cosas, pero me inquieta el rumor y lo que pueda haber detrás de él.

Eugenio miró fijamente a Alejandro, escudriñándolo de nuevo. Soltó una tosecilla y le dijo de forma áspera:

–Es cierto... –Notó cómo un ligero escalofrío recorría el cuerpo del experimentado periodista–. Ha vuelto –dijo bajando el tono y con voz asustada.

Una vez más, Enrique se quedó pasmado con la respuesta, pues no esperaba algo así de una persona que le parecía tan razonable y sensata como Eugenio.

–Pero bueno, ¿me está hablando en serio? –preguntó sorprendido–. ¿No me diga que usted también cree en esas cosas?

Eugenio dudó, dando a entender que Enrique no comprendía nada.

–Tenga los ojos bien abiertos –le instó–. Teodoro Martínez se fue con varias cuentas pendientes. Solo le digo que, si ha vuelto, no creo que sea para pasear por la pradera. Estuve varios días investigando el hecho y la gente de más edad asegura que es él. Yo mismo...

Tembloroso, Eugenio se levantó de la silla sin terminar de hablar y, a modo de despedida, añadió:

–Al próximo invito yo.

Y así, sin más, se marchó. Caminaba lentamente hacia la salida y Enrique pudo apreciar una ligera cojera en su pierna izquierda que no había detectado

hasta entonces. Sintió la necesidad de salir tras él, como había hecho una hora antes, para preguntarle qué quería decir con sus últimas palabras sobre Teodoro Martínez, pero estaba sin fuerzas. La realidad era que la entrevista había sido un fracaso, si no total, al menos relativo. No tenía ninguna prueba adicional con la que hilar la relación causa-efecto de las demandas por las tierras de Alejandro Martínez con los movimientos del Ayuntamiento para la repentina recalificación de los terrenos. Tan solo su intuición y un par de contactos de los que el propio Eugenio dudaba que pudiese sacar algo en claro. Y respecto a las habladurías sobre Teodoro Martínez, las palabras del periodista no habían hecho sino incrementar su inquietud. Ciertamente, él no creía en esas cosas, pero era consciente de que la gente podía hacer muchas tonterías precisamente cuando caía en ese tipo de creencias. De hecho, le constaba que Nicolás era bastante supersticioso, y estaba seguro de que vendería las tierras antes por temor a una posible maldición que bajo cualquier otra circunstancia, como podría ser una suma de dinero irrechazable.

Poco después, meditabundo, conducía entre las brumas por la autovía A7 rumbo al aeropuerto. Hacía varios meses que no veía a su hermana. La última vez que se encontraron, salieron a cenar los dos solos, como nunca antes habían hecho. Con veintiséis años recién cumplidos, hacía mucho tiempo que ella ya era una mujer adulta, pero quizá él no se dio cuenta hasta aquella noche. Entonces supo ver que estaba enfrente de una persona trabajadora, divertida, metódica y, al mismo tiempo, alocada. Tanto, que había decidido dejar su trabajo como enfermera en un buen hospital a las afueras de Londres para lanzarse a la aventura australiana.

Enrique desaprobaba esa decisión, por supuesto. Se veía como su protector, el primogénito que siempre había velado por su hermana pequeña. Pero, por otro lado, él no era quien para decirle lo que tenía que hacer con su vida. Sabía que esa decisión venía motivada por su novio. Su hermana no era de las que dejaba un trabajo que le enamoraba para irse a otro país a servir cafés. No obstante, tenía veintiséis años y estaba en una edad en la que podía permitirse hacer cualquier cosa. Sin ir más lejos, el propio Enrique, de forma inexplicable para cualquier espectador que asomase un poco la cabeza desde fuera, había cometido la «locura» de dejar un prestigioso bufete en busca de un proyecto personal con escasas probabilidades de éxito, como era el de generar y producir su propio guion de película.

Ahora, llegando al aeropuerto, la iba a ver casi seis meses después

acompañada de un chico al que solo conocía ligeramente a través de las fotos de Facebook, un tipo apuesto y mayor que ella, probablemente de su misma edad.

Aparcó el coche en la zona del recinto habilitada para ello y se dirigió a la puerta de llegada. Eran las nueve y veinte de la noche y, según la programación que aparecía en las pantallas informativas, el vuelo ya había aterrizado. Por tanto, sería cuestión de minutos, tal vez segundos, que su hermana apareciera por esa misma puerta. Había bastante gente allí. Se notaba que eran fechas especiales, más aún en un aeropuerto tan pequeño como aquel. Aunque la terminal no podía presumir de una gran variedad de destinos, y mucho menos internacionales, la ruta Londres-Almería y viceversa era uno de los trayectos habituales. Pocos minutos después, comenzaron a salir los primeros pasajeros. Enrique empezó a vislumbrar a su alrededor un espectáculo que siempre le había conmovido especialmente: los reencuentros. Instantes después, se vio envuelto por una vorágine de besos, abrazos y hasta algún ligero llanto que se escapaba entre la muchedumbre.

La vio venir de lejos. Estaba más delgada. A nivel culinario, y él lo sabía de sobra por sus visitas, Londres no era el mejor sitio para vivir. Al menos, no para el ciudadano medio de a pie. Y probablemente eso, unido al descuido por parte de su hermana sobre su alimentación, la había hecho bajar de peso considerablemente. A su lado, un hombre que Enrique no conseguía identificar como el chico que había visto en las fotos. Sus gafas oscuras y espesa barba negra le conferían un aspecto de persona de mucha más edad.

A pocos pasos, Eloísa soltó la maleta y se abalanzó hacia Enrique. Se fundieron en un abrazo y una inmensa sensación de alegría recorrió a ambos. Se habían criado juntos sin sus padres y eso era algo que unía aún más a dos hermanos. A pesar de que el tiempo y la distancia los había separado en su día a día, la complicidad siempre iba a estar ahí. Ella lo siguió abrazando hasta que cayó en la cuenta de que no había venido sola.

–Perdona, ¡que no os conocéis! –exclamó–. Qué despiste. Enrique, este es Julián.

Julián se acercó un par de pasos y le tendió la mano, al tiempo que decía con voz profundamente grave.

–Encantado de conocerte. Tu hermana me ha hablado mucho de ti.

–Igualmente –respondió Enrique, cordial. Y, dirigiéndose a su hermana, dijo animadamente–: Pero bueno, vámonos ya, que nos espera casi una hora de camino y los abuelos están impacientes por ver a su nieta favorita –sonrió

divertido.

Enrique cogió la maleta de su hermana y se dirigieron al coche. Durante el trayecto, Julián habló poco, se limitaba a responder sistemáticamente las preguntas de Enrique y alguna cuestión o comentario esporádico que lanzaba Eloísa. Enrique imaginó que su cuñado se sentiría cohibido. Él también se había visto en esa misma situación alguna vez y sabía de buena tinta que los primeros contactos con la familia política nunca eran fáciles.

A pocos kilómetros de la entrada del pueblo, Eloísa llamó a sus abuelos para avisarles de que estaban llegando. Cuando se aproximaban a la casa, ambos estaban, a pesar del frío, de pie en la puerta, esperando ansiosos. Tras una sucesión de besos y abrazos varios, dejaron que la pareja se instalara en el cuarto de ella.

La cena fue una sucesión de preguntas a las que Julián, que era la novedad esa noche, no podía dejar de responder. A eso de medianoche, Enrique sintió un profundo cansancio y se fue a la cama, dejando a los cuatro en una animada conversación. Parecía que Julián había caído bien a sus abuelos, lo que era una muy buena señal. A él también le había parecido una persona agradable. Si tenía que sacarle la puntilla por algo, diría que se notaba que, para algunas respuestas, su hermana le había preparado bien para impregnarse del ambiente campestre que se respiraba en aquella casa y para aguantar el bombardeo constante de preguntas por parte de su abuela. «¿A qué se dedican tus padres? ¿Cómo es que te fuiste a vivir a Londres?». Y así, un largo etcétera. Y las aguantó bien, salvándolas con nota. Su abuelo, como siempre, mucho más comedido, solo le hizo al inicio un par de preguntas de cortesía: cómo había ido el viaje y qué tal se comía por Londres, ya que había escuchado por sus nietos que no demasiado bien.

Enrique se metió bajo las sábanas pensando en la conversación que había tenido con Eugenio López esa misma tarde. Le había parecido un tipo de lo más peculiar. Todo lo que tenía que ver con la recalificación de terrenos, pagos en B... Con eso ya contaba. Sabía que estaba ahí, cubierto por el fango y que solo hacía falta escarbar un poco. Pero cuando cerró los ojos, en la oscuridad, sin avisar, apareció de repente una imagen similar a la de Alejandro Martínez. Vestía otras ropas y sostenía una mirada de otra época. Era él. Teodoro Martínez. Y aunque había comenzado como un rumor de patio de colegio, un cuento de niños, ahora esa imagen le quitaba el sueño.

A la mañana siguiente, a pesar de que le costó dormirse, se despertó

descansado. Pensaba que eran las ocho de la mañana, pero para su sorpresa, el reloj daba casi las once. Había dormido más de diez horas, cosa que sucedía con poca frecuencia.

El día de Nochebuena era uno de sus favoritos del año. Esa noche cenaba con toda su familia; incluso venían sus primos y tíos desde Adra. Después, cantaban villancicos, tomaban unas copas, y así hasta que el cuerpo aguantara. Sus tíos y sus primos venían principalmente por los abuelos. David Narváez y la abuela Esperanza tenían un gran poder de convocatoria. Se preguntaba qué pasaría cuando no estuviesen. ¿Se seguirían reuniendo? En cualquier caso, nada volvería a ser lo mismo y esa idea le inquietaba sobremanera. Se levantó de un brinco de la cama apartando esos malos pensamientos y se dispuso a aprovechar lo que quedaba de mañana, pues quería tomarse la tarde libre para ayudar a sus abuelos con los preparativos de la cena, especialmente a su abuela, que ese día necesitaría de un pinche en la cocina que le diera apoyo. Así también su hermana podría disfrutar sin preocupaciones del pueblo y los bellos paisajes alpujarreños con Julián en la víspera de Navidad.

Como era un poco tarde y un día impropio para hacer cualquier tipo de recado o pesquisa fuera de casa, se puso como objetivo repasar la documentación pendiente de casos anteriores similares. Había estado investigando y existían multitud de casos parecidos con resoluciones en todos los sentidos. Para el caso de Nicolás, estaba decidido a llegar hasta el final y, para ello, veía solo dos vías posibles: por un lado, la de alegar «prescripción adquisitiva», esto es, cuando una persona posee un bien durante un tiempo determinado y transcurre el plazo que marque la ley, ésta puede adquirir la propiedad de dicho bien. La otra alternativa consistía en presentar toda la documentación y pagos que podía aportar exhaustivamente Nicolás: arreglos en la finca, caminos, pago del impuesto de bienes inmuebles durante más de treinta años... La táctica del «miedo al juicio» que había empleado Alejandro Martínez en las anteriores ocasiones no funcionaría esta vez. Continuó repasando distintos casos y argumentos de defensa de la parte demandada por parte de sus colegas hasta que se le hizo la hora de comer. Su hermana y Julián almorzaban fuera y, dado que su abuela estaba inmersa en la cocina con los preparativos para la noche, tomó un poco de sopa que había sobrado de la noche anterior, al igual que su abuelo. A eso de las siete llegaba el resto de la familia, así que se dispuso a preparar el salón, la mesa, algún aperitivo de bienvenida... A pesar de su empeño, su abuela no le dejaba entrar

demasiado en la cocina. Simplemente le decía «corta el tomate cual» o «parte el pan aquel».

La velada fue una delicia con sus primos y tíos, a los que veía de año en año. Por unas horas, se olvidó de todo: de los pleitos, las notas, los multimillonarios engreídos, de Mónica...

Por primera vez en mucho tiempo, todos los fantasmas desaparecieron completamente de su cabeza.

Capítulo 12

–¿Cuándo lo habéis visto? –preguntó alterado.

Julián parecía no entender nada y su hermana Eloísa tampoco. Volvían de dar un paseo por el pueblo cuando un comentario inocente por parte de Julián sobre el comportamiento de dos ancianos había desatado el nerviosismo de Enrique.

–No hemos visto nada, Enrique. Solo un par de hombres que corrían despavoridos –respondió–. Quizá de la edad del abuelo o incluso más. Me sorprendió tanta velocidad en sus piernas para ser tan mayores, la verdad.

–¿Huían del fantasma?

–¿Qué diantres dices? –le preguntó su hermana, perpleja–. Lo único que escuchamos fue no sé qué de la guerra.

Enrique se quedó pensativo, sin llegar a creer que lo que le rondaba por la cabeza llegase a ser verdad ni por asomo. Aquello estaba fuera de toda lógica.

–Voy a hablar con ellos ahora mismo.

–Pero Enrique, ¿qué está pasando? No creerás en cuentos de fantasmas ahora, ¿verdad? –le preguntó Eloísa con los ojos abiertos como platos, como si no creyera que verdaderamente estuviera preguntándole a su hermano algo así. Julián permanecía al lado, con semblante serio y sin abrir la boca.

–Precisamente porque no los creo, lo que haya detrás puede ser algo aún más raro –respondió, volviendo en sí–. ¿Pudiste reconocer a alguno de ellos?

Su hermana recapacitó un instante.

–Uno era aquel hombre que veíamos los sábados en el bar de Emilia. Ese que siempre va con una boina verde.

–Ah... sí. El abuelo lo conoce. Eustaquio, creo. Sé dónde encontrarle. Luego os cuento. Siento chafaros el plan, pero más tarde me uno a vosotros en Fondón –añadió, a modo de disculpa–. Y a la cervecita, por supuesto –terminó guiñando el ojo a Julián.

Esa tarde habían quedado en ir a enseñarle a Julián uno de los pueblos con más encantos de la comarca. En esas fechas tan señaladas, Fondón contaba con la curiosidad de tener uno de los árboles de Navidad más grandes de toda España, lo que hacía que cada año se sumaran cientos de curiosos. Pero tenía que posponer ese plan e intentar aclarar primero lo que estaba sucediendo a escasos kilómetros de su casa. Enrique sabía que Eustaquio solo podía estar en un sitio después del ataque de nervios que había sufrido: en el bar de Emilia. Se encaminó directamente hacia allí y, nada más entrar, lo vio al

fondo, sentado a la barra y temblando junto a otro hombre, cada uno de ellos con sendos vasos de vino en la mano. A las siete de la tarde, eran los dos únicos clientes del establecimiento.

–Buenas tardes, Emilia. –Hacía mucho que no pasaba por el bar y tenía que cumplir con los saludos y preguntas de rigor–. ¿Cómo va todo por aquí? Y tu hijo, ¿se decidió por fin a irse a Málaga? –preguntó cortésmente, dado que había dado clases particulares al chiquillo durante todo un verano.

Emilia era una mujer exageradamente alta, debía rondar el metro noventa. Llevaba viuda más de diez años y su único hijo, un chaval al que Enrique estuvo ayudando unos meses con las matemáticas, acababa de comenzar su aventura universitaria.

–Ay, Enrique, cuánto tiempo –le dijo ella, contenta de verlo de nuevo–. Lo bueno de estas fechas es que todos aparecéis por el pueblo y eso es muy bonito para los que nos quedamos aquí esperando el resto del año. Esas vueltas que cada vez se suceden con menos frecuencia... –dijo como hablando para sí misma–. Pablo se ha ido al final a Granada, aunque estos días lo tenemos por aquí. Está siendo duro para los abuelos y para mí que viva fuera, no terminamos de acostumbrarnos.

–Bueno, poco a poco –dijo deseoso por acabar rápidamente la conversación–. Al final, te acostumbrarás. Tampoco será fácil para él, aunque no te lo diga. Créeme, he pasado por lo mismo.

–Cómo me reconforta oírte decir eso –le contestó aliviada–. Sé que me echa de menos, aunque no lo reconozca. Está en una edad difícil, ya sabes. Tiene que aprovecharlo. Dieciocho años solo se tienen una vez.

Enrique sonrió amablemente y le pidió a Emilia que le pusiera una cerveza sin alcohol. Se dirigió al fondo de la barra, dispuesto a entablar conversación con Eustaquio, notando una tensión fuera de lo común en ambos hombres. Se acercó un poco más y reconoció al segundo en discordia poco después. Frecuentaba también el bar, aunque jamás habían intercambiado una palabra y desconocía su nombre.

Eustaquio lo vio acercarse y dijo con voz temblorosa:

–Narváez, cuánto tiempo. Qué mal día has escogido para aparecer... –Le dio otro trago al vino apurando el vaso y, acto seguido, dijo–: ¡Emilia, lléname el vaso, por favor...!

Para su fortuna, era evidente que el anciano necesitaba desahogarse.

–¿Y eso? Quería saludar a Emilia y tomarme una cerveza tranquilamente –mintió–. ¿Qué sucede?

Eustaquio carraspeó y miró al otro hombre. A continuación, se acercó a Enrique y bajó la voz.

–Hemos visto a un muerto... Uno de hace muchos años. Paseando por sus campos como si no hubiera pasado el tiempo. –Tragó saliva y bebió otro largo sorbo de vino del vaso que acababa de ponerle Emilia.

El otro, que respiraba aún de forma más agitada y que todavía no había tocado su vaso, asintió. Enrique, acostumbrado ya a escuchar esa patraña durante los últimos días, puso cara de sorprendido ante lo que le decían.

–¿Y usted sabe quién era? –preguntó dando por sentado que creía su historia.

En cualquier caso, no podía desairarlo. Era una persona mayor y, lo creyera o no, no podía faltarle el respeto de ningún modo mostrándose escéptico.

–Ya muy pocos lo sabrán. Pero justo nosotros dos, sí.

Miró a su compañero y, al ver sus ojos, apuró lo que le quedaba de vino. El otro hombre seguía limitándose a asentir con la cara desencajada. Había empezado a dar pequeños sorbos cada ocho o diez segundos en clara señal de nerviosismo.

–Es Teodoro Martínez –añadió Eustaquio, haciéndole de lejos de nuevo el gesto a Emilia para que llenara su vaso, que secaba la vajilla ajena a lo que hablaban sus parroquianos y que solo se acercaba a servir vino a cada llamada del anciano–. Tenía solo siete u ocho años la última vez que lo vi. Pero jamás lo olvidaré. Fue de esos de los que se contaron historias de la guerra... Rodrigo, tú también lo has visto... Díselo a Narváez –miró al otro–. Este es el nieto de David, puedes contárselo. ¿Era él, verdad? –le preguntó a su vez, con los ojos saliendo de sus órbitas–. No me digas que estoy loco, que, aunque vaya para noventa años, Dios ha querido conservarme la cabeza en su sitio hasta que me muera.

El que resultaba ser el tal Rodrigo parecía algo más joven, pero era evidente que no mucho si llegó a ver a Teodoro Martínez con vida antes de su desaparición hacía unos setenta y cinco años, según sus cálculos.

Con voz cascada, el otro contestó:

–Era él, no hay duda. Estaba igual que cuando le hice aquel último recado. Yo hice mi trabajo. Espero que no me tenga nada en cuenta –dio otro sorbito y, repentinamente, comenzó a sollozar, tapando su cara con las manos.

Enrique no daba crédito a la escena, pero, a pesar de ello, vio una nueva oportunidad. Desde luego, la conversación, aunque accidentada, estaba dando

mucho más de sí de lo que inicialmente esperaba. Ambos octogenarios habían visto de niños con sus propios ojos a Teodoro Martínez. Y el tal Rodrigo, al parecer, también había sido su chico de los recados. Emilia se había adentrado en el almacén contiguo; desde la barra, se escuchaba el movimiento de las cajas y solo de vez en cuando salía para preguntar si estaba todo bien. Enrique insistió en su particular interrogatorio.

—¿Qué recado, Rodrigo?

Antes de contestar, el anciano tragó saliva.

—Una carta. Pero si esperas el destinatario, no puedo decirlo. Le prometí al propio Teodoro que jamás lo desvelaría. Bien sabe que, si viene a por mí, no tendrá motivos, pues mis labios han estado sellados durante casi ochenta años. Y pienso llevarme el secreto a la tumba.

Enrique asintió, desconcertado, y se propuso seguir con la batería de preguntas.

—¿No han pensado en llamar a la policía? Al parecer, hace unos días también habían visto a alguien rondando sin rumbo por las fincas en pleno invierno. Es un poco extraño que sea así, de repente, ¿no creen?

Enrique intentaba dejar caer un poco de sensatez sobre aquellos dos hombres, aunque dudaba que sirviera para algo, más teniendo en cuenta el *shock* al que se enfrentaban. Sus sospechas se vieron confirmadas al instante.

—Esto solo podrían resolverlo los que vivieron la guerra. Ni siquiera tu abuelo, que entonces sería poco más que un bebé, podría ayudar. No sirve de nada ya. Además, no nos creerían —dijo Eustaquio.

—Yo os creo —volvió a mentir Enrique—. ¿Por qué ellos no iban a hacerlo? —preguntó.

Ambos ancianos negaron y aprovecharon de nuevo la presencia de Emilia para pedir otra ronda. Enrique dio por agotada la conversación y se despidió de ambos, instándoles a su vez a que estuviesen tranquilos, aunque no sabía bien por qué les había dicho eso. Le pareció raro ese papel de «defensor» de esos abuelos, gente con mucha más experiencia y que sabían de la vida mucho más de lo que probablemente llegara a conocer él jamás. Al fin y al cabo, ellos habían vivido una guerra. Esos dos hombres que ahora temblaban de miedo habían pasado parte de su niñez inmersos en un conflicto fratricida sin precedentes. Habían visto cosas que las generaciones siguientes, afortunadamente, jamás experimentarían. Cosas horribles. Y en su interior, muy a su pesar, le parecía que, inconscientemente, a veces pasaba ese hecho por alto.

Ligeramente conmocionado, se dirigió a Fondón. Había estado en el bar poco menos de una hora y al final no llegaría con demasiado retraso. Resolvió que hablaría de nuevo con Casto Perea. Tenía que ponerle al corriente de estos últimos acontecimientos. Quizá lo tomara por loco, pero había gente muy asustada y su deber como ciudadano era advertir formalmente a las autoridades.

Se encontró a Julián y Eloísa tomando fotos al inmenso árbol de Navidad cuando llegó. La plaza estaba abarrotada de gente. Doce metros de altura y más de ochenta mil pequeñas bombillas de bajo consumo lo abrigaban. El alumbrado de las calles era también espectacular. Con ello, Fondón se convertía en esas fechas en destino obligado para muchos turistas, especialmente de otras zonas cercanas, que no solían dejar pasar la oportunidad de visitar el pueblo y disfrutar de su gastronomía. Enrique conocía un sitio en el que recordaba comer muy bien y propuso ir allí aunque tuvieran que esperar y hacer tiempo hasta que se despejara alguna mesa.

Cuando llegaron poco después, prácticamente no tuvieron que aguardar más de diez minutos para conseguir sentarse. Cenaron magníficamente y degustaron algunos de los platos más típicos de la zona: sopa de ajo tostado, chacinas variadas y un succulento estofado de conejo. Julián iba cogiendo confianza y se notaba que las conversaciones eran cada vez más fluidas y agradables. Enrique solo se tomó media copa de vino para calmar los ánimos de la tarde, pues tenía que conducir de vuelta. Julián también estuvo comedido, pero su hermana no tanto, que fue la estrella de una noche realmente divertida. Volvieron a casa en los dos coches, Enrique a la estela del viejo Ford Focus de su abuelo en el que iban Eloísa y Julián. La noche era oscura y, de vez en cuando, alguna luz lejana brillaba entre el mar de olivos y otros árboles que reinaban en la comarca. De repente, sintió un escalofrío. Fue una sensación de miedo inexplicable. Apretó el volante con todas sus fuerzas ante un temor que no podía ser real. El miedo de que realmente Teodoro Martínez se ocultara entre los árboles de aquel bosque. Que pudiera aparecer en cualquier momento y que consumara aquella venganza de la que hablaban sus paisanos. Esa venganza que nadie sabía en qué consistía, pero a la que todos aparentemente temían.

Se fue a la cama envuelto en un sudor frío. En un estado de duermevela, volvió a su mente un sueño recurrente: recordó Madrid y aquel semáforo. En la especial rutina quincenal que llevaba por entonces cuando llevaba a Ariana a sus clases de danza, aquel hombre siempre estaba allí. Vendía paquetes de

pañuelos habitualmente, mecheros a veces. Bajito, barrigudo y de espesa barba blanca, vestía cuatro harapos, pero por encima de su pobre indumentaria destacaba su sempiterna gorra marinera. Lo que más le asombraba era que no había perdido ni la sonrisa ni un toque de dignidad. Enrique se preguntaba, cada dos semanas en aquel mismo semáforo, cómo habría acabado aquel hombre allí. Y lo que es peor, cómo no dejaba de sonreír, a pesar de que rara vez había visto a algún coche bajar la ventanilla. No debía ser fácil.

Sin embargo, aquella noche, se preocupó. El hombre no estaba. Él esperaba ver una cara conocida en aquel semáforo, aguardando impaciente al rojo para saltar alegre desde el paso de peatones. Esa sonrisa, esa alegría que aquel personaje desprendía hacia cada uno de los coches a los que se dirigía de una forma tan peculiar. Nervioso, percibió cómo su corazón se aceleraba al no encontrarlo. El semáforo se puso en verde, pero él no se dio cuenta, ensimismado como estaba, hasta que un fuerte pitido proveniente del coche de atrás le indicó que tenía que avanzar. Abrumado, siguió su ruta como un autómatas sin dejar de darle vueltas al asunto. Ariana estaba a su lado, en el asiento del copiloto, entretenida con su teléfono móvil. Y él fue consciente en ese preciso instante, en ese mismo semáforo, de que verdaderamente estaba solo. Enrique desvió un segundo la atención de la carretera y la miró. Ella le comentó:

–Mira qué jersey... –Señaló a su teléfono–. Mañana mismo me acerco a la tienda y me lo compro, ¡me he enamorado! –exclamó.

Él solo acertó a decir, a media voz:

–Nos conformamos con tan poco...

Ella hizo caso omiso y siguió hablando, pero él ya no la escuchaba. Seguía pensando en el hombre del semáforo. ¿Dónde se encontraba? ¿Qué habría sido de él? ¿Volvería a estar ahí dos semanas después?

Lo único que no pensó fue que, dados los acontecimientos que sucedieron poco después con Ariana, sería él quien no volvería a aparecer por allí jamás.

Capítulo 13

Carretera Málaga-Almería. 9 de febrero de 1937

Teodoro Martínez cayó al suelo de rodillas. El agotamiento era total. Sus piernas ya no le respondían. A su alrededor, se distinguían varios camiones, coches, numerosas mulas y también carros... pero sobre todo gente, muchísima gente. La carretera por la que avanzaba, si es que dadas sus funestas condiciones podía seguir llamándose así, se dibujaba paralela al mar. Y aquella nefasta tarde el único sonido que la acompañaba era el de gritos y llantos, salpicados de forma sistemática por el estruendo de las bombas procedentes de los barcos y aviones del bando nacional.

De pronto, una niña rubia de grandes ojos verdes le dio un tirón de la camisa. Le dijo que buscaba a su madre y a su hermano. No tendría más de siete u ocho años. El último bombardeo, a la altura de La Herradura, había vuelto a dispersar al grupo con en el que iba. Ya lo había vivido antes. Familiares desesperados: padres, hermanos e hijos buscando a sus seres queridos. Escenas que ya jamás podría olvidar y que quedaban marcadas a fuego en su retina. Los cuerpos esparcidos en las cunetas cubiertos con mantas u otros trapos, abandonados a su suerte, eran destapados por los que venían detrás, que rezaban para no encontrarse con ningún rostro conocido al apartar el pedazo de tela. A pesar de todo, no podía parar. Decían que nacionales e italianos les pisaban los talones. Y tampoco podía dejar allí sola a aquella niña. Hasta ese momento, había sido toda una suerte no tener de quién ocuparse. Solo tenía que pensar en su propia supervivencia. En su mente, la única preocupación que le revoloteaba era que el pequeño Rodrigo hubiese cumplido con éxito el recado que le había encomendado. Tenía muchas esperanzas; era un niño listo y estaba casi seguro de que lo habría hecho tal y como le indicó. Algún día volvería a su casa y a su tierra y serían muchos los que se arrepentirían de haberle hecho tanto daño de forma injustificada. Él no se había portado mal con nadie, ni mucho menos tenía las verdaderas ideas políticas que le habían achacado. Pero claro, eso, en realidad, poco importaba. Se había dado cuenta demasiado tarde. Su verdadero pecado era el de amar a una mujer a la que le atribuían una locura que realmente no era tal. Teodoro pensaba que, de haber estado vivo su padre, seguramente él lo habría podido arreglar. Sin embargo, murió dos años antes y él, a sus veintisiete años, ya no tenía en quien apoyarse para defender

lo que muchos otros codiciaban desde hacía tiempo. Menos aún desde que estalló la guerra, hecho que puso aún más en el punto de mira su posición y posesiones.

Resolvió hacerse cargo de la niña hasta que encontrara a algún familiar o llegara a un destino seguro en el que pudiera dejarla a salvo.

–¿Puedes caminar? –le preguntó amablemente a la chiquilla una vez se puso de nuevo en pie.

–Sí –respondió ella.

–Está bien. Vamos a buscar a tu familia. Seguiremos hacia Almería. Seguro que, antes de que lleguemos, podrás encontrarlos. Apenas veas a alguien conocido, me lo dirás, ¿verdad?

La niña asintió, visiblemente aliviada al ver que ya no estaba sola. Teodoro la cogió de la mano y siguió caminando a paso rápido, llevándola casi a rastras. Aunque parecía que los bombardeos habían reducido su intensidad ese último día, no se fiaba. Atacaban desde el aire y también desde el mar, en el que se decía que flotaba un buque llamado Canarias que no dejaba de perseguirlos en paralelo por la costa y que no cejaba en su empeño de lanzar su carga mortal contra aquella maltrecha carretera.

Teodoro continuó andando a paso ligero hasta que, minutos después, pudo divisar a lo lejos una masa de gente que se agolpaba a la orilla de un río. Creía conocerlo de oídas, probablemente se tratase del río Guadalfeo. Pero ese día no se podía cruzar. Con aquel caudal, intentarlo era poco menos que una locura. ¿Cómo era posible que corriera tanta agua? Para un hombre adulto como él, en su plenitud física, ya sería muy arriesgado, pero cruzarlo junto a una niña pequeña a sus hombros, era directamente un suicidio. Se acercó unos cuantos metros más. La gente no sabía qué hacer ante aquella inesperada barrera y muchos corrían de nuevo hacia atrás, presa del pánico. Al parecer, el río nunca solía llevar tanta agua, tal y como se oía decir a algunos lugareños que se habían ido sumando desde las distintas poblaciones cercanas al éxodo que se había iniciado en Málaga pocos días atrás.

El plan inicial de Teodoro era sobrepasar Motril. Una vez estuviese al otro lado, conocía bien los caminos de la sierra y estaba seguro de que podía llegar a Almería evitando tanto a tropas nacionales como a aquellos que habían jurado darle muerte de forma injustificada usando para ello el nombre de La República. Con la niña en sus brazos, concentrado en la forma de escapar, sin tener aún un plan de acción claro, pudo ver el inicio de otro espectáculo que le costaría olvidar: la gente comenzaba a cruzar el río de

forma precipitada... Unos pocos aguantaban el tipo y otros eran arrastrados por la corriente hacia una muerte segura. Algunos incluso se atrevían a cruzar con niños pequeños en brazos. En ese momento, volvió a ser consciente de los estragos que provocaba el miedo... Un miedo justificado, eso sí, en el que muchas personas preferían morir ahogadas en un río que caer en manos de cualquiera que consideraran enemigo. Varios resignados decidieron quedarse por la zona y se dispersaron en busca de refugio cercano. De lejos se oía gritar: «¡Ya están de camino las Brigadas Internacionales! ¡Ya vienen! ¡Viva La República!».

Teodoro tenía que tomar una decisión rápidamente. Dudaba que la ayuda fuese a ser inmediata y estaba en una zona muy peligrosa, pues corría el riesgo de quedarse atrapado en una bolsa entre las tropas republicanas y nacionales. Dejó de fijarse en los compañeros de viaje que cruzaban el río y se paró un momento a pensar, mirando alternativamente en todas direcciones. No podía volver atrás, era demasiado peligroso, dada la cercanía de las unidades enemigas. A su derecha, tampoco podía contar con escapar por mar. Varios buques enemigos custodiaban la costa. Y hacia delante, el río le parecía un obstáculo prácticamente insalvable con una niña a su cargo. Lo más fácil era abandonar a la pequeña a su suerte e intentar cruzar a nado. Estaba casi seguro de que él podría conseguirlo. Había visto incluso cómo varios familiares dejaban a sus propios niños atrás, que lloraban y corrían detrás de ellos, despavoridos, hacia una muerte inevitable. Ella lo miraba, aguardando sus indicaciones o el próximo tirón del brazo. Pero él no podía abandonar a la niña; iba en contra de sus principios. Por tanto, solo le quedaba una opción: remontar río arriba y esperar encontrar un paso. Aunque multiplicaba el riesgo de perderse y ser alcanzado por el enemigo, no tenía otra alternativa.

Sin decir nada, dio una fuerte sacudida a la niña y comenzó a correr, prácticamente arrastrándola por los suelos. Ella se quejaba: «No tan rápido», le decía. Iba semi-descalza y sus pies lucían varias heridas. Los de Teodoro, también, pero en menor medida. Su vida de campo y su costumbre de andar descalzo había endurecido considerablemente las plantas de sus pies. Miraba hacia la escarpada montaña. Desconocía si alguien más había intentado remontar el río, pero supuso que sí. Rápidamente, subió a la niña en sus hombros para ir más rápido. Miró atrás y vio cómo algunos se fijaban en él y en la pequeña, e imaginó que pronto otros le imitarían.

A medida que avanzaban, el camino se complicaba. En cualquier otro

momento, con menos caudal, habría sido fácil remontar el río por la ribera, pero ese no era el caso. Debían ser poco más de las doce del mediodía, y calculó que aún tendría entre seis y siete horas de luz. Quería llegar a Lújar ese mismo día para buscar cobijo donde pasar la noche, pero a cada minuto lo veía más difícil. Estaba agotado. Tras poco más de una hora de remontada, se paró en seco y bajó a la niña. Su espalda había dicho basta. Detrás no divisaba a nadie, pero un poco más adelante se escuchaban algunas voces que se deslizaban barranco abajo. Hizo un gesto a la chiquilla para que no dijera nada y asomó ligeramente la cabeza entre el follaje que los ocultaba. Más arriba había un malogrado puente de madera que cruzaba el río y varias personas estaban terminando de pasar a la orilla contraria. Eran exiliados como ellos, sin duda, dedujo rápidamente Teodoro. Remontó oculto el desnivel que le quedaba con la niña tras él. Prudentemente, permaneció agazapado hasta que confirmó que *a priori* no había peligro. Instantes después, apareció a la altura del puente, con la pequeña escondida tras sus piernas, lo que hizo que los otros miraran sorprendidos por la repentina aparición desde la otra orilla.

Sin decir nada a nadie, comenzó a cruzar con su joven acompañante de la mano. Los otros miraban, incrédulos. Una vez estuvo al otro lado, saludó al pequeño grupo que se encontraba frente a él. Eran cinco hombres, dos de ellos bastante jóvenes, y tres mujeres. El que parecía el cabecilla, por su aspecto, el mayor de todos (aunque no debía llegar a los cuarenta años), se dirigió amistosamente a Teodoro.

–Veo que no somos los únicos que hemos descubierto este paso. Y pronto vendrán más, estoy seguro.

Teodoro se limitó a asentir.

–¿A dónde os pensáis dirigir? Si queréis, podéis acompañarnos –sugirió.

Teodoro, a pesar de que la generosidad del hombre le parecía sincera, no quería desvelar su plan: llegar a Lújar y, al día siguiente, a Albuñol, pueblo en el que tenía un buen amigo que, estaba seguro, le ayudaría a tomar la mejor decisión para llegar sano y salvo a Almería.

–Vamos hacia Almería, ¿a dónde si no? –contestó de forma evasiva.

Teodoro quería comprobar qué le decían ellos sobre sus planes antes de desvelar los suyos propios. Almería, la capital más oriental de Andalucía, aún estaba controlada por las fuerzas leales al gobierno republicano. Y esa era su única opción para coger un barco y escapar de España vía Francia.

–Bien –dijo el otro, sin darle más importancia–. Nosotros trazaremos un

recorrido paralelo a cierta distancia de la carretera pegada a la costa, rezando para tener la misma suerte que estos días atrás. Podéis acompañarnos, si queréis. Esta noche nos refugiaremos en Motril.

A pesar de que no confiaba del todo en sus nuevos compañeros, Teodoro vio como una buena opción seguir con el grupo antes que adentrarse solo con la niña por caminos que le eran desconocidos. Muchos lugareños de los pueblos que pasaban estaban asustados y se negaban a prestar ayuda a la masa de refugiados que huía de Málaga por temor a posibles represalias. Así que era mejor ir en un grupo que arriesgarse a que se le hiciera de noche vagando perdido con una niña pequeña en medio de la sierra.

–Está bien, os acompañaremos. Muchas gracias –respondió Teodoro.

–¿Cómo te llamas? –preguntó de nuevo–. ¿Y la pequeña?

Teodoro cayó en la cuenta de que no sabía el nombre de la niña, a pesar de las horas que llevaba con ella.

–Yo soy Teodoro, ella es...

–María –respondió rápidamente ella para su sorpresa.

–Bien, Teodoro y María. Me llamo Joaquín y estos son algunos vecinos y amigos de Torre del Mar. Sigamos el sendero, no hay tiempo que perder.

Caminaron unas cuantas horas más y, al caer la tarde y llegar a los alrededores de Motril, detectaron cómo cundía el pánico en el interior de la ciudad. Vieron a las bestias a las afueras, atadas a árboles y palmeras: burros, mulas, caballos... Aquello parecía no tener sentido. Montaron una improvisada reunión y decidieron que no podían acercarse más sin saber qué estaba pasando, dado que aquel hecho era verdaderamente extraño. Poco después, consiguieron parar a un lugareño que pasaba por casualidad y les despejó las dudas: de Motril no se podía salir sin un documento firmado por el comandante de la zona. Por tanto, era muy arriesgado entrar a la ciudad. Con ese escenario, decidieron dar marcha atrás y rodearla. Fue una gran decisión porque, pocas horas después, sobre una loma alejada y al resguardo de un cañaveral, vieron cómo las tropas nacionales bombardeaban Motril sin descanso. Se ensañaron con la ciudad en lo que, a buen seguro, estaría siendo una masacre. Desde la altura que les proporcionaba la ladera en la que se escondían, podían verlo en la lejanía. Nadie quería mirar, pero a su vez, nadie era capaz de apartar los ojos. Algunos aviones caían en picado para volver a subir; otros, los más grandes, dejaban caer acompasadamente su carga letal como si nada. María lloraba, pues a su corta edad comprendía más que de sobra lo que estaba sucediendo. Aquel pequeño grupo estaba siendo testigo

de un espectáculo que jamás podría olvidar. Esa noche durmieron con el estallido de las bombas como ruido de fondo.

Poco antes del alba, Teodoro resolvió seguir por su cuenta. Fue una decisión más bien espontánea. Tenía confianza en poder llegar a Albuñol ese mismo día. A pesar de las ampollas que le producían en los labios, se hizo con unas cuantas cañas de azúcar para matar el hambre, que volvería a surgir a buen seguro por el camino. Estaba convencido de que la joven María no pondría tampoco pega a la comida. Inmediatamente después, despertó a la niña con sumo cuidado, y con el primer rayo del día, emprendieron la marcha, evitando despedirse de sus compañeros, aún dormidos, y con la esperanza de que, en tres o cuatro días, pudieran estar embarcando en cualquier puerto rumbo hacía una nueva vida, lejos de aquella masacre. A medida que se acercaban a su tierra natal, la preocupación de Teodoro en cuanto a las consecuencias de la guerra disminuía y, gracias a su amplio conocimiento de senderos y caminos clandestinos, tuvieron un trayecto sin sobresaltos.

Dos días después, con gran esfuerzo y finalmente tras una única y fugaz parada en Murtas, enfilaron hacia Adra. Llovía estrepitosamente, pero eso no le importaba a Teodoro, mucho más alegre por haber perdido de vista el Terral, ese desagradable viento seco y fuertemente racheado que tanto malestar le causaba. Bajo una inmensa cortina de agua, en una de las orillas de la carretera, agazapados aún y a la espera ante lo que pudieran encontrar en el horizonte, la lejana visión de los camiones de las Brigadas Internacionales que llegaban a toda prisa arrancó a Teodoro Martínez las primeras lágrimas desde su niñez.

Capítulo 14

Enrique paseaba inquieto por el pasillo del cuartel. En la puerta de enfrente, Casto Perea mantenía una conversación bronca con Ramón Pérez. Los gritos podían escucharse en medio edificio. Pérez estaba sentado en una de las sillas del despacho, con cara de circunstancias, aguantando como podía el chaparrón de su jefe, que daba vueltas sin cesar por el reducido espacio señalando a un lado y a otro y vociferando como un loco. Enrique pensó que el pobre Ramón debía haber hecho algo muy grave para llevarse semejante rapapolvo; no se explicaba de otro modo el bochornoso espectáculo al que estaba siendo sometido.

Dadas las circunstancias, dudaba ya de si había sido buena idea venir a ver a Casto Perea en ese momento, pero no podía irse sin saber de primera mano qué habían dicho los análisis de criminalística sobre la caligrafía. Rezaba porque su nota no contuviera la misma letra que la de Francisco, pues eso le quitaría un gran peso de encima. Minutos después, Ramón Pérez salió del despacho con la cabeza gacha y sin mirarle. «Es normal», pensó el propio Enrique, «yo tampoco estaría para muchos saludos después de algo así».

Casto Perea lo había visto varias veces por la ventanilla, así que no se le ocurrió en ningún momento intentar entrar sin que así se lo indicara el propio teniente. Instantes después, asomó por la puerta y le dijo:

–Narvárez, ¿aún estás ahí? Pasa, hombre –le animó en tono suave.

Enrique asintió y desfiló delante del veterano agente, que cerró la puerta inmediatamente después. Le invitó a sentarse en una de las dos incómodas sillas dispuestas para invitados y le preguntó como si nada.

–¿Y bien, qué te trae por aquí?

Era asombroso el cambio de registro de Casto Perea, ya que, tras una conversación tan alterada, lo normal era que quedaran ciertos resquicios. Por otra parte, Enrique no podía entender cómo no recordaba su preocupación respecto a la nota recibida. Le contestó, dubitativo.

–No sé si recuerda lo que le comenté sobre la nota del parabrisas y el ramo de flores en el hospital...

–¡Ah, sí, eso! –respondió Casto inmediatamente–. ¿No te llamé? Pensaba que lo había hecho –contestó absorto, rascándose el bigote.

Enrique tenía un nudo en la garganta. Ansiaba obtener esa información que no terminaba de llegar.

–Bien, bien. No te preocupes, Narvárez. La caligrafía es de una persona

distinta a la que encontramos junto a Francisco. Por tanto, de momento, me preocupa poco. ¿No tendrás alguna admiradora secreta por aquí? –preguntó campechano.

–¿Aquí y en Madrid? –contestó visiblemente molesto Enrique–. Lo dudo, no tengo tanto éxito entre las mujeres.

–Ah, sí, lo que pasa es que la nota de Madrid no la tenemos. Es una pena. Quizá sea solo una coincidencia.

–Francamente, teniente, puede que no tenga nada que ver con el asunto de Francisco, pero en mi caso, una coincidencia no puede ser. He recibido dos notas casi idénticas, una en Madrid y otra aquí.

–Lo sé –respondió tajantemente de forma repentina Casto. Fue hacia la ventana y bajó completamente las persianas, lo que dejó a Enrique aún más descolocado que la incomprensible actitud y vagas respuestas que le estaba dando hasta ese momento. Luego se sentó en la silla ergonómica, de enorme respaldo y reclinable que reinaba en su despacho, abrió el segundo cajón del escritorio y sacó un paquete de tabaco.

–¿Fumas? –le preguntó. Enrique negó con la cabeza–. Ya lo imaginaba. Yo tampoco –dijo mientras extraía del paquete dos cigarros. Uno lo puso entre sus labios, el otro encima de la mesa, en una de las esquinas–. A ver, Narváez. Te voy a ser claro –dijo a la par que encendía el primero con una cerilla–. Llevo toda la noche despierto y no tengo mucho tiempo. Me extraña que no te hayas enterado aún, el suceso es grave.

La cara de Casto Perea se ensombreció. Enrique no se explicaba qué podía haber sucedido tan importante y aguardaba expectante.

–Esta noche ha muerto Santiago Vázquez, el dueño de la finca contigua a la de Francisco Carmona. –Hizo una pausa y añadió–: En semejantes circunstancias a las de su vecino.

Enrique se quedó mudo. Evidentemente, era una noticia que no esperaba. Mientras tanto, Casto abrió ahora el primer cajón y sacó dos plastiquitos con sendos trozos de papel dentro. Mira, aquí está tu nota... –dijo levantando con una mano uno de las bolsas– y aquí está la que hemos encontrado debajo del cuerpo de Santiago hace unas horas. Quizá, para una persona que no es muy experta, la caligrafía puede pasar por la misma letra o casi. Pero si te fijas bien, las «aes» y la propia letra «l» se diferencian bastante. Claro que para eso tienes que tener las dos notas juntas. Esta la voy a mandar ahora mismo a que la cotejen también con la que se encontró junto a Francisco Carmona.

–Es decir, que con esto no queda ninguna duda de que la muerte de

Francisco no fue una casualidad...

–Eso lo sabíamos ya veinticuatro horas después pero, sin pruebas determinantes, no podemos cerrar ninguna de las hipótesis. En la escena del crimen no hay huellas; en realidad, no hay nada... Es la primera vez en toda mi carrera que me enfrento a algo así. Estamos intentando localizar la clase de veneno con el que se han provocado los paros cardíacos. Pero bueno, ya te estoy dando mucha más información de la que debo. Lo único que puedo decirte de momento es que estés alerta, pero yo tampoco me preocuparía en exceso. Tu caligrafía no se corresponde ni con la de Santiago ni con la de Francisco. Ya veremos si la de ambos encaja, aunque tiene toda la pinta de que así será. A diferencia de Francisco, aún no tenemos constancia alguna de que esta nueva víctima haya recibido otras notas antes de encontrar su muerte.

Enrique asintió. Él también sabía de las notas que había recibido Francisco gracias a su viuda, Teresa. Además, ahora comprendía la discusión que tenía Casto con su subordinado. Dos muertos y cero pistas. Enrique notó que el teniente había dado por concluida la conversación, pero no podía irse sin hacerle una última pregunta.

–Teniente, ¿podría decirme lo que ponía en la nota? Solo para comprobar si es similar a las que he recibido yo...

–¿Estás de broma? –replicó Casto–. Lo último que queremos es que se filtre a la prensa. De momento, se ha comunicado la muerte natural. Como sabes, Santiago era aficionado a la bebida y a mucha gente de aquí no le extrañará en absoluto. No vayamos a crear ahora una alarma social –respondió Casto, visiblemente molesto por la pretendida intromisión del abogado.

–Teniente –rebatía él, lo más solemnemente que pudo–, no soy periodista y no tengo ningún interés en filtrar nada. Creo que si alguien tiene derecho a ver esa nota, soy yo, que estoy recibiendo avisos similares. Y, quién sabe, quizá pueda ayudar en la investigación si sigo recibiendo más correspondencia inesperada.

Casto vacilaba. Miró fijamente a los ojos de Enrique y, cuando sus miradas se cruzaron, supo que finalmente accedería. Así fue, e instantes después, tendió sobre la mesa una de las bolsitas con una nota en su interior. La frase decía:

«En la tierra de los asesinos, la mente de un pecador es un lugar sagrado».

Enrique sintió un escalofrío. Esa frase confirmaba su teoría, que con total seguridad pronto sería un secreto a voces. Había un loco suelto. Alguien decidido a hacer un daño sistemático y muy bien planificado. Y lo estaba consiguiendo. La nota era similar a las que él mismo había recibido, con la salvedad de que las de Santiago y Francisco eran quizá algo más macabras. De repente, y sin venir a cuento, se le pasó por la mente de forma fugaz lo que decían de Teodoro Martínez y su fantasma, antiguo propietario huido o muerto en la guerra civil.

–Muchas gracias –dijo mientras se levantaba de la silla. Casto Perea se había quedado ensimismado leyendo de nuevo la nota. Deslizaba el plástico entre sus dedos en un sentido y otro–. Una última cosa... –comentó Enrique, dubitativo–. Ya sabrá lo que se dice en el pueblo sobre un fantasma... ¿Cree que tiene algo que ver?

Casto Perea hizo un gesto de desdén, como dando por hecho que estaba ya cansado de esa historia. Alzó el tono de voz, molesto.

–¡Sí, claro! ¡Estaba pensando que un señor que ahora tendría más de cien años ha venido a vengarse de forma silenciosa de todos los nuevos propietarios de sus tierras, y que, de vez en cuando, se da una vuelta por el pueblo para tomar unas cañas en el bar de Emilia! ¡Narváez, por favor, seamos serios! –fue elevando el tono hasta que ya, visiblemente irritado, había terminado de explotar–. Esto es un pueblo y, aunque vengas de la capital, imagino que no habrás olvidado cómo se propagan los chismorreos aquí. Y ahora, si me disculpas, tengo mucho trabajo –cortó severo–. Si recibes alguna nueva nota o tienes otra novedad relevante, no dudes en informarme. Ah, y saluda a tu abuelo de mi parte –concluyó palmeando al aire y señalando hacia la puerta del despacho.

Casto Perea no parecía un hombre fácil. Eso mismo debía pensar Ramón Pérez. Pero, a pesar de ello, era noble y tenaz y cuando algo se le ponía entre ceja y ceja, siempre se esforzaba hasta conseguirlo. Y eso era mucho más de lo que podían decir otros. Se preguntaba qué habría hecho mal el sargento para que Casto Perea le echara un sermón como aquel.

Ramón Pérez era solo tres o cuatro años más joven que Enrique, debía rondar los veintisiete o veintiocho años. Lo recordaba vagamente del colegio, correteando de un lado para otro, bajito y con su cara pecosa. Aunque de niño su estatura había estado por debajo de lo normal, era algo que había arreglado al llegar a la edad adulta. Ahora era casi tan alto como el propio Enrique, debía rondar el metro ochenta. Le perdió la pista cuando se fue a estudiar a la

universidad, como a tantos otros, pero se acabó enterando de que había ingresado en el ejército y, tras pasar unos pocos años en Toledo, se presentó a la oposición y sentó plaza como Guardia Civil. Decidió que, en cuanto tuviera oportunidad, hablaría también con él del resto de inquietudes a las que Casto no parecía prestar demasiada atención. Le preocupaban los asesinatos, especialmente desde que se había enterado del segundo. No había que ser muy avisado para darse cuenta de que Nicolás podría ser el tercero. Los terrenos de Teodoro comprendían tres parcelas, y dos de los propietarios originales, por decirlo así, ya estaban muertos. Sin contar, claro está, con Alejandro Martínez, que también podría estar en peligro como nuevo propietario.

Subió al coche. Del espejo retrovisor interior colgaba un pequeño peluche de la rana Gustavo que le había regalado Ariana al inicio de su relación. «¿Por qué no lo habré quitado aún? En cuanto llegue a casa, lo tiro allí mismo», murmuró alterado por las últimas noticias. Puso el contacto. El reloj del vehículo marcaba las once de la mañana del veintiocho de diciembre. Tres grados de temperatura. «Ojalá todo hubiese sido una inocentada», pensó. «Hoy sería un gran día para que todo terminará así». Toda esa pesadilla de fantasmas y muertes no tenía ninguna explicación lógica a sus ojos. La vista para el juicio de Nicolás se celebraría dentro de pocas semanas y su defensa estaba muy verde aún. De camino a Alcor, abrió completamente la ventanilla de su vehículo... No le bastaba con contemplar el paisaje alpujarreño, necesitaba sentir el frescor de la sierra en un día tan gris como aquel, un tanto oscuro, pero de esos que, a pesar de lo que la mayoría de la gente podía pensar, le fascinaban. Por unos instantes, se olvidó de todo y aspiró cada bocanada del frescor que penetraba por la ventanilla, disfrutando de esa mezcla de olores tan característicos que ya consideraba olvidada por todos los años que llevaba sumergido en la ola de humo y polvo negro que acechaba continuamente a Madrid.

Paró unos pocos metros antes de llegar a la puerta de su casa. De forma precipitada, casi nerviosa, pegó un tirón seco al hilito del que colgaba la rana Gustavo y se dirigió directo al contenedor de la basura, enfadado consigo mismo por mantener aquello tanto tiempo de forma inconsciente. Lo arrojó de golpe y volvió al coche sacudiéndose las manos, dispuesto a aparcar y a trabajar duro en el caso que se traía entre manos.

Sin embargo, al aproximarse a la puerta, vio un vehículo que le resultaba familiar. Allí estaba aparcado un Volkswagen Passat de color blanco. «No

puede ser», se dijo. «Hay muchos vehículos como ese en España, será una coincidencia». Con todo, desconfió, pues en un pueblo tan pequeño como aquel, la gente se solía conocer hasta por la matrícula de los coches.

Con el vehículo ya parado a escasos metros de la casa, no se atrevía a salir, pues aunque no quería reconocerlo, ya podía imaginar la situación que se iba a encontrar dentro y no le sería nada agradable... ¿Estarían los dos o solo ella? De repente, un rostro conocido apareció tras el portal. Era Dolorcitas, inconfundible por su ligero renqueo al caminar. Estaba saliendo de casa de sus abuelos e, instantes después, pasaría por delante, así que lo más sensato era salir.

–Dolorcitas –bajó del coche saludando con la mano.

Ella se acercó lentamente.

–Ay, Enrique, tu abuela iba a llamarte ahora mismo. Tienes visita, ¿cómo no avisas? Como sois de descuidados los Narváez –protestó cariñosamente.

Enrique se quedó sin palabras. No podía preguntar a Dolorcitas quién estaba dentro porque eso lo delataría, pero, con lo que le había dicho, ya lo sabía. La visita era para él. Y solo conocía a una persona que conducía un Volkswagen Passat blanco.

–Se me ha pasado, Dolorcitas, sabes que soy un poco despistado –le dijo Enrique, sonriendo–. Además, me acabo de enterar de lo de Santiago, que tiene la finca muy cerquita de la de mi abuelo... –Bajó la mirada apenado, viendo una oportunidad clara de sacar información a la persona del pueblo que, a buen seguro, sabría más que nadie de lo que en realidad se decía en la calle.

–Ya, hijo, qué desgracia –contestó ella de forma lastimosa–. Menos mal que tiene a los dos niños ya criados. A pesar de todo, ellos lo adoraban. ¿Sabes? –dijo, bajando la voz y mirando de reojo a lado y lado–. Es que le gustaba mucho la bebida. Me da penita, porque hace unos años era un hombre completamente normal, pero nunca superó lo de su mujer y se encerró aún más en sus propios males. Al parecer, ya estaba muy mal, habían tenido que ingresarle dos o tres veces antes y era cuestión de tiempo –añadió.

Enrique asintió, con cara de circunstancias. Así que la versión que había transcendido era esa. Aunque claro, nadie sabía lo de la nota aún, hecho que se filtraría de un momento a otro. Todo aquello era sumamente extraño. ¿Quién podría haber querido algo así para Santiago? Ese hombre, a pesar de sus problemas con el alcohol, tenía fama de ser buena persona. Él, aunque apenas lo había llegado a conocer ni tampoco a sus dos hijos gemelos, pensó

que no estaría de más ir al entierro que tendría lugar la tarde siguiente y darles el pésame a los últimos.

Se despidió cariñosamente de Dolorcitas, tragó saliva y decidió afrontar lo que se venía encima. Abrió la puerta y escuchó las primeras risas. Sin decir nada, entró de forma repentina en el salón para contrarrestar el factor sorpresa. Y allí estaba ella. Mónica Espinosa tomaba un café alegremente con su abuela, su hermana y su posible futuro cuñado.

Su teléfono móvil sonó en ese preciso instante. Últimamente le daba demasiadas alegrías oír el sonido de su melodía. Aún no había podido ni saludar y, con un gesto, indicó que le disculparan, dirigiéndose hacia la cocina para hablar tranquilo. El número era desconocido.

–Sí, ¿dígame? –contestó.

–Buenos días, ¿Enrique Narváez? –por su forma de pronunciar la erre antes de presentarse, sabía que el que estaba al otro lado era el veterano e incansable periodista con el que se había visto días antes–. Soy Eugenio López.

–Hombre, Eugenio, me alegro de saludarle –contestó Enrique, de forma cordial–. Cuénteme, ¿en qué puedo ayudarle?

Enrique no quería perder demasiado tiempo. Aunque tenía el oído en el teléfono móvil, su mente estaba unos metros más allá, dentro del salón de la casa en el que su exjefa charlaba de forma amena con toda su familia.

–Directo al grano. Me gusta –respondió–. Bien, no sé si lo sabes ya, pero anoche murió otro agricultor en extrañas circunstancias...

–Sí, me acabo de enterar hace tan solo unos minutos. Aunque, que yo sepa, ha sido debido a una enfermedad que arrastraba desde hace tiempo –respondió.

–Vaya, joven, o de veras no te has enterado o aún así sigues creyendo que a mi edad soy idiota –le dijo con su particular ceceo–. Pero te volveré a conceder el beneficio de la duda... Debajo del muerto se ha encontrado otra nota. No sé lo que pone, pero ten por seguro que me enteraré.

Enrique se quedó de piedra. Alguien ya había filtrado a la prensa lo de la nota y era cuestión de horas, quizá minutos, que saltase la noticia a los medios. Quizá por eso Casto Perea estaba echando un sermón a Ramón Pérez, pensó para sí. Vista la escena, tenía sentido que el joven agente o algún otro compañero hubiese hecho alguna declaración inapropiada e imprudente y que con ello hubiese echado por tierra la estrategia de investigación que quería llevar a cabo el teniente, como siempre, lo más

alejada posible de los medios.

–¿Enrique, estás ahí? –preguntó Eugenio al ver que su interlocutor no le respondía.

–Sí, sí, disculpe. Es que me he quedado de piedra, no lo esperaba – mintió.

–Bueno, espero que, si te enteras de algo más, me lo cuentes –hizo un pausa–. La información debe correr entre nosotros de forma bidireccional. Recuerda el trato que hicimos. Todo pinta a que esto está íntimamente relacionado con el caso anterior... y huele cada vez peor.

–¿Cree que Alejandro Martínez tiene algo que ver? No tendría sentido.

–¿Por qué no? Cualquiera puede tener un motivo siempre. Aunque esté oculto. Solo hay que saber buscar. Adiós, amigo, hablaremos pronto.

Eugenio cortó la conexión y para Enrique ese día, veintiocho de diciembre, a pesar de no ser aún ni las doce de mediodía, se le estaba haciendo ya eterno. Solo pensar en cómo afrontar la situación en la sala contigua le daba escalofríos. Tragó nuevamente saliva y se mentalizó de ello. Mónica vestía una elegante camisa blanca y unos tejanos oscuros. Irradiaba magnetismo, como siempre. Él llevaba una camiseta lisa cubierta por una sencilla sudadera beige con capucha y unos tejanos rotos. Ella no estaría acostumbrada a verle con esa indumentaria y eso le agradaba en cierta manera.

–Mónica, ¡qué sorpresa! –dijo Enrique acercándose a ella para darle dos besos. Su perfume, ese que tanto le gustaba, impregnaba toda la estancia.

Ella se inclinó y le devolvió los dos besos. Enrique ansiaba escuchar lo que tenía que decirle. ¿Qué hacía allí? Sus miradas se cruzaron un instante. Él tomó asiento en un pequeño sofá, justo frente a ella. Su hermana y cuñado, despreocupados y expectantes por igual, contemplaban la escena ajenos a la relación que se escondía entre ambos. Mónica tomó la sartén por el mango pronto, tal y como esperaba.

–Enrique, te preguntarás qué hago aquí sin avisar. –Él asintió, mientras clavaba la mirada en sus profundos ojos verdes–. Resulta que he venido a descansar el fin de semana a Laujar, respondiendo a la invitación de una gran amiga. Y me he dicho que, ya que estamos tan cerca, qué menos que pasar a saludarte e intentar convencerte para que vuelvas al bufete –terminó esbozando una gran sonrisa.

Lo soltó ahí, de pronto, delante de todos. Ella tenía una mano ganadora, al menos en esa situación y en ese momento, pues sabía que él no podía ser excesivamente sincero delante de su familia.

Enrique se limitó a reír. No se iba a dejar ganar tan fácilmente.

–Te agradezco la oferta y el interés, de verdad –dijo mirando de reojo a su abuela–, pero sabes que necesito un descanso.

Era obvio que quería terminar lo antes posible con esa situación en la que no estaba nada cómodo. Su abuela intervino, dirigiéndose a Mónica.

–Yo siempre le digo que él haga lo que crea conveniente. Por más que lo he intentado, siempre ha hecho lo que ha querido, así que tampoco voy a hacer nada ahora con esto –comentó risueña.

–¿Qué te parece, Mónica, si ya que estás aquí te enseño un poco el pueblo? –propuso Enrique levantándose de un salto del sofá, deseando salir de la incómoda circunstancia.

–Solo si me dejas que te invite a comer después –contestó ella, en el mismo tono jovial en el que había permanecido hasta el momento–, con el permiso de tu abuela, claro –terminó mirándola, cómplice–. No quiero estropear ningún plan familiar.

Su abuela contestó que por supuesto, pues no había preparado nada especial para ese día.

–Está bien –aceptó–. Aunque no puedo alargar mucho la comida hoy, tengo un compromiso esta tarde –respondió algo tajante.

Su hermana y Julián, espectadores hasta el momento, se levantaron para despedirla. Su abuela le dijo que viniera cuando quisiera y que, si por casualidad se quedaba más días, la avisara para que pudiera probar su plato estrella: cocido alpujarreño. Mónica prometió que, para la próxima, la llamaría, ya que aunque había venido varias veces a Almería, jamás había estado por esa zona tan bonita y en la que le habían bastado solo unas horas para cautivarla por completo.

–¿Dónde vamos? –preguntó ella, ya en la calle.

–Vamos en mi coche –le contestó Enrique–. Me conozco esto mejor que tú.

Cuando entró, se le hizo raro mirar por el retrovisor y no ver a su inseparable rana Gustavo haciéndole compañía. Pero más raro se le hizo aún mirar a la derecha y ver a Mónica Espinosa. Ella seguía poniéndolo muy nervioso. ¿A qué se debían esos nervios a esas alturas, después de tanto tiempo?

Dispuso unilateralmente ir en dirección a Berges, donde conocía un restaurante que estaba seguro que a Mónica le gustaría. Platos de la tierra, sí, pero muy bien presentados y en un ambiente francamente amigable. Una vez con el coche en marcha, fue directo a por ella.

–Dime, ¿para qué has venido? –preguntó secamente, con el afán de desenmascarar cuanto antes las verdaderas intenciones de la que hasta hace poco había sido su jefa.

–¿No me has escuchado antes? –preguntó a modo de respuesta.

Enrique, por primera vez desde que conocía a Mónica, jugaba con dos claras ventajas: En ese momento, no era su jefa, y cada día que pasaba estaba más convencido de que jamás volvería a Montolivo. Por tanto, podía decir en realidad lo que quisiera sin temor a que afectara en exceso a su futura trayectoria laboral. Su segunda gran baza era que jugaba en casa, estaba en su tierra, en plena Alpujarra almeriense. Iban en su coche, a un restaurante que él mismo había elegido e iba vestido con una sudadera y tejanos raídos. Por una vez, él llevaría la voz cantante. Podría apretarle las tuercas hasta saber realmente qué quería de él y vamos si lo iba a hacer.

–De veras, ¿crees que puedes presentarte en mi casa sin avisar? Me ha sorprendido, Mónica, es impropio de ti –continuó con su papel de enfado monumental.

–Vaya... Parece que estás disgustado porque tu exjefa haga más de quinientos kilómetros para disculparse y pedirte que vuelvas al bufete con una mejora de condiciones, como si no hubiese más abogados en el país, ¡qué mala soy! –terminó con una ironía que ya le había visto usar en algún pleito, pero jamás hasta ese momento fuera de los tribunales.

–Visto así –dijo Enrique, cambiando al mismo tono irónico que ella había usado–, no tengo motivo para enfadarme. No sé en qué estaría pensando...

Sostenía el volante con ambas manos, realmente tenso. Y a su vez, disgustado con ella por intentar poner de nuevo patas arriba su vida. No se atrevía a mirarla directamente y se concentraba única y exclusivamente en la conducción. Se hizo un incómodo silencio.

–Te he echado de menos –dijo ella repentinamente, rompiéndolo todo en pedazos.

El silencio posterior se tornó más incómodo aún. Una vez más, él no sabía qué decir. «Eso no viene a cuento», pensó. Con el paso de los días, había logrado tener la certeza de que verdaderamente ella no estaba enamorada de él. Era pura atracción sin más. Una válvula de escape de un matrimonio que se veía roto hacía tiempo se mirara por donde se mirara. A él también le atraía ella, pero no se veía cometiendo ninguna locura en esas circunstancias. Mónica había perdido un poco el norte últimamente, aunque ni ella misma fuese capaz de verlo. Estaba casada, tenía un hijo y él era solo un crío a su

lado en todos los sentidos. Su romance jamás duraría más de una semana.

Ella cambió de tema repentinamente, quizá ante la ausencia de respuesta de Enrique. O quizá porque no esperaba réplica alguna.

–¿Sabes? –preguntó sin esperar realmente una contestación–. Te veo muy niño vestido así –afirmó divertida–. Pareces un universitario. Ni la barba de tres días que siempre llevas te salva con esa indumentaria.

Por primera vez desde que la había visto, él sonrió.

–Vaya, te he sacado una sonrisa. ¡Qué éxito! –dijo levantando el puño, simulando algo parecido a lo que podría ser la celebración de un gran triunfo deportivo.

Él se volvió a poner serio y le dijo:

–Mónica, solo deseo una cosa. –Hizo una pausa–. Y es que me cuentes la verdad, absolutamente toda la verdad, sin omitir ningún tipo de detalle –le pidió sin seguir apartando la vista de la carretera–. Nada de trampas ni de tretas. ¿Serás capaz?

En ese momento, la miró por un segundo directamente a los ojos. Ella se quedó inmóvil y se limitó a asentir, solemne.

–Bien –continúo él, mientras divisaba ya el local en el que iban a comer. Y, acto seguido, dijo de nuevo sin apartar la vista del volante–: Entonces me alegra muchísimo que estés aquí.

Tal y como imaginó, el restaurante fue muy del agrado de Mónica. Era de esos sitios con una fuerte esencia de la zona, pero en el que, aunque a primera vista no pudiera parecer así, se cuidaba hasta el más mínimo detalle. No hablaron de nada realmente relevante durante la comida, solo banalidades. Ambos sabían que cuando tocaran alguno de los temas clave, todo se iría al traste. Enrique esperaba que ella, que a fin de cuentas era la que había venido a Alcor, diera el pistoletazo de salida. Tras agotarse la tertulia, Mónica dio un sorbo a su copa de vino y lo encaró directamente.

–Enrique, no he venido a ver a ninguna amiga, en realidad me estoy hospedando en un hostel de Laujar de Andarax. Aunque, conociéndote, imagino que eso ya lo sospechabas.

Él asintió. Por supuesto que suponía algo así. ¿Una amiga en un pueblo cercano y jamás hasta ahora le había hablado de ella? Era impensable. Por supuesto, no había querido ponerla en evidencia en casa de sus abuelos. Y lo que es más: a Enrique le picaba la curiosidad por saber lo que le había dicho a Antonio. Ella se le adelantó:

–Supongo que te estás preguntando qué le he dicho a mi marido... Te

sacaré de dudas. Le he dicho la verdad, que necesitaba estar sola un par de días para desconectar y que me venía al sur, a la sierra, para refrescar un poco mis ideas.

Él la miraba fijamente. Esa no era toda la verdad. Ella sabía lo que él quería oír: la confirmación de una mentira, aunque fuese a medias, a su marido.

–Y no, no le he dicho que iba a verte –enfaticó–. Él jamás permitiría que un bufete de nuestro prestigio insistiera tanto por un abogado.

–¿A qué has venido realmente? –preguntó repentinamente Enrique, centrando de nuevo la conversación.

Ella bajó ligeramente la mirada. Enrique la notaba azorada de un modo como no la había visto nunca.

–Ya te di una respuesta en el coche, aunque no era la respuesta completa. Quería disculparme además contigo –añadió–. Te pido disculpas por no haberte contado todo lo que sabíamos del caso de Alejandro Martínez –dijo solemnemente para terminar después dando otro sorbo a su copa de vino.

El encuentro estaba siendo cómodo porque ambos estaban con la persona con la que querían estar en ese momento; pero también incómodo porque había muchas cosas que no podían decirse, aunque ambos ya las supieran y se murieran de ganas de hacerlo.

–Disculpas aceptadas. Ya que estamos, me gustaría saber la razón por la que me ocultasteis una información tan sensible... Fui un pelele. Un títere al que habían diseñado la estrategia, al que habían dicho todo lo que tenía que hacer y que realmente se creyó lo del valor sentimental más allá del económico que argumentó Alejandro Martínez para recuperar esos terrenos.

–Enrique, es que ese valor sentimental es cierto. Nosotros tampoco supimos todo desde el principio...

–Bien, pues cuéntamelo. Aún nos queda el café –dijo él.

–Está bien –contestó–. La historia al completo... Empezaré desde el inicio. A modo resumen, ¿vale?

–Con eso me vale –respondió.

Ella respiró hondo, como si se preparara para soltar de carrerilla un discurso que se sabía a la perfección:

–Alejandro Martínez es bisnieto de Teodoro Martínez. La ingente cantidad de pruebas recabadas y los análisis de ADN a través de algunos familiares así lo demostraron hace un tiempo. ¿Recuerdas el caso, no? Y te preguntarás... ¿quién diantres era en realidad Teodoro Martínez? Pues bien, ese hombre era

el hijo de un pequeño cacique local, un tal Matías Martínez. Este joven terrateniente, al parecer, mantuvo relaciones con una chica mucho más joven que él y que, a juicio de los testimonios de entonces, tenía problemas mentales, llamémoslo así. –Hizo una breve pausa–. Quiero aclarar que esto que te estoy contando es tal y como nos lo detalló el propio Alejandro Martínez cuando vino a vernos al bufete por primera vez. –Llenó una de las copas que había en la mesa con agua y bebió un poco, a modo de descanso, como si quisiera ordenar completamente sus ideas antes de proseguir–. Teodoro Martínez desapareció del mapa pocos meses después de estallar la guerra... sin que jamás se conociese a ciencia cierta su paradero. ¿Muerto o huido? Sea como fuere, dejó una hija en camino que nacería poco después. Obviamente, la familia de la chica hizo todo lo posible por ocultarlo, cosa que con la guerra de por medio les fue bien: dijeron que la chiquilla era la hija del hermano mayor y una enfermera de la Cruz Roja que murió poco después..., pero estas cosas al final se saben, la gente siempre habla. El problema para Alejandro Martínez fue demostrarlo. La verdadera madre de la niña falleció poco después del parto y ella fue criada por su abuela, Ángela, si no recuerdo mal. Esa niña es, a su vez, la abuela de Alejandro Martínez... Sé que cuesta entenderlo porque yo misma tuve que hacerme un esquema y repasarlo varias veces, pero es importante que tengas el contexto completo. ¿Me sigues?

–Sí. Creo que sí –contestó dubitativo Enrique, abrumado ante tantos nombres y datos.

–Bien –prosiguió Mónica–. Cuando Teodoro Martínez desapareció, sus bienes fueron expoliados por los republicanos, que repartieron el pastel como buenamente pudieron. La retención de bienes y el expolio fue algo habitual en esa época. Después, durante la postguerra, Franco aplicó de forma masiva este sistema y Andalucía fue una de las regiones más castigadas. Pues resulta que, en aquel momento y dada su posición, a pesar de que Teodoro Martínez, un joven de veintisiete o veintiocho años, jamás se había pronunciado políticamente, sus crecientes enemigos lo obligaron a abandonar España, lo llevaron de «paseo» o no se sabe realmente qué pasó. El caso es que con él fuera de juego, a la postre, su familia fue desposeída de todos sus bienes. ¿Dónde entra en juego Alejandro entonces? Según nos contó, gracias a su abuela, descubrió que había algo enterrado en algún lugar de la finca de su bisabuelo, una voluntad o un testimonio.... Esta señora, Aparecida se llamaba, creo, le dio una nota y las instrucciones para encontrar la cajita a su

nieto antes de morir.

–¿Qué decía esa nota? –preguntó Enrique intrigado, ante la extraordinaria historia familiar que estaba escuchando—. Por cierto, el nombre tiene miga... ¿Creían que por ponerle Aparecida la gente iba a creer la historia que ellos querían?

–La verdad es que no tengo ni idea. Solo sé que Alejandro Martínez encontró la caja después. El dinero en sí no le hacía falta, así que nos dijo que todo se trataba de un tema puramente sentimental y un modo de cumplir con su familia... A fin de cuentas, una vez que demostramos con pruebas fehacientes que era un legítimo descendiente y heredero, a nosotros nos dan más o menos igual los motivos siempre que estén dentro del marco de la legalidad.

–Ya... –dijo Enrique—. ¿Y cómo explicas la misteriosa recalificación que casualmente saltó a la luz hace poco? –inquirió.

–Eso no se puede demostrar... Al menos, no que estuviese en marcha cuando arrancamos con el primer pleito. Esta zona está creciendo mucho, deberías saberlo mejor que nadie. Ha podido ser una coincidencia.

–Claro... –volvió a contestar Enrique, sarcástico—. ¿Y quieres que me lo crea? ¿Quieres que crea, a la vez, que tú también te lo crees? Ibas muy bien hasta ahora –le reprochó.

Seguía indignado. Era cierto que la información obtenida a través de Mónica era más que considerable, pero no le terminaba de encajar lo de la repentina recalificación... Algo más se les estaba pasando por alto. Y, por supuesto, dudaba que Mónica también creyera al completo la historia que le había vendido Alejandro al bufete. Pidió la cuenta, pero ella, sin darle ninguna opción, cedió velozmente su tarjeta de crédito al camarero.

–Es lo menos que puedo hacer –le dijo. Él se levantó.

–Muchas gracias por la comida. Y ahora, si me disculpas, tengo mucho que hacer. Vamos, te dejaré junto a tu coche –la instó, amablemente.

No cruzaron ninguna palabra durante el trayecto de vuelta. La cantidad de emociones, pensamientos y sentimientos que inundaban a uno y otro pusieron las barreras necesarias para ello. Cuando llegaron a la entrada de la casa, antes de cerrar la puerta del coche de Enrique para montarse en el suyo, Mónica le dijo:

–Estaré aquí hasta pasado mañana por la tarde.

Empujó la puerta y Enrique, sin contestar, salió disparado. En realidad, esa tarde iba a quedarse en casa, pero le había dicho a Mónica que tenía un

compromiso y tenía que disimularlo de algún modo. Dio una vuelta a la manzana y, cuando llegó de nuevo a la calle, el coche de Mónica, para su alivio, ya no estaba.

La mañana siguiente transcurrió sin novedad. Esa tarde iba a tener lugar el sepelio de Santiago Vázquez. Enrique se levantó agotado tras una mala noche y, por ello, tras un frugal almuerzo, decidió echar una pequeña siesta. Cuando se despertó, eran ya casi las cinco de la tarde y su abuelo se había marchado sin él. Se vistió apresuradamente y, por el camino, lo llamó a través del manos libres del coche. Su abuelo no podía esperarle, puesto que ya estaba allí. Tendría que ir solo y pisar un poco el acelerador si quería llegar a tiempo.

Los cementerios le causaban siempre una mala sensación. Pero no por las tumbas ni los difuntos que allí reposaban, sino por el dolor que se respiraba en ellos. Habían muchísimos vehículos aparcados a la entrada, así que le costó más de la cuenta encontrar un hueco para dejar el suyo. Cuando se adentró, no tardó en divisar al fondo un pequeño grupo de gente agolpada alrededor de un nicho. Su abuelo estaba entre los asistentes; a pesar de la distancia, pudo distinguir su delgada silueta. Y también la pequeña y recia figura de Nicolás. Los hijos de Santiago, gemelos, contemplaban desde primera fila cómo su padre se despedía para siempre. Varias mujeres escoltaban a ambos e imaginó que serían las hermanas del difunto. Él había venido a darle el pésame especialmente a esos dos chavales, tan iguales por fuera como, a buen seguro, distintos por dentro, a los que había visto crecer en la distancia durante años dentro de su mismo colegio.

Cuando el sepulturero hubo terminado, la gente comenzó a dispersarse. Su abuelo, que llevaba un sombrero negro que se ponía solo en contadas ocasiones, lo saludó a lo lejos con la mirada y se dirigió en solitario hacia la salida. Los gemelos se quedaron de pie junto al nicho, acompañados de dos mujeres mayores, casi ancianas, que los custodiaban a lado y lado.

Enrique se acercó tímidamente. Odiaba y se le daban fatal ese tipo de situaciones. Ellos lo vieron y, cuando estaba solo a un par de pasos, les dijo:

–Mis más sinceras condolencias –sentenció estrechándole la mano primero a uno y luego al otro.

Eran castaños, ojos oscuros y más bien bajitos, aunque bien formados. Probablemente, ni lo habrían reconocido después del ingente número de personas a las que habían tenido que estrechar la mano en tan aciago día para

ellos. Uno de los gemelos lloraba a lágrima viva. No podría decir cuál de los dos era porque, en esos momentos, no recordaba ni sus nombres. El otro se veía más entero. Enrique se alejó sin más, dejando a la familia rota en su dolor. Él sabía mejor que nadie lo que la orfandad significaba.

Se dirigió a casa y, aunque ya era más bien tarde, tomó una taza de café. Ninguno de sus abuelos estaba e imaginó que habrían salido a dar uno de sus paseos vespertinos o hacer una visita a algún vecino. Durante todo el tiempo, una misma idea no dejaba de asomar por su cabeza. Dudaba si llamar a Mónica. Una parte de él lo estaba deseando, pero la otra le frenaba y le susurraba al oído que era mejor que no lo hiciera.

Nicolás apareció de pronto en la puerta de su casa, con caminar apesadumbrado. Probablemente estaba tocado por la muerte de Santiago.

–¿Y tu abuelo? –preguntó desde el portal directamente sin saludar siquiera.

–La verdad es que no lo sé –respondió Enrique, un poco molesto porque notaba que Nicolás, a pesar de todo, seguía sin tomarle en serio–. Habrá ido del entierro directamente a algún otro sitio. Si te puedo ayudar yo en algo, no tienes más que decírmelo.

Nicolás pasó por delante de Enrique y, sin mediar palabra, se metió en la casa. La conocía bien, pues era una de las visitas habituales que recibían sus abuelos. Se sentó a la mesa de la cocina. A Enrique le encantaba esa tradición no escrita que aún pervivía en su pueblo: el lugar de reunión habitual seguía siendo la cocina, no el salón. Salvo las visitas de más cortesía, como la de Mónica esa misma mañana (gente que venía de fuera del pueblo habitualmente), en general, en su casa, y cuando él había ido con su abuelo a hacer alguna otra visita, el punto más acogedor del hogar siempre era esa estancia. Sentarse a la mesa de la cocina revelaba una relación de confianza que raramente se podía descubrir en los salones.

Nicolás tomó asiento, sumido en sus pensamientos. Enrique le ofreció algo de beber: un café, un chato de vino, una cerveza... A todo obtuvo una negativa por respuesta.

–Soy el próximo –dijo gravemente.,

–¿Qué estás diciendo, Nicolás? ¿El próximo de qué? –insistió aturdido.

Nicolás, ensimismado, sacó algo del bolsillo de su chaqueta. Era un papelito cuadrado, similar al que había visto en la nota que se encontró junto a Santiago y que Casto Perea le había mostrado la mañana anterior en el cuartel. Una nota casi idéntica a las que había estado recibiendo él mismo.

Como ya esperaba, constaba de una sola frase.

«Todo eso pertenece al pasado... Los viejos pecados tienen largas sombras».

Enrique se quedó blanco, pero reaccionó al poco, sacó del bolsillo su teléfono y se apresuró a buscar la frase en Internet. Para su sorpresa, descubrió que era de Agatha Christie y pertenecía a uno de sus numerosos y exitosos libros titulado «Las manzanas».

De repente, tuvo un mal augurio.

Capítulo 15

Montevideo (Uruguay), 2 de abril de 1937

El puerto estaba abarrotado cuando Teodoro pisó tierra charrúa por primera vez. Había sufrido mucho, pero al fin ponía los pies al otro lado del charco. Estaba en Montevideo, Uruguay, tenía energía y fuerzas renovadas, y era la ciudad en la que se proponía comenzar de cero una nueva vida. Eso sí, sin olvidar jamás lo que le hicieron ni especialmente quiénes. Estaba decidido a hacerles pagar algún día por todo ello.

Montevideo era entonces una ciudad en expansión y llena de vida. Los dos mundiales de fútbol que el equipo nacional había ganado en 1924 y 1928 habían favorecido mucho al turismo. A pesar de que a Teodoro no le gustaba el gobierno de Gabriel Terra, que había dado un golpe de Estado con apoyo de la policía y la complicidad del Ejército (por no actuar y acatar sus órdenes), en Uruguay vio más oportunidades que en sus vecinas Argentina y Chile. Además, *a priori*, tampoco tenía muchas otras opciones. Y eso que el Gobierno de Terra había reconocido al de Franco el año anterior, lo que repulsaba sobremanera Teodoro. Él odiaba a los que se denominaban nacionales y franquistas por iniciar una guerra fratricida de futuro incierto que había sacado lo peor de muchísimas personas. Y odiaba también a los republicanos, porque, en realidad, no eran tantos los que defendían los verdaderos principios de la libertad, sino que muchos de ellos utilizaban esa excusa y la guerra solo para obtener un beneficio propio.

Con todo, no había día que no se acordara de Trina, y estaba seguro de que ella también pensaría en él. Pero no tuvo otra elección si quería salvarla a ella y al hijo que llevaba dentro. Un día volvería, mucho más fuerte. ¿Tendrían un niño o una niña? A pesar de que le ilusionaba mucho más tener un varón, de forma inconsciente tenía el presentimiento de que era una niña lo que aquella mujer a la que tanto había amado llevaba en su vientre. A esas alturas, puede que incluso hubiese nacido ya. Y quizá se convirtiera en una niña tan guapa y lista como la chiquilla que encontró en la carretera y que, finalmente, había dejado en Almería con una familia de acogida. Tras el periplo que habían pasado juntos, le dio mucha pena separarse de la pequeña María y dejarla con aquellos desconocidos, pero ella tenía que encontrar a su familia y él proseguir su camino. Para Teodoro, era mejor no pensar en ello, pues se ponía melancólico y furioso a la vez al pensar en la impotencia que había

sentido al tener que tomar decisiones tan discutibles en las situaciones límite que le había tocado vivir en los últimos meses.

Deambuló por el puerto sin rumbo, sin saber muy bien qué hacer o a dónde ir. Era la primera vez a sus veintiocho años que salía al extranjero. Tenía que conseguir un trabajo pronto; en su bolsillo tenía dinero solo para unos cuantos días más. Sus papeles estaban en regla gracias a la ayuda inesperada de un buen amigo que, desde Almería, lo había gestionado todo sin demasiadas complicaciones. Finalmente, incluso pudo viajar con su verdadero nombre, Teodoro Martínez. Así lo indicaba su pasaporte y el resto de documentación que portaba. ¿Qué sabía hacer? En realidad, no gran cosa. Toda su vida la había dedicado a la tierra y las labores de campo. Por ello, pensó que quizá un trabajo como mozo en una hacienda o incluso en un parque podrían ser algunas de sus mejores opciones.

Tres días después, comenzaría a trabajar ayudando en el jardín y la recepción de un céntrico y reconocido hotel, a escasos metros de la Plaza de la Independencia y la Avenida del 18 de Julio.

Capítulo 16

29 de diciembre de 2012. Alcor, casa de los Narváez

–Lo de Santiago probablemente no haya sido accidental –dijo, conmocionado–. Yo le conocía bien a pesar de llevar tiempo sin verle. Y no se le veía tan mal. Algo tan repentino... me ha impactado. Y esta extraña carta o lo que sea. Sé que Francisco tenía otra igual, él mismo me lo confesó.

Nicolás hablaba desde la acogedora cocina de los Narváez, profundamente agitado. Enrique dudaba, pues no podía decirle todo lo que sabía, ya que eso no haría sino alarmar más a su cliente. No le confesaría que lo de Santiago era un asesinato en toda regla; sin embargo, podría tranquilizarle diciéndole que él también había recibido algunos de esos enigmáticos mensajes.

–Cuando era joven no tenía miedo a nada –prosiguió–. Bien lo sabe tu abuelo, que alguna vez tuvo que apaciguar esta cabeza loca en sus años mozos. Sin embargo, ahora me siento débil. Mi carácter no es el de antes por más que quiera ocultarlo. La realidad es que cada día tengo más miedo, ¿sabes, chico? Y no solo miedo a la muerte –se llevó las manos a la cara, tapándose la por un momento–. Mírame, he llevado una vida tan lamentable: no me casé, no tuve hijos... Cuando me vaya, ¿qué quedará de mí? Mis árboles y solo quizá..., contando con que no vayan a parar a manos de ese malnacido millonario. Por eso tengo que defender lo mío hasta el final, ¿lo entiendes? Porque es lo único que quedará cuando yo me vaya –se puso las manos nuevamente en la cara y comenzó a sollozar.

Asombrado de que un hombre tan aparentemente duro como Nicolás desvelara sentimientos tan profundos, Enrique seguía debatiéndose hasta dónde podía llegar para calmarlo. Lo único que tenía claro era que debían ir a hablar inmediatamente con Casto Perea. Pero antes, le diría algo que no tenía por qué ocultar.

–Nicolás, si te sirve de algo, te diré que yo también he recibido notas como esas....

Nicolás puso los ojos como platos, desconcertado.

–¿Tú? –preguntó incrédulo.

–Sí –dejó entrever–. No te preocupes tanto –le dijo de forma indiferente, como para quitarle hierro al asunto. Nicolás seguía tapándose la cara a medias mientras se frotaba los ojos con las dos manos–. Yo ya he recibido dos mensajes y aquí estoy, vivo y coleando –continuó–. Puede que no tenga

nada que ver. Descuida, que si es una broma, también descubriremos al granuja que tiene tan mal gusto. Y ahora –dijo autoritariamente–, vámonos a Berges. Tenemos que poner esto en conocimiento de la Guardia Civil –sentenció.

Nicolás se dejó llevar y se subió sin rechistar al coche de Enrique. Hicieron el breve trayecto absortos ambos en sus pensamientos hasta que llegaron al cuartel, a eso de las ocho de la tarde. Preguntaron en la recepción por Casto Perea, con la mala fortuna de que no se encontraba en esos momentos en el edificio. Enrique, que no quería poner una denuncia formal por el tema de las notas, pero que tampoco quería irse sin poner al corriente a las autoridades, preguntó entonces por Ramón Pérez. Estaba seguro de que, aunque hasta ahora no habían intercambiado información directamente, el sargento estaba tan al tanto de la investigación como su superior. El agente que les estaba atendiendo desapareció un momento puertas adentro y, al poco, volvió diciendo que Ramón Pérez se encontraba en su mesa y que podían pasar por el pasillo del fondo a la izquierda.

Siguieron las indicaciones y, al doblar la esquina, se encontraron ante una enorme sala con mesas de a dos esparcidas a lo largo de un pasillo central. El ambiente en el cuartel a esas horas y en esas fechas estaba bajo mínimos. La tenue luz que alumbraba la enorme sala dejaba ver a tres o cuatro guardias civiles que se agolpaban alrededor de una mesilla en la esquina más cercana, concentrados y con la vista fija en la pantalla de un ordenador, mientras que otro agente rebuscaba entre los archivadores de un viejo armario unas pocas mesas más allá. A Enrique no le costó en absoluto dar con Ramón Pérez. En el extremo más alejado, el joven sargento, apoyado en la espaldera de su silla y con las piernas cruzadas, leía con atención una hoja de papel que sostenía en su mano izquierda.

Apenas los vio, les hizo un gesto para que se acercaran. Enrique se dio prisa; temía que Nicolás se echará atrás de un momento a otro una vez que lograra recuperar su temperamento y entereza habituales. Para su alivio, instantes después llegó donde estaba el sargento con su tosco cliente pisándole los talones.

–Buenas tardes –dijo Ramón Pérez afablemente extendiendo la mano a uno y luego al otro–. ¿En qué puedo ayudaros?

–Buenas tardes –respondió sosegadamente Enrique–. Tenemos novedades que pueden estar relacionadas con las muertes de Francisco Carmona y Santiago Vázquez, y necesitamos ponerlas en conocimiento del teniente –dijo

sin más preámbulos.

–Bien, bien –dijo Ramón Pérez bajando la voz. Inmediatamente después, miró a un lado y otro y observó al fondo a los pocos compañeros que había visto Enrique al entrar–. Os pasaría al despacho de Casto, pero dado que no le gusta demasiado que hurguen en sus cosas y, como veis, estamos bajo mínimos –dijo alzando la mano y señalando la sala semivacía–, aquí podremos hablar tranquilamente –afirmó indicándoles que tomaran asiento, señalando sendas sillas frente a él.

Nicolás relató, con la espontánea ayuda de Enrique, la breve historia de la misteriosa nota que había encontrado en la puerta de su casa al llegar del entierro de Santiago. Debían analizar la caligrafía, pero no cabía duda, a simple vista, de que se trataba de la misma que se había encontrado junto al cuerpo de Francisco. Si, tal y como todo apuntaba, se correspondía también con la que hallaron bajo el cuerpo de Santiago, lo sabrían con certeza apenas uno o dos días después.

Justo cuando estaban terminando de narrar los hechos, apareció Casto y tuvieron que comenzar de nuevo desde el principio. El teniente hizo varias preguntas, pero la realidad era que Nicolás no tenía mucho más que aportar. Había encontrado una nota en su puerta y nunca había visto ninguna otra.

Una hora después, tras la charla, ambos salieron del cuartel tan angustiados como habían entrado. El miedo se había instalado en el alma de Nicolás. Enrique lo dejó en la puerta de su casa y, pocos metros después, cuando se disponía a girar en dirección a la suya, se apartó a un lado y detuvo el coche. Ya no podía más, todo aquello era demasiado. Sacó su teléfono y mandó un mensaje corto. Ella respondió casi de inmediato. Lo estaría esperando a la hora indicada.

De camino a Laujar, Enrique pensaba que esas Navidades estaban siendo muy diferentes. Y no solo por el hecho de que hubiese dos muertes violentas a su alrededor ni tampoco porque se dijera que un fantasma rondaba por el pueblo, sino porque era una Navidad en la que estaba conociendo otra cara, hasta ahora desconocida, de personas con las que había tratado toda la vida. Evocaba los recuerdos de cuando era pequeño; en aquel tiempo, a su abuelo y su abuela, incluso a Nicolás, los consideraba héroes invencibles. Valientes y decididos, le parecía que siempre sabían qué hacer. Sin embargo, ahora veía que muchas de esas personas habían perdido ese halo de grandeza que les rodeaba tiempo atrás. Quizá era porque se habían hecho mayores y su carácter, tal y como decía Nicolás, se amilanaba con los años. O quizá porque

él mismo había crecido y detectaba más fácilmente las debilidades e inquietudes de aquellos valientes que antaño le parecía que tomaban decisiones sin vacilar. Las profundas conversaciones que había tenido recientemente con su abuela, su abuelo o el propio Nicolás eran algo impensable tan solo unos meses atrás.

Un pequeño gato negro cruzó la carretera de repente y Enrique tuvo que pegar un fuerte frenazo. Los ojos del animal soltaron chispas al contacto de los focos del vehículo. Le daban mala espina los gatos negros; nunca tenía claro si la mala suerte era si se cruzaban o no llegaban a hacerlo; en cualquier caso, para él ver uno siempre era mala señal. Era una noche cerrada y la conversación en el cuartel con Casto Perea, Ramón Pérez y Nicolás no había hecho sino inquietarle más. Puso la radio del coche y comenzó a tararear para intentar abstraerse de sus pensamientos, pero no podía. Había demasiadas cosas en las que no podía dejar de cavilar...

Mucho antes de llegar al pequeño *parking* donde tenía pensado estacionar el vehículo, la vio. Estaba en la entrada del hotel. De pie, apoyada en una de las columnas del *hall* exterior y con las piernas cruzadas, sostenía discretamente un cigarrillo entre los dedos. A Enrique le sorprendió el hecho, dado que fumar no era habitual en ella.

–Hola, ¿qué tal? –dijo Mónica sin más, con una media sonrisa.

Quiso averiguar si era una expresión de victoria, pues él la había avisado a última hora, como si nada, proponiéndole ir a cenar. Lo intentó escrudiñando su mirada, pero desistió sin llegar a saber si se debía a una pizca de felicidad o pura simpatía sin más. Así que él, por respuesta, sonrió también. A pesar de las últimas horas vividas, se sintió por un momento extrañamente feliz.

–¿Paseamos un poco antes de cenar? –propuso Enrique.

–Claro –aceptó ella.

Había poca gente por la calle. Era una noche fría y aquel veintinueve de diciembre las bajas temperaturas no animaban a pasear demasiado. Con todo, caminaron lentamente por las estrechas aceras de las callejuelas, sin apenas pronunciar palabra. Algunos vecinos habían iluminado cuidadosamente sus balcones y los adornos navideños se entremezclaban con las macetas y las fachadas blancas, conformando algunos rincones realmente vistosos. Estaba seguro de que Mónica estaba encantada de estar allí. Él también. En ese momento, si le dieran la opción de teletransportarse, estaba seguro de que no cambiaría ese paisaje por ningún otro: ni por Roma, Nueva York o París... Estaba donde quería estar. Y con quién quería estar. Al cabo de un rato,

pasaron por la puerta de un bar del que Enrique conservaba un vago y bonito recuerdo de su niñez.

Todas las mesas estaban ocupadas. Se sentaron en unos incómodos taburetes de madera a pie de barra y pidieron dos copas de vino tinto de la casa. El bar era pequeñito, acogedor y tenía multitud de fotografías de diversos tamaños en blanco y negro de actores de Hollywood y personajes famosos de la década de los cincuenta y sesenta, recordando a sus clientes que probablemente esas paredes habían vivido tiempos mejores. Enrique se sintió tentado de contarle todo: lo de las notas, el asesinato del segundo agricultor..., pero no podía. Aunque confiaba en Mónica, aún no le había podido perdonar del todo el hecho de haberle ocultado gran parte de la información del caso del que él era responsable. Antes de darle opción a sacar un tema incómodo, le hizo una propuesta:

–Te propongo un trato –dijo levantando la copa de vino hacia ella–. Esta noche no hablaremos ni de bufetes ni de pleitos ni de abogados... Ni de millonarios. Nada de nada. Propongo temas neutrales. Si metes la pata, tendrás que beberte una copa de vino... ¡de un solo trago!

Ella rio, divertida. Enrique temía entrar en una dinámica de reproches en la que también pasara a recriminarle que precisamente él hubiera aceptado ahora la defensa de Nicolás.

–Está bien –accedió–. Pero antes, acláreme, letrado, qué son para usted temas neutrales. O al menos, póngame un ejemplo.

–Bien, bien –se repuso Enrique, intentando ponerse algo más serio. La copa seguía en alto esperando el brindis que cerrara el trato–. Pues, por ejemplo, viajes y ciudades bonitas, música, aquella película que siempre quisiste ver y nunca viste...

Ella rio aún más, lo que provocó que él perdiera nuevamente un poco la compostura.

–Trato hecho, señor –respondió ella, convencida, alzando su copa.

Chocaron los vidrios y aquello fue el inicio de una velada maravillosa. Cenaron lentamente, picando de las pequeñas raciones que, a modo de invitación, les ponía el camarero puntualmente con cada ronda, disfrutando especialmente del buen vino y la mutua compañía. No se habían dado cuenta de que el bar se había ido vaciando poco a poco y, cuando echaron cuentas, descubrieron que eran los únicos clientes del local.

Se disponían a pagar la cuenta cuando el camarero, un hombre de espesa barba canosa que al parecer también era el dueño del bar, les dijo:

–Vamos a cerrar, pero no se preocupen, estaremos aquí un buen rato más, tenemos que hacer inventario esta noche. ¿Quieren otra copa?

La invitación les cogió por sorpresa. Se miraron el uno al otro.

–No se preocupen por la hora. Además, invita la casa –aclaró.

Ella pidió una ginebra con tónica y Enrique un whisky solo con hielo. Y allí estuvieron al menos una hora más, charlando sobre los mejores rincones de Roma, la majestuosidad de Florencia, la belleza de París...

Salieron achispados del local, tras dejar una cuantiosa propina dada la amabilidad con que los habían tratado. Él la acompañó a pie hasta la entrada del hotel. El mismo lugar en el que cuatro horas antes se habían encontrado.

–¿Sabes? –dijo él–. Es una pena.

–¿El qué? –preguntó ella.

–Una pena saber que no voy a poder visitar esos rincones contigo –dijo mirándola a los ojos.

–Tienes que beber una copa de un trago –repuso ella, evitando así cualquier tipo de respuesta–. Lástima que no nos hayamos traído una botella –añadió con un chasquido de dedos–. Dijimos que no podíamos hablar de estos temas, Narvárez... –De forma pícara, ella lo llamó por su apellido, tal y como hacía en la oficina.

–Tienes razón, aunque dije temas de trabajo... –repuso tímidamente.

–Protesta denegada, abogado –respondió ella divertida–. Dijiste temas neutrales y no considero esto un tema neutral...

Ella tenía razón. Pero él se sentía arrastrado por una vez a hablarlo de verdad, cara a cara. Puede que jamás tuvieran otra ocasión como esa. De hecho, era lo más probable. Una noche así jamás se repetiría. Ese pensamiento lo abrumó momentáneamente. Él era consciente de que una relación entre ambos nunca podría llegar a nada, pero a su vez, era innegable que la deseaba y que un momento como aquel jamás se volvería a dar en sus vidas.

Enfrentados el uno al otro, esa noche no se habían dicho aún ni la mitad de las cosas que querían, aunque, en realidad, ya se lo habían expresado todo con la mirada. La filosofía del *carpe diem*, azuzada por el elixir del vino, empujó sus instintos y deseos más profundos. Y así, sin más, a las puertas de aquel pequeño hotel, sin previo aviso, la besó. Fue la primera vez que Enrique Narvárez besó de verdad a Mónica Espinosa.

Sin mediar más palabra, ella cogió su mano y lo arrastró precipitadamente hacia dentro. A su paso, el recepcionista les dio las buenas noches, mostrando

una ligera sonrisa de picardía. No pronunciaron palabra hasta llegar a la habitación, en el último piso.

Enrique sintió un ligero mareo a su paso por los estrechos pasillos del hotel. Él se dejaba llevar, agarrado de su mano. Nunca había estado con una mujer mayor con él y eso provocó un aumento del cosquilleo que experimentaba en su estómago.

Entraron a la habitación y, nada más cerrar la puerta, ella lo besó arrebatadamente. Él correspondió, como si se estuvieran ofreciendo de una vez los besos que se debían desde hacía meses. Y en realidad, así era.

–Mónica, yo... –Enrique tuvo un fugaz momento de lucidez e intentaba parar algo que bien sabía que ya no iba a poder detener.

Ella le puso el dedo índice en los labios, indicándole que no dijera nada.

Él lo agradeció para sus adentros. No podía engañarse. Desde el momento en que la vio en el pórtico del hotel, supo que la deseaba con todas sus fuerzas.

Ella desabrochó los primeros botones de su camisa mientras lo seguía besando con fuerza. Tomó una de sus manos y la llevó a su seno, aún cubierto por el sujetador. A él le pareció tan perfecto que se estremeció. Se había preguntado durante mucho tiempo cómo sería ese momento. De un movimiento rápido, desabrochó su sostén y devoró con avidez sus pezones. A partir de ahí, no pudo parar.

Con las cortinas entreabiertas, en la pequeña habitación de aquel hotel de Laujar, la luna tuvo un momento para escaparse de la cárcel en la que la sumían unos nubarrones negros y pudo ser testigo por un instante de aquello que jamás había pasado y que ese veintinueve de diciembre ocurrió.

Capítulo 17

Montevideo. Verano de 1946

Vivían en Malvín, un bonito barrio a las afueras de Montevideo. La cocina era espaciosa. Aquella apacible mañana, la luz entraba a raudales por todos y cada uno de los múltiples ventanales de la estancia. El pequeño Teodoro jamás pudo borrar de su mente el momento en el que su madre se disponía a leer la carta, pues las consecuencias de ello lo marcarían para toda la vida. El correo había llegado solo unos minutos antes y, como era habitual, el cartero se lo había podido entregar en mano a su madre.

Cuando vio un matasellos de España, ella se asombró mucho... ¿Quién podría ser? No debía abrirla, esa carta era para su marido, pero... ¿y si era urgente? Teodoro no volvería hasta la noche, ahora tenía un importante cargo en el hotel, y ella no podía pasar todo el día con esa preocupación. A fin de cuentas, era su mujer. Su marido nunca le contaba nada de lo que había vivido allí. Solo sabía que tuvo que huir por sus ideas políticas durante la guerra, aunque, en realidad, ella no sabía muy bien cuáles eran. Él jamás quería hablar de eso. Y respecto a la familia, tampoco le hablaba de ella, salvo ambiguos comentarios. Únicamente sabía que no tenía hermanos y que sus padres murieron antes de venir a Uruguay. Entonces, ¿quién podría escribirle? ¿O acaso Teodoro le había mentado?

Con las primeras líneas, se derrumbó. Tuvo que apoyarse en la encimera para no caer al suelo. En un acto reflejo, apagó el fuego, pues la sartén empezaba a oler a quemado. Se desplomó en el suelo de la cocina, presa de un repentino mareo. Minutos después y con la ayuda del pequeño Teodoro, logró lavarse la cara con agua fría y sacar fuerzas para llamar al teléfono del hotel. A veces no era nada fácil localizar a Teodoro, pues las instalaciones eran enormes, pero se propuso esperar lo que hiciera falta e incluso estaba decidida a plantarse allí mismo ante la búsqueda de una respuesta.

Al cabo de un par de minutos, se escuchó la voz de su marido al otro lado.

–¿Ha pasado algo? ¿El niño está bien? –preguntó Teodoro alarmado.

–Ángela ha muerto –dijo ella, de repente.

Teodoro no supo cómo reaccionar y, para cuando lo hizo, su mujer ya había colgado el teléfono. Ángela, la madre de Trina, la única persona con la que, con mucho esfuerzo y cuidado, había podido intercambiar alguna carta durante los últimos años, había fallecido. El único vínculo que tenía con

España se había roto. ¿Quién le había enviado la noticia entonces? ¿Quién más estaba al tanto de su paradero? Un sudor frío se apoderó de él y recorrió todo su cuerpo. Lo dejó todo y se apresuró inmediatamente a ir a su casa, a la que finalmente llegó pasadas las tres de la tarde.

El pequeño Teodoro espiaba desde la puerta que daba al patio. Sus padres creían que estaba en aquel pequeño oasis que habían acondicionado para sus juegos, pero no era así. El niño fue testigo de la primera y única discusión que presenció por parte de sus progenitores. Gritos y reproches, especialmente reproches. Todos los que le hacía su madre a su padre que, sentado en una silla con la cabeza gacha, sosteniendo entre los dedos de una mano la carta que Rufina, la hermana de Ángela y, por tanto, tía de Trina, le había enviado. Teodoro intentaba procesar el cúmulo de acontecimientos que se narraban en ese pedazo de papel mientras aguantaba el rapapolvo, con razones más que suficientes, que le propinaba su esposa.

El pequeño Teodoro no tardó demasiado en olvidar aquella discusión. Lo que siempre recordaría es la cara de su madre cuando, unas horas antes, se sujetaba a la encimera de la cocina antes de desplomarse porque se le doblaban las piernas al enterarse por primera vez de que su esposo tenía una hija en España.

Capítulo 18

Enrique salió de la habitación sin hacer ruido. Durante mucho tiempo se había preguntado si Mónica sería de esas personas que en sus días libres se despertaban temprano y llenas de energía o si, por el contrario, era más bien de las que se aferraban a las sábanas una y otra vez hasta apurar la última gota de sueño.

Pasó por casa de sus abuelos. No había nadie y se extrañó al ver tan temprano la vivienda vacía, pero imaginó que unos y otros querían aprovechar el día para sus quehaceres. Tras darse una ducha y ponerse unos viejos tejanos y un jersey que ya creía olvidados, decidió que, antes de que acabara el día, volvería a hablar con Alejandro Martínez. Estaba seguro de que no tendría problema en contestar el par de preguntas que tenía que hacerle. El empresario no era de los que se escudaban en sus abogados, bien lo sabía. Además, también quería hablar con los gemelos, aunque eso tendría que esperar. No podía presentarse en su casa con preguntas incómodas el día siguiente de enterrar a su padre. Al fin y al cabo, él no era policía.

Resolvió que lo más sensato era comenzar por una visita al ayuntamiento, a ver si podía recabar algún tipo de información mediante la consulta de la documentación del proyecto de recalificación, el único hilo del que podía tirar de forma inmediata.

Se preparó sosegadamente un café y disfrutó por unos instantes de la tranquilidad que se respiraba en la casa. Sin ruido alguno, podía escuchar el canturrear de los pájaros. Su mente se trasladaba irremediabilmente a la noche que había pasado con Mónica. Habían transcurrido tan solo unas pocas horas, pero ya lo veía como algo lejano y mágico, una especie de despedida soñada.

Salió a paso ligero, rumbo al ayuntamiento. Noelia trabajaba allí y cabía la posibilidad de que se cruzasen, aunque él prefería no hacerlo. Habría tenido que darle demasiadas explicaciones sobre su presencia. Cuando entró, encontró a mano derecha un mostrador de recepción guarecido por una señora pelirroja de mediana edad, con enormes gafas de pasta blancas.

–Buenos días –dijo ella en un tono seco–. ¿Qué deseas? –preguntó directamente.

No le gustaron demasiado las formas y el tono poco conciliador que mostraba la recepcionista, pero decidió pasarlo por alto y, con su mejor sonrisa, contestó:

–Buenos días. Quería consultar los términos del proyecto de recalificación de los terrenos que se conocen como La Mesetilla.

–¿Disculpa? ¿Usted quién es? –Había pasado de tutearle a llamarle de usted en un instante, poniéndose claramente a la defensiva.

–Mi nombre es Enrique Narváez, natural y vecino de Alcor –respondió aún sonriendo, pero evidentemente molesto por la actitud de su interlocutora.

–Eso no se puede consultar, es documentación protegida –le contestó incómoda.

Enrique sonrió para sus adentros. Supuso que, a pesar de su actitud chulesca, la mujer no tendría demasiada experiencia en ese puesto. De cualquier forma, él tenía la réplica preparada de antemano.

–Disculpe, pero según la Ley de Transparencia, Acceso a la Información Pública y Buen Gobierno, ustedes están obligados a facilitarme esa información.

La recepcionista lo miró de arriba a abajo, estupefacta.

–Así que tenemos a un picap... abogado, ¿no? –rectificó, aunque era obvio que había estado a punto de llamarle picapleitos–. Está bien. ¿Se puede saber para qué desea esa información? Indíquemelo y le pasaré con la persona correspondiente.

Enrique, que ya estaba molesto de más con la señora que se postraba tras el mostrador, contestó secamente:

–Disculpe pero, como ciudadano, puedo solicitar esta información sin que sea obligatorio exponer los motivos de la solicitud. Le vuelvo a remitir a la ley citada. Aquí tiene mi DNI –dijo Enrique sacando de la cartera el documento y depositándolo encima del mostrador– para que haga usted las gestiones necesarias.

Notó que lo había conseguido. La funcionaria estaba fuera de sí. A pesar de que parecía a punto de estallar, se limitó a relinchar y resoplar, visiblemente molesta. Acto seguido, descolgó el telefonillo y Enrique escuchó:

–Marta, tenemos a un vecino que quiere consultar una información... Sí, vale, le digo que suba.

Se dirigió a él de nuevo nada más colgar el aparato, con gesto mucho más amable.

–De momento, no es necesario que haga copia del DNI; en caso de que así sea, después se lo comentará mi compañera. Suba por las escaleras, primera puerta a mano izquierda, y pregunte por Marta.

Enrique dio las gracias entre dientes y subió enérgicamente las escaleras. El edificio le parecía más grande desde la última vez que estuvo allí, varios años atrás. Entró por la primera puerta acristalada que vio y se encontró de bruces con una gran mesa y tres mujeres que no despegaban la mirada de sus respectivos ordenadores. Todas le miraron unánimes al verle entrar.

–¿Marta? –preguntó sin saber a cuál de ellas dirigirse.

–Soy yo –dijo la que estaba más al fondo–. Pasa por aquí –le indicó.

Marta era una mujer de mediana edad. Morena y con el pelo recogido, a Enrique, por su tono firme y seguro al hablar, en una primera impresión, le había recordado, salvando las distancias, a Mónica. Últimamente, demasiadas mujeres le recordaban a ella. «Me estoy volviendo loco», se dijo para sí.

–Me han comunicado que quieres consultar el proyecto de recalificación de La Mesetilla –le dijo amablemente mientras Enrique se sentaba enfrente.

–Así es –respondió Enrique, tajante, aún en guardia por la conversación que había tenido en el piso de abajo con la recepcionista.

–Bien, entonces necesito tu DNI y un email o teléfono de contacto. Si necesitas solo consultar la documentación, puedes hacerlo aquí mismo. En caso de que necesites llevarte una copia, nos pondremos en contacto contigo por el medio que nos indiques –le dijo dedicándole una amplia sonrisa que mostró unos dientes sorprendentemente blancos y perfectos.

Le extrañaron las enormes facilidades que repentinamente le estaban dando. Era algo que debiera ser habitual, pero le chocó el cambio de una interlocutora a otra. Imaginó que la recepcionista quizá la habría puesto en guardia mientras subía las escaleras. O, simplemente, su compañera realmente conocía la normativa, tal y como era su obligación, y no veía problema alguno en mostrarle la documentación requerida. Se acordó momentáneamente de Eugenio y las trabas a las que se había visto sometido en su investigación, aunque claro, ahora que todo era público, la situación era diferente.

–De momento, me vale con consultarlo.

–Bien, espera aquí. Ahora mismo te traigo una copia. Puedes ponerte en esa mesa de ahí –dijo señalando una pequeña mesita de madera blanca que se encontraba a escasos metros.

–Gracias.

Poco después, pudo ver el nombre de la empresa de arquitectos que presentó el expediente de recalificación. No quería sacar de su pequeña mochila la tablet para no levantar sospechas de más, así que pidió a Marta

una hoja de papel y bolígrafo y anotó el nombre: Maki Arquitectos. Después ojeó la parte del proceso de aprobaciones. Desde el ayuntamiento, el expediente se presentó después a la Concejalía de Urbanismo y Medio Ambiente de la Junta de Andalucía. El proyecto, tras la fase de aprobación provisional, sin alegación alguna, al fin había obtenido la aprobación definitiva.

Hasta ese momento, no tenía evidencias, pero estaba seguro de que Alejandro Martínez estaba detrás de aquello, aunque había algo que no le cuadraba. Una de tantas otras cosas a la que últimamente no encontraba explicación. Otra de sus corazonadas.

Tras dar las gracias y despedirse de la funcionaria del ayuntamiento, salió con cierta sensación de triunfo. Tendría que hablar con Noelia para que lo ayudase, aunque eso significase ponerla al tanto de todas sus sospechas. Decidió parar en un bar cercano e indagar un poco sobre el estudio de arquitectura que había presentado el proyecto de recalificación.

Esta vez pidió un zumo de naranja al obeso camarero que se sentaba con un periódico deportivo en las manos tras la barra, pues se había prometido a sí mismo disminuir su dosis de café diaria. Se sentó a una mesa y sacó, esta vez sí, su maltrecha tablet. No había clave de wifi así que decidió compartir datos desde su teléfono móvil. Puso el nombre del estudio y comenzó a trastear por la web en diferentes apartados... Quiénes somos, qué hacemos... Todo muy bien presentado, como no esperaba de otra forma. En el apartado de personal, no había fotografías del equipo, lo que le produjo cierta desilusión. En la parte de servicios, el estudio contaba con consultoría y asesoramiento, construcción, rehabilitación de edificios y tramitación de licencias. Echó un vistazo a todas y cada una de las secciones de la web, pero no encontró nada fuera de lo habitual: la documentación que gestionaban incluía memoria, presupuesto por partidas, fotografías, croquis, planos de situación, impresos oficiales y un largo etcétera.

De repente, se le ocurrió una idea. Era obvio que en su página web no iba a encontrar nada de lo que realmente buscaba: los verdaderos propietarios de ese estudio. Necesitaba esa información cuanto antes, así que, a riesgo de males mayores, decidió saltarse las reglas. Aún conservaba las claves de Montolivo del portal que le permitía conocer los informes comerciales y detalles socio-económicos de las empresas. En dichos informes se podía ver, además, todo lo relacionado con la estructura corporativa: accionistas, participaciones, directivos y administradores. Dudó por un momento; ya no

tenía derecho a usar esas claves... pero, por otro lado, no tenía otra opción. Estaba seguro de que, desde su antiguo bufete, aún no habrían eliminado sus credenciales. Entró en la web y probó con la identificación. Tras unos instantes de tensión, estaba dentro. Sin perder tiempo, escribió en el buscador el nombre del estudio... ¡Voilà! Lo tenía.

El 65% de la propiedad de Maki Arquitectos estaba dividida entre tres empresas principales y el resto de participaciones pertenecían a personas particulares, a las que Enrique investigó de pasada mediante la red social LinkedIn sin encontrar nada relevante. Respecto a las empresas mayoritarias, existía una sociedad de energías renovables llamada Terraza Blu, con un 15%; otra de seguridad llamada Acinsa, con un 25%; y un bufete de abogados, con el 25% restante de la participación. ¿Era posible lo que estaba viendo?

Su corazón empezó a palpar disparatadamente, como si quisiera salir de su pecho de forma irrefrenable. Ese nombre... Ese bufete... No lo podía creer... ¿Sería una coincidencia? Decidió que solo con ese primer vistazo ya tenía material suficiente como para ocupar la tarde entera, así que guardó su tablet, pagó al grueso camarero, que seguía en idéntica posición a la de minutos antes, y salió disparado hacia su casa. Tenía que indagar más buscando la documentación que no era accesible mediante consultas ciudadanas. Afortunadamente, tenía a Noelia como contacto en el ayuntamiento. A la salida del bar, la llamó. No tuvo que esperar más que un par de tonos:

–Hola, Noelia. Necesito tomar un café contigo. ¿Esta tarde te va bien? – Fue tan directo, que ella no tuvo más remedio que contestar.

–Claro –respondió azorada.

–Te recojo a las cinco. Si te parece, iremos a Berges.

No había tenido demasiado tacto, más teniendo en cuenta que solo se habían visto unos minutos días atrás después de permanecer varios años sin contacto, pero Enrique estaba demasiado excitado con la información que acababa de aflorar de sus pesquisas. Bastante agitado, pasó el resto de la mañana analizando los datos obtenidos de su visita al consistorio.

Ya por la tarde, sentado frente a Noelia en el café, no sabía cómo pedirle que se jugara el tipo y el empleo para conseguir las pruebas e información que, a buen seguro, se encontrarían en alguna parte del edificio y también en varias de las personas con las que trabajaba. Le expuso parcialmente los hechos, obviando algunos pequeños detalles que ella no tenía por qué saber.

–No te quiero poner en ningún aprieto, Noelia. Solo te pido que tengas los ojos bien abiertos y que, si sospechas o detectas cualquier movimiento raro relacionado con esta recalificación de terrenos, me avises. Y nada más... salvo agradecerte de antemano toda la ayuda que me puedas ofrecer.

–¿Crees entonces que la muerte de los dos agricultores puede estar relacionada con esto? –preguntó abrumada ante los acontecimientos expuestos por Enrique.

–La verdad es que no lo sé. La Guardia Civil no tiene pista alguna, han sido unas muertes muy «limpias», por decirlo así. –Se guardó bien de decirle a Noelia que tenía la ratificación del propio teniente Perea de los ya confirmados asesinatos de sus paisanos–. En caso de que no te sientas con fuerzas, no te preocupes, al final encontraremos otra forma.

–Tranquilo. Y no hay nada que agradecer, de veras. Es lo menos que puedo hacer por un viejo amigo. –Y, cambiando el tono, dijo–: Eso sí, tampoco estaría de más que me invitaras a una cerveza o a cenar alguna noche. Alcor es muy aburrida –le pidió, guiñándole un ojo.

A Enrique le pareció que ella le estaba pidiendo una cita. O tal vez fueran imaginaciones suyas y solo quería distraerse y evadirse una noche del duro y solitario invierno alpujarreño. En ese momento, se sintió mal, pensando que horas antes se había despertado con una mujer casada a su lado.

–Dalo por hecho –aseguró.

Se despidieron y Enrique se fue a casa de nuevo con la intención de seguir con la tarea de resumir esquemáticamente la ingente cantidad de información que había conseguido tras su visita al ayuntamiento. Por eso, aquella tarde, cuando recibió precisamente la llamada de Oliver Torres, no estaba preparado para esa conversación, tan sumido como estaba en el análisis de una posible trama de corrupción que lo desbordaba por completo. Fue una llamada tan inesperada como desconcertante. Era de sobras conocido por todo el mundo el excéntrico carácter del dueño del importante bufete al que también daba nombre. Se decía que Oliver Torres había triunfado a base de «evitar medias tintas». También se decía que, en sus inicios, cuando defendía a un culpable a sabiendas, al terminar el caso, no solo el juez, el jurado y toda la sala salían con la total certeza de que su cliente era inocente, sino que el propio acusado terminaba creyéndolo también, dadas las convincentes argumentaciones y vueltas de tuerca que el prestigioso letrado era capaz de dar a los acontecimientos.

Enrique había visto en persona a Oliver una única vez. Fue al poco tiempo

de entrar a Montolivo. Dada la fama que le precedía, esperaba encontrarse con alguien muy distinto, pero su idea preconcebida se vino abajo cuando comprobó que Oliver era bajito y de aspecto sorprendentemente juvenil, a pesar de que, según decían, siempre iba trajeado de negro. Debía pasar de los cincuenta años, pero Enrique estaba seguro de que, si se lo cruzaba por la calle, no le echaría más de treinta y cinco o cuarenta. Aquel encuentro tuvo lugar en un evento en el que se juntaba lo más granado del sector y que nadie parecía querer perder. Recién incorporado al bufete, Mónica le propuso que la acompañara para empezar así a curtirse un poco más en el que ella denominaba el «rancio ambiente jurídico madrileño». Probablemente, aquella noche fue la primera en la que Enrique pudo charlar distendidamente con su jefa en un entorno distinto al de la oficina y pudo quitarse un poco la presión de joven aprendiz que intentaba ganarse el puesto durante todo el día.

Paseaban por el recinto de stand en stand mientras Mónica iba saludando a unos y otros, presentando a su joven acompañante como un recién licenciado que «promete». Enrique estrechaba la mano, saludando cortésmente y, aunque algo apabullado, aguantando el tipo. Al llegar a uno de los espacios de los escasos bufetes internacionales que habían acudido a la cita, el rictus de Mónica cambió de forma radical. Se puso tensa repentinamente al detectar que aquel hombre bajito se quedaba mirándola detenidamente.

Cuando se encontraban a escasos metros, Oliver Torres dio un paso al frente, apartándose del grupo con el que estaba y, con un gesto tremendamente amable, saludó a Mónica Espinosa.

–Mónica, ¿cómo estás? –y, sin darle tiempo a responder, añadió–: Radiante, como siempre. –Se acercó y se dieron dos besos. Seguramente ambos serían de la misma estatura aproximadamente, pero el tacón le daba cierta ventaja a ella.

–Bien, bien, como siempre. –Parecía haberse recompuesto de la sorpresa–. Y tú, ¿qué tal?

–Aprendiendo muchísimo. En días como hoy, más –dijo señalando levemente con un gesto de la mano al pequeño grupo de personas con el que se encontraba instantes antes.

–Disculpa, no te he presentado a mi acompañante. Oliver, este es Enrique Narváez, nuestro becario más prometedor.

–Encantado de conocerte, joven –dijo, dándole un firme apretón de manos. Enrique, con los años, había aprendido mucho sobre el lenguaje corporal.

En ese momento, no supo valorarlo, pero, con el tiempo, se dio cuenta de que las manos, el tono y el gesto de Oliver denotaban total seguridad. Tanta como la que le faltaba a su jefa en esos momentos y que tanto pillaba por sorpresa al propio Enrique. Oliver añadió:

–Si no te cogen tras el periodo de pruebas o te aburres allí, llámame. Seguro que algo podremos hacer –dijo divertido haciendo una mueca y mirando más a Mónica que a él.

Enrique sonrió con cortesía y Mónica terminó apresuradamente la conversación con un evidente pretexto. Un par de horas después, a la salida del evento, su jefa se ofreció a llevarlo a casa. Estaba lloviendo a raudales y ello hizo que aceptara sin pensárselo demasiado. Ahora, con el paso de los años, Enrique sabía que, aquella noche, Mónica lo miraba con ojos muy distintos a como lo hacía ahora. Él a ella también. Y era normal, a fin de cuentas, apenas se conocían. En el impoluto vehículo, un Volkswagen Passat blanco, reinaba un silencio sepulcral.

–¿Qué te ha parecido? ¿Te ha resultado interesante parlotear con todos esos picapleitos? –preguntó ella de pronto.

–Sí, la verdad es que sí. Es una muy buena oportunidad para crear sinergias profesionales con letrados de España y otros países.

Ella asintió, sin apartar la mirada de la carretera. Instantes después, dijo:

–Oliver Torres es un cretino. De esos tipos que siempre se salen con la suya. La vida da muchas vueltas, Enrique, así que, por si acaso nuestros caminos se separan, te aconsejo que te cuides de él.

Enrique no supo cómo responder o qué decir. Al fin y al cabo, llevaba apenas dos meses en Montolivo y era de las primeras ocasiones en las que estaba a solas con su jefa.

–Gracias por el consejo. Lo tendré muy en cuenta –afirmó finalmente.

Aquella noche quedó enterrada en sus recuerdos y no fue hasta varios meses después cuando descubrió casualmente, en un corrillo de compañeros de trabajo, lo de la turbia historia de amor universitario entre ella, Mónica Espinosa, y dos jóvenes abogados, Antonio y Oliver, muy amigos hasta entonces. Enrique nunca más había vuelto a coincidir con el segundo ni a reparar en él salvo por la oferta de su excompañero de la facultad poco antes de venir a Alcor, ofreciéndole un puesto en el bufete del principal competidor de su despacho.

Por eso, cuando descolgó el teléfono, jamás se imaginó que instantes después de que una señorita con marcado acento gallego le indicara que el

señor Torres deseaba hablar con él, pudiera escuchar de nuevo aquella suave voz al otro lado.

–Enrique, cuanto tiempo, ¿cómo estás? –Era evidente que no hacían falta presentaciones. Oliver le hablaba como si se conocieran de toda la vida–. Oye, ¿acaso olvidaste lo que te dije? ¿Por qué no me has llamado? –preguntó–. Me he enterado hace unas horas que ya no estás en Montolivo... –dijo dejando la frase en suspense.

Enrique tardó unos pocos segundos en reaccionar y, cuando lo hizo, no supo qué responder. Era demasiado evidente lo que pretendía. Bien era cierto que, en los cuatro años que llevaba en Montolivo, había participado activamente en algunos de los casos más destacados y llevado de forma individual también un par de procesos relevantes, incluido el de Alejandro Martínez. Y si bien esto podría haber llamado la atención de algunos otros bufetes, estaba seguro de que ese no era el motivo de Oliver Torres. Éste tenía otras razones. Fundamentalmente, su rivalidad con Antonio y el despecho hacia Mónica, que él mismo pudo detectar aquella noche años atrás cuando se saludaban de forma aparentemente amistosa en una feria del sector.

–Es toda una sorpresa para mí recibir tu llamada, Oliver –respondió cortés, llamándole también por su nombre de pila. La realidad era que a él no le impresionaba demasiado su persona, por más historias que hubiese escuchado. Y aunque era cierto que pretendía hablar con prudencia, pues el mundo en que se movían ambos podía llegar a dar muchas vueltas, tampoco iba a renunciar a conversar con total naturalidad dejando que los nervios le dominaran–. La verdad –añadió Enrique– es que jamás pensé que aquella oferta fuera en serio.

–Y la que te hizo tu compañero Gustavo hace unas semanas, ¿qué me dices de esa, tampoco pensaste que fuera en serio? –preguntó decidido.

Enrique cayó de nuevo en la cuenta de la comida que tuvo con su excompañero de la facultad de Derecho. Días después, le mandó un mensaje de agradecimiento diciéndole que, de momento, no estaba interesado. Ahí, Oliver Torres le había pillado.

–En ese momento, seguía aún en Montolivo y no me planteaba nada fuera de ahí...

–Has estado rápido –seguía con el mismo tono amable y cordial con el que había comenzado–. Me gusta. ¿Cuándo te incorporarías?

Enrique estaba ofuscado por la actitud de su interlocutor. No lo conocía apenas, pero imaginaba que Oliver Torres daba por hecho que todo

funcionaba así. Había tenido éxito con sus casos, con su bufete... y ponía en práctica fuera de los límites razonables esa filosofía de «orden y mando». En cualquier caso, no se iba a dejar embaucar. Aunque estaba decepcionado con Montolivo, no quería trabajar para quien era considerado por un gran número de colegas un auténtico cretino, tal y como lo había definido Mónica en su día.

–Gracias de nuevo, Oliver, pero ahora mismo no me interesa. Estoy trabajando en varios proyectos personales y quiero ver dónde me llevan antes de regresar a la abogacía en activo... –dijo bajando el volumen paulatinamente y terminando casi con un hilo de voz.

–Pero, ¿qué estás diciendo? Si ahora estás defendiendo a ese campesino amigo tuyo con Montolivo de por medio... ¿Qué mejor que hacerlo desde Oliver Torres Abogados? Aquí dispondrás de más medios y ayuda. Ganaremos el caso a Montolivo, te lo aseguro.

A Enrique no le gustó la forma en que pronunció la palabra campesino. Y menos aún que Oliver Torres estuviera al tanto de sus actividades, cosa que, por otra parte, no le venía de nuevas.

–Gracias de verdad, Oliver –respondió tajantemente–. Está claro que es una oferta que, en cualquier otra situación, no me habría planteado rechazar –añadió, como para quitarle hierro al asunto–, pero he pedido mi salida de Montolivo para estar un tiempo fuera de ese mundo. Lo de Nicolás Belmonte es un favor personal –dijo, no queriendo dar más explicaciones.

–Bien, bien –asintió Oliver, aparentemente resignado–. Le diré a mi secretaria que te haga llegar mi número personal. Tarde o temprano, me llamarás –y, acto seguido, sin darle tiempo a replicar, añadió–: Suerte con el caso. La necesitarás.

De repente, nadie al otro lado. Enrique se quedó mirando la pantalla del teléfono. La sorpresa inicial se fue desvaneciendo con el paso de los segundos.

Recapitulando *a posteriori*, consideró que había capeado la conversación bastante bien.

Noelia se lo advirtió la tercera vez que se vieron, un par de días después de la llamada de Oliver Torres. Fue durante la cena que Enrique le había prometido. En el pueblo se decía que los gemelos eran raros. La palabra que utilizó ella fue exactamente esa, «raros».

Noelia le dijo que no salían por la noche de marcha como los chicos de su

edad; al menos, no se les había visto jamás por el pueblo ni alrededores. Tampoco se les conocía novia alguna o vicio extraño. Al parecer, ambos eran muy distintos, pero en ese aspecto se parecían. Los dos eran de baja estatura, constitución delgada, pelo moreno y profundos ojos oscuros. Si no llega a ser por el peinado (uno estaba rapado y otro llevaba el pelo exageradamente largo en la zona del tupé), Enrique no habría podido distinguirlos. Pedro y Javier se llamaban. No podía decirse que no fuesen hermanos. Al parecer, la mayor parte del día la pasaban en el campo y sus aficiones eran pocas: cuidar de la finca, de sus frutos y pasear en sus dos caballos, algo que solían hacer especialmente los domingos. Solo una cosa le llamó particularmente la atención, a pesar de no considerarlo más que una chiquillada: uno de los gemelos, el del pronunciado y casi ridículo flequillo, había estado perdidamente enamorado durante toda su infancia y adolescencia de Teresa, la mujer que trabajaba en la finca vecina, actualmente viuda de Francisco Carmona. Mentalmente, y aunque *a priori* no tuviera más interés, anotó el detalle, pues si éste había llegado a oídos de Noelia, alguna razón habría.

Escogió un acogedor bar en Alcor. Hablaron de pasada sobre la recalificación y el favor que él mismo le había pedido, aunque Enrique detectó que ella quería conversar de todo menos de lo que a él realmente le interesaba: el caso y la investigación en paralelo que estaba llevando a cabo. Ella aún no había podido conseguir ninguna prueba, pero le dijo que ya sabía por dónde empezar a buscar y que le mantendría puntualmente informado.

La conversación, por tanto, tornó a temas más íntimos. Él no quería, pero ella no dejaba de preguntarle de forma más o menos sutil por su vida durante los últimos años. La sombra de Ariana asomó por su cabeza, aunque Enrique fue discreto y apenas pasó de puntillas sobre ella. Realmente, en esos momentos, pensaba en Mónica. Habían pasado ya algunos días desde su encuentro y solo habían cruzado un par de mensajes al día siguiente, cuando ella le confirmó que ya se encontraba en Madrid tras un largo viaje de vuelta. La noche que pasaron juntos le había supuesto, por un lado, una liberación, pero a su vez, por el otro, no había hecho más que confirmar lo que a todas luces era evidente: existía atracción y cariño entre ambos, pero poco más. Contra todo pronóstico, se alegró para sus adentros de lo que pasó, pues aquella noche marcó un punto de inflexión definitivo y, al fin, había salido de dudas: no había amor arrebatador y profundo como tal. Sin embargo, con todo, no podía evitar seguir pensando en ella.

—¿Recuerdas cuando nos besábamos en el patio del recreo? —preguntó

Noelia de repente, divertida.

–Cómo olvidarlo... – respondió él, ruborizado, volviendo de su ensimismamiento a la mesa que compartía con su antigua compañera.

–La de años que han pasado... –dijo ella reflexiva–. Y a pesar de todo, parece que fue ayer.

Enrique se sentía violento ante la sinceridad que mostraba. Optó por seguir callado. Con el calor de la conversación, no se había dado cuenta de que Noelia se había bebido ya al menos tres copas de vino, mientras que él iba aún por la primera. Era lo malo de las tapas, que él casi nunca se acordaba si era la segunda, tercera o cuarta ronda.

–Cuando te fuiste a estudiar, me partiste el corazón. Una pequeña parte de mí pensaba que escogerías Almería... Estaba coladita por ti, Narvárez –le soltó de pronto con un especial brillo en sus ojos.

Le había llamado como también lo hacían la mayoría de compañeros durante el instituto: por su apellido. «¿A dónde quiere llegar?», se preguntó extrañado para sí. Resolvió que lo mejor era acelerar el curso de la cena y echar el cierre lo más pronto posible antes de que Noelia pudiese decir algo de lo que se acabara arrepintiéndose. Cambió de tema una y otra vez y, a la salida del bar, ante su evidente estado de embriaguez, decidió acompañarla hasta la misma puerta de su casa, a unas pocas calles de distancia.

Caminaba por las estrechas y adornadas callejuelas con Noelia tambaleándose de un lado a otro. Enrique la sujetó y le ofreció apoyo en su hombro. Estaba totalmente borracha: le había hablado ya de su ex y las continuas infidelidades a las que se había visto sometida; y que, a su vez, había estado años colada por él... Eso y un sinfín de temas espinosos más que no pudieron más que dejarlo boquiabierto y mudo a la vez.

En el portal, él tuvo que ayudarla también con el bolso y las llaves. Entonces supo que el momento embarazoso iba a llegar.

–Me gustaría que, tal vez con el tiempo, lo intentásemos. Creo que nos iría bien.

Enrique se lo tomó medio a broma y se limitó a sonreír. Apenas se habían visto dos o tres veces e intercambiado unos pocos mensajes de temas estrictamente «profesionales». En su interior no quedaba tanto del joven estudiante que conoció años atrás, como ella probablemente esperaba. Abrió la puerta al fin, no sin cierto esfuerzo. Noelia, tras una noche de confesiones de las que, a buen seguro, se arrepentiría al día siguiente, ya desde el interior del portal, corriendo un tupido velo sobre lo que le acababa de decir, se

despidió hablándole de lo mismo con lo que habían arrancado la velada.

–Son raros, raros... los dos –y cerró la puerta tras de sí.

Tres días después de la muerte de Santiago Vázquez, mientras recordaba las palabras de Noelia la noche anterior, cuando se disponía a llamar al timbre de la puerta, no sabía a ciencia cierta con qué iba a encontrarse al otro lado.

Enrique se presentó en la casa a eso de las siete de la tarde, cuando ya había caído la noche. De ese modo, se aseguraba de encontrarlos allí. Se extrañó sobremanera al ver que quien le abría la puerta era una mujer bastante joven. Se preguntó si sería la novia de alguno de ellos.

–Buenas tardes, me gustaría hablar con Pedro y Javier.

–¿Quién eres tú? –preguntó la chica, resuelta.

–Me llamo Enrique Narvárez, soy un vecino. Creo que, con dar mi nombre a cualquiera de ellos, bastará.

–Espera aquí. –Cerró de nuevo la puerta tras de sí.

Enrique se asombró de las formas, pues la dinámica a la que estaba acostumbrado en el pueblo era más de «pasa primero y luego ya veremos qué quieres». Pero probablemente eso sucedía más con las generaciones anteriores, las nuevas veían el mundo con los ojos de la desconfianza y la verdad es que no les faltaban motivos para ello.

Menos de medio minuto después, apareció tras la puerta uno de los gemelos. Era el de la cabeza rapada. Llevaba un viejo chándal azul marino raído a juego con unas zapatillas de deporte de color amarillo fosforito. Enrique no lograba recordar cómo se llamaba cada uno de los hermanos.

–Hola –le recibió con voz tibia, como extrañado ante la inesperada visita–. ¿Qué quieres? –preguntó directamente.

–Me gustaría hablar contigo y tu hermano cinco minutos para haceros algunas preguntas. No me malinterpretes –añadió rápidamente Enrique antes de que el otro pudiera contestar–. El caso es que necesito conocer ciertos aspectos de estas fincas para preparar mejor la defensa de mi cliente que, como imagino que sabréis ya, no es otro que vuestro vecino Nicolás Belmonte.

–Ya... –dijo él–. Al pronto, se vio asomar al fondo del pasillo al otro hermano.

–¿Quién es, Pedro? –preguntó.

Al menos, Enrique ya sabía quién era cada cual. Si el rapado era Pedro, el del tupé que se acercaba sería, por lo tanto, Javier.

–Es el nieto del viejo Narváez. El abogado –le dijo al otro como si Enrique no estuviese delante.

Javier llegó a la puerta y lo examinó de arriba abajo. A Enrique le desagradó sobremanera sentirse observado así, a pie de calle, pues esperaba otro tipo de hospitalidad. Estaba claro que los gemelos hacían honor a su fama de *rarunos* ante las reticencias mostradas por la simple visita de un conocido.

La mujer joven estaba también en el pasillo, en segundo plano, observando la escena con vivo interés. A Enrique le extrañaba que una visita ordinaria pudiera convertirse en todo un acontecimiento. Fue ella la que entonces intervino:

–Invítad a este pobre vecino adentro, no tenéis modales –dijo como regañando a los otros dos.

La chica hablaba con muchísima confianza y Enrique tenía una gran curiosidad por saber quién era. ¿La novia de alguno de ellos? ¿Una prima lejana quizás?

Instantes después, el del tupé le animó a pasar al interior de la vivienda. Nada más entrar, asomaba a derecha un pequeño cuarto de estar al que le invitaron a entrar. La joven le preguntó si quería algo de beber. Enrique respondió que un vaso de agua, si era tan amable. Ella salió presta de la habitación y Enrique, ahora a indicación del otro, el rapado, se sentó en una butaca a mano izquierda frente a un voluminoso y viejo televisor, mientras que ambos gemelos lo hacían en un sofá que se encontraba perpendicular a su posición. La estancia era bastante lúgubre para, en teoría, ser la primera sala con la que se presentaba la casa y, por lo que parecía, la de las visitas. Bajo esa luz mortecina, Enrique comprobó que la habitación era muy pequeña y que además estaba excesivamente recargada de horribles cuadros de flores, aunque, curiosamente, no había ninguna fotografía. El televisor, tal vez un modelo en blanco y negro, y una antigua radio a juego completaban la decoración y el mobiliario del lugar. Al instante, apareció de nuevo la joven con el vaso de agua.

–Es del tiempo, en esta época no tenemos agua en el frigorífico –dijo ella, poniendo el vaso junto a una pequeña mesita circular a su izquierda.

–Está bien así –respondió Enrique–. Muchas gracias.

Ella se sentó junto a los gemelos, en medio de los dos. Enrique esperaba una presentación, pero, en caso de no obtenerla, tanto daba, lo que tenía que hablar con aquellos chicos no era ningún secreto.

–Y bien –dijo el del tupé, Javier, que aunque había aparecido el último, parecía llevar la iniciativa–. Tú dirás, ¿qué te trae por aquí? –preguntó.

En ese preciso momento, se dio cuenta de que las tres personas que tenía en la sala no eran más que niños. Con cuerpos de hombres y de mujer, podría ser, pero niños al fin y al cabo. Ellos debían rondar los veintitrés o veinticuatro años y la chica no debía pasar de los veinte. Enrique notó de inmediato, por el tono de éste último en su pregunta, que en realidad intentaba parecer lo que no era. Y es que esa sensación él mismo la había vivido, por lo que la pudo identificar fácilmente. Cuando era un adolescente, siempre que iba con su abuelo y otros hombres al campo, intentaba aparentar ser mayor, fingir que sabía de todo y ostentar un aplomo en sus gestos, tareas y expresiones que, en realidad, no tenía. Las más de las veces, se quedaba en una mera anécdota, pero en alguna ocasión había hecho el ridículo de verdad. Poco después, con la madurez que solo la edad y el paso del tiempo otorga a cada uno, cayó en la cuenta de que parecer un adulto no es hablar con descaro y fingir que jamás se tiene una duda, sino justamente lo contrario, hablar con desparpajo y sencillez de lo que sabes, la misma con la que se ha de admitir un error o preguntar sin miedo aquello que se desconoce.

–Lo primero: quería volver a expresar mis condolencias –dijo mirando a uno y otro alternativamente.

Los tres asintieron. Seguía preguntándose quién demonios sería la chica.

–Lo segundo –continúo–, quería saber si me podéis resolver algunas dudas. Como sabéis, estoy inmerso en la denuncia contra Nicolás y quiero tener toda la información posible para preparar la defensa.

–Si no me equivoco, hace nada que estabas del otro lado –contestó rápidamente el rapado, de forma airada–. Tú contribuiste a que mi padre tuviera que negociar en pésimas condiciones con ese millonario engreído. ¿Por qué íbamos a querer ayudarte ahora?

Era normal que reaccionaran así. Enrique respiró hondo antes de responder.

–Piensa que si ahora defiendo a Nicolás es porque quiero, nadie me lo ha pedido. Y si he cambiado de bando, también será por algún motivo ¿no? Todos nos equivocamos. Yo trabajaba para una empresa que me encargó el caso, al igual que me ocupé de decenas de otros. En parte, también he sido engañado y, por eso mismo, quiero enmendar mi error. Pero para ello, necesito que me deis, al menos, una oportunidad.

–Pedro, por favor, deja a nuestro invitado a hablar –dijo Javier, en tono

delicadamente suave—. Te escuchamos. Haremos todo lo posible para que, al menos, a nuestro vecino le vaya mejor que a nosotros.

—Gracias por la amabilidad —respondió Enrique ya directamente a Javier, el del tupé, una vez quedó del todo claro que era él quien llevaba las riendas—. ¿Cómo os arregláis estos días? ¿Estáis bien? —se interesó.

—Aún no hemos asumido del todo el golpe —respondió nuevamente Javier—. Estamos en mitad de la cosecha y esto no puede parar. Aunque, a decir verdad, últimamente nuestro padre estaba más fuera que dentro de casa y apenas pasaba por la finca. Así que, aunque quede mal decirlo, a efectos prácticos, en lo que a trabajo se refiere, seguimos prácticamente igual. Eso sí, la procesión va por dentro —concluyó agachando la mirada—. Afortunadamente, nuestra hermana ha venido desde Málaga a ayudarnos en estos días tan difíciles.

Enrique notó cómo su pulso se aceleraba. ¿Su hermana? No recordaba que Santiago tuviera otra hija.

—Hermanastra —corrigió ella, que pareció entrever el desconcierto en Enrique—. Mi madre no ha puesto pegas a que venga a cuidar de los hijos de su ex marido. A fin de cuentas, hemos pasado muchos veranos juntos.

Así que se trataba de eso. La ex mujer de Santiago, a diferencia de él, había rehecho su vida con una nueva pareja y había traído al mundo otra criatura. Morena, rechoncha y de ojos claros, no se parecía en absoluto a los dos individuos que la escoltaban en el sofá.

—Bueno, en ese caso, me alegro. Imagino que no os acordáis de mí durante vuestra etapa en el colegio, ¿no? Yo sí os conocía, aunque érais muy pequeños. Unos gemelos en un pueblo tan minúsculo como este es difícil que pasen inadvertidos.

Ambos negaron con la cabeza. El rapado contestó:

—Te conocemos porque eres el nieto de David Narváez. Y claro que nos hemos cruzado más de una vez, pero recordarte del colegio como tal, no —respondió secamente.

Enrique asintió. Como siempre le sucedía, daba vueltas y vueltas porque no sabía por dónde comenzar la conversación para dirigirla donde él quería sin que el hecho resultase excesivamente evidente. Aunque fueran niños, ellos eran tres, e intelectualmente, Javier, el del tupé, parecía bastante despierto, así que tendría que andarse con ojo. Pese a ello, decidió jugársela a una carta.

—La verdad es que no vengo a hablaros del caso en sí. Vengo a hablaros de

algo que realmente me preocupa. Y es esto.

Enrique extendió en la mesita central un pedazo de papel que contenía una copia de la última nota que había recibido. Los tres la miraron, pero ninguno se atrevió a cogerla.

–Estoy recibiendo avisos como el que se encontró junto a vuestro padre –dijo mirando a cada uno de ellos–. Y la verdad es que estoy bastante espantado con todo este asunto. Quizá lo suyo fuese un accidente, pero personalmente no creo en las coincidencias.

Los tres se miraron entre sí, desconcertados. Enrique jugaba la baza que más le gustaba, la de la sinceridad a medias. Esto es, soltar cierta información, siempre veraz, por supuesto, pero ni mucho menos toda la que poseía.

–Además, está todo el asunto del fantasma... –añadió, para dar el toque de gracia.

Dejó caer lo del supuesto fantasma al final. Lo que no esperaba fue lo que le respondió el de la cabeza rapada.

–Yo lo he visto. Lo vi una tarde, un día antes de la muerte de mi padre, de lejos... –afirmó convencido.

–¿Cómo que lo viste? –preguntó Enrique sobresaltado. Ahora era él el sorprendido.

–Vestía como de otra época. Ropas antiguas –contestó–. Dios sabe que apenas he pegado ojo desde ese día. Está entre nosotros, quizá aquí, ahora mismo, escuchándonos y viéndonos –dijo como un respingo y añadió–. Y estoy casi seguro de que él fue quien provocó ese infarto o lo que fuera a mi difunto padre.

–¡Calla, Pedro, no digas más tonterías! –corrigió la chica airada.

Enrique sintió un ligero escalofrío. Pedro, ciertamente, creía en la existencia del fantasma y, después de varios testimonios, él mismo no sabía qué creer ya. En principio pensaba que no eran más que cuentos, pero que un hombre joven y aparentemente en sus cabales asegurara lo mismo... Algo extraño estaba pasando.

–Mi hermano está un poco nervioso –intervino Javier de nuevo, apaciblemente–. Y está claro que lo que vio fue fruto de su imaginación. Siempre ha sido muy fantasioso.

El rapado calló y se mordió el labio con un gesto de indignación. Javier, al que Enrique ya se daba cuenta de que, a pesar de todo, lo había infravalorado sobremanera, tomó de nuevo la palabra.

–No tenemos ni idea de lo de las notas. Para nosotros fue una sorpresa la que se encontró junto a mi padre cuando murió. Ya le hemos contado todo lo que sabemos a la Guardia Civil, aunque, en realidad, como puedes comprobar, no es demasiado.

Enrique estaba entrando en una especie de trance. Había algo que no le cuadraba en los gemelos. Y no solo el extravagante tupé que portaba uno de ellos, perfectamente mantenido con fijador. Era el conjunto: la hermanastra aparecida de repente, la dualidad de caracteres, la tétrica y sombría casa impropia de dos chicos de su edad, uno que veía fantasmas ante la frialdad e impasividad del otro...

–Bien, bien. Como sabéis, no soy policía –expresó conciliador–. Pero la Guardia Civil me dice que lo de las notas son fantasías mías –mintió Enrique.

–¿Nicolás no ha recibido ninguna? –preguntó repentinamente el rapado.

A Enrique no le sorprendió la pregunta, aunque sí el tono místico de su interlocutor quizá porque, tras la muerte de sus dos vecinos agricultores, la lógica empujara a pensar precisamente a ello. Notó un ligero gesto de desaprobación de su hermano.

–No, que yo sepa –mintió de nuevo Enrique–. ¿Por qué habría de hacerlo? Además, por lo que me decís, y Dios no lo quiera, en el caso de que le pasara algo, cuando la reciba ya podría ser demasiado tarde...

–Creo que por hoy ya hemos hablado suficiente de fantasmas y muertes –zanjó Javier –. Alicia luego no duerme por las noches y con razón –dijo con una ligera sonrisa dirigiéndose a su hermanastra–. Si podemos ayudarte en algo más, no dudes en decírnoslo. Le deseamos toda la suerte a Nicolás.

La invitación para que se marchara fue más que evidente y, pocos segundos después, sin saber bien cómo, Enrique se vio fuera de la casa con decenas de preguntas aún por formular. Se iba con una sensación agridulce. Había algo que no le encajaba en las formas y la historia que contaban los gemelos. Si su padre no había recibido notas previas, ¿por qué le pareció que daban por hecho una serie de mensajes recibidos por Nicolás? Estaba seguro de que ambos agricultores, tanto Francisco como Santiago, habían recibido sendas advertencias antes de sus muertes. Sin darse cuenta, poco a poco se iba metiendo indirectamente en la investigación de un caso policial, aunque, a medida que profundizaba en los hechos alrededor de las víctimas, la famosa recalificación y la figura de Alejandro Martínez parecían difuminarse en el escenario, haciéndose más lejanas.

Llamaría de nuevo a Eugenio, el periodista. No podía demorarlo más.

Había llegado el momento de poner todas las cartas sobre la mesa.

Capítulo 19

A solas en su despacho, sudaba.

Alejandro Martínez no era de esos hombres que se ponían nerviosos así como así. Ni mucho menos era tampoco la clase de persona que, cuando tomaba una decisión, daba marcha atrás fácilmente. Pero esta vez era diferente. Los fantasmas del pasado, en sentido literal, habían venido a buscarle. Y para alguien tan extremadamente racional como él, una circunstancia así le superaba.

Guardaba escrupulosamente las dos misteriosas notas anónimas que había recibido. A la primera de ellas, no le dio apenas importancia. Había mucho loco suelto que solo quería llamar la atención. Incluso tenía un pequeño club de fans, por llamarlo así. Una asociación de jóvenes emprendedores que le tenían idealizado y que veían en él un modelo a seguir. De vez en cuando, les daba una charla y se tomaba un café con ellos en algún local de moda de la capital, pero poco más. Al principio pensó que alguno de esos jóvenes podría tener un trastorno o que quizá fuese obra de algún viejo enemigo del colegio o la universidad... Pero cuando recibió la segunda, Francisco Carmona, el agricultor con el que había acordado la compra del terreno, ya estaba muerto. Y curiosamente, habían hallado una nota similar junto a su cadáver.

Tal vez lo estaban chantajeando. Sí, probablemente podría ser eso. Esos buitres del ayuntamiento siempre querían más. Todo era legal, aunque, eso sí, él sabía perfectamente que danzaba sobre la delgada línea que separa ese concepto de su antónimo. El estudio había presentado un anteproyecto sólido, coherente y con unas perspectivas económicas más que razonables para que pudiera mínimamente tramitarse a estudio. Pero claro, esos terrenos aún no eran suyos. Apenas obtuvo la primera parcela, aceleró el proceso de recalificación presentando una estructura parcial de un proyecto que dejaría mucho dinero en la zona. Y claro, había que agilizar aún más los trámites para que las partes con las que estaba en pleitos no se olieran nada y pudieran paralizar con ello toda posibilidad de venta. Alejandro sabía cómo funcionaban el tipo de empleados públicos que buscaba. Hasta Rodolfo lo sabía. Solo había que apretar la tecla adecuada con las personas correctas y los incentivos apropiados. Con un estudio pormenorizado de todos los perfiles y personas que intervenían en la aprobación del proyecto, Alejandro, siempre a través de su polivalente empresa Acinsa y otros terceros de máxima confianza, se aseguró de acelerar todos los plazos. Y a esas alturas, ya tenía

más de dos terceras partes del terreno total en su poder. Sin embargo, alguien había filtrado la noticia y se habían visto obligados a hacerlo de forma precipitada... por culpa de ese maldito periodista y los rumores que había lanzado al aire meses atrás. La gente había comenzado a preguntar demasiado. Todo había ocurrido por el ansia de protagonismo de ese mezquino reportero que no se dignaba a retirarse de una vez. Para Alejandro no era más que un patético cronista local más. Un mediocre veterano que se negaba a colgar las botas. Se vio obligado a anularlo completamente. Y fue entonces cuando tuvo una idea brillante, una de esas que, como tantas otras, habían conseguido llevarle a lo más alto.

Alejandro no era partidario de la violencia salvo en casos estrictamente necesarios, así que, tras confirmar que Eugenio López estaba husmeando donde no debía, pensó que lo mejor era darle un buen susto. La advertencia que le hizo llegar no dejó lugar a dudas. Eugenio López no volvería a molestar al menos durante un buen tiempo.

Sin embargo, cuando parecía que se habían vuelto a encauzar las aguas, su contacto en el ayuntamiento le dio un nuevo chivatazo. Un abogado apellidado Narváez andaba husmeando en ciertos asuntos que no le convenían. Alejandro lamentó entonces no tenerlo de su lado. Lo consideraba un tipo listo. Un poco rebelde quizá, pero precisamente por eso le caía bien. Ni siquiera Oliver Torres había podido llevarlo a su terreno. La relación entre Oliver y Alejandro, socios en común de una de las múltiples empresas del segundo, era de plena confianza, a pesar de que Alejandro trabajaba de forma oficial con otro bufete, Montolivo Abogados. El empresario solo descargaba en Oliver sus asuntos más comprometidos, por decirlo así. Hasta ese momento, siempre había respondido a la perfección, así que aún no se explicaba cómo un tipo tan inteligente y con su carisma no había logrado tentar a un joven letrado que, a fin de cuentas, no era más que un pueblerino que debería haberse mareado con la cifra que le habían puesto sobre la mesa. Por tanto, tarde o temprano también tendría que ocuparse de él de un modo u otro para que dejara de meterse donde no debía. Si no podía controlarlo, tendría que eliminarlo del mapa de alguna forma. Aunque, en realidad, lo que ocupaba su mente era resolver el problema que realmente le quitaba el sueño por las noches: la extraña aparición de su bisabuelo en carne y hueso paseando como si nada por sus ya terrenos y las misteriosas y preocupantes notas que seguía recibiendo.

Con todo, pronto iría de nuevo a visitar sus nuevas tierras. La relación con

los actuales labradores, a pesar de todo, estaba resultando ser bastante satisfactoria. Él les había permitido terminar la cosecha y que se fueran poco a poco, a su ritmo. Así que, por ese lado, contaba con una buena bienvenida por parte de la mayoría de vecinos y agricultores, exceptuando, por supuesto, al tal Nicolás, que se la tenía jurada. Aunque, al volver a pensarlo, su recibimiento era lo que menos le preocupaba, después del episodio vivido tras el encontronazo con su bisabuelo en el mismo lugar en que halló la caja y aquella aparición repentina... Ese recuerdo le causaba verdadero pánico.

Preso de un calor insoportable, se quitó la chaqueta y la colgó en el respaldo de la silla. Le sudaban las manos. El reloj de pared de su despacho marcaba las ocho y media de la mañana. Llevaba despierto dos horas y media y apenas había dormido otras dos. Al menos, la carrera matutina le había permitido hacerle soltar gran parte de la adrenalina que tenía contenida. Ese día no le pidió a Rodolfo que lo acompañara, pues a duras penas aguantaba su ritmo cuando iba despacio. Hizo casi quince kilómetros en una hora, un ritmo inalcanzable para su chófer. Y allí estaba, acalorado de nuevo, ya sin chaqueta y remangándose la camisa mientras pensaba qué diantres podía hacer para llevar a buen puerto todo lo que había empezado.

Respiró hondo y marcó la extensión de su secretaria. Tendría que anular la reunión a primera hora con el director de sistemas. Ese día no tenía la cabeza para algo como aquello. Era consciente de que últimamente tenía abandonada gran parte de la gestión de sus compañías, pero tenía muy claro cuál era su máxima prioridad. Se arrepintió y colgó antes de que sonara el tono. Pensándolo mejor, lo ideal era cancelar toda su agenda para los próximos días. Incluidas las citas personales. Aunque no solía repetir, ante su insistencia, había vuelto a quedar con Paola una segunda vez, ahora para comer. Pero él ya se había cansado de la chica del departamento de *marketing* a la que conoció en un ascensor; le bastó una única noche para saber que no quería ninguna otra más.

Descolgó de nuevo el teléfono y, esta vez sí, marcó la extensión de su secretaria. Teodoro Martínez, su bisabuelo, dejó clara su voluntad. Y él no iba a hacer otra cosa sino cumplirla, costase lo que costase. Y si su antepasado había cambiado de parecer, esta vez no correría ni se desmayaría: aguantaría de pie hasta escucharlo de sus propios labios.

Capítulo 20

Montevideo, Uruguay, 1953

Aquella tarde, el médico llegó a casa con algo de retraso. El pequeño Teodoro estaba muy asustado. Desconocía el mal que aquejaba a su padre, que llevaba ya varios días sin levantarse de la cama. Cuando se marchaba, solo logró escuchar decirle a su madre que la fiebre era excesivamente alta y que no se podía hacer más.

A partir del cuarto día, su madre le prohibió entrar en la habitación. Ella y su tía hacían turnos de guardia en el interior del dormitorio. Apenas descansaban. Con mucho cuidado, una o dos veces al día cambiaban las sábanas y la funda de la almohada, empapadas en sudor. Y las pocas ocasiones en que podía mirar de reojo porque la puerta se quedaba entreabierta, su padre siempre tenía un paño húmedo en la cabeza. La mayor parte de veces, lo descubría con los ojos cerrados, pero otras, las menos, los tenía abiertos como platos y mantenía durante un largo rato una mirada perdida en el vacío.

Había sido todo muy repentino. Un día su padre estaba bien y al día siguiente se lo encontró postrado en la cama. Al parecer, los médicos no sabían a ciencia cierta qué es lo que le sucedía, o si lo sabían, al menos él no se había logrado enterar. Por eso, al cuarto día, cuando empezó a delirar, su madre le prohibió que volviera a acercarse. Pero él no dejaba de escuchar los gritos desde fuera. Eran lamentos sordos. Se oían desde el patio y también desde la calle. Chillidos de pánico que causaban espanto a su vez. El pequeño Teodoro sentía escalofríos cada vez que los oía. Había un nombre que se repetía a menudo: Trina. Cada vez que lo pronunciaba, en su delirio, lo hacía de forma desgarradora, como si le estuvieran arrancando una parte de su ser. Había otras cosas que decía de forma periódica: algo sobre unas bombas y ponerse a cubierto, y también sobre hacer justicia. Lamentaba no poder escuchar más. No era solo curiosidad, él quería saber lo que decía su padre en realidad. Quería entender y ayudar.

Aquella séptima tarde, poco después, llegó el sacerdote. El joven Teodoro no sabía por qué venía el párroco a su casa. Su tía le había abierto la puerta y, al ver al chiquillo correteando otra vez por los pasillos, le ordenó que se fuera de nuevo al patio. Y Teodoro obedeció encantado, ya que sintió una gran alegría. Los médicos no podían hacer nada, pero el sacerdote, con la ayuda de

Dios, salvaría a su padre. Eso le decían todos los domingos en misa. Repentinamente, una inmensa alegría recorrió todo su cuerpo y se fue a patear el desinflado balón de plástico contra la pared, cada vez más fuerte, preso de un júbilo incontrolable.

Un rato después, escuchó una puerta que se cerraba. El párroco ya se había marchado. Se acercó a la habitación y escuchó un llanto. Era el lamento apagado de su madre que se entremezclaba con los delirios y los gritos que daba su padre ya de forma continuada. Teodoro no entendía nada. Su tía salió con gesto solemne de la habitación. Le preguntó si quería algo de comer, advirtiéndole que era su obligación ponerse grande y fuerte. Pero Teodoro no quería comer, solo quería ver a su padre y que su madre dejara de llorar. Instintivamente, él también rompió a llorar como el niño que era. A la puerta del cuarto donde se postraba su padre, el joven Teodoro sintió un dolor en el pecho y una punzada en el corazón como jamás antes había sentido. De repente, lo entendió todo. Un torrente de lágrimas brotaba a raudales desde su interior, sin posibilidad de freno alguno.

Su tía lo abrazó y, en su llanto, lo arrastró hasta la cocina. Ella también había dejado caer más de una lágrima esos días. Poco a poco, había ido llegando más gente a la casa; escuchaba en el pasillo los pasos precipitados de personas que iban y venían de un lado a otro. No sabía a quiénes pertenecían aquellas voces ni quién les había abierto la puerta. Él solo pensaba en ver de nuevo a sus padres. Solo quería verlos juntos al menos una vez más. Pero no podía ni moverse. Lloraba y temblaba a partes iguales. En su inocencia, una parte de su ser siempre supo lo que verdaderamente estaba ocurriendo. Su tía lo abrazaba fuertemente. Estuvo así largo rato, una hora, quizá dos, hasta que alguien, un hombre de espesa barba oscura que no había visto en su vida, apareció bajo el marco de la puerta la cocina. El pequeño Teodoro, a esas alturas, ya apenas rumiaba, pues no le quedaban más lágrimas dentro. Su tía y el hombre se miraron a los ojos durante un par de segundos. Él asintió, con gesto solemne. Acto seguido, escuchó decirle a su tía con voz grave:

—Mi hermana se ocupará del niño mientras tanto.

Teodoro lo comprendió y notó un nuevo pinchazo en el pecho; algo se había roto por dentro. No volvió a romper en llanto, simplemente se le escapó una última lágrima instantes después cuando una enorme mujer rubia, a la que tampoco había visto en su vida, lo cogió amablemente en brazos y le dijo que esa noche cenaría y dormiría en su casa.

El pequeño Teodoro no opuso resistencia alguna. Cerró los ojos y se dejó llevar. Era 18 de enero de 1953. Su padre, Teodoro Martínez, había muerto.

Capítulo 21

Eugenio esperaba de pie, con aspecto impasible, apoyado en la grisácea columna de una de las entradas apurando un cigarrillo. Así lo encontró Enrique cuando llegó, visiblemente acelerado, pues llegaba más de veinte minutos tarde. Desde la calle y de un primer vistazo, le pareció un lugar muy similar al escogido para su primer encuentro. Pero esta vez la urgencia de la cita era mayor. Enrique necesitaba de forma apremiante información relacionada con los gemelos y la finca de su difunto padre; necesitaba cerciorarse de que no le habían ocultado nada verdaderamente importante.

Se saludaron con gesto amable, ambos conscientes de que eran aliados por conveniencia y por convicciones, dadas las ganas que tenían de desentramar un asunto en el que, a medida que profundizaban, se hacía más oscuro. La barba completamente blanca de Eugenio y la cicatriz en su garganta le daban un aire ceremonial que nada tenía que ver con la propia actitud y gestualidad del veterano reportero.

Se sentaron en una de las mesas de una esquina. El local estaba vacío a esas horas. Enrique era de los que siempre preferían quedar en sitios concurridos, camuflándose entre la gente pero, al parecer, su acompañante era del agrado justamente de todo lo contrario.

–¿Y bien? –dijo con su particular voz gangosa–. ¿Me traes algo?

Enrique sacó la carpetita que llevaba preparada. Contenía toda la documentación que había podido recopilar, en gran parte gracias al adelanto que le había hecho llegar Noelia. Era mucho más de lo que Eugenio habría podido esperar.

–He hecho ciertas indagaciones –comenzó–. Y alguna es realmente sorprendente.

–Empieza –le instó impaciente Eugenio.

Enrique extendió sobre la mesa los primeros documentos, dispuesto a comenzar a hablar.

–Tal y como imaginábamos, Alejandro Martínez parece estar detrás de la recalificación de terrenos. Al menos, de su aceleración para la reconversión de los mismos en urbanizables. El estudio de arquitectura que presentó el informe pertenece a otra empresa, Acinsa, que a su vez pertenece a Alejandro Martínez. Hay que tirar de algún hilo más, pero con esto, no queda ninguna duda. Ahora necesitamos encontrar pruebas que sean admitidas por un juez para iniciar una investigación.

Eugenio comenzó a ojear el documento en el que aparecían nombres de administradores, porcentajes de propiedad, empresas matrices, filiales... Paseaba la vista de un documento a otro, soltando de vez en cuando expresiones como «ajá» o «aquí está...», devorando con los ojos los pedazos de papel que tenía ante sí.

–Vaya, esto es realmente interesante. Has conseguido en una semana más que yo en tres meses. Quisiera saber cuál es tu secreto, a mí me fue imposible obtener una información mínimamente detallada. Francamente, me has impresionado, abogado –le dijo, mirándole fijamente a los ojos.

–Persistencia y algún contacto, eso es todo –respondió modestamente, evitando dar más detalles.

La realidad era que la aportación de Noelia, a nivel de documentación, así como las conclusiones que le había trasladado tras alguna charla informal con algún que otro concejal y miembros del ayuntamiento habían sido cruciales. Y eso apenas era una migaja de lo que, según ella misma le había dicho, podría esconderse tras la sombra de aquella repentina recalificación.

–Perdona, joven, pero a estas alturas me puedo permitir decir que, en este asunto concreto, la persistencia no me ha ayudado demasiado. Tampoco mis contactos, muchos más que los que puedes tener tú a esos niveles, por cierto.

Enrique prefirió, a pesar de la insistencia del periodista, no hablar de Noelia. Por supuesto que había sido un golpe de suerte tenerla de su lado. Ella era un contacto que valía mucho más que cualquiera de los que pudiera informar al periodista.

–Pues así ha sido. Con eso y algún pequeño golpe de suerte, aquí tiene un hilo bastante importante del que tirar.

Eugenio asintió, plenamente consciente de que Enrique no le iba a revelar detalle alguno sobre sus fuentes.

–Para la segunda parte, me tiene que ayudar usted –prosiguió Enrique, ansioso por cambiar de tema e indagar en el que realmente le interesaba en ese momento–. El otro día visité a los gemelos, los hijos del difunto Santiago Vázquez. Esos chicos, sobre todo uno de ellos, no parecen trigo limpio. Están ocultando algo. Estoy seguro de que saben más de la recalificación y de la muerte de su padre de lo que han dicho.

–¿Y cómo iba a saberlo yo? –preguntó confuso Eugenio.

–No digo que tenga información ahora mismo, simplemente me gustaría saber si, en los próximos días, puedes aportarme algún dato de interés –bajo el tonó de voz y le dijo casi susurrando, queriendo empatizar así más–:

Verá... Aunque él jamás lo reconocería, me da la sensación de que el teniente Casto Perea está dando palos de ciego. Y no es para menos. No tiene ni un solo sospechoso en estos momentos y dos muertos a sus espaldas. Eso sin contar con todo lo que está pasando delante de sus narices y él sin saberlo.

–Te escucho –dijo de nuevo con avivado interés.

Enrique sabía que, para un lobo del periodismo como Eugenio, no había nada mejor que darle un poco de la carnaza que tanto ansiaba. Se dispuso a contarle lo que sabía hasta el momento.

–Existen nuevas y extravagantes notas anónimas similares a las que se encontraron junto a ambos difuntos... El espíritu de un hombre centenario que vaga por estas tierras, historias sobre la guerra que ahora salen a la luz...

–Ya... –dijo Eugenio pensativo, como si de repente pasara a otra galaxia.

Enrique adoptó de nuevo cierto aire de secretismo para darle más empaque a su historia.

–Antes de venir al pueblo, estando aún en Madrid, tuve un pequeño altercado en la calle. Digamos que me crucé con quién no debía y me mandaron una noche al hospital... –Eugenio asintió, dando a entender que no necesitaba más explicaciones–. Cuando llegué a casa, recibí una nota similar a la que recibieron Francisco y Santiago cuando encontraron su muerte.

Eugenio asintió, incitándole a que siguiera. Si estaba sorprendido, al menos no lo aparentaba.

–Eso no es lo peor. Ya en Alcor, en el parabrisas de mi coche, me dejaron otro mensaje. No puede ser casualidad, más viendo todo lo que está pasando alrededor. Casto Perea está al tanto y aunque, según él, no debo preocuparme de forma excesiva puesto que no hay certeza alguna de que los fallecidos hayan recibido notas previas, sí que le he de reconocer que estoy bastante preocupado. –Prefirió no comentar nada aún de la nota recibida por Nicolás. Al fin y al cabo, era su cliente y consideraba este hecho como parte del secreto profesional.

–Bien. Veré qué puedo averiguar –dijo sin más.

–Gracias –contestó Enrique–. Huelga decir que prefiero discreción absoluta en lo que respecta a mi persona.

El veterano periodista asintió. Enrique había llevado copia de todos y cada uno de los documentos. Se las entregó a Eugenio, quien cogió la carpetilla y salió apresurado del local sin decir una palabra más.

De nuevo, le tocó a Enrique pagar la cuenta.

Capítulo 22

–Había algunos documentos junto a dos notas. Y dos anillos.

En su despacho, Alejandro paseaba nervioso de un lado a otro. La lluvia caía copiosamente aquella mañana de enero. Preso de cierta angustia, se vio obligado a revelar a Rodolfo lo que llevaba guardando meses para sí. A pesar de todo, era la única persona en la que realmente podía confiar.

–¿Y cómo le llegó a él esa información? No podía tenerla tan pronto ni a la vez.

Alejandro pensaba que Rodolfo, aun considerándolo bastante limitado mentalmente en ciertos aspectos, tenía de vez en cuando fogonazos de lucidez fuera de lo común. Se sorprendió, dado que, en realidad, su pereza por utilizar mínimamente la masa gris era lo que le hacía más útil la mayor parte de las veces.

–Eso es lo que vas a averiguar –respondió Alejandro–. Ahora que sabemos lo que está pasando, quiero que vayas con Theo y Philipo a Alcor. Entre los tres no deberíais tener problemas. Y quiero que me lo traigáis aquí. Sano y salvo, sin un rasguño. Utilizad todos los medios que sean necesarios para ello. No os preocupéis por los gastos.

Rodolfo asintió, consciente de la importancia de la labor que le encargaba su jefe. Reparó en ese momento en el abogado.

–¿Qué hacemos con el abogado si interfiere? –preguntó.

Alejandro se detuvo. Se acercó a la pitillera que tenía en la esquina de la mesa y encendió un cigarrillo. Frente a él, Rodolfo esperaba su respuesta, expectante.

–De eso me encargo yo –respondió tajantemente–. Vamos –cambió a un tono suave–, no tienes tiempo que perder –dijo invitándole amablemente a salir.

Rodolfo se disponía a agarrar el pomo de la puerta, cuando Alejandro lo detuvo de nuevo.

–Ah, una cosa más –añadió, haciendo que este último frenara en seco–. Sed discretos, por favor. No os dejéis ver más de lo estrictamente necesario.

Cuando Rodolfo cerró la puerta del despacho tras de sí, Alejandro apagó lentamente el cigarrillo en el majestuoso cenicero traído directamente de Suecia, un bonito delfín de cristal azulado. El cetáceo no dejaba de mirarle. ¿Por qué lo hacía? Esos ojos vacíos... ¿qué pretendían? Probablemente buscaban que se sintiera culpable, pero no lo conseguirían. Sin embargo, por

alguna extraña razón, él tampoco podía apartar la vista del bonito delfín y sus ojos... La cabeza comenzó a dolerle repentinamente, como si le fuese a estallar. No podía más con aquella mirada. Se puso las manos en la sien y se levantó de nuevo, moviéndose de un lado a otro. Acto seguido, fuera de sí, cogió el cenicero, con las colillas aún en su interior, y con la mano derecha lo lanzó con todas sus fuerzas contra la pared de estuco, haciéndolo añicos al instante.

Momentos después, mientras hablaba más relajado por el telefonillo con su secretaria para que se hiciera cargo del destrozo causado, vio cómo un ojo de cristal azul lo miraba desde el suelo. Parecía estar pidiéndole perdón de antemano por lo que él mismo se disponía a hacer.

Capítulo 23

Los días siguientes tras su visita a los gemelos y la posterior charla con Eugenio López transcurrieron con cierta tranquilidad. No tenía novedades de Alejandro Martínez ni de Montolivo e imaginó que así sería hasta la vista ante el juez. Mónica, con la que llevaba ya más de una semana sin hablar, comenzaba a constituirse en su mente como un lejano recuerdo.

Por otro lado, en cuanto a sus pesquisas, la información proporcionada por Noelia estaba ya en manos del experimentado reportero Eugenio López. Estaba seguro de que él acabaría encontrando algo aún más determinante que probase la intromisión directa en las recalificaciones del multimillonario y prominente empresario al que antaño defendía y que, por tanto, no tardaría en hacerla pública en alguno de los medios en los que colaboraba. Eso le allanaría bastante el terreno en la defensa de Nicolás, aunque lo que más le preocupaba en esos momentos era que ni Casto Perea ni Ramón Pérez tenían pista alguna sobre los asesinatos de Francisco y Santiago y parecía ser que Nicolás también podía estar en el punto de mira. En los escenarios de los crímenes no había huellas sospechosas ni signos de violencia... Nada. Probablemente, las autoridades ya sabrían a ciencia cierta que había sido fruto de un veneno y su tipología concreta. Aun así, faltaba lo más importante: el móvil de los asesinatos. De hecho, si no llega a ser por las misteriosas notas encontradas junto a los cuerpos, las autoridades habrían atribuido ambas muertes a causas naturales.

En su interior comenzó a anidar la idea de que, al igual que Nicolás, los gemelos también podrían estar recibiendo alguna de las ya famosas notas con el tipo de frases estrafalarias a las que se estaban acostumbrando. No pretendía entender su silencio, si es que era eso realmente lo que sucedía, pero sí al menos lo que podía ocultarse detrás. ¿Esperaban que el proyecto de Alejandro Martínez se retrasase o se anulase? ¿Era miedo? ¿Qué otra cosa podía ser? Si podía existir un peligro real, ¿por qué no poner al tanto a la policía como había hecho Nicolás?

Esa fría mañana, decidió comenzar la jornada dando un paseo por el pueblo. Su hermana Eloísa y su cuñado Julián se habían marchado el día anterior; él mismo les había llevado de nuevo al aeropuerto. Su despedida marcó el fin de la Navidad. Se arrepintió de haber pasado tan poco tiempo con ellos durante los últimos días. Probablemente tardaría en volver a verles, pues de Londres se iban, casi inmediatamente después, hacia Australia,

rumbo a una nueva vida. Pero también se convenció a sí mismo de que tenía que estar involucrado en su trabajo y la investigación paralela que traía entre manos, tan importante para él de cara a ayudar a su vecino Nicolás y enmendar así sus errores del pasado. Se lo debía a su cliente y a sus propios abuelos.

A paso ligero, intentaba concentrarse en el caso, pero no siempre le era posible. Tal y como le sucedió cuando las cosas empezaron a torcerse con Ariana, su vida sentimental le jugaba a menudo malas pasadas en cuanto a enfoque y claridad mental. La inesperada declaración a medias de Noelia le venía con relativa frecuencia al pensamiento. Visto desde fuera, ella era todo lo que un hombre como él podía desear: guapa, simpática, trabajadora y muy independiente. Pero había algo que faltaba. Esa chispa que no terminaba de prender. La misma que a su vez ardía con demasiada facilidad con mujeres inadecuadas. Pero, ¿qué iba a decirle? ¿Cómo podría él esperar eso después de tantos años? Quizá estaba ya acostumbrado a otro estilo... Las tecnologías habían cambiado tanto la vida como la forma de relacionarse. Pero con Noelia, en todo este tiempo, apenas había cruzado un puñado de mensajes. ¿Cómo se iba a imaginar que en la tercera o cuarta vez que se veían se le iba a insinuar de esa manera? Era un estilo tan pasado de moda como tierno.

Caminaba cada vez más rápidamente. Tenía la sensación de haber cogido unos kilos con tanta celebración navideña y se propuso por enésimo año consecutivo ponerse en forma de verdad. Pasaba distraído frente a la puerta de una conocida cafetería cuando, de repente, sufrió un *flash* repentino que derivó en un fuerte pinchazo en su pecho. No paró, siguió caminando. Aturdido, anduvo unos segundos más y, sin previo aviso, echó a correr a toda la velocidad que daban sus piernas. Se escondió en una esquina tras un vehículo aparcado, junto a la fuente de una pequeña plazoleta adornada por cuatro naranjos que, a su vez, la resguardaban de la intemperie. Juraría que ellos no lo habían visto. Jadeando de espanto, marcó inmediatamente el número de teléfono de Casto Perea. La inexpresiva grabación de la operadora le informó de inmediato que el teléfono estaba apagado o fuera de cobertura. Instintivamente, pensó en Ramón Pérez. Llamando. Un tono... dos... tres... y, al fin, la voz al otro lado se le antojó celestial.

—¿Sí? —preguntó.

—¿Sargento Pérez? ¡Soy Enrique Narváez! —dijo, manifiestamente agitado.

—¿Sucede algo? Se te nota alterado —le contestó de inmediato.

Enrique apenas podía hablar, presa del nerviosismo y del esfuerzo físico

por la corta pero intensa carrera.

–Están aquí, en el pueblo, en Alcor.

–¿Quiénes? Por favor, explícate mejor –insistió el joven guardia civil.

–Los dos hombres que me mandaron al hospital en Madrid. ¡Los he visto!
En la tasca de José Sánchez.

–Está bien, está bien. Intenta calmarte –le aconsejó–. Salgo para allá ahora mismo. ¿Dónde estás ahora? Tendrás que darme una descripción de los sujetos sobre la marcha.

–En la esquina de la plaza Granada, escondido detrás de un coche. Me da pánico volver a casa con esos dos elementos rondando por ahí a sus anchas.

–Tranquilízate y quédate donde estás, mandaré a un compañero a por ti. Cuando esté en la tasca, te llamo, Y relájate, esto no es Madrid –dijo, cortando la conexión.

Se quedó en la misma posición hasta que, seis minutos más tarde, apareció un agente de la guardia civil de mediana edad y cabello canoso que miraba de un lado a otro de la plaza. Detrás de la rueda de uno de los coches, en cuclillas, Enrique asomó la cabeza a hurtadillas. El guardia civil, asombrado, preguntó al verle:

–¿Enrique Narváez?

Asintió. El agente se limitó a hablar por la radio tras el gesto del primero.

–Entendido. Ajá. Correcto –escuchó antes de cortar la conexión. Inmediatamente después le dijo–: Tengo instrucciones de llevarle a casa.

Enrique asintió de nuevo y se puso en pie. La imagen de esos dos hombres tan cerca de su hogar le había trastocado por completo. Aún pensaba qué podría haber pasado si los matones llegan a verle y no puede dar aviso a la Guardia Civil. A buen seguro, ellos se acordarían también de él. Se repuso un poco ante la presencia del agente y le preguntó si había ya alguna noticia de Ramón Pérez.

–Aún no. Pero seguro que no pasará mucho tiempo antes de tenerlas –contestó el agente.

Enrique se subió al coche y, en poco más de tres minutos, llegó a la puerta de la casa de sus abuelos. Aún con el susto en el cuerpo, se despidió y le dio las gracias al guardia civil por llevarle hasta allí.

Fue el propio Ramón Pérez quien llamó a Enrique apenas un par de segundos después de cruzar el umbral de la puerta.

–Enrique, me acaban de confirmar que ya estás en casa, ¿todo bien?

–Sí, todo bien. ¿Has dado con ellos? –preguntó con vivo interés.

–El teniente Perea tenía las fotos que le pasaste. Por cierto, ¿por qué no denunciaste? No siempre vas a tener la misma suerte si dejas las cosas a medias... –le reprochó ligeramente–. En cuanto a las fotos, eso y casi nada es lo mismo. Se ven fatal. Sea como sea, no hemos tardado ni cinco minutos entre localizarlas y presentarnos en el bar, pero no había nadie. Sánchez, el dueño del local, nos ha confirmado que, efectivamente, había no dos, sino tres «forasteros» unos minutos antes, pero se han esfumado sin dejar rastro. En cualquier caso –prosiguió–, no tenemos orden de detención alguna contra ellos, pues realmente no los tenemos ni identificados, así que poco podríamos haber hecho, y menos si no hay ni tan siquiera una denuncia formal por agresión.

–Ya... –dijo Enrique, obviando la mayor parte de las objeciones que le hacía Ramón desde el otro lado de la línea telefónica, incluyendo la de un tercer desconocido–. Pero es extraño que estén precisamente aquí, en este pueblo, un día cualquiera como hoy –había decidido hablar abiertamente con Ramón Pérez–. Creo que tiene que haber alguna razón concreta, pero algo nos impide ver las conexiones existentes. No puede ser casualidad, Ramón –enfaticó, llamándole por su nombre de pila

Pérez calló al otro lado. Enrique esperaba un guiño, un gesto de complicidad, pero no hubo nada. Así que optó por terminar la conversación. Al parecer, al sargento le gustaban las cosas bien hechas y, en este caso, tenía toda la razón. No había denuncia alguna, ni suya ni del otro chico. Y el que se lo dijera a Casto Perea y al propio Ramón por casualidad a raíz de las notas recibidas y les pasara además las fotos que, gracias a su amigo Shen, había podido recuperar, no hacía sino apoyar aún más los argumentos del joven agente.

–Al menos, coméntaselo al teniente en cuánto lo veas, por favor –repuso.

–Así lo haré, no te preocupes –contestó conciliador Pérez–. Hoy está en Sevilla, en un acto con los jefazos, pero ten por seguro que le pondré al tanto en cuanto regrese, incluidas tus sospechas.

Tras darle las gracias y terminar la conexión, Enrique se quedó en el *hall* de la entrada de su casa, apoyado contra la pared, procesando lo que había ocurrido en la última media hora. Se extrañó ante la ausencia de sus abuelos, a los que cada vez veía menos por casa.

Ya más calmado, se sentó en el sofá a meditar sobre lo ocurrido. Pensó que quizá hubiera exagerado un poco en su reacción, pero, por otro lado, le

parecía que tenía todos los motivos del mundo para hacerlo. Se asustó de forma inesperada al pensar que sus propios abuelos podrían estar en peligro. ¿Y si habían venido a Alcor a por él? Le parecía excesivo. ¿Qué interés podría tener esos dos matones en su persona? ¿Quiénes eran esos tipos y para quién trabajan? ¿Qué hacían allí? De repente, tuvo un chispazo, una de esas ideas efímeras que pasa solo durante un instante por la cabeza, pero que, si se logra retener, se sabe que se está apostando con toda probabilidad al caballo ganador. Fue como una revelación. Estaba enfocándolo todo al revés. Y lo peor era que siempre lo había tenido ante sus ojos. Desde el minuto uno, todo podía haber sido mucho más sencillo. La clave no estaba en los gemelos ni en Alejandro Martínez ni en los funcionarios corruptos ni siquiera en los matones con los que se acababa de cruzar... La clave de todo era el desaparecido Teodoro Martínez y su supuesto fantasma. Todo giraba alrededor de él. Eran sus tierras. Y su único descendiente directo con vida era Alejandro Martínez. Teniéndolo a él, los tendría a todos.

Se disponía a llamar a sus abuelos cuando entraron por la puerta. Enrique estaba profundamente excitado y les pidió a ambos que fueran al salón cuanto antes.

Una mañana cualquiera en un pequeño pueblo como cualquier otro, la pequeña familia Narvéez se reunía casi en su totalidad para hablar de alguien que vivió allí hacía casi ochenta años. Su abuelo fue al patio a por leña y encendió la chimenea. Enrique vio en los ojos de ambos cierta expectación, desconcertados por la impulsiva actitud que mostraba su nieto.

—¿Qué sucede, Enrique? —preguntó inquieta su abuela—. Me estás asustando.

—Tranquila, abuela, no es nada grave —dijo en el tono más tranquilizador que pudo—. Simplemente, hay algo que quiero saber. Necesito que me contéis todo, absolutamente todo lo que sepáis de Teodoro Martínez.

Desconcertados, sus abuelos se miraron el uno al otro.

—Pero bueno, ¿a qué viene esa pregunta, Enrique? —dijo sorprendida su abuela—. Yo no había nacido siquiera cuando ese hombre desapareció y tu abuelo, si acaso, sería un bebé. Fue uno de tantos otros.

David Narvéez dejó por un momento su habitual gesto hermético y esbozó una ligera sonrisa. El desconcertado ahora era Enrique, que no estaba acostumbrado por su parte a una actitud así. Su abuela lo miraba también con cara de estupefacción.

—¿Se puede saber qué es lo que te hace gracia? —preguntó a su marido.

–Sabía que este momento llegaría –respondió–. Imaginaba que tarde o temprano nuestro nieto querría saber más sobre el fantasma de Teodoro Martínez. Y no solo porque los habituales del bar de Emilia me lo hayan dicho.

–Abuelo –dijo Enrique serio–, necesito saber todo lo que me puedas contar. Creo que en Teodoro Martínez está la clave de las muertes de nuestros vecinos.

Su abuela permanecía con la boca abierta, pero fue lo suficientemente ágil como para intervenir de inmediato.

–Hijo, deja eso en manos de la policía, la guardia civil o lo que sea, que para eso están. Dedícate a defender al pobre Nicolás de esos multimillonarios mafiosos y engreídos, que no se queden con aquello por lo que tanto hemos luchado durante años.

–Abuela, ¿cómo voy a defender a Nicolás si lo matan? –le dijo exasperado.

Su abuela se llevó las manos a la boca, como si no se le hubiera pasado por la cabeza algo así. Su abuelo intervino.

–A ver, a ver, calmémonos porque, si no, seremos incapaces de ver las cosas con claridad. Enrique, tu abuela tiene toda la razón, toda la información que tengas se la debes dar a la policía. Dicho esto, dinos qué quieres saber y te diremos lo que podamos –resolvió.

–Necesito saberlo todo. ¿Cuáles eran exactamente sus propiedades? ¿Y qué se sabe de sus padres? ¿Se fue o en realidad lo mataron? ¿Era, como dicen, del bando nacional o, por el contrario, era republicano? ¿Por qué las habladurías dicen que volvería?

De nuevo, sus abuelos se miraron entre sí, asombrados. Parsimoniosamente, su abuelo se levantó del sofá y arrojó unas pocas ramas secas más al fuego. Una vez se volvió a sentar, le contestó:

–Me temo que Eustaquio podrá decirte algo más de todo eso que preguntas. Entonces, él aún era un niño, pero llegó a conocer un poco a Teodoro Martínez.

–Y el amigo suyo, Rodrigo, ¿no? Quizá él también pueda ayudarme.

Su abuelo agachó ligeramente la cabeza y su abuela no tardó en contestarle.

–¿Recuerdas que el otro día te dijimos que teníamos que ir al tanatorio y después a un entierro? Era el pobre Rodrigo... A sus casi noventa años, su corazón ya no aguantó más.

Ligeramente afligido por el acontecimiento, conectó rápidamente los

hechos. Si no recordaba mal, había sido el tal Rodrigo el que había hecho un último recado para Teodoro Martínez. Y cuando habló con él en el bar de Emilia, notó el pánico en su voz. Enrique, que no llegó a creer ninguna de las historias que le contaron, tenía que ser capaz de separar la leyenda negra que se había creado en torno a Teodoro Martínez de la realidad, de su verdadera persona. Y, por supuesto, llamaría a Casto Perea para asegurarse de que la muerte de Rodrigo había sido por causas naturales. En esos momentos, ya podía esperar cualquier cosa, y si el anciano había estado en su día relacionado con Teodoro Martínez, aún más.

–Lo siento mucho, la verdad, parecía un buen hombre. Hablaré con Eustaquio entonces, abuelo. ¿Hay algo que me podáis adelantar vosotros? –inquirió.

–La verdad que es un caso más de tantos que hubo entonces... –dijo su abuelo–. Mi padre, es decir, tu bisabuelo, sí que lo conoció. En mi casa su nombre salía de vez en cuando junto al de algún otro desgraciado... Fueron los desaparecidos durante la guerra. De algunos se supo mucho después. Aparecían en Cuenca, Guadalajara... De otros no se volvió a tener noticias jamás. Quizá partieron al extranjero o quizá estén enterrados en cualquier cuneta. Me temo que es algo que nunca sabremos.

–¿Pero no hay nada que me puedas contar? –insistió.

–Nada más... –respondió su abuelo, con un gesto de disculpa en su rostro.

Esperanza intervino:

–Pues la verdad es que yo sí, Enrique, mira tú por dónde –dijo con un deje de satisfacción.

No esperaba que en un caso como este su abuela pudiera aportar información mucho más sustancial de lo poco que le había podido contar su abuelo.

–Soy todo oídos, abuela –respondió, emocionado y expectante. Ella soltó una tosecilla previa y, con gesto de solemnidad, comenzó a hablar.

–Mi madre me contó de niña una historia: Rufina, su vecina y amiga íntima, subía de vez en cuando a la finca de los Gómez, en Hurtada, pues su hermana Ángela vivía allí con sus tres hijos y su hija pequeña, de la que, al parecer, se decía que no estaba muy bien de la cabeza. Un día, Rufina le contó a mi madre que allí había un bebé, una niña pequeña. Ella no contó nada más y los Gómez siempre lo quisieron ocultar, pero cuando no pudieron más, dijeron que la niña era fruto de una aventura de uno de los hermanos, el mayor, con una enfermera de la Cruz Roja que falleció poco después, durante

la guerra. Probablemente, eso era preferible a cualquier otra cosa. Aun así, en el pueblo se chismorreaba que esa niña era de la hermana pequeña que con tanto celo custodiaban. Lo que nunca se supo a ciencia cierta entonces fue quién era el padre, aunque también se rumoreaba.

–Teodoro Martínez –respondió Enrique, sabiendo de antemano que esa era la respuesta.

–Exacto –corroboró su abuela.

–Esa historia más o menos la conocía. –Su abuela lo miró ahora desconcertada–. Cuando defendía a Alejandro Martínez, nos contó un relato parecido. Presentó una serie de documentos y pruebas que, a la postre, fueron admitidos por el juez. A pesar de no tener Teodoro Martínez descendencia directa demostrada antes de su desaparición, a través de numerosas pruebas de corte científico, gracias a otros parientes, pudo probar que era descendiente directo. Cuando el juez le dio la razón, comenzó otra batalla legal por los terrenos que antaño expoliaron a su verdadero bisabuelo; de ahí los acuerdos a los que se llegaron con Francisco Carmona y Santiago Vázquez. Éstos, ante el miedo de perderlo todo, prefirieron vender al precio que fuera a Alejandro. Nicolás, sin embargo, como sabéis, se niega rotundamente.

–Entonces, sabes más de toda esta historia que nosotros dos –concluyó su abuelo–. ¿Para qué nos preguntas? –le interrogó, entre molesto y también desconcertado–. Aquí en el pueblo nunca nos ha gustado remover demasiado las cosas de la guerra. Lo pasado, pasado está –zanjó.

–Estoy de acuerdo, abuelo. Pero si el pasado vuelve de forma repentina y descarada, no podemos mirar hacia otro lado. Tenemos que hacerle frente– respondió a su vez, resuelto.

Poco después, tras darle las gracias encarecidamente a ambos por ser tan comprensivos (era evidente que a ninguno le gustaba hablar de temas relacionados con la guerra o la postguerra), como un resorte y, a pesar del miedo que le producía la idea de toparse de nuevo con los sujetos que le habían propinado la paliza en Madrid, se dirigió al bar de Emilia con la idea de encontrar de nuevo allí a Eustaquio. El octogenario había sido un cliente habitual junto con Rodrigo, aunque no sabía si la muerte de este último le habría alejado de su costumbre.

Encontró a Emilia en su habitual pose en jarras. Se la veía gigantesca tras la barra, dada su enorme estatura. Había cuatro o cinco parroquianos jugando al dominó en una de las mesas, pero ni rastro de Eustaquio. Decidió

preguntarle directamente a Emilia por su dirección.

–Buenos días, Emilia –saludó en tono animado.

–Hombre, Enrique, ¿qué te trae de nuevo por aquí? –preguntó un poco extrañada ante la nueva visita.

–Venía buscando a Eustaquio. Sé que viene mucho por el bar...

La cara de Emilia se entristeció al instante.

–El pobre ha sufrido un golpe duro con la muerte de Rodrigo. Era el único amigo de su quinta que le quedaba... –le dijo visiblemente apenada.

–Ya imagino, a esa edad le puede estar pasando por la cabeza cualquier cosa.

–¿Y qué necesitas de él exactamente? –preguntó Emilia, incisiva.

Enrique mintió.

–Mi abuelo necesita una vieja máquina para airear los olivos que le dejó hace un tiempo y, ya que estoy aquí estos días sin demasiado que hacer, he decidido ir a buscarla yo mismo.

–Ah. –Emilia lo miró extrañada–. Podías haberle pedido entonces a tu abuelo la dirección directamente, ¿no? En fin, Eustaquio vive en la casa de rejas verdes que está al inicio de la calle Mayor. Seguramente esté allí todavía, no suele salir a dar su paseo hasta algo más tarde.

Se despidió de Emilia dándole las gracias y salió precipitadamente en busca de Eustaquio. ¿Qué le preguntaría? Aún no lo tenía del todo claro. Minutos después, se encontraba dentro de la modesta casa de una sola planta en la que habitaba el anciano. A Enrique le sorprendió que, viudo y a sus ochenta y nueve años, se manejara tan bien sin ayuda alguna. Además, lo tenía todo impoluto. Al parecer, su única hija venía a visitarle a diario y, con todo, ella le había propuesto más de una vez que se fuera a vivir a su casa, pero él se negaba a abandonar el que durante toda su vida había sido su hogar.

–Me niego a ser un estorbo para mi hija –decía mientras guiaba a Enrique entre los pasillos de la casa, cuyas paredes estaban repletas de fotografías en blanco y negro, una tras otra–. Además, yo solo me las apaño estupendamente –recalcó.

La casa tenía una disposición cuadrangular y las estancias rodeaban un gran patio interior al aire libre adornado con enormes maceteros, ahora vacíos. Enrique estaba seguro de que, años atrás, macetas varias, enormes plantas e incluso árboles frutales habían engalanado y llenado de vida el suelo y las paredes de aquel bonito espacio. Se notaba que Eustaquio era uno

de esos hombres tremendamente activos cuya llama no se había conseguido ni mucho menos extinguir con la jubilación. Tras las pertinentes explicaciones de Eustaquio sobre la disposición y construcción de la casa, acabaron en el salón, tan recargado de adornos y fotografías como el resto de la vivienda. Enrique le dio el pésame por la muerte de su amigo Rodrigo para, a continuación, preguntarle sin rodeos.

–Eustaquio, estoy aquí porque necesito que me diga todo lo que sepa de la historia de Teodoro Martínez.

Eustaquio se puso a temblar ligeramente en su sofá. Enrique supuso que se trataba por la historia del fantasma, esa que tanto pánico había causado ya al pobre octogenario.

–En este pueblo últimamente están pasando cosas raras –prosiguió– y no podemos parar hasta que no sepamos qué sucede realmente. Llevo el caso de un hombre al que han amenazado, desconozco si es por no querer vender sus tierras o por otro motivo. La policía está detrás, pero yo no me puedo quedar de brazos cruzados sabiendo la suerte que han corrido sus vecinos...

Paró de hablar, dejando tiempo a que Eustaquio asumiera lo que le estaba diciendo y que no era ya ningún secreto a esas alturas: que los agricultores Francisco Carmona y Santiago Vázquez no habían muerto por causas naturales. Respiró hondo y añadió:

–Y estoy seguro que, de una forma u otra, todo está relacionado con Teodoro Martínez –concluyó el abogado.

–El frente estaba poco más acá de Motril, ¿sabes, joven? –Eustaquio comenzó como si hiciera oídos sordos a las palabras de Enrique, con la vista fija en el televisor–. Cada día temíamos lo peor. Aún recuerdo a mi madre decir a cada hora que, hasta que no acabara esa guerra, no estaríamos jamás a salvo. Era solo un niño, pero no he conocido en mi vida días tan aciagos como aquellos. Vivíamos con miedo. Y hambre. Más de la que podrías imaginar. ¿Sabes lo que es perseguir a un gato por quitarte un trozo de sardina que aún no habías terminado de apurar? –Su mirada se clavó directamente en la de Enrique–. Yo sí. Me costó esta cicatriz –señaló con el dedo índice su entrecejo, surcado por una profunda marca.

El anciano hablaba pausadamente. Estaba tranquilo de nuevo, como concienciado a afrontar sin tapujos lo que tenía que contar. Enrique puso en marcha inmediatamente la grabadora de su teléfono móvil de forma disimulada; no quería perderse ningún detalle que saliera de su boca.

–Cada mañana llevábamos a las bestias al campo –continuó–. Aún me

acuerdo de aquella mula que tuvimos durante la guerra. Yo era muy joven, apenas tendría ocho o nueve años. Pero ya me encargaba de uno de los burros yo solo. Y todo lo demás que me mandaba mi padre, por supuesto. Cuando estalló la guerra, al principio, para nosotros la situación no cambió demasiado. Pero unos meses después, comenzaron las malas noticias, una tras otra. En pueblos más grandes ya había desaparecidos, presos políticos acusados por un bando y por el otro. Yo no entendía nada entonces, apenas tenía uso de razón, aunque ya veía el miedo en los rostros de muchos allegados, incluido algunos miembros de mi familia.

–¿Su padre pertenecía a algún partido político o había manifestado alguna vez públicamente su ideología? –preguntó Enrique, interesado.

–Gracias a Dios, no –respondió rotundamente–. ¿Me puedes llenar este vaso de agua, si no te importa? –le dijo acercándole un vaso vacío apoyado en la mesita de al lado y señalando en dirección a la cocina.

Enrique se levantó de un salto y rellenó el vaso con agua del grifo. Se lo acercó con sumo cuidado.

–Gracias –continuó tras dar un gran trago al vaso–. Mi padre era en realidad un pobre hombre. No teníamos apenas propiedades. A decir verdad, no teníamos casi nada. Su única preocupación era tener algo que echarse a la boca para él y su familia. Jamás le oí mencionar nada de política en casa. Mi familia trabajaba para los grandes terratenientes y cuidábamos de nuestra pequeña cosecha propia. Eso fue probablemente lo que nos salvó.

–¿Terratenientes como Teodoro Martínez? –preguntó Enrique, que esperaba expectante cada palabra que salía de los labios de Eustaquio.

–Terratenientes como Matías Martínez, el padre de Teodoro. –Tomó un poco de aire y continuó–: Matías era, en realidad, un pequeño terrateniente, pero dentro de esta zona de la Alpujarra, era de los más destacados.

–E imagino que Matías tenía una ideología más o menos definida, ¿me equivoco?

–Por supuesto. Bastante conservador, como bien supondrás. Ten en cuenta que era un pequeño cacique en el pueblo. Pero tampoco es que fuera una persona excesivamente acaudalada. Yo no me acuerdo de él, lo que te estoy contando fue lo que de joven decían a veces unos y otros cuando se ponían a hablar. Murió algunos años antes de estallar la guerra, yo sería si acaso un bebé por entonces.

–¿Y su hijo Teodoro? ¿Lo llegó a conocer? –siguió con la batería de preguntas que tenía más o menos predefinidas, pues temía que Eustaquio se

dispersara demasiado.

–Era un chico joven y encantador, según contaban, aunque yo apenas lo traté. Probablemente el soltero más codiciado del pueblo en aquel momento. Decían que era totalmente diferente a su padre. Siempre con una sonrisa y dispuesto a ayudar a los demás. Tendría veintipocos años, tal vez algunos más, cuando desapareció.

–Cuénteme, Eustaquio. ¿Qué cree usted que le pasó en realidad? –preguntó Enrique intrigado, ante las escasas revelaciones que hasta el momento estaba haciendo el anciano.

Eustaquio se revolvió en su sofá incómodo y se rascó la barbilla. Parecía que podía hablar de cualquier tema sin demasiados tapujos, pero cuando tocaba profundizar en la guerra y la desaparición de Teodoro Martínez, le costaba.

–La verdad es que no lo sé. Solo son rumores, jamás se ha confirmado nada. Yo ya soy un pobre viejo y estos chismes no vienen a cuento a estas alturas...

–Por favor, Eustaquio –le pidió Enrique–. Puede que la vida de un hombre esté en juego. Sin contar con la memoria y la honra de muchos otros. Le pido por favor que me diga lo que sepa.

Eustaquio se removió de nuevo, dubitativo.

–En aquel entonces, todo el mundo era culpable. Si no acusabas a nadie, lo eras igualmente por hacer la vista gorda, ¿lo comprendes? –Miró nuevamente a Enrique fijamente a los ojos.

–Lo entiendo.

–En mi casa supimos lo que le pasó a ese joven antes de que desapareciera. Le pegaron una paliza los Gómez. Yo mismo lo vi. Estaba escondido detrás de unos matorrales y presencié cómo le golpeaban. El chico solo tenía ya a su madre, medio sorda, y no pudo hacer nada ante la sorpresa. Sus parientes más lejanos estaban en Adra o la propia Almería. Había mucha envidia. Ese joven asumió de golpe todos los negocios de su padre y, no solo eso. Al parecer, desde que tomó las riendas, todo iba mucho mejor que con el viejo Matías.

–Eso no gustó a algunos vecinos, por lo que veo. ¿Qué sucedió después de que lo golpearan?

–No sé, eché a correr y se lo dije a mi padre. Trabajábamos para él durante algunos meses al año.

–¿Y qué hizo su padre?

–Nada.

–¿Nada?

–Estábamos en guerra. No podíamos arriesgarnos a denunciar algo sin pruebas reales y menos aún implicarnos nosotros mismos en más problemas de los que ya teníamos. Tú no lo entiendes porque eres muy joven pero, en esos momentos, la prioridad era no meterse en líos. ¿No has oído hablar de los paseos durante la guerra? Existían para uno y otro bando.

Enrique asintió. Notó que Eustaquio tenía un brillo especial en la mirada.

–Yo por entonces ya andaba con Rodrigo. Nos conocíamos desde que éramos unos niños. Por eso no me creo aún que ya no esté aquí. Ahora la pregunta es cuánto me quedará a mí... –Se quedó pensativo unos segundos y luego prosiguió–: Rodrigo... –dudó por un momento– tenía una relación más estrecha con Teodoro. Te parecerá fascinante, pero me contó algo que sucedió por aquel entonces solo un par de días antes de morir. Sin saber bien por qué, tras casi ochenta años de silencio, cambió de idea repentinamente y vio que era importante que alguien más supiese lo que de verdad pasó. Estoy seguro de que ese cambio de parecer vino motivado por la historia del fantasma que asola al pueblo. Paradójicamente, poco después falleció.

Enrique estaba totalmente atrapado en las palabras de Eustaquio. Le fascinaban las historias de sus antepasados de la primera mitad de siglo. Todo lo que les había tocado vivir. Le impresionaba que en los años treinta se alcanzaran libertades que no volvieron a llegar hasta el siglo XXI. Algunas ni habían vuelto a hacerlo siquiera. Le emocionaba que aquellos hombres y mujeres, a pesar de las circunstancias, siempre hubieran sabido lo que había que hacer. Lo correcto. En definitiva, le asombraba que aquella gente, la generación más progresista hasta la fecha, a todas luces maravillosa, se matara en una lucha fratricida partiendo España en dos mitades durante años y años.

–¿Qué es lo que pasó, Eustaquio? –insistió una vez más.

–Al parecer, lo que vi tras los arbustos aquella noche fue solo un primer aviso. Por entonces, nadie sabía a ciencia cierta qué es lo que había hecho realmente, aunque algunos lo imaginaban. No tenía ideología confesa, a menos que tomaran la de su padre como suya propia. Era muy trabajador y justo con la gente, a diferencia del viejo Matías. En el pueblo lo querían. Tenía que ser por algo relacionado con su vida privada, algo de lo que ahora tenemos la completa certeza por ese millonario descendiente suyo que apareció de pronto. Así y todo, un día, de repente, desapareció.

–¿Crees que...?

Eustaquio asintió.

–El hermano de su padre Matías, es decir, el tío de Teodoro, vino al pueblo dos o tres días después. No recuerdo su nombre, pero sí que reinaba un silencio sepulcral en cada esquina. Su madre, medio sorda, se había quedado también muda de repente. Jamás volvió a hablar. Probablemente fue de la impresión de no volver a ver aparecer por la puerta a su único hijo. Nunca supimos nada más. Expropiaron sus tierras. Su tío no pudo hacer nada por mantenerlas en la familia. Eran tiempos complicados. Dos o tres meses después, la madre de Teodoro también murió, sin que llegara a abrir la boca.

–Una desaparición de esas características solo puede indicar una cosa... – observó Enrique.

Eustaquio asintió de nuevo. Estuvo varios segundos sin hablar, ensimismado en sus recuerdos.

–Hay algo más –dijo Enrique–. El recado que mencionó el otro día Rodrigo, en paz descanse.

Eustaquio lo miró con los ojos abiertos, visiblemente sorprendido.

–Dijo algo en el bar el otro día –añadió incisivo–. Algo que tú, tal y como me acabas de decir, ahora también sabes.

Eustaquio se volvió a remover, incómodo. Enrique volvió a insistir.

–¿Me puede contar qué sucedió? ¿De qué recado hablaba Rodrigo? –dijo alzando demasiado la voz.

Enrique sabía que Eustaquio lo acabaría contando. Aunque no era capaz de dilucidar en esos momentos qué era relevante en toda esa historia y qué no, él no podía permitir que el secreto de una injusticia muriera con Eustaquio. Como tantas otras veces, decidió dar un último empujón.

–Por favor –pidió solemnemente el abogado.

Capítulo 24

Alcor (Almería), 30 de enero de 1937

Rodrigo corría como una bala. Se movía como pez en el agua entre aquellos parajes. La casa de los Gómez estaba muy alejada del pueblo, pero él había recorrido decenas de veces esa ruta con su padre, aunque jamás de noche y, ni mucho menos, solo. A pesar de todo ello, conocía cada bache y cada recodo del camino. La luna brillaba en todo su esplendor y contaba además con la iluminación de un cielo cubierto de resplandecientes estrellas. Iba descalzo. Él mismo lo prefirió así, porque caminaba más rápidamente y hacía menos ruido. Debía darse prisa, pues, dadas las horas, su madre empezaría a preocuparse por su ausencia de un momento a otro.

Se quedaría con las dos monedas y las gastaría poco a poco. Si se lo decía a sus padres, comenzarían a hacer preguntas, y había prometido guardar para siempre el secreto al señorito Teodoro. Le había repetido varias veces que lo más importante era que, una vez entregara la carta, se olvidara para siempre del asunto. Muy cerca ya de la casa, hizo un pequeño alto en el camino para recuperar fuerzas tras la elevada pendiente del último tramo. Se preguntó cómo esa gente podía vivir en lo más alto del monte, casi aislados y teniendo que subir y bajar una cuesta tan pronunciada a diario.

Inclinado, con una de las manos sobre las rodillas y con la otra sosteniendo la carta, no podía dejar de jadear, pero no le importaba el cansancio. El señorito Teodoro siempre se había portado muy bien con él. Le daba caramelos cada vez que podía, le dejaba que paseara en su mula y podía corretear y entrar en todos los cortijos de sus fincas a su libre antojo. Ahora le había pedido un favor y tenía que ayudarlo. Desconocía qué decía esa carta, pues evidentemente no la había abierto. Y aunque lo hubiese hecho, tampoco sabía leer, así que tanto daba. Lo único que pensaba era que el señorito Teodoro parecía preocupado y que su obligación era ayudarlo.

La casa de los Gómez se asentaba sobre una de las tres colinas que dominaban el valle, la más alta de todas. Desde ahí arriba, se veía toda Alcor a sus pies, con sus pequeñitos puntos de luz dispersos a lo largo del desfiladero que bajaba por esa misma ladera. Seguía escondido tras los matorrales, consciente de que la parte difícil del recado venía en ese momento. Tenía que darle en mano la carta a la señorita Trina. Él solo la había visto una vez. Era rubia y muy hermosa. Estaba seguro de que, a pesar

de la oscuridad, le sería imposible confundirla con ninguna otra. El problema era que no sabía qué ventana era la suya de las tantas que tenía la vivienda.

Con sumo cuidado, al abrigo de la noche, rodeó la casa retrepando entre arbusto y arbusto. Sabía que su habitación se encontraba en la planta superior, pero allí se podían entrever cuatro estancias. Rodrigo estaba seguro de que cada ventana era de una habitación distinta. En dos de ellas se veía luz y las otras dos estaban a oscuras. De repente, tuvo miedo. No era a la oscuridad ni a la noche, ni a los sonidos de animales y otras bestias que la penumbra desprendía alrededor de aquella cima desangelada. El miedo provenía de la idea de no poder cumplir el recado que le había sido encomendado.

¿Y si lo descubrían? ¿Y si se hacía con la carta su madre o alguno de sus hermanos? Tenía que acertar como fuese. Y darse prisa.

De repente, recordó lo que le había dicho el señorito Teodoro. «Imita el sonido de un jabalí frente a las ventanas que dan a poniente y no tendrás problema». Pero hasta ese momento, no había caído en la cuenta. Rodrigo tenía un problema o, más bien, dos: no sabía qué sonido era el de un jabalí ni qué parte era la de poniente. Se lamentó por ser tan ignorante y, de la rabia súbita que sintió, le dio una patada al suelo, descalzo como iba. Se hizo mucho daño, tanto que aulló de dolor.

Rápidamente, se tapó la boca con la mano, temeroso de que desde la ventana más cercana lo hubiesen escuchado. Se agazapó tras el matorral cercano más grande. Y de repente, un golpe de suerte. Una de las cristaleras que estaba a oscuras se abrió. El sonido del cierre metálico de la portezuela apenas fue perceptible para sus oídos. Intentando no hacer ruido, tragando saliva para no chillar del sufrimiento que le producía su ya ensangrentado pie, vio cómo lo que parecía un ángel, blanco como la nieve, asomaba sus perfectos tirabuzones rubios a través de la ventana mientras miraba a un lado y a otro, extrañado.

Era ella, estaba seguro. Decidió salir de su escondite y, a paso lento y cojeando, pues el pie le dolía una barbaridad, ella lo vio casi de inmediato. El pequeño Rodrigo levantó el sobre en su dirección mientras con el dedo índice de la otra mano indicaba que se mantuviese en silencio. Ella lo comprendió enseguida. Sin ningún otro gesto, se metió dentro inmediatamente, lo que dejó a Rodrigo completamente descolocado. Segundos después, apareció de nuevo con lo que parecía ser un ovillo de lana y dejó caer grácilmente un hilito pared abajo. Rodrigo entendió rápidamente y, cuando lo tuvo a su

alcanse, ató la carta al mismo lo mejor que pudo, a pesar de que para ello tuvo que arrugarla bastante. Trina tiró del hilo hacia arriba y, segundos después, asió la carta con sus manos. Miró de nuevo a Rodrigo y le dedicó una bella sonrisa. Él se la devolvió y, sin más dilación, se dio media vuelta, enfilando al trote recta abajo la colina, todo lo deprisa que podía dado su maltrecho pie, pero alegre y contento por haber cumplido con éxito el encargo del señorito Teodoro. Y, por supuesto, feliz también por tener dos flamantes monedas tintineando en su bolsillo.

Capítulo 25

Enrique salió de la casa de Eustaquio conmocionado tras escuchar la verdadera historia de Teodoro y Trina. Tenía nuevos jugadores en el tablero, los Gómez. Y tenía un nuevo hilo del que tirar: averiguar por qué esas tierras se expropiaron, quiénes se las quedaron y cómo llegaron después a sus actuales dueños: Francisco, Santiago y el propio Nicolás. Para sus adentros, le apremiaba saber qué había ocurrido en esas parcelas desde 1937 hasta la actualidad. Por tanto, para avanzar con su particular investigación, lo mejor sería ir primero al registro de la propiedad, para después contrastar con los propietarios la información allí obtenida.

Lo que ya tenía claro era que durante muchos años existió una fuerte rivalidad entre los Gómez y los Martínez, que se acrecentó durante la Guerra Civil, debido a una relación de amor prohibida por los primeros, con resultado catastrófico para los últimos. Si Teodoro era el soltero más codiciado del pueblo, ¿por qué no dejar a Trina que se casase con él? Al parecer, ambos estaban enamorados. ¿Estaría loca quizá, tal y como decían algunos? ¿Era demasiado joven? ¿O era que el orgullo de sus hermanos no le permitía aliarse con el que consideraban su enemigo natural, la familia patrona para la que habían trabajado tanto ellos como las generaciones anteriores? Entre líneas, había llegado a entender que, al parecer, Matías Martínez, el padre de Teodoro, se comportaba como un auténtico majadero con sus trabajadores.

Si los hermanos Gómez se habían encargado de dejar las cosas claras a Teodoro, ¿por qué no avisó a su tío? ¿O es que realmente no pudo? ¿Temía también por la vida de su madre?

Sentía que a cada paso se adentraba más en una turbia y profunda historia que, a su vez, le llevaba a descubrir la verdad, aunque no imaginase ni de lejos qué podría significar ni con qué fin se acabaría revelando. Esa historia se relacionaba tanto con las tierras como probablemente también con los dos asesinatos que se habían producido en ellas las últimas semanas. Y aún quedaban además muchos flecos sin resolver, entre ellos la aparición de un supuesto «fantasma» en el pueblo, lo que seguía siendo todo un misterio.

Enrique se había hecho ya una imagen más o menos clara de Teodoro Martínez. En realidad, la foto que le había prestado Eustaquio era la de un chaval algo más joven que él, a pesar de que en su mente y de tanto hablar de ello, a veces creía que Teodoro Martínez, con veintiséis o veintisiete años,

parecía que hubiese vivido ya el triple por esa época.

¿Y qué planes tenía para esas tierras? ¿Modernizarlas y hacer algo distinto? En ese aspecto, ni se llegaba a imaginar cómo podía pensar hacía ochenta años el hombre del que tanto había hablado durante las últimas horas. Pero con todo, dudaba que hubiese querido convertirlas en el gran *show* hotelero que tenía en la antesala su bisnieto Alejandro Martínez...

Rumbo a casa de sus abuelos, cavilaba sobre los acontecimientos más importantes que había puesto de relieve Eustaquio. Además, creía firmemente que las notas recibidas significaban algo que probablemente se remontaba tiempo atrás, como esa historia. Ya en su habitación, tomó unos folios en blanco y escribió en cada uno de ellos las místicas frases. Las tenía grabadas a fuego, así que no le costó recordar ninguna. Cuidadosamente, extendió una tras otra, intentado buscar un significado común. Primero se fijó en las dos que había recibido él mismo:

«La tierra es insultada y ofrece las flores como respuesta».

«La tierra no es del hombre, el hombre es de la tierra».

Ambas empezaban con la palabra «tierra» y hablaban de su valor. Las había buscado en Internet, pero no lograba ver una conexión como tal al margen de dicho concepto. Una la recibió en Madrid, escondida en un ramo de flores, y la otra la encontró en su propio coche, bajo el parabrisas. Eran escritos que tampoco podían considerarse amenazas como tal. De la segunda frase, y a pesar de incidir en su búsqueda, no supo dar con el autor, pues había varias teorías sobre quién había dicho por primera vez esa expresión. Le dio vueltas una y otra vez, pero no consiguió sacar nada en claro. Lo único que podía deducir era que quien se las había mandado, había estado observándolo de cerca. Pasó a la nota que habían encontrado junto al cuerpo de Francisco.

«La tierra volverá a quienes la trabajan con sus manos».

También empezaba con la palabra «tierra». Se detuvo en el autor. Era de Emiliano Zapata, uno de los líderes más importantes de la revolución mexicana a principios del siglo XX. Fue un símbolo de la resistencia campesina en su país a principios del pasado siglo. Tampoco aquí pudo sacar nada que arrojara un mínimo rayo de luz.

La que se encontró junto al cuerpo de Santiago decía:

«En la tierra de los asesinos, la mente de un pecador es un lugar sagrado».

De nuevo, nada a lo que aferrarse, ninguna pista que pudiera relacionar una

nota con otra.

Por último, la que había recibido Nicolás tenía escrito lo siguiente:

«Todo eso pertenece al pasado... Los viejos pecados tienen largas sombras».

Releyó varias veces las notas y cayó en la cuenta de que tenía que hablar con Casto y preguntarle qué sabía de las pruebas caligráficas pendientes. Ya debía tener los resultados. Además, puede que ellos hubiesen conseguido relacionar unas con otras. Era toda una torpeza por su parte no haberle preguntado antes, aunque, por otro lado, imaginó que si hubiese algún hecho importante relacionado con las notas que había recibido él mismo, se lo habría dicho. Marcó el número de teléfono. Al otro lado, descolgaron rápidamente. Se escuchaba ajeteo de fondo.

–Hola, teniente, ¿le pilló en mal momento? –preguntó .

–La verdad es que sí, Narvárez, salimos hacia una importante misión. Si no es urgente, llámame después –le dijo con sus habituales malos modales y ronca voz.

–Está bien, Casto, algo muy rápido. –Enrique no quiso rendirse tan pronto, pues ya conocía la actitud reticente del teniente ante cualquier pregunta o alusión que no le pillase mínimamente en el momento que él consideraba adecuado–. Las pruebas caligráficas, ¿coinciden finalmente entre sí?

–Claro que coinciden. La de Nicolás y la tuya –le dijo como si aquello fuese lo más normal del mundo.

–¡¿Qué?! –exclamó sobresaltado–. ¡¿Cómo no me ha dicho nada antes?!

–No es necesario, te tengo bajo vigilancia. Te tenía por un tipo más perspicaz, me extraña que aún no te hayas dado cuenta. Ya van varios días...

–Pero... –protestó Enrique.

–Te tengo que dejar, te llamaré más tarde.

Casto colgó inmediatamente después. Enrique hizo caso omiso a sus maneras y se quedó pensativo, más que sorprendido por la supuesta vigilancia a la que le tenían sometido. Desde luego, él no se había percatado de nada. Muy en el fondo, sabía que las notas que había recibido no eran una casualidad y que estaban relacionadas, de uno u otro modo, con los agricultores a los que Alejandro Martínez había demandado. La caligrafía de su nota coincidía con la del propio Nicolás... y estaba seguro que era también la misma que ilustraba la nota recibida en Madrid, ¿qué podía significar aquello? Lo que le chocaba era que, a su vez, no coincidiera con la de Francisco ni Santiago, tratándose de notas tan parecidas... Confundido,

aunque también ligeramente aliviado por ese último hecho, se fijó de nuevo en las cinco frases que tenía sobre la mesa. Las movió de un sitio a otro, las colocó por parejas, separadas, en vertical, diagonal, horizontal y ordenadas por orden alfabético. Estaba decidido a no salir de su habitación sin encontrar algo. Si alguien le vigilaba, ya fuese por parte de la Guardia Civil o por cualquier otra, ese día se iba a aburrir.

Capítulo 26

Casto Perea pidió refuerzos. Esta vez era grave. Lo habían visto entrar allí. Dichosos niños. No tenían miedo a nada. De hecho, mostraron mucho más valor que todo el pueblo junto, y tras verlo, no se les ocurrió otra cosa que seguirlo. Así habían descubierto su escondite. Y ahora que lo tenían, no podían permitir que se le escapase, fuese lo que fuese. Los tres coches patrulla pararon a una distancia prudencial y los seis agentes se apearon velozmente de los vehículos. Pronto se dividieron. Dos hombres por la parte de atrás, otros dos por la puerta delantera y otro par en el lateral de la raída construcción para dar aviso si detectaban algún movimiento extraño.

–No tenemos constancia de que esté solo, así que andad con cuidado. Puede ser peligroso –indicó a sus hombres.

Casto veía el miedo en los rostros de sus compañeros. En su caso, a su edad, poco le importaba ya. Había visto demasiadas cosas. Pero sí era cierto que era la primera vez que se iba a enfrentar a un supuesto fantasma y, aunque no quería que se le notase, eso le estremecía para sus adentros.

–Si opone resistencia, disparo al aire de aviso –añadió–. Si se vuelve violento, tenéis orden directa para detenerlo por todos los medios a vuestro alcance, ¿entendido?

–Sí, mi teniente –respondieron todos al unísono.

Hizo un gesto con la mano en señal de partida y sus hombres se dispersaron. La pequeña construcción estaba rodeada de castaños. Era muy difícil de detectar, pero si se prestaba la suficiente atención, podía apreciarse una exigua luz en el interior que se filtraba a través de una de las diminutas ventanas. Habían pasado decenas de veces muy cerca de allí, pero ignoraban por completo que alguien pudiera vivir tan apartado de la sociedad. Jamás lo habrían imaginado. En cualquier caso, pronto saldrían de dudas.

Casto Perea y Ramón Pérez se dirigieron a la entrada principal. No tenían pensado llamar. Iban a tirar la puerta abajo y apuntar directamente a la cabeza de lo que fuera aquello. El sol acababa de esconderse tras la última montaña del fondo, que observaba majestuosa con su pico nevado cómo la oscuridad cubría el pequeño valle en el que se situaba la vivienda, por llamarla de algún modo, en la que se disponían a irrumpir. Casto se paró en seco e hizo un nuevo gesto con la mano a sus compañeros para que lo imitaran. Una vez comprobó que todos estaban en posición, con los dedos de sus manos contó hacia atrás. Miraba especialmente a Ramón, preparado para el golpe, a su

lado. Tres... dos... uno... Una patada seca. A continuación, un fuerte impacto. La puerta se vino abajo enseguida.

La oscuridad total dio paso, poco a poco, a un endeble hilo de luz. Los prudentes agentes esperaban cualquier cosa menos aquello. Alguno se lo tomó como una aparición y dio un par de pasos atrás. Secándose junto al fuego, un joven en ropa interior comía directamente lo que parecía una lata de conservas sin inmutarse siquiera ante la precipitada irrupción de Casto, Ramón y otros dos agentes en la estancia. A simple vista, podía tratarse de un pordiosero o un mendigo cualquiera. También podía pasar por un fantasma, pues su aspecto demacrado y sus grandes ojos podían llegar a causar pavor. Pero, sobre todo, lo que parecía no era más que eso, un chaval normal. Eso sí, se trataba de un joven con una particularidad muy especial: era la viva imagen de Teodoro Martínez.

–Manos arriba, ¡vamos! –gritó Ramón Pérez, menos impresionado que Casto por la fantasía en la que el resto de compañeros parecían envueltos–. No hagas ninguna tontería –vociferó.

El chico, impasible, no hizo caso alguno y, a pesar de que Ramón Pérez apuntaba con su arma reglamentaria directamente a su cabeza, siguió comiendo, hurgando con esmero en el interior de la lata.

–¿No me has oído? ¿No hablas nuestro idioma? ¡Vamos! –gritó de nuevo el sargento con creciente nerviosismo.

Los otros dos compañeros que faltaban aparecieron por el otro lado. Habían entrado por una de las ventanas laterales.

–Teniente, casa registrada. No hay más individuos. Todo despejado –dijo uno de ellos, impresionado al ver que aquel hombre seguía comiendo como si nada, rodeado de guardias civiles.

Pero Casto Perea no reaccionaba. Seguía ensimismado con la imagen del chico. Los dos agentes recién incorporados se sumaron a la palpable inquietud. Ellos también habían visto las viejas fotografías de Teodoro Martínez. Bajo una luz pálida, la escena se volvió confusa al calor de la impasibilidad de aquel hombre que parecía venido de otro mundo. Los agentes estaban inquietos, y ante la no resolución de la escena, comenzaron a creer para sus adentros que aquello no se trataba de algo normal, sino de un fenómeno sobrenatural. ¿Podría verlos el fantasma? Quizá no... Tenía la mirada fija en el vacío, aunque, eso sí, había dejado de comer... Ramón Pérez era el único que parecía estar dónde debía, y aunque en realidad no era ajeno a la historia de Teodoro Martínez, él no vio más que un joven de poco

más de veinte años en calzoncillos. El sargento apuró sus últimas gotas de paciencia:

–¿No me has escuchado? –preguntó de nuevo, a viva voz.

De pronto, con un arrebato de valor, ante la duda de los demás compañeros, Ramón Pérez se abalanzó y le cogió primero de un brazo y luego de otro, provocando que la lata, de sardinas al parecer, cayese al suelo, desparramando lo poco que quedaba de su contenido. El joven no articuló palabra mientras el resolutivo sargento lo esposaba y todos los demás se sintieron profundamente aliviados al ver que lo que tenían delante era una persona de carne y hueso. Un chico normal, sin más.

Casto, al ver cómo Ramón terminaba de inmovilizarlo, salió al fin de su ensimismamiento y dijo:

–Vamos al cuartel. Tienes mucho que contarnos –le dijo agarrándolo y levantándolo por el brazo, no sin cierto estremecimiento–. Ten, pónelo –le ordenó ofreciéndole su chaquetón.

–Revisad todo esto –dijo Casto a los cuatro compañeros que se quedaron en la casa–. Esta vivienda, si es que se le puede llamar así, no es de su propiedad. ¡No quiero que salgáis de aquí sin remover hasta la última baldosa!

Casto echó un último vistazo desde la puerta y vio las raídas ropas del supuesto Teodoro sobre una silla secándose junto al fuego.

Antes de salir de la casa, sintió un nuevo escalofrío.

Parte 3

El aire de las castañas

Ábrego: Viento procedente del suroeste, templado, relativamente húmedo y portador de lluvias. Es el viento de los temporales de otoño y primavera, sobre todo en la Meseta Ibérica y Andalucía. En algunos lugares, se le conoce también como el aire de las castañas, ya que, cuando sopla con violencia durante el otoño, provoca la caída de estos frutos.

Capítulo 27

Enrique caminaba mucho últimamente. Sus largos paseos por el campo no tenían nada que ver con los cuarenta y cinco minutos diarios que entrenaba en el gimnasio cuando vivía en Madrid. Allí disfrutaba como un niño, respirando profunda y pausadamente mientras percibía a su alrededor la naturaleza en todo su esplendor. Le gustaba salir antes del amanecer para disfrutar del espectáculo del inicio del día en la Alpujarra: oír el canturreo de los pajarillos, sentir la brisa fresca de la sierra en su cara y deleitarse con el olor a tierra sembrada de rocío cada amanecer.

Además, había descubierto que se trataba de un magnífico método de relajación y meditación. En gran parte, se reía para sus adentros del reiki y las nuevas técnicas de autoconocimiento y reflexión tan en boga. En sus largos paseos matutinos, cuando entraba en bucle dándole vueltas a un mismo tema, se forzaba a sí mismo a proyectar en su mente otros temas más fructíferos. El primer guion de su película estaba muy verde aún sobre el papel, pero en esas mañanas iba cerrando su forma progresivamente en su imaginación. Notaba cómo, poco a poco, se iba desviando de la trama inicial, y a medida que avanzaba en el argumento, se iban unas ideas y venían otras. Cuando alguna le parecía realmente buena, grababa una nota de voz en su teléfono móvil de inmediato por temor a que se le acabara escapando. Sin embargo, en los anocheceres en los que se sentía con fuerzas para avanzar en su confección, sentado en su escritorio y repasando esas notas de voz, la mayoría de veces no conseguía que ninguna cuajara realmente en algo de verdadero interés. A pesar de ello, consideraba esos amaneceres como los momentos más productivos del día de su nueva vida de abogado y escritor *freelance*.

Aquella mañana estaba particularmente espeso. Preocupado especialmente por Nicolás, que llevaba demasiados días en estado de pánico por la nota recibida y con el que apenas había podido intercambiar algunas palabras durante las últimas semanas. Había dos caligrafías que coincidían por un lado y otras dos por el otro, y al menos ya sabían que las de los dos agricultores fallecidos provenían de la misma mano. Tampoco podía dejar de darle vueltas a la historia que le había contado Eustaquio. Y ni mucho menos al entorno que envolvía a los gemelos y su extraño comportamiento, aunque, a fin de cuentas, una de las víctimas se trataba de su propio padre, Santiago Vázquez. Con todo ello, ahí también notaba que algo no encajaba.

Desde que había llegado a Alcor, había puesto todo su esfuerzo mental en

descifrar comportamientos, actitudes, hechos..., pero todo lo tenía a medias. Por supuesto, no podía faltar la famosa recalificación, tema congelado de momento ante la ausencia de noticias de Eugenio López, el veterano reportero, tras la documentación que le aportó gracias a la intervención de Noelia. Y como colofón, la misteriosa aparición de un fantasma en el pueblo que, de pronto, parecía haberse esfumado, tras más de dos semanas sin noticia alguna.

Por ello, durante su habitual paseo matutino, decidió seguir con su *planning*: dejar los pensamientos circulares que no llevaban a ningún sitio y ponerse a planificar su día primero, para dedicar la última media hora al repaso mental de su guion. Tenía que ponerse las pilas con la redacción si quería tener algo a lo que agarrarse en el plazo que se había propuesto. Justo en el momento en que empezaba a configurar una nueva escena, sonó el teléfono. Le extrañó una llamada tan temprano. Vio el número: Casto Perea. No le gustó en absoluto. Eso solo podían significar malas noticias. Contestó, inconscientemente agitado:

–Buenos días, teniente –saludó lo más calmadamente posible.

–Narváez, ¿te he despertado? –preguntó Casto sorprendentemente amable.

–No, ni mucho menos. Llevo hora y media en pie –contestó–. ¿Nicolás está bien? –preguntó a su vez.

–No está mal, que yo sepa. Te llamo por algo que realmente te va a interesar. Tenemos a Teodoro Martínez en el calabozo –soltó sin más.

–¿Cómo? –dijo Enrique sobresaltado.

Se frenó en seco y comenzó a andar en círculos al lado del pequeño bosque de pinos donde se encontraba, con el teléfono pegado a la oreja. En uno de sus bruscos giros, llegó a ver de refilón un conejo gris que se escondía velozmente tras un matorral.

–Aunque, eso sí, no habla –prosiguió el teniente–. Al final, va a ser un fantasma de verdad... –Enrique notó una sonrisa a medias al otro lado–. Necesita un abogado. ¿Qué te parece? Ofrécele tus servicios y así quizá le saques algo. Puede ser una buena oportunidad.

–Pero, un momento... –respondió Enrique aturdido.

–Será un éxito para ti, Narváez. Será la primera vez que alguien represente a bisabuelo y bisnieto en causas enfrentadas en tan corto periodo de tiempo. Estoy seguro –soltó una carcajada.

Se notaba que Casto Perea estaba exultante tras la detención.

–Discúlpeme, Casto, no comprendo nada. ¿A quién tenéis en esa celda?

–Tómate un café y ven a verlo tú mismo. Se te acumula el trabajo como autónomo.

Casto cortó la comunicación como le gustaba, sin despedirse siquiera. ¿A quién habían encerrado? ¿Hablaban en serio el teniente sobre la identidad de Teodoro Martínez? Esa detención suponía otra vuelta de tuerca que no sabía por dónde coger.

Inquieto tras la noticia, salió corriendo hacia su casa. Llegó en tiempo récord, sudando a mares a pesar de que el mercurio estaba apenas por encima de la línea de los cero grados centígrados. Cogió su cartera y las llaves del coche y partió rumbo al cuartel. Cuando llegó, con la ropa de deporte aún, se encontró a Ramón Pérez de bruces en la puerta.

–¡Hombre, Enrique! Me alegra verte tan temprano por aquí –dijo Ramón estrechándole la mano amablemente.

–Gracias –aún jadeaba por las prisas y el esfuerzo–. ¿Qué ha sucedido? Casto no me ha dado apenas detalles.

–Un chivatazo. Al final, lo de siempre. Una carambola gracias a unos chiquillos desobedientes.

–Especifícame un poco, por favor. Sé que los abogados hablamos a veces mucho, pero vosotros, los guardias civiles y policías, vais demasiado justos de verso la mayoría del tiempo.

Ramón soltó una carcajada. Se apreciaba, al igual que Casto, que estaba mucho más relajado que en otras ocasiones.

–Bien –dijo poniéndole la mano en su hombro y acompañándole con ella al interior del cuartel–. Resulta que una vecina de Fondón tiene un pequeño cortijito en las afueras de Alcor. Se trata de una de las chozas típicas que antes usaban los acequeros, situada al lado de una de las arquetas principales que reparten agua colina abajo. Está bastante apartada y el acceso en coche no es sencillo. Dispone de solo dos estancias, un pozo cuya agua no es potable y, evidentemente, nada de luz. Eso sí, al parecer, las vistas son una maravilla –dijo haciéndole un guiño.

A pesar de que no entendía el porqué de ese último gesto, asintió impaciente animándole a que siguiera. Otra de las sensaciones que tenía desde que estaba en Alcor era que la gente allí iba a otro ritmo, a uno mucho más pausado. Ese hecho se daba incluso entre la gente más joven, como era el caso del propio Ramón Pérez, y Enrique, acostumbrado al ajetreo de Madrid, se desesperaba a veces. «Tal vez sea yo, que voy siempre con demasiada prisa», pensó. «Y, pese a ello, siempre llego tarde, que es lo peor».

–Bien –volvió a decir Ramón–, pues resulta que, ayer por la tarde, Maribel, que así se llama la señora, pidió a sus hijos que pasaran por allí a dejar algunas viejas herramientas. Ella llevaba más de dos meses sin ir. A pie desde aquí es poco menos de una hora andando y el hijo mayor, que tiene ya catorce o quince años, fue a la cabaña acompañado por sus dos hermanos menores, de once y trece, creo recordar. Ella se lo encargó porque a los chiquillos les gustaba la excursión y las herramientas eran de poco valor. No vio riesgo ninguno. Ten en cuenta que esa pequeña choza la utiliza únicamente de trastero. El caso es que, de camino, vieron desde la distancia a un hombre, al que no podían observar más que de espaldas, dirigiéndose en la misma dirección. Los tres comprobaron cómo pasó delante de la choza de sus padres y siguió ladera arriba. Dejaron las herramientas rápidamente y, dada su curiosidad por las extrañas pintas que llevaba el desconocido, lo siguieron durante más de media hora sin perderlo de vista desde la distancia. No me explico aún cómo no se dio cuenta de que tenía tres críos detrás. En fin, que justo más arriba hay otra choza muy similar a la de Maribel, que perteneció en su día al otro acequero del pueblo, y que, en este caso, está mucho más derruida que la de nuestra vecina. La arqueta que guarda y que en su día repartía el agua hacia el otro lado de la colina está totalmente en desuso. Imagina la sorpresa que se llevaron los niños cuando vieron al hombre entrar y, al poco, les pareció ver algo de humo brotando de su interior. Los dos hermanos pequeños querían seguir, pero el mayor, de forma sensata, les frenó. Habían llegado más lejos y más alto que nunca. Pensando en la preocupación de su madre, volvieron al trote y le contaron lo que habían visto. Inmediatamente después, ésta llamó a su marido, que fue lo suficientemente prudente como para avisarnos de inmediato –hizo una breve pausa–. Créeme, no es lo habitual. Aquí la gente se pone especialmente nerviosa si tienen la mínima sospecha de que una propiedad, sea la que sea y en el estado en que se encuentre, pueda ser ocupada. Desde el cuartel tomamos nota de la llamada y llegamos poco después, justo al caer la noche. Los niños decían que el tipo vestía raro, así que, aunque no sabíamos lo que nos íbamos a encontrar dentro, no te voy a ocultar que la historia de la leyenda del fantasma se nos pasó por la cabeza más de una vez. Personalmente, estaba casi seguro de que se trataba de él. Y mira tú por dónde, *a priori*, tenemos a Teodoro Martínez. O al menos, al supuesto fantasma que se ha dejado ver últimamente merodeando por el pueblo –dijo con un deje de triunfo, como colofón a su detallada narración.

Ahora ya tenía todos los pormenores de la captura del supuesto Teodoro, aunque no sabía nada más: quién era en realidad, qué hacía allí y un largo etcétera. Ramón Pérez le leyó el pensamiento.

–El chico no ha dicho nada aún. Ha pasado la noche en el calabozo. Ha habido chistes, la verdad, por si usaba sus poderes y atravesaba las rejas y se escapaba, pero al parecer, ha perdido facultades –sonrió Ramón, que mostraba de forma evidente una vez más su triunfo por la captura.

–Entonces, ¿no sabéis nada aún?

–No. Pero estamos casi seguros de que ese chico tiene mucho que ver con el supuesto fantasma. Ya lo verás. Asusta un poco si lo comparas con las fotos. Es la viva estampa de Teodoro Martínez.

Enrique tragó saliva y se dispuso a acompañar a Ramón Pérez que, de nuevo apoyando la mano en su hombro, le invitaba a pasar hacia los calabozos. Lo dejó justo en una salita anterior a la entrada en la que había un dispensador de agua y una máquina de café.

–Casto está en su despacho. Espera aquí –le indicó–. Voy a avisarle de que te he puesto al corriente. A ver cómo lo enfocamos para que el gallito cante y nos diga qué hace aquí y por qué ha ocupado una cabaña que no es de su propiedad. De momento, solo podemos acusarle de eso.

Enrique se sentó en una de las incómodas sillas de plástico del mini-*office* del cuartel mientras veía un continuo desfile de guardias civiles que iban y venían. Cuando los agentes pasaban a su lado, la mayoría le echaba una mirada severa; otros, sin embargo, sonreían tímidamente. Tal vez hechos como aquel serían su pan de cada día, pero para Enrique, algo así no dejaba de parecerle un acontecimiento profundamente fascinante. Mientras aguardaba a Casto Perea, se volvió a preguntar quién le esperaría realmente tras las rejas.

–Ese chaval parece tonto, pero ya os digo que no lo es –dijo uno de agentes a otros compañeros que repentinamente se amontonaban tras la máquina de café mientras el primero esperaba una de sus amargas bebidas.

–Y tanto que no... Lo que no sé es qué buscaba. Menuda broma... –dijo otro.

El primer guardia civil dio un breve sorbo a su café. Al parecer, se dispensaba siempre demasiado caliente, y a pesar de considerarlo horrible, Enrique estaba convencido de que las papilas gustativas de aquellos agentes no habían tenido más remedio que adaptarse al sabor de aquella insípida sustancia, en cuya máquina pudo leer de lejos una pegatina que decía «Ahora

con derivado lácteo». Casi le dieron ganas de vomitar ante el pensamiento de lo que podría significar aquello. Casto irrumpió de repente en la salita acompañado de Ramón. La escena en corrillo no le gustó en absoluto, tal y como Enrique habría esperado de él.

–¿Pero esto qué es? ¡Aquí no estamos en el patio del colegio! ¡Venga, todos a sus puestos! –ordenó vociferando.

Los agentes se dispersaron de inmediato, la mayoría sin tener oportunidad de degustar su ansiada bebida.

–Ramón, tú quédate aquí –ordenó–. ¿Tenemos algo nuevo? –preguntó inquisitivo mientras rebuscaba entre sus bolsillos alguna moneda para echar a la máquina de café.

–Nada, no ha abierto la boca. Empiezo a pensar que es mudo.

–Creo que es nuestro hombre, Ramón. Su silencio lo delata.

–Tengo mis dudas –dijo el sargento pensativo.

Ambos con un vaso de café en mano, se miraron sin saber qué más decir. Enrique asistía desde su asiento de forma privilegiada a la conversación, sin que ninguno le hubiera echado en cuenta hasta el momento.

–En realidad, no estamos seguros de que este tipo tenga algo que ver con los asesinatos que investigamos –añadió Ramón.

–¿Cómo los explicas, si no? Tenemos que localizar las pruebas, sí. Pero este granuja es él, estoy seguro. Fantasma o no. Haz pasar al que esperamos sea su nuevo abogado –miró, ahora sí, a Enrique.

Se levantó, nervioso. Ramón hizo una seña hacia el pasillo y otro agente de la Guardia Civil se acercó pidiéndole que lo acompañara. Dejó al teniente y al sargento en la salita y, a pocos pasos de la celda, el agente que lo guiaba le dijo:

–Intenta hablar con él. El muy imbécil no ha pedido siquiera un abogado aún, así que ofrécele tus servicios antes de que lo haga y le asignen uno de oficio –le dijo, desdeñoso.

–Ahora mismo se le acusa simplemente de ocupar una vivienda. Tal vez sea demasiado listo –replicó Enrique.

El agente lo miró un tanto extrañado y abrió la celda. Cuando entró, solo vio a un chico joven de perfil, sentado en un viejo camastro, con la mirada perdida en la desconchada pared gris que se encontraba a escasos centímetros de su cara. En el momento en que lo pudo observar más de cerca, su corazón comenzó a palpar precipitadamente. Había visto muchas fotos y, si no fuera porque sabía que era científicamente imposible, habría jurado que se

encontraba delante del mismísimo Teodoro Martínez. Un ligero estremecimiento recorrió su cuerpo. A pesar de que los agentes lo habían intentado, el chico no hablaba. De hecho, ni siquiera quería hacerlo con un abogado. Obviamente, no era mudo, pues en ese caso, habría intentado comunicarse de otra forma. Aun así, lo intentó.

–Hola, me llamo Enrique, ¿qué tal? –dijo justo cuando el guardia cerró la reja tras de sí.

El joven no contestó ni hizo gesto alguno. Seguía completamente inmóvil, con la mirada perdida en el infinito. Viéndolo así, parecía como si los antepasados que posaban alegremente en los álbumes familiares que sus abuelos siempre sacaban en Navidad hubieran saltado repentinamente de la fotografía y se posaran en el espacio, en carne y hueso, regados por una paleta de colores sin precedentes. Se concentró en controlar sus impresiones y volvió a intentar reconducir la conversación, o más bien monólogo hasta el momento.

–Entiendo que estés confuso. Puede que asustado tal vez. Soy abogado, puedo ayudarte a salir de aquí, pero solo si me cuentas la verdad –insistió.

El chico hacía como si no escuchara. O puede que verdaderamente no lo hiciera y estuviese a años luz de allí, en otro lugar y en otro tiempo. Enrique se sintió indignado por su actitud, pero pensó que quizá el joven estaba siendo extremadamente inteligente. Si no tenía clara la estrategia, lo mejor era no hablar. Al final, le asignarían un abogado de oficio. Probablemente, conocía cómo funcionaba esto, y lo único que estaba haciendo era ganar tiempo. Decidió dar por terminada la entrevista.

–Aquí te dejo mi tarjeta. Conozco perfectamente la historia de Teodoro Martínez, he trabajado para mucha gente que también ha oído hablar de ella. Sé absolutamente todo lo que le pasó... –mintió, pues solo conocía la historia a medias y no sabía qué había sido de Teodoro una vez desaparecido—. Si realmente quieres que te ayude, llámame.

Ni una señal, ni un ligero pestañeo. Aun así, Enrique estaba satisfecho, pues no había entrado con mayores expectativas que las de dejar su tarjeta. Recordó repentinamente al chico del hospital al que habían dado la paliza en el callejón. Tampoco había querido hablar con él. Sea como fuere, su experiencia le decía que, en la mitad de casos como estos, un breve contacto inicial solía ser mucho más fructífero a largo plazo que entrar agobiando y exigiendo de primeras. A fin de cuentas, él no era nadie. Simplemente un abogado al que, por deferencia, habían dejado entrar en la celda con la idea,

claro está, de ofrecer sus servicios para sonsacar de paso algo de información que pudiera ayudar en la investigación a las autoridades. «Al menos, he sembrado», se dijo. «Ya veremos luego si recojo algo o no».

Decidió volver inmediatamente a casa a seguir con su plan. Tras ver al supuesto fantasma en persona, estaba mucho más relajado. Aunque aún había dos asesinatos sin resolver y una más que posible trama de corrupción en medio de toda aquella maleza, tener a un sospechoso entre rejas era un primer punto a favor. Sin embargo, nada más llegar a casa, se sintió profundamente cansado, así que se sentó en el sofá con la idea de descansar solo unos minutos.

No sabía qué hora era ni cuánto llevaba durmiendo cuando sonó el teléfono. Sumido aún en lo más hondo de su subconsciente, apenas tuvo tiempo de asimilar lo que le decía Ramón Pérez:

–El chico quiere hablar contigo. Lo único que ha pedido es un teléfono para llamarte. Vamos a joderle un poco y a hacerle esperar unos minutos. En un par de horas te llamará. Al menos, sabemos que no es mudo.

Tras la noticia, se despertó de golpe. La cabeza le dolía como si le fuese a estallar. Se conocía bien, así que intuía que estaba incubando un buen resfriado. Bajó a por un vaso de agua y se tomó un analgésico. «Así que mi charla ha surtido efecto», pensó, al no esperar tan pronto el hecho. Sus abuelos no se encontraban en casa y, aburrido e incapaz de concentrarse en ninguna otra cosa, iba de un lado a otro, escaleras arriba y abajo, mirando la pantalla del teléfono continuamente. Finalmente, la llamada se produjo casi tres horas después. Ramón Pérez, aparentemente mucho más sutil que Casto Perea, había aprendido demasiado bien los métodos poco ortodoxos de su superior.

–¿Dígame? –contestó.

–Venga a verme –le dijo una voz juvenil con un acento que no supo identificar.

–¿Quién eres? –preguntó Enrique, aunque lo sabía perfectamente. El pitido indicó que la conexión se había interrumpido.

Le dieron ganas de darle un escarmiento y no presentarse, pero, a pesar de todo, no podía dejar pasar una oportunidad así. No obstante, tenía decidido que ese joven no iba a torearle de ninguna manera.

Se puso unos tejanos oscuros y un jersey azul que no le gustaba demasiado, acorde a la incomodidad que sentía de antemano ante la conversación que se disponía a mantener, y salió en dirección al cuartel. En

un pueblo como aquel, era cuestión de horas, minutos tal vez, que algo así se supiera. Pisó a fondo el acelerador y, cuando llegó, Casto Perea lo estaba esperando en la puerta, sosteniendo un cigarrillo entre sus dedos. Apenas lo vio, lo arrojó al suelo, pisándolo con fuerza, y le hizo pasar de inmediato al interior de su despacho. Le indicó que se sentara enfrente y, mientras se acariciaba el bigote, le dijo ligeramente acalorado:

–Quiero que cuando salgas de esa celda me digas absolutamente todo lo que ese malnacido te haya contado. Tengo dos muertos a mis espaldas y el único sospechoso está tras esas rejas, así que no me hagas perder el tiempo.

Enrique, a pesar de conocer ya la peculiar manera de expresarse de Casto Perea, se asombró por la actitud tan dominante, diríase incluso ligeramente despectiva, que mostraba el teniente. A pesar de sus formas, siempre había sido más o menos amable con él. Imaginó que la presión a la que estaba siendo sometido para resolver los dos casos de asesinato era demasiada. Más aún para un agente como él, tan poco acostumbrado a un ajetreo como el que se había vivido en Alcor durante las últimas semanas.

–Teniente, no puedo prometerle que eso sea exactamente así –respondió ante su propia sorpresa–. Lo que sí puedo garantizarle es que haré todo lo que esté en mi mano para colaborar con la justicia, como siempre he hecho –matizó.

Casto estalló y dio un puñetazo sobre la mesa. Enrique no se inmutó. Por el rabillo del ojo, vio a través del cristal a Ramón Perez dispuesto a entrar, pero viendo el panorama, se dio la vuelta. Pensó que la escena era justo la inversa a la de semanas atrás, cuando él había visto a Casto echar un rapapolvo monumental al joven guardia civil desde el otro lado de la ventana de ese mismo despacho.

–¡No me vengas con esas, Narváez! –chilló, colérico–. Guárdate las pamplinas del secreto profesional para el que se las crea. Si te cuenta algo o tienes la más mínima sospecha de que ese sujeto está relacionado con alguno de los asesinatos, de la forma que sea, vendrás aquí y me lo dirás inmediatamente. ¿Entendido?

Casto se ahogaba. Se advertía que el tabaco estaba haciendo mella en sus pulmones y Enrique se dijo para sí que tampoco sería bueno para su salud esos arranques de ira a los que tan frecuentemente se sumaba. Por ello, prefirió no entrar al trapo y, de forma vaga, contestó:

–Así se hará. No está entre mis planes defender a asesinos –zanjó.

Se despidió rápida y educadamente y se encaminó al calabozo, con la

severa mirada de Casto Perea siguiéndole por el pasillo. Poco después, se encontraba de nuevo a la entrada de la celda. Dirigió un breve saludo al guarda, quién abrió la verja a su paso. Encontró al joven en la misma posición que horas antes. La diferencia era que esta vez, cuando lo vio entrar, volvió la cabeza y lo miró directamente a los ojos. A Enrique le dio un ligero escalofrío; en ese momento, le pareció ver una foto de Teodoro Martínez proyectada en carne y hueso. De forma inconsciente, pasó por su cabeza la delirante idea de una posible reencarnación.

–Bien, aquí estoy. Tú dirás –dijo reponiéndose como pudo de la impresión inicial, sabedor de que ahora era él quien tenía la sartén por el mango.

El otro clavó sus grandes y profundos ojos marrones en los de Enrique.

–Está claro que en nuestros dos encuentros anteriores no nos fue bien. Pero esperemos que a la tercera vaya la vencida –dijo de pronto.

Enrique tragó saliva. ¿Dos encuentros? Solo recordaba uno, el de horas antes en esa misma celda. Su acento parecía originario de un país de Sudamérica.

¿Uruguay? ¿O era Argentina, tal vez? Le era imposible distinguir el tipo de acento entre los distintos países sudamericanos. Lo miró inquisitivamente de nuevo de arriba abajo, animándole a que continuara hablando.

–Me llamo Horacio Martínez. Soy nieto de Teodoro Martínez, nacido en Alcor en 1910 –continuó osado.

Enrique asintió. Así que se trataba de eso. Sorprendente pero, a fin de cuentas, probablemente una de las explicaciones más lógicas. ¿Cómo no se le había ocurrido algo así antes? Siempre, a toro pasado, todo le parecía demasiado sencillo.

–Mi abuelo logró escapar a Uruguay perseguido injustamente por traidores, ladrones y cazafortunas. Esa gente tiene que pagar por ello –añadió con tremenda determinación.

–¿Me estás diciendo que has venido a vengarte ochenta años después? –preguntó Enrique desconcertado.

El joven se levantó del camastro. Se dirigió a la pequeña ventana de la celda y miró el paisaje que se extendía ante él a través de las rejas. Desde su posición, podía ver las cumbres de la Sierra de Gádor cubiertas por un hermoso manto blanco de nieve.

–No estoy aquí para vengarme –contestó de espaldas al abogado y con la mirada puesta en las montañas que se entreveían tras la diminuta ventana.

Inmediatamente después, se volvió lentamente y clavó de nuevo sus

profundos ojos sobre Enrique. Apretó ligeramente su puño derecho y añadió:
–Estoy aquí para hacer justicia –sentenció.

Capítulo 28

Alejandro Martínez esperaba impaciente en su despacho. Habían pasado ya dos días y no tenía noticias de la misión encomendada a Rodolfo y los chicos de Acinsa. Llevaban al menos un día completo allí y no habían tenido en cuenta llamarlo siquiera para un simple «sin novedad». Lo malo es que, donde supuestamente se alojaban, apartados del pueblo, apenas existía cobertura móvil.

Había estado demasiado ocupado en lo que consideraba temas banales del día a día como para reparar en aquel asunto hasta ese justo momento. Además, los tres hombres eran de su máxima confianza. Junto a Oliver Torres, constituían el pequeño y único círculo al que podía encomendar el lavado de sus trapos sucios. Precisamente por ello, les pagaba tanto.

¿Acaso no habían cogido a ese miserable? Era impensable. Apenas era poco más que un mocoso y estaba solo en un país extranjero. Alejandro estaba harto de que la gente le fallara en misiones que parecían sencillas. No podía permitirse más torpezas. La desgracia había estado cerca. Es más, por poco no se revuelca en ella. Pero había tenido un pequeño golpe de suerte y, como siempre, a ello se le había unido el hecho de que había estado listo. Y rápido. Ahora ese impostor iba a pagar caro su descuido. El día anterior había conseguido su localización exacta. La suma invertida para ello había sido mucho menor de la que había estipulado inicialmente. Lo había dejado todo perfectamente planeado y, a pesar de que no era su estilo, les había explicado personalmente a Rodolfo, Theo y Philipo hasta el último detalle. Pero el teléfono no sonaba. Ninguno de los tres acertaba a llamar.

En una reacción repentina, salió disparado del despacho y decidió ir en persona a enfrentarse de una vez por todas con los fantasmas de su pasado.

Un par de horas después, ya de camino, Alejandro Martínez consiguió localizar al fin a Rodolfo. Había sido peor el remedio que la enfermedad. Su chófer y los chicos de Acinsa no solo se habían dejado ver en contra de sus indicaciones, sino que tampoco habían encontrado al chico que les había estado tomando el pelo durante meses.

Habían visitado la caseta en la que supuestamente se ocultaba y no había ni rastro de él. Rodolfo también había intentado indagar *a posteriori* por su cuenta, pero tampoco había conseguido sacar nada en claro. Era como si, en realidad, estuviesen persiguiendo a un fantasma. Y por eso mismo se alegró de ir en camino personalmente allí y hasta el final; él mismo bajaría al

infierno si fuese necesario para atraparlo.

Le dio instrucciones a Rodolfo de que no se movieran del hotel hasta su llegada. Por el camino, haría algunas llamadas. A veces había que remangarse un poco para conseguir los objetivos. Lo tenía claro y eso jamás había supuesto un problema para él. De hecho, pensándolo bien, todo lo que había conseguido en la vida lo había hecho así. Cada día que pasaba estaba más convencido de que las cosas era mejor hacerlas que mandarlas.

A eso de las cinco de la tarde, estacionaba sobre la fina gravilla su vehículo. Ellos se alojaban en un pequeño hostel rural con grandes ventanales de madera situado a las afueras de una pedanía cercana a Alcor. Lo habían escogido para no levantar sospechas. Se quitó la corbata antes de entrar y le dijo a la señora que ojeaba distraída un periódico en la recepción que era un guía excursionista que se había citado con unos clientes en el hotel, a lo que ésta, sin más, le indicó el camino para subir rápidamente a la habitación requerida. Rodolfo lo esperaba, tal y como había supuesto, con Theo y Philipo postrados en la cama ante el televisor. En ese momento, sus chicos de «operaciones especiales», como a él le gustaba llamarlos, parecían todo menos justamente capaces de cumplir un tipo de cometido como el que les había encomendado. A pesar de la mala impresión que ya arrastraba de antemano, los puso al día. Durante las horas de camino en coche y tras varias llamadas, había conseguido averiguarlo todo. El chico estaba detenido en el cuartel de Berges.

–Entonces, ¿lo ha pillado la Guardia Civil? –preguntó Rodolfo.

–Así es. Habéis llegado tarde. Una vez más –sentenció Alejandro con una severa mirada dirigida especialmente a su chófer.

Rodolfo tragó saliva. Su jefe estaba visiblemente enfadado y sabía perfectamente que los otros dos chicos de Acinsa solo habían seguido sus instrucciones. Fue una torpeza por su parte no ir la primera noche directamente a la cabaña en mitad de la montaña que tenían perfectamente localizada de antemano.

El más fornido de los otros dos intervino.

–¿Qué podemos hacer ahora, jefe?

Alejandro se relajó un poco. Le encantaba que le llamaran jefe. Cuando estaba en una sala, le complacía sobremanera sentirse la máxima autoridad y más aún que ese hecho se pusiera de relieve. Y en ciertas circunstancias, cuando eso no pasaba, se inquietaba y los nervios le podían traer consecuencias fatales, ya que su «enfermedad» se agravaba con ellos. Volvió

rápidamente al hilo de la conversación.

–Necesitamos un plan para hablar con el chaval cuanto antes y que no se vaya de la lengua. –Alejandro hizo una pausa y decidió ponerlos al tanto de toda la información; al fin y al cabo, probablemente después volvería a necesitarlos–. Hay algo más. ¿A que no sabéis quién ha estado hablando con él?

Todos se miraron extrañados.

–¿De verdad sois tan poco imaginativos? –añadió Alejandro mientras suspiraba resignado–. No hay demasiadas opciones por esta zona que nos puedan interesar. –Hizo una pausa–. Narváez –dijo al fin, decepcionado una vez más por la torpeza mental de sus acompañantes.

Los tres abrieron los ojos como platos.

–Tranquilos –dijo Alejandro sereno–. Podría incluso tratarse de una coincidencia, aunque, la verdad, no lo creo. –Volvió a pasarse la mano por el pelo hacia atrás.

A continuación, dio un par de pasos hacia uno de los extremos de la habitación. Rodolfo se había sentado en la silla del escritorio, cabizbajo, y los otros dos estaban situados al borde de la cama, expectantes. Alejandro se puso a mirar por la ventana, reflexivo. Acto seguido, les dijo:

–Vosotros dos –dijo señalando a Theo y Philipo–. No quiero que os mováis de esta habitación hasta nueva orden. Absolutamente bajo ninguna circunstancia, ¿entendido?

Ambos asintieron, agachando ligeramente la cabeza.

–Tú –señaló a Rodolfo–. Irás de nuevo a la cabaña dónde se escondía. Quiero que entres allí y la registres minuciosamente.

–Pero ¿y si hay guardias civiles?

–¿Qué guardias civiles van a haber ya en esa casetucha? A estas alturas, ya la habrán inspeccionado. Y por eso mismo no tienen nada más que hacer allí. Quiero que, durante toda la noche, hagas un registro mucho más exhaustivo, incluyendo los alrededores. Cualquier detalle, cualquier cosa que creas que pueda tener alguna importancia, por mínima que sea, me informas a cualquier hora, ¿entendido?

Todos esperaban oír los próximos pasos de Alejandro. Pero no estaba entre sus planes contárselos a aquellos tres que consideraba tan ineptos. Eso sí que no. Cuando se disponía a salir de la habitación, Rodolfo, quién si no, se atrevió con la pregunta.

–¿Y tú, Alejandro? ¿Qué vas a hacer?

Con el pomo de la puerta asido por su mano izquierda, Alejandro se volvió un instante y, mirando alternativamente a cada uno de los tres, contestó de forma suave:

–Arreglar vuestras cagadas.

Salió de la habitación sin decir más. Ya lo tenía más o menos claro.

Se lo jugaría todo a una carta.

Capítulo 29

Baja Alpujarra almeriense, 30 de enero de 1937

Teodoro Martínez escribía la nota despacio y con sumo cuidado. A la luz de las velas, se esforzaba por hacer los renglones lo más rectos posibles. La mayoría de la gente del pueblo apenas sabía leer y escribir. Algunos de ellos no tenían medios ni tiempo, pues llevaban trabajando incluso desde mucho antes de tener uso de razón. Muchos otros no tenían ganas de aprender. Sin embargo, su padre le había insistido desde niño en que tenía que escribir y leer con soltura. Y así lo había hecho.

Frente al papel, todo era un mar de dudas. La mano en la que sostenía la pluma le temblaba y un sudor frío le recorría todo el cuerpo. Tenía más o menos claro lo que quería decir en las dos primeras de las cartas. La tercera, sin embargo, no tanto.

Cuando terminó el primer escrito, lo releyó, satisfecho. Sabía que no era un documento especialmente elegante, pero no sabía hacerlo mejor en tan poco tiempo. Ahora tenía que encontrar alguien que lo firmara. Y esconderlo. Cuando pasara el temporal, lo recogería. Solo se le ocurrió el párroco. Era un hombre ya mayor, debía contar con más de ochenta años, pero era el único que tenía a mano y, además, sabía que el anciano era buena persona. Fue él quien los casó en secreto, a pesar de todo. Iría a avisarle enseguida, en cuanto terminara de redactar lo que le quedaba.

Escribió con prisa una nota más para su tío, que dejaría bajo la custodia de su madre. Prácticamente sorda como estaba, también por ese medio le sería más fácil contarle a ella lo que había sucedido y lo que se disponía a hacer. Pero la nota que realmente le importaba era la que dirigiría a Trina, la mujer a la que amaba con toda su alma y que albergaba un hijo suyo en el vientre.

Solo le bastó un día junto a ella para saber que la quería y que se casarían. Lo había planeado todo al detalle, y aunque por el momento ella no podía llevar el anillo en público, tras su boda en secreto, eso era lo que menos le importaba. Pero sus planes se vieron truncados cuando estalló la guerra, esa maldita guerra. Y los hermanos de ella eran ambiciosos. Especialmente el mayor, Mateo. También eran peligrosos si uno no se andaba con cuidado. Ya había recibido varias amenazas de muerte. Algunas fueron notas anónimas y otras verbales. Sin embargo, los hermanos Gómez no se escondieron más tras misivas ocultas y la última vez le habían dado tal paliza por sorpresa que

estuvo dos días sin poder levantarse de la cama. Teodoro no les tenía miedo, pero sabía que en su situación actual solo le tocaría perder. Con una madre mayor y sorda, su familia más cercana dispersa y el ambiente en las calles profundamente agitado, finalmente encontrarían la forma de hundirlo. De hecho, él sabía que en esos momentos tan convulsos, matarlo en cualquier callejón podría resultar algo relativamente sencillo. Ellos ambicionaban su posición y posesiones. El amor que él sentía por su hermana Trina solo era la excusa. Teodoro estaba seguro de que, tarde o temprano, encontrarían la forma de quitarle de en medio y repartirse el pastel. Solo con pensar que había trabajado codo con codo con ellos tantas otras veces cuando su padre Matías aún vivía... Le ardía la sangre en las venas. Él había consentido mantener a los lobos en su propia casa, pero, de todos modos, no se arrepentía. De no ser por eso, jamás hubiese conocido a aquella niña de pelo rubio ondulado y cara angelical que tan pronto se convertiría en una hermosa mujer, la más excepcional que jamás había conocido.

Pluma en mano, no se atrevía a derramar la tinta sobre el papel, pues sabía que eso significaba el principio del fin. De repente, reparó en una frase. La había escuchado de su maestro, don Ignacio, cuando solo era un niño. Y, en cierto modo, esa sentencia había sido como una especie de brújula por la que había regido su vida hasta el momento. Abrió la carta con ella.

«La tierra es insultada y ofrece flores como respuesta.

A Trina, mi dulce esposa:

Volveré a buscarte. No le des a nadie la satisfacción de que te vea sufrir con tus lágrimas. En mi ausencia, mi madre y mi tío regirán los bienes que me pertenecen hasta que el hijo que llevas en tu vientre, nuestro hijo, pueda hacerse cargo de ellos.

Dejaré nuestros anillos y la copia de mi voluntad ocultos en una caja bajo nuestro castaño. Solo mi madre y el párroco tendrán constancia de dónde se halla. Desenterradla si se hace necesario.

Pero estate tranquila, porque volveré a buscarte. ¿Recuerdas la frase que te dije aquella primera tarde a tu balcón? Nunca la olvides. Y tampoco olvides que esta es nuestra tierra. La tierra de nuestro futuro hijo. Creo que será una niña. Y ella será nuestra flor y nuestra respuesta.

Te amo desde el primer día y siempre lo haré. A ojos de Dios, somos marido y mujer y, allá donde vaya, jamás te abandonaré.

Volveré a buscarte. Lo juro.

Siempre tuyo, Teodoro».

Una vez hubo terminado, la releyó fugazmente a la luz de una vela y la dobló lo mejor que pudo. El párroco tendría que firmar el otro documento esa misma noche, tras lo cual, lo escondería en el sitio acordado hasta que capeara el temporal. Como le había dicho a Trina, además de ella, solo le indicaría a su madre y al propio sacerdote dónde podrían encontrar el escrito junto con los anillos grabados como prueba de su testimonio y amor. Al fin y al cabo, eran las dos únicas personas cercanas en las que podía confiar. Aunque, en un principio, acarició la idea de dejarle todo al párroco, tras darle unas cuantas vueltas, resolvió que era peligroso que el pobre anciano guardara algo tan valioso en la iglesia, pues desde el inicio de la guerra, ya habían ardidido muchas... Era una lástima. Todo se había precipitado y no le quedaba más remedio que actuar de ese modo. Con toda probabilidad, su tío no llegaría a tiempo. Era imposible que lo hiciera, por más prisa que se diera una vez recibido el mensaje. Y él tenía que marcharse si quería conservar su vida.

De repente, un niño pecoso y de pelo castaño apareció entre las sombras. Lo miraba asustado, aunque el hombre delgado pero a su vez altivo e imponente que se erguía delante le dedicó una tibia sonrisa cuando lo vio. Teodoro le hizo un gesto para que se acercara y le dio el sobre que tenía a Trina como destinataria, junto con un par de monedas. Ya le había explicado todo de antemano el día anterior, así que Rodrigo asintió sin más y echó a correr, descalzo como iba.

Esa fue la última vez que Rodrigo vio a Teodoro Martínez.

Capítulo 30

Alejandro Martínez pensaba que no tenía familia más allá de la conocida. Así fue durante la mayor parte de su vida. Era hijo único y tampoco estaba casado. Sin embargo, un día todo cambió. Recibió un correo un tanto extraño. Un tipo de Uruguay decía que ambos eran parientes lejanos y le explicó que compartían un antepasado común.

Al principio, Alejandro no le dio más importancia. No era la primera vez que experimentaba cómo alguien se arrimaba para intentar pellizcar un poquito de su fortuna. El tipo primero empezó con los *emails* y luego se atrevió incluso a llamarlo a su oficina en varias ocasiones. Durante aquellos meses, tal fue la insistencia (al margen del grado tan lejano del parentesco que alegaba el otro), que Alejandro decidió preguntar a su madre sobre el tema, pues su padre hacía ya tiempo que los había dejado. Ella, por respuesta, siempre le decía lo mismo: no sabía nada, solo lo que su marido le había contado alguna vez de su familia. A Mateo Gómez, el padre de su abuela Aparecida, lo mataron al final de la guerra. Su bisabuela había sido una enfermera que también resultó muerta por entonces y de la que nadie en la familia llegó a conocer su nombre. Todos suponían que había sido una aventura prohibida azuzada por el conflicto bélico. Y eso era todo lo que ella sabía del tema.

A la postre, Aparecida Gómez, la referida abuela de Alejandro, se casó con un panadero apellidado Martínez, así que, paradójicamente, su primer y único hijo tomó por otra vía el que, sin saberlo, debería haber sido su apellido original. Ese hombre no era otro que el padre de Alejandro Martínez.

Alejandro jamás se había interesado por ello, pero ante la insistencia del otro, decidió darle al fin una oportunidad. Lo que vino después fueron una serie de revelaciones tan asombrosas como controvertidas. Su pariente lejano le dio datos precisos, concretos... Y poco a poco, pudo ir comprobando que eran totalmente ciertos. Su bisabuelo no se llamaba Mateo Gómez... En realidad, se llamaba Teodoro Martínez. Y, al parecer, su bisabuela tampoco era una enfermera de la Cruz Roja, sino una hermana del que creía hasta entonces su bisabuelo. Se llamaba Trina y murió tras el parto de su abuela Aparecida. Así que, después de estudiar los datos en detalle, destinó su propio tiempo y recursos a comprobarlos y cotejarlos con registros e información oficial de la época hasta que pudo demostrar que lo que le decía el uruguayo era cierto: su verdadero bisabuelo no murió en la guerra, sino

que consiguió escapar *in extremis* a Uruguay y empezar allí una nueva vida.

Además, eso no era todo. Al parecer, Teodoro Martínez poseía varias propiedades, entre ellas una gran extensión de terreno que le fue arrebatada de forma irregular y que, por tanto, pertenecía por derecho a sus legítimos herederos. Entonces, conocer y forjarse una idea de quién fue su bisabuelo en realidad se convirtió en una obsesión. De no saber ni que existía, al igual que su bisabuela Trina, quién falleció poco después de dar a luz por una infección, en poco tiempo pasó a tener datos profundamente detallados y a interesarse por su personalidad y movimientos hasta llegar a un límite enfermizo. Contrató incluso a un detective privado para que interrogara a todos los que aún pudieran aportar algún dato adicional de su bisabuelo y su desaparición. La mayoría estaban muertos o eran ancianos seniles. Aquella era una historia enterrada que ya nadie tenía interés alguno en recuperar.

Sin embargo, al fin dio con algo ciertamente revelador gracias, una vez más, a su recién descubierto pariente uruguayo y a una de las cartas que éste tenía en su poder: su bisabuelo había escondido algo antes de partir. Se devanó los sesos, contrató en paralelo a otro detective más..., pero no había forma de averiguar si aquello seguía escondido o no, dónde estaba, en ese caso, y ni mucho menos qué contenía. Finalmente, se sinceró con Horacio, su «primo» uruguayo, sobre sus avances. Al fin y al cabo, tenía que agradecerle el hecho de ponerle sobre la verdadera pista de sus ancestros. Sorprendentemente, fue el propio Horacio quien, poco después y de forma ingenua, le dio las indicaciones sobre cómo hallar aquello que se mantenía oculto.

Alejandro podía haber pedido permisos y hablar con los dueños de las fincas, pero eso solo supondría más pegas. Tenía que agilizar las cosas. Rodolfo y sus chicos de Acinsa encontrarían lo que hiciera falta. Unos días después, Alejandro tenía en su poder una cajita con lo que parecía ser una especie de testamento, firmado por su bisabuelo Teodoro y otra persona cuyo nombre no le decía nada. Pero lo que más le sorprendió fue encontrar aquellos dos anillos intactos, como recién sacados de la mejor joyería de la madrileña calle de Serrano. Pudo leer claramente el grabado con el nombre de ella: «Trina». Con eso cerraba un círculo en el que ya disponía de casi todo lo que necesitaba: registros, pruebas y una idea más o menos en su cabeza de la que había sido su propia historia familiar. Además, había un gran montante económico de por medio. Esa enorme extensión de terreno era suya por derecho propio. Haría un buen negocio con ella. Ya veía su gran

complejo hotelero, un oasis de ocio en un paraje rural prácticamente virgen.
Haría las cosas a su manera. Sin levantar sospechas.

Capítulo 31

La felicidad del pequeño Horacio se vio truncada en el momento en que le tocó vivir en primera persona una escena similar a la que su progenitor había experimentado cuando también era un niño: estar presente en la muerte de su padre.

Sin embargo, el pequeño Horacio estaba hecho de otra pasta. Su padre, también Teodoro como su abuelo, lo había preparado desde muy joven. Horacio asentía cada vez que su padre le contaba esa historia. Y el otro sonreía, pues veía en su hijo la viva estampa del abuelo. Incluso la gente mayor lo miraba extrañada a su paso, pues no se explicaban un parecido tan asombroso.

Aunque, tras la muerte de su padre, Horacio y su madre quedaron en la ruina, ella había conseguido salir adelante. Él sabía que tenía familia en España y eso podría cambiar su suerte. Su abuelo Teodoro había tenido una hija allí, que probablemente tuviese a su vez hijos, incluso nietos y bisnietos tal vez. Además, según le había dicho su padre, muchas propiedades de las que tenía en España les pertenecían por derecho. Con esa idea en la cabeza, el pequeño Horacio se hizo mayor y dispuso que, ante la ausencia de futuro alguno en Montevideo, había llegado el momento de cruzar el charco.

Mientras escuchaba a Horacio Martínez hablar en su celda, Enrique Narváez no se podía llegar a terminar de creer la increíble historia del joven que tenía frente a él, pero era tan enrevesada a su vez, que le era imposible pensar ni remotamente que pudiera ser inventada.

Tras la larga y sorprendente charla, Enrique salió del calabozo. Todo lo que había preconcebido en su cabeza se vino abajo en el mismo momento en que la verja metálica se cerró de nuevo a sus espaldas. Ese chico había llevado una vida dura. Además, intuía interconexiones que minutos antes jamás podría haber siquiera imaginado. El dilema ahora era ver hasta dónde le contaba a Casto y hasta dónde omitía. Por la parte que al ciudadano Enrique Narváez se refería, estaba claro, le contaría todo. Pero, por la parte del abogado que era, ya no podía hacerlo así como así, tan a la ligera... Había quedado fascinado ante la historia del joven uruguayo. Era como uno de esos cuentos que podían parecer olvidados, pero que, lejos de la realidad, se iban transmitiendo de generación en generación con la misma fuerza que en el tiempo en que tuvieron su origen. La historia de Horacio Martínez era así. Un niño inteligente, pero a la vez ingenuo, dentro de una familia humilde. Un

padre enfermo. Un abuelo prófugo al que no conoció, que poseía una buena fortuna en el extranjero. Y una antigua historia de amor oculta que podía cambiar su suerte.

A pesar de todo, durante la entrevista, Enrique no dejaba de darle vueltas a la explicación que esperaba por parte del joven a la historia del fantasma y no estuvo tranquilo hasta que no la escuchó de sus propios labios. Cuando éste le contó cómo se le ocurrió la idea, no se lo podía creer. Era tan absurda como brillante. A punto de caer la noche y, a pesar de la larga conversación mantenida en la celda, muchas otras dudas asolaban su mente. A la salida, se dirigió directamente al funcional despacho de Casto Perea.

Lo más rápidamente que pudo, puso al corriente al teniente y al sargento Ramón Pérez. El chico que se hallaba en la celda se llamaba Horacio Martínez. Había venido para conocer a su único pariente español con vida; dado que su propio abuelo, Teodoro Martínez, era, a su vez, el bisabuelo de este otro. Ese pariente lejano no era otro que el conocido empresario Alejandro Martínez. Ambos habían mantenido contacto vía telefónica y *email* un tiempo, durante el cual, Horacio había puesto a Alejandro al tanto de toda la información de que disponía. Pronto se llamaron «primos», y parecía que podía llegar a forjarse una bonita relación de amistad transoceánica. Pero cuando Horacio vino a darse cuenta, ya era demasiado tarde. Alejandro Martínez había actuado por su cuenta y había recuperado para sí las propiedades y el patrimonio que a él también le pertenecían por derecho. Así que el joven uruguayo decidió viajar a España con todas las pertenencias y pruebas que heredó de su abuelo dispuesto a hacer entrar a su pariente en razón de la forma que hiciera falta. Pero antes, le quiso lanzar un último aviso.

—En la raída carta que Horacio tenía en su poder —contaba Enrique a los agentes—, había una frase peculiar, una frase que quería que Alejandro Martínez se grabara a fuego. Una frase que su abuelo escribió hacía ocho décadas y que, dados los planes del multimillonario empresario, le parecía tan válida como entonces. Cuando llegó a Madrid, no le costó demasiado dar con la dirección del propio domicilio particular de Alejandro. Estaba seguro de que, una vez viera la nota, sabría de quién procedía. Sin embargo, tenía que dejar otra advertencia para todos y cada uno de los que estaban defendiendo una causa robada.

Enrique hizo una pausa en su narración. Casto y Ramón lo miraban un tanto extrañados, sin entender qué tenía que ver todo aquello con los

asesinatos que se traían entre manos. Enrique detectó en la mirada de ambos cierto desconcierto e incredulidad, por lo que decidió hacer un alto en la historia.

–Casto, lo que me ha contado ese chico es la verdad –recalcó dirigiéndose al teniente–. Dudo que Horacio tenga nada que ver con las muertes de Francisco Carmona y Santiago Vázquez.

–A ver, Narváez, esas historias están muy bien, pero sigo teniendo dos muertos y cero pistas. Si quieres, me pongo a jugar al parchís mientras terminas de contarme tu bonita historia familiar. Seguro que eso también nos ayuda –replicó sarcástico.

Una vez más, Enrique buscó la mirada de Ramón en busca de apoyo. Y una vez más, la encontró.

–Teniente, dejémosle que termine, no perdemos más que unos pocos minutos más y quién sabe. –Se dirigió inmediatamente después a Enrique–. Intenta resumir, por favor.

–Bien, como os decía –prosiguió–, Horacio quería dejar claro a todos los que estaban implicados en defender los intereses de su «primo» que no se iban a salir con la suya. Le llevó un poco más de trabajo dar conmigo, pero finalmente me encontró y llegó a dejarme el mismo mensaje. Teniente, esa es la nota que le comenté hace tiempo, la misma que recibí aquella mañana en el hospital escondida en un ramo de flores.

El semblante de Casto cambió y Ramón Pérez, que también estaba al tanto de su pelea nocturna en la capital (si es que podía llamarse así), lo miraba ahora de forma inquisitiva. Casto Perea abrió uno de los cajones de la mesa y sacó un cigarrillo. Ramón Pérez se tomó la libertad de coger otro. Inmediatamente después, el sargento se levantó y accionó el pulsador para bajar las cortinillas. Se volvió a sentar y se acercó con el pitillo entre sus labios a Casto, que le proporcionó fuego y, acto seguido, volvió a guardar el paquete y el mechero en el mismo cajón. El teniente se inclinó hacia atrás en su sillón, exhalando el denso humo de las primeras caladas. Ramón, en la esquina de la mesa, también frente a Enrique, tomó uno de los muchos folios en blanco que Casto tenía dispersos en el escritorio, dispuesto a tomar algunas notas.

–Lo que os estoy diciendo –continúo Enrique– es que Horacio Martínez es la persona que me ha estado enviando las notas anónimas. De hecho, aquella noche en Madrid, sus planes se vieron truncados cuando, al ir siguiéndome, lo agarraron por sorpresa y le propinaron una paliza que lo llevó directo al

hospital.

–Narváez –dijo Casto, interrumpiéndole–, esto ya me va gustando más. Sin embargo, ¿cómo no reconociste al tipo antes? ¿No me dijiste que habías hablado con él antes de salir del hospital?

–Técnicamente, no. En realidad, hablé con un chico en el hospital, pero te aseguro que no era éste. Supongo que sería una confusión de la recepcionista, que me mandó a la habitación de otra persona –dijo Enrique, que verdaderamente no acertaba a adivinar qué había sucedido aquella noche.

–Entonces, si este tal Horacio no estaba allí, ¿cómo te dejó el ramo con las flores y la nota? ¿Tiene cómplices? –preguntó Casto, metido ya de lleno en el relato de Enrique.

–Sí que estuvo allí y fue él mismo en persona quién me la dejó. Apenas lo ingresaron en planta y a pesar de la paliza recibida, se levantó como pudo, robó las flores que habían dejado al compañero de su misma habitación y metió la nota que tenía preparada dentro. No le costó dar demasiado conmigo y dejar el ramo mientras dormía, pues aún no había nadie acompañándome. Alberto, mi compañero de piso, llegó después. Luego se esfumó del hospital sin dejar rastro.

Ramón Pérez anotaba en el papel sin levantar apenas la cabeza. Casto abrió de nuevo el cajón y sacó un robusto cenicero de cerámica. Lo puso sobre la mesa y apagó su cigarrillo estrellándolo con dureza sobre la superficie del mismo. Sin mediar aviso, arrebató lo que quedaba de pitillo a su compañero Ramón Pérez y también lo apagó. El sargento ni se inmutó.

–Bien –prosiguió Enrique–, sin un plan preestablecido de antemano, pues sabía que su «primo» Alejandro tenía ya en su poder la caja que escondió Teodoro Martínez con todo su contenido, Horacio decidió venir a Alcor a conocer la tierra y fincas que, en teoría, debían pertenecer a su abuelo. Ya les había enviado también sendas advertencias a Nicolás, Francisco y Santiago, así que, *a priori*, todos los que estábamos relacionados de un modo u otro con los pleitos por esas tierras teníamos una especie de advertencia, aunque no sabíamos bien sobre qué. Por ello, ya en Alcor, Horacio dudó si entablar al fin una conversación directa con los agricultores con los que Alejandro estaba litigando para sincerarse con ellos, aunque esa idea la desechó al poco, pues estaba seguro de que también lo verían a él como una nueva amenaza. Se alojó, por tanto, en un hotel de Laujar y se compró una bicicleta de segunda mano. Pronto se le acabó el dinero y, sin saber bien qué hacer, decidió quedarse en una de las pequeñas cabañas más septentrionales y apartadas de

la finca que había descubierto unos días antes. En su tiempo, en ella se guardaban aperos y víveres de primera necesidad en caso de temporal o trabajo continuado alrededor de la enorme parcela que la rodeaba. Le pareció una zona tranquila y poco accesible, así que, sin más remedio, decidió instalarse allí sin fecha de vuelta.

Ramón levantó la vista y asintió a Enrique. Quedaba una de las partes más importantes de esa historia, la del supuesto fantasma. El abogado les leyó el pensamiento.

–Al principio, todo el tema de las apariciones fue una casualidad. Llevaba todas las pertenencias de su abuelo encima y, un buen día, decidió ponerse sus ropas para intentar sentirse como él muchos años antes caminando por aquellos preciosos parajes de almendros, castaños y olivos. Normalmente, tenía mucho cuidado, pero justamente ese día que llevaba la antigua ropa sucedió. Su sorpresa fue mayúscula al encontrarse a su supuesto primo, Alejandro Martínez, caminando en solitario entre los árboles, muy cerca de donde presuntamente había estado enterrada la caja con un «testamento», llamémoslo así, y los anillos de boda de Teodoro Martínez y Trina Gómez. Cuando se cruzaron las miradas, Alejandro echó a correr despavorido. Y, en ese momento, lo entendió. A pesar del tiempo que llevaban intercambiando correos y hablando por teléfono, jamás se habían visto en persona, ni siquiera habían intercambiado fotos. Pero Horacio sí lo reconoció a él; a fin de cuentas, Alejandro Martínez es un personaje público y lo había visto ya en decenas de fotos por Internet. Horacio no cayó en la cuenta en un primer momento, pero al parecer, la extraña nota recibida en su domicilio y la visión de lo que probablemente creyó era su bisabuelo, nublaron el juicio del empresario.

»Las semanas siguientes transcurrieron con normalidad y Horacio esperaba el movimiento de Alejandro mientras elaboraba nuevos planes. Empezaba a perder la esperanza de encontrar alguna idea que sirviera de algo hasta que tuvo lugar otro encontronazo. Aquellos ancianos, nada más verlo, salieron también corriendo, aterrorizados, cuando él no hizo más que quedarse quieto, paralizado ante la idea de que descubrieran su escondite.

»Poco después, Horacio se enteró de que la historia de un fantasma corría por el pueblo. Y aunque se puso más en alerta que nunca para no dejarse ver, estaba seguro de que alguien acabaría descubriéndolo, pues él, a su vez, seguía investigando a su manera. Además, tenía que salir a comprar comida, pero no podía hacerlo en el pueblo, ni siquiera podía arriesgarse en el cercano

Laujar. Así que, aprovechando el pánico que cundía por Alcor, decidió salir siempre vestido con esas vestimentas por la zona hasta encontrar un plan mejor. Tenía la bicicleta escondida junto con su verdadera ropa, gorra y gafas de sol en uno de los caminos secundarios que van a Laujar. Allí se cambiaba y, una o dos veces en semana, hacía una funcional compra en Berges. Todo fue así hasta que aquellos niños lo descubrieron».

Los dos guardias civiles estaban boquiabiertos con la historia. Enrique había expuesto los hechos de forma esquemática, pero, a la vez, con una importante riqueza de detalles para que los agentes tuvieran la fotografía completa.

–¿Qué pasa con las notas que se encontraron bajo los cuerpos de Francisco y Santiago? –preguntó Ramón–. ¿Qué te dijo acerca de eso?

–Él me asegura que no fue el responsable de esas notas. Ni de ellas ni de sus muertes. Me ha asegurado que esas frases no son de su repertorio.

Ramón lo miró escéptico, dando a entender que solo con su palabra no sería suficiente. Casto intervino:

–Puede que sea cierto, Ramón. Recuerda que los análisis de criminalística indican que se trata de notas escritas por personas distintas –apuntó, acariciándose el bigote, aún echado hacia atrás en el respaldo de su asiento–. La de Francisco y Santiago tienen una caligrafía y la de Enrique del parabrisas de su coche y las de Nicolás, otra. Salvo que tenga un cómplice, que parece que no es el caso, de momento debemos descartar ese hecho.

–¿Y por qué cambiaba las frases? ¿De dónde las sacaba y por qué? –preguntó Ramón–. En esa historia todavía hay muchos flecos sueltos.

Enrique se dio cuenta de que, a pesar de las horas que los agentes llevaban trabajando sin descanso y de los acontecimientos y multitud de información que tenían que procesar, ambos estaban muy despiertos a la hora de formular y adelantarse a preguntas que él aún ni se había planteado.

–No lo sé. Supongo que mañana lo averiguaremos –respondió Enrique–. Creo que lo mejor es que tengamos una batería completa de preguntas antes de volver a molestar a Horacio. Así nos contestará a todas de una vez y, en caso de una posible contradicción, será más fácil detectarlo.

–Estoy de acuerdo –dijo Casto–. Ramón, ve a la máquina y trae unos cafés. Vamos a revisar toda la documentación disponible esta noche y a contrastarla con la nueva información que ahora tenemos. Debemos hacernos una idea de todos los actores que están sobre el escenario, incluyendo aquellos que pueden esconderse tras el telón. El que la letra de ese mequetrefe no coincida

con la encontrada junto a Santiago y Francisco no implica que no sea el asesino o un cómplice, a pesar de lo que haya contado. Todavía quedan muchos cabos sueltos, pero de lo que ya estamos seguros es que para las muertes de Francisco y Santiago hay que remontarse mucho tiempo atrás. Concretamente, unos ochenta años. Nos quedaremos esta noche. –Y añadió–: Narváez, si quieres, puedes quedarte un rato más, quizás nos seas útil.

A pesar del cansancio, Enrique decidió permanecer en el cuartel. Creía verdaderamente en la historia de Horacio. Normalmente las cosas solían tener una explicación mucho más sencilla de lo que la gente creía y él deseaba atar todos los cabos sueltos. Poco después, inclinado sobre la mesa del despacho del teniente, bebía a sorbos un amargo café mientras revisaba el papeleo que los agentes le dejaban, fundamentalmente documentos de registros de propiedad, registro civil y demás escritos de carácter puramente jurídico. Poco después, se dio cuenta de algo que podía ser importante e hizo el comentario en voz alta:

–Los registros de aquí solo datan desde 1948 –apuntó–. ¿Qué sucede desde finales de la década de los años treinta, cuando Teodoro Martínez desaparece, hasta que lo adquieren nuevos compradores? ¿Quién se queda con las tierras mientras tanto? España estaba en guerra y luego sumida en una dura posguerra; habrá irregularidades, estoy seguro. Deberíamos buscar ahí.

Ambos asintieron. Enrique notó que tanto Casto como Ramón tenían muy en cuenta sus opiniones y sugerencias. «Quizá podría haberme dedicado a esto», pensó.

–Id mañana al registro de la propiedad los dos juntos –sentenció Casto dirigiéndose tanto a Ramón como a él, sin darle otra opción–. No salgáis de allí hasta que encontremos lo que queremos saber. Ahora marchaos y descansad. Mañana quiero respuestas –zanjó.

La actitud y el tono de Casto no daban lugar a discusión. Era la una de la mañana y el cuartel estaba prácticamente vacío, sumido en sus propias sombras. Enrique se citó con Ramón a las siete de la mañana, acordando que lo recogería en la puerta de su casa. Agotado, subió a su coche y se marchó del cuartel, dispuesto a aprovechar las escasas seis horas de sueño que tenía por delante, emocionado no solo con la fabulosa historia que se empeñaba en terminar de destapar, sino porque sabía que se acercaba, lenta pero inexorablemente, a una realidad incierta que había estado enterrada durante décadas en una caja bajo el resguardo que le proporcionaba la sombra de un castaño.

Les llevó casi toda la mañana hacerse una composición más o menos aproximada de los nombres de los propietarios sucesivos que se habían repartido en migajas el pequeño imperio de Teodoro Martínez. Durante la guerra, se hicieron dos partes: los hermanos Mateo, Alfredo y Felipe Gómez se quedaron con una, y la otra había ido a parar a un tal Federico Vázquez, otro jornalero habitual de Matías Martínez, que se había aprovechado exactamente de la misma coyuntura. Después de la guerra, el gobierno franquista hizo en gran parte lo que le vino en gana y colocó a pequeños caciques locales, desmembrando de nuevo el terreno en tres partes. Años después, volvió a producirse una nueva transacción del terreno, que pasaron a manos de una tal Paloma Zapata, Ángel Velasco y algunos otros nombres que, tanto a Enrique como a Ramón, le resultaban totalmente desconocidos. A finales de los sesenta, durante los setenta y principios de los ochenta, los propietarios actuales fueron adquiriendo o heredando los terrenos paulatinamente. En la mayor parte de los casos, tal y como le había contado el propio Nicolás en su día, éstos trabajaban como jornaleros para los anteriores dueños, hasta que pudieron y les permitieron comprar. No había ninguna otra novedad relevante hasta la actualidad en lo que a trasvase de propiedades se refería, salvo el pase de dos terceras partes a manos de Alejandro Martínez tras varias batallas legales por demostrar el expolio al que se había visto sometido su bisabuelo por parte del gobierno republicano y posterior gobierno franquista.

–En realidad, no hay nada especial que no esperásemos –comentó Ramón Pérez, ya de vuelta en el coche–. Primero, expolio por un bando; luego, expolio por otro; y finalmente, el agua vuelve a su cauce y se formalizan las compraventas con los dueños actuales. Habrá que echar un buen vistazo al procedimiento de recalificación.

Enrique asintió. Era una misión que tenía en curso a través de Eugenio López por un lado y Noelia por otro, aunque, de momento, no había obtenido ningún avance mínimamente satisfactorio.

–Creo que es mejor que me dejes eso a mí –le pidió a Ramón–. Estos días he estado intentando hacer varias averiguaciones y me temo que es más probable obtener información por la puerta de atrás que mediante los cauces habituales.

Ramón asintió y lo dejó de nuevo en casa. Era la hora de comer. Esa misma tarde había quedado de nuevo con Noelia en Berges para que le contara precisamente qué más había podido averiguar sobre el expediente de

recalificación de terrenos.

En casa de sus abuelos, apenas probó bocado. Notó que ellos tampoco estaban demasiado habladores. Expectante, cuando a las seis de la tarde alcanzó la puerta del bar, Noelia aún no había llegado. Se habían citado en una pequeña terraza que daba directamente a una de las arterias principales de la localidad. Se sentó en una de las incómodas sillas de plástico hasta que, poco después, ella apareció. Con el pelo recogido, se la veía especialmente exultante. Se sentó frente a él dejando en la silla de al lado una pequeña mochila azul, de la que no tardó en extraer varias carpetas ante la curiosa mirada de Enrique.

–Esto me ha costado más que lo de la otra vez –dijo con especial énfasis a modo de saludo–, pero aquí hay indicios más que relevantes para que un juez paralice la reconversión de esos terrenos.

Enrique la miró detenidamente. Veía que algo había cambiado en ella, aunque no sabía bien el qué. Hacía poco menos de un mes desde que, durante aquella cena, le había revelado lo que en su día sintió por él, y aunque en aquel momento ni se lo había planteado, ahora, cada vez que veía a Noelia, notaba una sensación diferente. Quizá fuese precisamente el hecho de que jamás se hubiese imaginado nada serio con ella lo que hizo que se quedara tan aturdido.

–¿Estás aquí? –preguntó ella al ver que Enrique se había quedado absorto–. Al fin tenemos algo gordo. Presta atención a esto. –Señaló una parte de un documento de lo que parecía un justificante de transferencia. Enrique reconoció el nombre de una de las empresas. Era un conocido bufete del panorama madrileño, uno que precisamente él conocía muy bien–. Este pago es solo uno de tantos otros. Hay pequeños desembolsos sin importancia, pero, si te fijas, los conceptos son un tanto extraños. Estoy convencida de que las facturas son falsas y que estos abonos han ido a parar a la empresa de seguridad Acinsa y, a su vez, han acabado en un sobre dentro del cajón de algún concejal. ¿Apostamos algo?

Noelia traía una ingente cantidad de documentación valiosísima. El bufete de Oliver Torres parecía estar implicado hasta el fondo, pues realizaba pagos bajo conceptos bastante variopintos a Acinsa, empresa perteneciente al grupo de Alejandro Martínez, y a su vez, había emitido facturas a título personal a algunos de los concejales y funcionarios en concepto de servicios prestados y otros honorarios. Probablemente esto último lo llevaban a cabo como posible coartada para justificar una relación profesional entre los concejales y el

bufete que en realidad no existía. En el caso de Acinsa, el bufete de Oliver le pasaba pequeños importes regularmente con conceptos también un tanto peculiares y diferidos en el tiempo, lo justo para no llamar la atención, salvo que alguien fuese buscando adrede. Eso sin contar lo que le pagaba oficialmente a Acinsa por encargarse de la seguridad del bufete y de su equipo humano, funciones que Enrique sabía de buena tinta que tampoco existían realmente.

–Noelia, gracias de verdad, esto es mucho más de lo que podía esperar. No sé cómo agradecerte todo lo que has hecho este último mes por mí.

Ella se ruborizó un poco.

–No es nada, lo he hecho también por mí misma. No puedo estar rodeada de tanta mierda y corrupción –dijo indiferente.

–Bien –concluyó Enrique, que estaba deseoso de llegar al cuartel para mostrarles los documentos a Casto y Ramón–, te llamaré mañana o pasado a más tardar y charlamos con calma, ¿te parece? Tengo que llevar esto de inmediato a la Guardia Civil para que convenzan al juez de que abra una investigación. Estoy seguro de que lograremos hilar toda la cadena.

Se despidió rápidamente y subió acelerado al coche. Ya de camino, vislumbrando el pequeño edificio del cuartel de Berges al fondo, cayó en la cuenta de que durante su reunión con Noelia ni siquiera había pagado su propio café y se lamentó por su actitud tan descortés.

Se apeó del coche, cogiendo de golpe todas las carpetas. En ellas residía gran parte del misterio, aunque la más importante, la concerniente a las muertes de Francisco y Santiago, seguía sin novedad. Pero, al menos, ya tenía pruebas irrefutables y no meras sospechas de que Alejandro Martínez, a través de sociedades pantalla y del bufete de Oliver Torres, movía los hilos para la recalificación de los terrenos adquiridos en una extraña relación con los funcionarios de Alcor. Mientras subía las escaleras del cuartel, pensaba: «Si cuando la noticia de recalificación sale a la luz Alejandro ya tiene la mayor parte del terreno, excepto la parcela de Nicolás, ¿por qué matar a los otros? Sigue sin tener sentido».

Cuando llegó al cuartel, volvió a preguntar a la rolliza recepcionista por Casto Perea, que le indicó con un gesto desairado la dirección del pasillo a tomar. Era evidente que no le caía bien. Enrique ni le echó cuenta, estaba extasiado; al fin, el tiempo y las pruebas le daban la razón en cuanto a la recalificación. Aún había cabos sueltos, como la participación directa de la persona de Oliver Torres en todo el entramado, sin ir más lejos, pero no había

duda de que Alejandro Martínez había forzado discretamente las cosas por la puerta de atrás.

Al llegar al despacho, las persianas estaban bajadas, aunque la luz del interior traspasaba las diminutas rendijas que quedaban entre la cortinilla y la cristalera. Tocó a la puerta con los nudillos y escuchó que alguien decía «adelante». Encontró a Casto Perea, Ramón Pérez y otros dos agentes alrededor de la mesa, estudiando lo que parecía un plano.

–Narvárez –dijo Casto–, pasa y cierra la puerta. Tranquilo, solo estábamos terminando de repasar un pequeño operativo. Díaz, Castillo, podéis retiraros. A las diez, ni un minuto más, os quiero en el punto de encuentro –les dijo a los otros.

Los dos guardias civiles cogieron el mapa, saludaron sutilmente a Enrique y abandonaron el despacho.

–Cuéntanos, Narvárez, ¿alguna novedad? En Almería no es que hayáis tenido mucho éxito –le recriminó el teniente, mirando de reojo a Ramón.

–Creo que esto os interesará –dijo Enrique haciendo oídos sordos al comentario anterior y extendiendo la documentación sobre la mesa–. Aunque los pagos se han hecho fundamentalmente en efectivo y, como sabéis, eso es casi imposible de rastrear, hemos detectado un pequeño vestigio a través de las distintas sociedades que maneja Alejandro Martínez. De hecho, la empresa que ha realizado parte del trabajo sucio está a nombre de un conocido bufete de abogados, Oliver Torres. Si os fijáis, hay una serie de pagos de algunos funcionarios al propio bufete a título particular tipificados como honorarios o minutas, y otros tantos desde el bufete hacia Acinsa, en conceptos de fotocopias, papel higiénico, etcétera.

Evidentemente, ni Casto ni Ramón conocían ese bufete ni tan siquiera de oídas. Ni mucho menos a Acinsa, la empresa de servicios de seguridad con la que él estaba ya tan familiarizado.

–Bien –prosiguió Enrique–, seguro que no es casualidad que, de repente, cuatro o cinco funcionarios de este pueblo acudan al mismo tiempo al prestigioso letrado Oliver Torres. Las cantidades son irrisorias. Algunas no llegan ni a doscientos euros y otras hacen varios giros entre cuentas..., pero las hemos conseguido. Al menos, una gran parte –matizó Enrique, para no generar demasiadas expectativas–. Sintetizando: con cualquier pretexto, varios concejales contratan al bufete de Torres, que le cobra una serie de honorarios ficticios que, en realidad, van a parar, junto a una cantidad mayor, a Acinsa, empresa de seguridad de Alejandro que presta supuestamente sus

servicios también a Oliver Torres, aunque doy casi por hecho que tampoco aquí existe actividad real como tal. A la postre, esta empresa de seguridad es la encargada de repartir de nuevo el dinero entre los funcionarios públicos. En resumen, una especie de lavadora de dinero en la que los doscientos euros que invierten los funcionarios se convierten a la salida en sobres llenos de fajos de billetes.

–Narváez, todo esto es muy enrevesado. ¿Cómo has conseguido además estos documentos sin la orden de un juez? Hay que trastear en los archivos del ayuntamiento, cuentas bancarias de particulares y empresas...

–Casto, si lo que me está preguntando es si me he saltado la ley para conseguir este material, la respuesta es sí –dijo contundentemente Enrique, clavándole la mirada. En ese momento, no pudo evitar pensar en cuánto se había arriesgado Noelia entablado algunas conversaciones y registrando taquillas y armarios del ayuntamiento a escondidas y a horas intempestivas para no ser descubierta.

Ramón y Casto se miraron. De repente, ambos asintieron. Les daba igual. Tenían un hilo del que tirar y eso era lo que querían. Fue el teniente quien contestó.

–Está bien, eso nos importa poco ahora, dadas las circunstancias. Pediremos la orden y conseguiremos la información de nuevo por los cauces oficiales. –Y añadió–: ¿Qué implica exactamente todo ello? Estos delitos económicos de hoy, con sociedades pantalla, paraísos fiscales y demás me dan dolor de cabeza y no son mi fuerte... ¿Qué pensáis? –preguntó a ambos, en la que era la primera vez que Enrique lo veía admitir que algo le superaba.

–Todo esto implicaría –intervino Ramón– que Alejandro Martínez, mediante soborno y otras presiones que aún desconocemos, ha empujado por la puerta trasera la recalificación ilegal de unos terrenos que ahora le pertenecen, multiplicando por cinco su valor de mercado y propiciando, además, que se pueda realizar un proyecto hotelero en la propiedad, tal y como se filtró a la prensa hace unas semanas.

Enrique miró a Ramón y asintió. Un chico avisado y también al día, lo cual era tanto o más importante que lo primero.

–No creo entonces que le hiciera mucha gracia lo que apareció en los periódicos, como bien dices. Y ni mucho menos las muertes de los anteriores propietarios, dado que se ponía en el punto de mira innecesariamente –apuntó Casto–. Por lo que sigo sin tener claro qué relación puede tener todo esto con los asesinatos de esos dos desdichados agricultores.

–Estoy de acuerdo –dijo Enrique–. Pero convendrá conmigo que, de un modo u otro, alguna relación tiene que haber, aunque no sea fácil de descifrar. ¿Alguna otra novedad con la investigación? –preguntó a su vez.

–No como tal, pero también tenemos algo. Nicolás, tu cliente, ha estado aquí. Lo han citado esta noche a las once en el paraje El Palmeral. Nos ha traído la nota con que lo han hecho. Puede que así se sucedieran también los anteriores asesinatos.

Enrique tragó saliva.

–Hemos enviado de urgencia la nota para su análisis caligráfico –prosiguió Casto–, pero no queda duda de que es del mismo puño y letra de la persona que escribió las misivas a Francisco y Santiago. Las he comparado con las que tú y Nicolás habéis recibido hasta ahora y salta a simple vista que la letra no coincide. Por tanto, es de suponer que este mensaje no es de nuestro joven y querido amigo uruguayo. Además, sin cómplices, lo habría tenido difícil estando aún incomunicado y entre rejas.

–¿Qué vais a hacer? –preguntó Enrique alterado.

–Observaremos desde una distancia prudencial. Le hemos dado instrucciones a Nicolás de que no tome ni beba nada que se le ofrezca y de que, si detecta cualquier tipo de peligro, levante el brazo izquierdo a modo de señal para que podamos intervenir de inmediato. El interrogatorio conjunto al uruguayo deberá esperar un poco más.

–¿Qué decía la nota? –insistió Enrique.

Casto levantó el teclado de su PC y cogió un papelito que se ocultaba debajo.

–Mira, la he copiado justo aquí: «A las 11 de esta noche en El Palmeral. Ven solo, recuperaremos lo que es nuestro». Cómo te decía –continuó Casto–, no corresponde con la nota que recibiste en el parabrisas ni tampoco con la que nos trajo Nicolás anteriormente, ambas supuestamente de Horacio. Sin embargo, todo apunta a que está escrita con la misma caligrafía que las que encontramos bajo los cuerpos de Santiago y Francisco.

Enrique sufrió un pálpito tras leer el texto. Eso significaba que Nicolás estaba en grave peligro. Las continuas e inquietantes frases que iban dejando a unos y otros... Todo aquello era de locos. Había que pararlo ya. Aunque no tuvieran todas las pruebas, resolvió que era hora de localizar a Alejandro Martínez y poner las cartas sobre la mesa. Y, si se demostraba que además era culpable, aunque fuera de forma indirecta, del asesinato de dos hombres, él mismo se encargaría de que recayera sobre él todo el peso de la justicia.

–Son las nueve. Ramón, cenemos algo antes –sugirió Casto.

–Me gustaría ir con vosotros –propuso Enrique.

Ramón lo miró sorprendido. Casto hizo una pequeña mueca, como si ya de antemano pudiera esperar una reacción así.

–Eres como tu abuelo, Narváez, terco y tenaz. Pero no podemos permitirlo, podría ser peligroso. Esto no es una excursión al registro de la propiedad.

–Lo sé, asumo los riesgos –expresó convencido Enrique–. Pero Nicolás es mi amigo y mi cliente. No me perdonaría jamás que le pasara algo.

–Está bien –accedió de forma sorprendente el teniente Perea–, pero te quedarás en el coche en todo momento. Será bajo tu responsabilidad y, si alguien me pregunta alguna vez, me desentenderé del asunto y diré que pasabas por allí y te metiste en el coche sin autorización. Y ahora, vamos a comer –resolvió sin más.

Salieron del cuartel y pidieron un bocadillo de carne mechada en el bar de enfrente, por ser la especialidad de la casa. Por un momento, Enrique olvidó que estaba con dos guardias civiles en la antesala de una importante misión y se sorprendió al descubrirse hablando con sus acompañantes de temas tan amenos como el fútbol, los bares con las mejores tapas de la zona o los cantautores clásicos de flamenco preferidos por Casto Perea. El teniente, a pesar de la idea preconcebida que tenía de él, resultó ser un gran conversador y un gran apasionado del mundo de la música flamenca. Poco después, sin embargo, cuando se dirigían de nuevo al cuartel, los rostros de los agentes cambiaron. Eran poco más de las diez de la noche y tenían que localizar y fijar una buena posición para observar el esperado encuentro.

Casto explicó a Enrique que había montado un pequeño operativo precisamente con los dos compañeros que salían de su despacho cuando llegó él.

Ellos dos tapanían la principal vía de salida desde el paraje El Palmeral, que consistía en un angosto camino de tierra poco transitado, y Casto y Ramón estarían al otro lado, a unos cien metros a campo abierto, agazapados y observando cualquier detalle a la espera de una intervención directa con o sin señal de Nicolás, según se diera. A Enrique le parecieron pocos efectivos para un posible asesino en serie y, en cierto modo, un plan bastante arriesgado, pues cabía la enorme posibilidad de que el atacante pudiera escapar a pie campo a través. Así se lo hizo notar al propio Casto. Fue Ramón quién contestó:

–Narváez, las muertes no han sido violentas –replicó–, sino por un veneno

que tiene efectos fatales apenas minutos después de ingerirse. Estoy seguro de que iba mezclado con una bebida o alimento que el propio asesino ofrecía, pues ninguno de los cuerpos presentaba síntomas de pinchazos, violencia ni nada por el estilo. Es decir, creemos que físicamente no se trata de una persona poderosa (suponiendo que sea una y no varias), pero sí podemos afirmar que intelectualmente estamos frente a alguien muy por encima de la media. No teníamos más efectivos para montar algo más grande y, como sabes, nos han avisado hace apenas un par de horas. Sin embargo, si es el asesino y cree que esta vez puede repetir su hazaña, está equivocado.

Aparcaron el coche antes de llegar al paraje El Palmeral, en el límite de las últimas casas que se desperdigaban y delimitaban el final del pueblo, en una vía principal aunque escasamente iluminada. Anduvieron campo a través casi un kilómetro y tardaron más de un cuarto de hora en llegar a la posición indicada, pues no querían dar ninguna pista al posible asesino con la posibilidad de ver un coche patrulla cerca. Fue imposible incluso para Casto conseguir que Enrique esperara en el interior del vehículo; ambos sabían de antemano que les acompañaría, a pesar de las protestas del teniente. El Palmeral era una pequeña extensión de terreno elevada en cuyo centro se alzaba una pequeña colina con tres grandes palmeras que desentonaban totalmente con el resto de flora de la zona, repleta de olivos por un lado y almendros por otro. Casto se agazapó tras un olivo y Ramón y Enrique tras otro, que rezó para que su alergia al polen de esos árboles no le jugara una mala pasada. Desde su posición, veían a la perfección la pequeña colina, coronada por las tres solitarias palmeras. Era un escenario, sin duda, peculiar, en el que la pequeña loma, con su particular vegetación en la cúspide, hacía de oasis en medio de aquel inmenso manto de olivos y almendros.

Quedaban aún veinte minutos para la hora del encuentro. El silencio era absoluto, interrumpido solo a veces por los grillos y por los pequeños sonidos propios de la fauna y la noche de un lugar tan puramente campestre como aquel. Casto había dado instrucciones a Ramón de que vigilara sus espaldas, pues no descartaba que el remitente del mensaje a Nicolás apareciese campo a través y de improviso. Estaba seguro de que era alguien que tenía que conocer bastante bien la zona para haberlo citado precisamente allí. Al menos Enrique se sintió aliviado por tener a Horacio entre rejas. Aunque le asustaba no saber a quién podrían encontrar esa noche, a pesar de suponerlo inocente de los asesinatos, tener al nieto de Teodoro Martínez a buen recaudo le infundía cierta tranquilidad, ya que le causaba un estupor casi insoportable

imaginar la posibilidad de que un individuo solitario, delgado y con el rostro y ropas de otro hombre que vivió allí mucho antes, se les apareciese de repente cual espectro para darles el susto de sus vidas.

Menos de cinco minutos después, gracias al abrigo de una luna creciente, pudieron ver cómo un hombre se aproximaba colina arriba hacía el centro del montículo en el que se asentaban las exóticas palmeras. A Enrique no le costó mucho descubrir que se trataba de Nicolás; su pequeña pero a la vez recia figura era inconfundible. Estaban a una distancia más que razonable pero, a pesar de la buena visibilidad, era de noche y la luz no daba para mucho más. Nicolás, en la zona más alta, caminaba dando vueltas en círculos. Enrique se imaginó en la piel de aquel pobre hombre, esperando no sabía a quién ni qué, y con el cercano precedente de sus vecinos aún marcado en su cabeza.

Pasaban ya varios minutos de las once de la noche y no aparecía nadie más. A Enrique se le estaba haciendo eterna la espera, preso de los nervios y el frío. Pasó un tiempo más, no supo adivinar si cinco minutos o una hora y, de repente, cuando sus pulsaciones comenzaban a bajar y la relajación se iba apoderando de su cuerpo, pudo apreciar cómo una sombra se aproximaba ligera desde el otro lado del montículo. Le dio un vuelco el corazón. Un individuo en la penumbra caminaba sigilosamente hacia Nicolás. No se podían distinguir sus rasgos. ¿Podría ser Alejandro Martínez o se trataba de un completo desconocido? Nicolás estaba frente a él, esperando ahora quieto a que el otro terminara de ascender por la pequeña ladera. Casto había traído unos prismáticos y Enrique pudo ver cómo se acomodaba desde su posición para no perder ni un detalle de lo que ocurría más arriba.

Aparentemente, no se saludaron siquiera, simplemente comenzaron a hablar y tardaron más bien poco en hacerlo acaloradamente. ¿Acaso se conocían de antemano? Desde esa distancia, Enrique no podía distinguir quién era el otro, pero era evidente que sí se conocían. Los agentes aguardaban atentos, conteniendo la respiración. Casto sabría ya, gracias a sus potentes prismáticos, la identidad del misterioso acompañante de Nicolás. A pesar de ello, permanecía callado e inmóvil, tumbado boca abajo y con los codos en el suelo, sujetando los prismáticos firmemente y profundamente concentrado, como si quisiera escuchar lo que se estaban diciendo a cada momento y en ese apartado lugar aquellos dos hombres. De pronto, Enrique contempló con pavor cómo otra sombra surgía por el otro lado, aproximándose lenta y sigilosamente por la espalda de Nicolás, que no se había percatado en absoluto, pues estaba demasiado metido en la discusión

que tenía con el primero. Gritaba tanto que ya casi podían distinguirse sus palabras. El hombre que se acercaba cautelosamente por la espalda portaba un objeto en la mano. Era algo relativamente grande, aunque no se distinguía claramente desde tan lejos. Podía ser una botella o un cuchillo. Casto, que a buen seguro sí había visto lo que era, no necesitó más para decidir intervenir y salió disparado hacia la colina, sin dar siquiera la señal de aviso a su compañero, el sargento Ramón Pérez.

Con un gesto vertiginoso, Ramón se incorporó y lo siguió a la carrera, dejando a Enrique solo tras su olivo, agazapado y sin saber si seguir a los guardias civiles o quedarse donde estaba. Sintió de nuevo un temor repentino y se quedó paralizado. Si esos hombres eran peligrosos, tal y como sospechaba, faltarían efectivos con solo cuatro agentes. Y eso contando con que salieran por la vía principal donde los otros dos pudieran tener alguna posibilidad de detenerlos y no les diera, como se había figurado de antemano, por huir atravesando el monte.

Enrique se puso en cuclillas, sin despegar la mirada de la colina, y dio unos pocos pasos, vacilante, observando como espectador privilegiado la carrera de Casto aproximándose al lugar de los hechos junto a Ramón, que ya lo había alcanzado y estaba a punto de sobrepasarlo. El teniente gritaba a viva voz:

–¡Alto, Guardia Civil! ¡¡Deténganse, Guardia Civil!!

Ramón no decía nada. Probablemente intuía lo que iba a suceder.

Nada más ver aproximarse a los agentes, el que se acercaba por atrás aceleró el paso para llegar a la posición de Nicolás, que aún no había detectado su presencia, y le propinó un solemne botellazo en la espalda, haciendo que el agricultor cayera aparatosamente de bruces al suelo. Acto seguido, ambos se lanzaron a correr campo a través. Pero no se fueron ni por el camino principal ni por la senda del paraje por la que había aparecido Nicolás y el primero de ellos, sino que trazaron una perpendicular por la ruta por la que había aparecido el segundo agresor, serpenteando entre los olivos. A media distancia entre el árbol que lo había resguardado y la colina, Enrique pudo ver corriendo entre los árboles un rostro conocido. Y a su vez, un rostro duplicado. Se trataba, nada más y nada menos, que de los hijos gemelos de Santiago Vázquez. Boquiabierto ante la escena, el joven abogado pudo contemplar a los peculiares hermanos, con Ramón y Casto pisándoles los talones, lanzados a la carrera tras sus nuevas presas, aunque era evidente que, dada la distancia que los separaba, el terreno, la iluminación y las

circunstancias, los agentes no podrían ganar aquella persecución. Al poco, solo quedó Ramón a la zaga, que no tardó mucho más en desistir. Casto se había parado poco antes, encorvado y con las manos sobre las rodillas, totalmente exhausto. Al poco, Enrique, que había correteado de forma inconsciente también tras ellos, pudo ver cómo los hermanos desaparecían definitivamente de su vista y de la de los agentes entre la maleza.

Casto y Ramón dejaron la carrera y se dieron la vuelta para regresar a pie hasta la colina en la que habían agredido a Nicolás. Enrique trazó una diagonal y se cruzó a los agentes camino de vuelta, con el corazón más acelerado que nunca, mientras escuchaba cómo Casto daba una corta descripción de los individuos por radio y pedía refuerzos. Sabían quiénes eran, lo que era toda una ventaja. No hacía falta perseguirlos por el monte y, con su huida, no hacían sino confirmar las sospechas de todos. Podían haber asesinado a Francisco, pero, ¿habían sido capaces de hacer lo mismo con su propio padre?

Preocupados por la suerte de Nicolás, los tres juntos emprendieron la pequeña subida a la colina, con los agentes ya algo más recuperados tras la intensa carrera. Cuál fue su sorpresa cuando vieron que en el sitio en el que habían dejado escasos minutos antes al agricultor, no había nada ni nadie. Nicolás se había esfumado, parecía haber desaparecido como por arte de magia. Casto y Ramón inspeccionaron apresuradamente los alrededores y no encontraron nada que pudiera aportar pista alguna de su paradero. Esperaban encontrar fundamentalmente huellas de neumáticos a pocos metros. Un coche podría haber estado parado al otro lado de la colina, fuera totalmente de la visión de Casto, Ramón y Enrique y haberse llevado así a Nicolás. Lo más probable era que, con el fragor de la carrera, no hubiesen escuchado el sonido del motor. El terreno allí era especialmente duro y, debido a ello, no pudieron confirmar sus sospechas más inmediatas. Un fuerte sentimiento de culpabilidad se adueñó de Enrique, porque, de forma inconsciente, había dejado solo y malherido a Nicolás en pro de una persecución a medias que sabía inútil de antemano.

La severa mirada de Casto se posó sobre el joven abogado.

—¡Ya que no has consentido en permanecer en el coche, al menos tendrías que haberte quedado en la posición de vigilancia, alejado del peligro, desde donde podrías haber visto lo que sucedía en la colina! —le gritó enfurecido—. ¿Qué creías, que ibas a detener tú a esos dos granujas?

Enrique apenas lo escuchaba. Su mente iba por otros derroteros. Sin saber

por qué, cayó en la cuenta de la hermana de los gemelos. Podía ser que, aunque no la hubieran visto, hubiese participado de alguna forma en la escena. Nicolás estaba aturdido, puede que inconsciente, ¿podría haberlo sacado ella de allí en los escasos tres minutos que se sucedieron desde el inicio de la huida y su regreso al punto más elevado de la colina? Dudaba que pudiera haberlo hecho ella sola. ¿Habría más cómplices entonces? Le costaba creer que, después del fuerte impacto que él mismo había visto con sus propios ojos, Nicolás se hubiese levantado tan rápidamente y hubiese huido por su propio pie.

–Teniente, con y sin él, habríamos tenido el mismo resultado –comentó Ramón, conciliador–. Si no hubiese venido, la posición de vigilancia habría estado sola igualmente. Quizá tendríamos que haber pedido refuerzos de emergencia.

Casto, que no quería ni oír hablar de un posible error suyo, evitó seguir con la conversación y, en lo más alto de la colina, replicó:

–Aquí no tenemos nada que hacer ya. Vamos a la casa de Nicolás; está mucho más cerca que su finca –propuso Casto–. Ramón, insiste con la alarma de búsqueda y captura a los sujetos. Esto podría ser aún más grave.

–¿No vamos a la casa de los gemelos? –inquirió el sargento.

–Voy a enviar allí a la patrulla de apoyo que viene desde Berges, por si detectan algo sospechoso. En cualquier caso, te aseguro que no van a estar en su casita sentados en el sofá y esperándonos.

Subieron al coche. Por el camino, Ramón probó a llamar al móvil de Nicolás pero, tal y como esperaba, estaba apagado. Aún no se explicaban qué había podido suceder ni lograban encadenar de forma lógica los sucesos de la última hora.

Unos minutos después, pasada ya la medianoche, Casto aporreaba la puerta de la casa de Nicolás. La vivienda se encontraba en una plazoleta de suelo adoquinado que contenía una pequeña pero ostentosa fuente en una de las esquinas. Una vecina de avanzada edad, vestida con un camisón color azul chillón, asomó por la puerta de la casa de al lado:

–¿Qué es todo este escándalo? –preguntó encrespada, a pesar de ver que se trataba de agentes de la Guardia Civil.

–Señora, ¿sabe dónde está su vecino? –le replicó Casto con otra pregunta, sin preámbulo ni tacto alguno.

La anciana negó con un gesto de la cabeza.

–Estará de pilinguis –respondió con toda la naturalidad–. No es seguro,

pero se dice que todos los meses se va un día o dos por ahí a dar rienda suelta a sus vicios.

–Está bien, señora, gracias por la información. Permanezca en su casa entonces –y volvió a aporrear la puerta, con Ramón y Enrique cubriéndole las espaldas.

La anciana no dijo el comentario con maldad alguna, es más, lo soltó más bien con cierta sorna. Era evidente que Nicolás no estaba en un prostíbulo aquella noche. «Ojalá hubiese sido ese el motivo de su ausencia», pensó Enrique. En realidad, la confesión de la anciana no le sorprendía, no se podía juzgar a Nicolás por aquello. Él era un hombre que había vivido la mayor parte de su vida solo. Según le contó su abuelo, cuando era muy joven, iba a casarse con una de las mujeres más ricas del pueblo, pero tan solo unos días antes de la boda sucedió algo entre ellos y todo se fue al garete. Poco después, ella sí se casó, pero él había permanecido soltero hasta entonces. Era comprensible que, en su soledad, buscara no únicamente compañía, sino también la satisfacción de sus instintos más primitivos de vez en cuando.

–Vamos a entrar en la casa –dijo Casto decidido y con los ojos fijos en la oscura puerta.

–¿Así, sin orden judicial, sin más? –preguntó Ramón sorprendido.

–Sí. Estábamos en una persecución y creímos que los agresores se habían metido dentro. ¿Entendido? Aparta de ahí –le dijo al sargento desdeñosamente mientras sacaba su pistola–. No me perdonaría que estuviese ahí dentro y le pasara algo –añadió, como para justificar de antemano su discutible actuación.

Otro coche policial apareció desde el final de la calle con las luces de la sirena encendidas. El vehículo se detuvo a escasos metros y dos agentes se bajaron. Eran los dos guardias civiles que habían estado vigilando el camino de salida de El Palmeral. El agente Castillo era un hombre de pelo corto y canoso, con una mirada penetrante. El otro, un tal Díaz, era mucho más bajo, también canoso (en cuanto al escaso pelo que aún mantenía en la cabeza), y poseía unos ojos enjutos que, en su caso, ocultaban una distraída mirada.

–Teniente, la vivienda de los gemelos está vacía –dijo Castillo vacilante nada más apearse del vehículo–. Por casualidad, un vecino que estaba asomado al balcón nos ha dicho que vio a la hermana salir ayer de la casa con una pesada maleta. Sin embargo, sí que tenemos noticias del cuartel...

–Habla rápido, Castillo, joder –le recriminó Casto impaciente–. ¡Sácate la patata de la boca o mañana mismo te abro un expediente y te envío a limpiar

acequias hasta que te jubiles! –le dijo a gritos, fuera de sí.

Casto estaba perceptiblemente alterado. A pesar de sus años de servicio, era evidente que situaciones como aquella no eran habituales, y su fuerte temperamento le estaba jugando una mala pasada. A Enrique no le preocupaban sus rudas formas siempre y cuando su mente actuara con la claridad y celeridad necesarias para afrontar una situación como la que tenían delante. Castillo se cuadró, probablemente de forma instintiva, y añadió entrecortado:

–Teniente, acabamos de recibir aviso desde el cuartel de que un tal Rodolfo Barrilado acaba de denunciar la desaparición de Alejandro Martínez, el multimillonario que dice ser el nuevo propietario de las tierras que anteriormente pertenecían a los difuntos Santiago Vázquez y Francisco Carmona.

Casto miró a Enrique y Ramón desconcertado, como si quisiera volver a escuchar la información.

–Al parecer, lleva unas 48 horas sin dar señales de vida –continúo Castillo– y fue visto anteayer en un hotel cercano a Laujar por última vez por el propio denunciante, el tal Rodolfo, quien dice ser su chófer.

Casto se dio media vuelta sin decir ni una palabra y disparó repentinamente a bocajarro a la oxidada cerradura, que saltó por los aires de inmediato. La anciana, que seguía en la puerta, se llevó la mano a la boca, tapándose de espanto ante el estruendo, y se metió apresuradamente en su casa. Segundos después, el teniente propinó una patada seca a la vieja puerta de madera, que se vino abajo de inmediato tras una intensa nube de polvo. Enrique miró instintivamente a las ventanas y los balcones, pero no vio a nadie. En busca de miradas indiscretas y cortinas que se cerraran apresuradamente, no pudo detectar ni un mínimo movimiento entre los cristales, rejas y persianas de aquella plaza.

–Castillo, Díaz, quedaos aquí fuera –gritó Casto–. Narváez, no te muevas tampoco de ahí. Meted a los vecinos en sus casas de inmediato si a alguien le da por asomar las narices.

Los agentes asintieron. Casto añadió:

–Vamos, Ramón. Echemos un ojo.

Pistola en mano, Casto se adentró en la casa, seguido del sargento Ramón Pérez. Enrique no se terminaba de creer la escena que estaba viviendo. Se quedó en la puerta, junto a los nuevos agentes, con los nervios a flor de piel, más aún sabiendo de la también inesperada desaparición de Alejandro

Martínez. ¿Qué estaba pasando? ¿Quién estaba detrás de todo aquel bucle de misterios, crimen e intimidación? ¿Por qué habían golpeado los gemelos a Nicolás y huido de esa manera?

Con el paso de los minutos, le quedaban cada vez menos dudas de que los hermanos Vázquez estaban detrás de todo aquello. Era sabido que Francisco Carmona era un vecino impresentable que no trataba como debía a su esposa Teresa, precisamente la mujer de la que uno de ellos había estado perdidamente enamorado durante toda su adolescencia. Santiago Vázquez era un padre borracho que no se preocupaba por su finca y no pensaba más que en beber. Nicolás, un vecino rudo y soberbio que los miraba constantemente por encima del hombro. Y, para rematarlo, Alejandro Martínez: un empresario que pretendía quedarse con todo lo que ellos anhelaban. Un minuto después, se había encendido la luz en su cabeza y no le quedaba duda alguna de que los gemelos habían sido los responsables de los crímenes cometidos, incluyendo las últimas desapariciones de Nicolás y Alejandro Martínez. Le parecía que todas las piezas terminaban de encajar en ese complejo rompecabezas.

Se alejó unos metros y comenzó a cavilar, dando vueltas en círculo en la pequeña plazoleta, intentando hacerse una idea lógica de lo ocurrido. Los gemelos eran ambiciosos, eso lo sabía. El propio Nicolás le había confesado que habían intentado comprarle la finca sin consultar siquiera con su padre. Todos los crímenes cometidos facilitaban sus intereses a corto y medio plazo para hacerse con toda la extensión de terreno que en su día perteneció a Teodoro Martínez: Teresa vendería sin su marido, por lo que solo había que quitar a Francisco de en medio. Subestimaron a su propio padre y, por ello, también tuvieron que eliminarlo del tablero. Nicolás no tenía descendencia, sería fácil comprarle la finca a los parientes que la heredaran. Pero con lo que posiblemente no contaban era con la intromisión de Alejandro Martínez. Eso había complicado las cosas. Probablemente, la idea era deshacerse de Francisco antes de que se formalizara la venta con Alejandro, pero todo se había precipitado. Y su propio padre, Santiago, había aceptado la oferta del famoso empresario sin siquiera intentar negociar para obtener un mejor precio o tener mínimamente en cuenta la opinión de sus hijos. ¿Era posible que hubiese estado tan ciego todo ese tiempo? Él, que estaba intentando cerrar el guion de su primera película, no entendía cómo unas conexiones que ahora se le antojaban evidentes habían escapado a su razón tras tantas horas de reflexiones.

Además, estaba la cuestión de la caligrafía de las notas. Unas eran diferentes de otras, pero, en este caso, la explicación le parecía aún más sencilla. Con gran clarividencia, pudo adivinar que probablemente habría sido un hermano diferente el encargado de escribir unas u otras. Esa explicación encajaba a la perfección.

–Narvárez, entra –oyó que gritaba de pronto Ramón con una voz ahogada.

Enrique echó a correr hacia el interior de la vivienda. Había estado solo una vez en la casa de Nicolás, la ocasión en la que fue con su abuelo a proponerle que le dejara llevar su defensa.

Encontró a Ramón y Casto hipnotizados, mirando los cajones de una de las cómodas de la habitación de Nicolás. La luz principal de la habitación no funcionaba y habían encendido la lámpara de la mesita de noche. Casto jadeaba. A Enrique le sorprendió que siguiera cansado y dio por hecho que el motivo era la tensión acumulada.

Ramón tenía una nota más en las manos. Del mismo puño y letra que la encontrada junto a Francisco y Santiago. Eso solo podía significar una cosa: Nicolás había ocultado a los agentes y al propio Enrique que también había recibido otras amenazas. No se molestaron ni en leerla en detalle, pues el contenido era similar a las otras. Estaba relacionada con la tierra y, fuera de contexto, quedaba en un inexplicable vacío interpretativo. Le parecía que la letra podía ser de Horacio. Dejaron la nota y Ramón indicó con un gesto a Enrique que lo siguiera.

Pasaron a través de la cocina y salieron al pequeño patio interior. Enrique se acordó del gran dalmata que tenía Nicolás, al que no se veía en la que se suponía debía ser su casetilla habitual. Los tres pudieron comprobar que media casa estaba patas arriba, aunque donde más se notaba la evidencia del destrozo era allí. Alguien había estado removiendo todas las cajas, herramientas y otros utensilios, la mayoría de ellos esparcidos por el suelo y entremezclados de mala manera en todas direcciones. Justo en el centro, encontraron una gran cuerda, extendida de un extremo a otro. Pero la composición era extraña, como si alguien hubiese estado cortando trozos precipitadamente, pues había restos de pequeños pedazos a uno y otro lado. Parecía obvio que habían entrado en la casa de Nicolás y habían estado revolviendo sus cosas. La cuestión era qué estarían buscando quién o quiénes y si finalmente lo habían encontrado.

–¿Qué puede significar esto? –preguntó Ramón.

–Yo no le daría excesiva importancia a la sogá –comentó Enrique–.

Nicolás es agricultor e incluso ha llegado a tener bestias como mulas o burros. La habrán usado para amarrar algo. Me preocupa más todo este revuelo. Alguien ha estado husmeando con demasiada prisa aquí –miró arriba, intentado encontrar posibles fisuras por las que alguien hubiese podido entrar–, aunque no sé si ha terminado de encontrar lo que buscaba. Quienquiera que fuese, no ha tenido mucho tiempo.

Los agentes lo miraron entre inquietos y desconsolados y, de pronto, su vista se unió a la de ellos. En una de las esquinas, colgado de una viga del techo, yacía ahorcado el enorme perro, un magnífico ejemplar de dálmata, con un rictus tan desagradable que Enrique jamás podría olvidar.

Presa de las náuseas ante aquella macabra imagen, se metió de nuevo en la habitación con Casto y Ramón pisándole los talones. Un pitido familiar seguido de la voz de una mujer irrumpió de pronto en la sala. Era la radio del teniente, que confirmaba a los agentes que, en la casa de los sospechosos, en este caso los ya famosos gemelos, no había rastro alguno de actividad. «Por tanto, es cierto, la hermana tampoco está ya allí», concluyó Enrique.

–Está bien, vamos a su finca –resolvió Casto de nuevo–. Tenemos que encontrar algo que nos dé alguna pista de su paradero. –Hizo una pausa, y más para sí que para los demás, dijo en voz alta–: Me gustaría saber dónde están escondidos ahora mismo esos truhanes.

Salieron precipitadamente de la casa, de nuevo hacia el coche patrulla. Casto ordenó a Díaz y Castillo que se quedaran vigilando la vivienda de Nicolás; necesitaba a dos agentes en la puerta por si aparecía el propio dueño o ante cualquier otra eventualidad que pudiera ocurrir. Tendrían que ocuparse del perro después. Ya en el interior del coche, exaltado, el teniente solicitó más refuerzos. Desde Berges tendrían que enviar necesariamente más efectivos. Dio la descripción lo mejor que pudo de los dos sujetos, prácticamente idénticos salvo por el corte de pelo.

Durante el trayecto, Enrique intentó exponer brevemente a los agentes las conclusiones extraídas unos minutos antes. Sabía, por conversaciones previas, que a ambos les preocupaba especialmente el móvil de los crímenes. Enrique lo expuso lo mejor que pudo. En ese momento, ya le parecía evidente: los gemelos aborrecían a Francisco por ser un pésimo agricultor y malvender sus tierras a Alejandro Martínez sin apenas luchar, y odiaban a su padre, un borracho que también se despreocupaba de todo hacía años y que se pasaba el día bebiendo whisky barato y vino de cartón en el sofá. Y a Nicolás, ese vecino soberbio al que no tragaban. En resumidas cuentas,

habían diseñado un proyecto de futuro que pasaba por que todo el terreno acabara siendo suyo, por lo que tampoco podían permitir que de pronto un ricachón metiera las narices. Si se confirmaba la desaparición de Alejandro, todo podría llegar a estar incluso más claro, pues, tras Nicolás, era la única persona que les quedaba por tachar del mapa. Con tal caos, pronto podrían comprar los terrenos a precios favorables. Las muertes pararían la recalificación, estaba seguro de que ellos por su cuenta estaban luchando por detenerla también, pues sabía de buena tinta por Noelia que, al menos Javier, el gemelo del flequillo, había estado varias veces en el ayuntamiento en los últimos días, aunque no había podido averiguar exactamente para qué. Si sus planes se cumplían, ellos quedarían como únicos potenciales compradores. Los representantes de Alejandro Martínez no tendrían más remedio que vender. Por último, la adquisición de la parte de Nicolás, sin hijos y solo con parientes lejanos a los que probablemente no les interesaría conservar ese terreno sin cultivarlo, supondría solo un mero trámite basado en una cuestión de dinero.

Llegaron a la puerta de la finca de Nicolás, en la que un gran cortijo de una sola planta con un enorme parral junto a la entrada resguardaba la verja. Enrique sabía que a veces su cliente dormía allí, al igual que muchos otros vecinos, pues había días que no salía para nada de la finca y, aunque el pueblo estaba a escasos kilómetros, un hombre como él disponía de todo lo que necesitaba para un corto periodo de tiempo. Sin embargo, no creía que lo encontrarán. Si Nicolás había logrado escapar por su propio pie, algo que dudaba sobremanera, quizá estuviese ante un ataque de pánico vagando entre un mar de castaños y olivos.

La oscuridad en el camino de grava era absoluta. La bombilla de la farola que coronaba la pequeña construcción estaba fundida. Casto puso el vehículo de manera que los focos apuntaran directamente a la desgastada puerta verde que, a buen seguro, también estaría dispuesto a forzar para entrar. Apagó el motor. Reinaba un silencio sepulcral. A la derecha de la puerta se extendía otra portezuela más grande, una valla metálica, que daba paso al camino privado que se adentraba en el interior de la finca.

La escena se volvió a repetir y un disparo seco retumbó en mitad de la noche alpujarreña. El aletear de unos pájaros cercanos alzando el vuelo fue todo lo que pudo escuchar Enrique tras la detonación. La vieja puerta se abrió parsimoniosamente provocando un insoportable chirrido. Instantes después, volvía a reinar la calma.

–Quédate en el coche y pon los seguros, Narváez –le indicó el teniente.

Enrique no conocía la disposición interior del cortijo de Nicolás, pero al entrever la habitación que se abría ante ellos, intuyó que sería similar a la que se estilaba por la zona. Habitualmente, en ese tipo de construcciones para el campo se presentaba una sala de estar con amplia chimenea en la que solían acabar los muebles y sofás en su último retiro y que, normalmente, se encontraban arropados a su vez por una pequeña hornilla o un intento de cocina más o menos aceptable empotrado en una de las paredes. En otra estancia, solía tener cabida la máquina de riego, abonadora, herramientas de campo, carros y resto de utensilios importantes. A veces se encontraba todo en un mismo espacio. Por último, la habitación restante solía corresponder al cuarto de baño. Así era el pequeño cortijo de su abuelo y así se distribuían la mayoría de los que había visitado. Mucha gente de la comarca disfrutaba pasando fines de semana enteros algo más alejados de toda civilización, aunque Enrique no le veía mucho sentido pasar allí más tiempo del estrictamente necesario. En cualquier caso, a fin de cuentas, se trataba de una vieja costumbre que gente como Nicolás y algunos vecinos seguían de vez en cuando, y otros, como sus abuelos, no lo hacían desde hacía décadas.

Enrique se metió en el coche y puso el cierre por dentro, mientras veía cómo los agentes entraban uno detrás de otro en un lugar que ya se percibía de antemano totalmente vacío. Segundos después, una endeble luz germinó del interior y, a través del espacio que dejaba la puerta entreabierta, Enrique vislumbró desde su asiento las siluetas de los dos guardias civiles, tan distintos entre sí, caminando precipitadamente de un lado a otro, buscando cualquier pista que pudiera hacerles dar con el rastro de Nicolás o los gemelos.

La espera en el interior del vehículo se le hizo insoportable. Casto y Ramón habían pasado a la habitación interior y, por momentos, Enrique se sintió completamente abandonado al no percibir las figuras de ninguno de sus acompañantes. De nuevo, le invadió un fuerte sentimiento de desamparo. No sabía en realidad qué hacía allí, probablemente estaba resultando ser más un estorbo que otra cosa. Recapacitó y se dio cuenta de que, minutos antes, cuando proyectaron ir de la casa a la finca de Nicolás, en ningún momento se había planteado siquiera quedarse en tierra. En ese espacio de tiempo, no tenía miedo ante una amenaza real hacia su persona como tal, aunque era consciente de que los hombres que habían acabado con la vida de otros dos bien podían llegar a ser muy peligrosos. A pesar de todo, su ya instalado de

forma permanente sentimiento de soledad le ganó la partida una vez más a cualquier otro. A fin de cuentas, pensaba que, si le pasaba algo, tampoco tenía a nadie que le estuviera esperando, salvo sus abuelos y su hermana. Su vida sentimental había sido un completo fracaso hasta entonces. Esos repentinos pensamientos hicieron que el desamparo tornara rápidamente en tristeza al verse metido de pleno en la treintena, sin un plan de futuro en lo personal ni en lo laboral. «Básicamente, estoy perdido en la vida y esta situación en la que me encuentro ahora mismo, en este coche patrulla en medio del campo, no es más que una peculiar metáfora de ello».

Ramón Pérez asomó por la puerta y le hizo un gesto a Enrique para que se acercara. Éste, sorprendido, dejó sus pensamientos a un lado y bajó raudo del coche para adentrarse en el cortijo, expectante de nuevo ante lo que pudiesen encontrar esta vez. Justo antes de pasar el umbral, llamaron momentáneamente su atención una serie de iniciales pintadas en la fachada, encima de la puerta, en las que no había reparado desde el coche.

Bajo la tenue luz, encontró a Casto esparciendo encima del sofá una serie de fotografías y documentos entre los que se hallaba lo que parecía ser un diario, ¿de dónde lo habían sacado y de quién era? Nicolás no era precisamente de los que parecía escribir sobre sentimientos. Ramón se acercó a una vieja cómoda cuyo cajón inferior estaba abierto y extrajo algunos papeles más que echó encima del montón. El sargento tragó saliva, en un gesto que manifestaba que también estaba especialmente tenso. Enrique, que no lograba entender qué era aquello, se inclinó sobre la cama y comenzó a mirar en detalle el papeleo ante la exigua iluminación.

De nuevo, el corazón comenzó a latirle apresuradamente. Entre los documentos, se encontraba una fotografía de Alejandro Martínez, otra de Francisco Carmona y otra de Santiago Vázquez. Les dio la vuelta una a una por si al dorso podía encontrar algún dato o explicación razonable. No había nada.

Como un loco, siguió rebuscando junto a los agentes entre los documentos y fotografías, desesperado por encontrar respuestas. ¿Qué hacía todo aquello allí? Para su asombro, se toparon con dos imágenes más: en una, el gemelo del flequillo, y en la otra, su hermano, dos figuras calcadas salvo por las pequeñas diferencias en el peinado, de lo que se deducía que debían ser fotografías relativamente recientes.

Siguió escudriñando cada vez más rápidamente entre el mar de papeles hasta que encontró algo que lo dejó sin aliento. Era su propia imagen. Se

quedó petrificado, con la fotografía entre sus manos mientras se la mostraba a Casto y Ramón, que tampoco daban crédito a lo que veían. Se trataba de una foto de carnet que databa de algunos años atrás, cuando tendría veintiséis o veintisiete años. De inmediato, le dio la vuelta. Tampoco había ninguna inscripción al dorso.

Instintivamente, lo dejó todo en el sofá y se fue a la mesita en la que minutos antes Ramón había dejado el diario. Deberían haber empezado por ahí. Las iniciales de la portada eran P.G.Z. Los agentes lo observaban ahora, también inmóviles, sin saber cómo interpretar lo que habían encontrado. Sin tener claro por qué, salió a la calle y miró la fachada del cortijo. Encima de la maltrecha puerta verde metálica, a la luz de los focos del coche, podían leerse varias siglas. Bingo. Ahí lo tenía. PGZ estaba arriba, en la segunda fila, junto a otras iniciales, las de SGZ. Las letras estaban bastante desgastadas pero, sin embargo, podían distinguirse aún con nitidez. Arriba, otras iniciales, de las que solo se podía apreciar una M en primera posición.

Entró de nuevo al cortijo. Casto y Ramón seguían con sus pesquisas, rebuscando en el resto de cajones de la cómoda sin saber a ciencia cierta qué más podrían llegar a encontrar. Hacía rato que ninguno de los tres había pronunciado palabra, pues cada uno de ellos estaba sacando sus propias conclusiones a la luz de los documentos revelados. Fue Enrique quien rompió el silencio de repente.

–¿Cuál era el nombre completo de la madre de Nicolás? –preguntó a Casto, que era más o menos de la misma edad que el propietario del cortijo en el que estaban, a sabiendas que Ramón, por su edad, probablemente no lo sabría.

–Mmm, la verdad es que no lo recuerdo –respondió el teniente pensativo.

–¿No puede hacer un esfuerzo? –insistió Enrique–. Es importante.

–¡Te he dicho que no lo recuerdo, Narváez! ¡¿Acaso te crees que puedo acordarme de todo?! –replicó irritado. Y añadió–: Apenas era un niño cuando murió esa señora. ¿Qué tiene que ver eso ahora?

–Está bien, está bien, si recuerda algo, dígamelo. Puede que su nombre empiece por P. Quizá por S –contestó Enrique enigmático.

–Pues vaya pistas que das. Seguro que ahora lo recordaré –dijo el teniente irónicamente, visiblemente malhumorado y fulminando con la mirada al joven abogado.

Enrique abrió el diario por la primera página. Era un cuaderno muy antiguo. Su forma, su olor y el propio estado de conservación así lo indicaban. Ojeó rápidamente desde la página de inicio al final y solo encontró

banalidades. Eso sí, el nombre de Sara aparecía de forma recurrente y no tardó en darse cuenta de que se trataba del diario de una mujer.

–Paloma –dijo repentinamente Casto. Ramón y Enrique lo miraron–. La madre de Nicolás se llamaba Paloma –aclaró.

–Es decir, que las siglas de arriba corresponden a su madre. Paloma G.Z. –adivinó Ramón.

–El segundo apellido de Nicolás es Zapata –dijo Enrique distraído, más para sí que para ellos.

–Zapata, eso es –confirmó Casto.

–Qué raro, eso da explicación a la Z, pero no a la otra letra. ¿Qué se nos puede estar escapando? –preguntó Enrique a su vez.

–Todo el mundo la llamaba así. La G será de su segundo nombre –apuntó Casto.

Enrique asintió no muy convencido y volvió a concentrarse en el diario. Decidió releerlo más despacio, a ver si podía encontrar algo que le diera una explicación a esa mezcla tan extraña de fotografías. El verse a sí mismo ahí, en un cajón recóndito de la cómoda que se hallaba en el cortijo de Nicolás junto a una batería de fotos que se remontaban varias décadas atrás, le causaba escalofríos. Sin embargo, no pudo entretenerse demasiado pensando en ello, ya que lo que vino justo después fue un aluvión.

Con el diario sobre sus manos, apoyado en la pared de la chimenea, las letras tomaron forma, se unieron y se fijaron a propósito, cerrando un círculo y una idea de la que inconscientemente quería escapar antes de que llegara a formarse del todo. La frase estaba incrustada entre el texto, como si no fuera nada importante, en una de las páginas centrales del raído cuaderno, y decía: «(...) padre nos lo dijo a Sara y a mí, que la tierra volverá a quienes la trabajan con sus manos...».

Cerró de golpe el diario y sintió un mareo. Se apoyó con la mano en la chimenea, las piernas le flojeaban. Marcó un teléfono y se dirigió de nuevo al exterior, en busca de un poco de aire, el mismo que le faltaba dentro. Era la una de la madrugada. Apuró hasta el último tono antes de que la voz de su abuela aflorara al otro lado de la línea.

–Abuela, necesito saber algo –dijo sin preámbulos.

–Enrique, ¿desde dónde me llamas? ¿Estás bien? Me tenías preocupada, no me podía dormir sin saber dónde estabas y te iba a llamar justo ahora mismo –dijo su abuela con tono de evidente reproche.

Enrique olvidaba la mayor parte del tiempo que en Alcor tenía que dar más

o menos ciertas explicaciones a sus abuelos; viviendo allí, era algo que entraba dentro de la normalidad. A pesar de sus más de treinta años, no quería preocuparlos ni molestarlos más de lo necesario. Esa noche, había olvidado avisar a su abuela, pues de hecho su intención era aparecer por casa para cenar. Las circunstancias habían hecho que se le pasase por completo, tan acostumbrado como estaba a no rendir cuentas a nadie.

–Estoy bien, abuela, llegaré tarde –dijo–. Luego te explico. –Y añadió–: Necesito hacerte una pregunta. ¿Tú llegaste a conocer a la madre de Nicolás?

–Sí, claro. Paloma –contestó ella sin vacilar.

–¿Paloma qué más?

–Paloma Zapata. Todo el mundo la conocía y era muy querida en el pueblo. Solo tuvo un conflicto en su vida, cuando Nicolás se fue a casar y la novia le dio plantón a última hora... Paloma la tuvo entonces con la madre de ella. Casi llegan a las manos, un escándalo, vamos. ¿A qué viene eso ahora?

–¿Cuál era su segundo apellido? –incidió Enrique haciendo caso omiso al último comentario de su abuela.

–Mmm, no me acuerdo. ¿Pero a qué vienen estas preguntas a estas horas? –insistió ella.

–Abuela, es importante. A ver, ¿quién es el abuelo de Nicolás?

–Hijo, no lo sé..., me estás asustando. Te pongo con tu abuelo. –Y desapareció tras el auricular sin previo aviso.

–Enrique, ¿qué sucede? –preguntó David Narváez con su inconfundible voz, firme, pausada y que tanta calma y serenidad le provocaba. A pesar de la hora, tampoco se había ido a dormir aún.

–Abuelo, necesito que me expliques quiénes son los padres y los abuelos de Nicolás.

Su abuelo, que a diferencia de su esposa, no solía hacer demasiadas preguntas, se lo dijo sin más.

–Su padre se llamaba Emilio Belmonte y su madre Paloma Zapata –contestó.

–¿Y sus abuelos?

–Enrique, cuando sus abuelos murieron, yo aún no había nacido. Pero creo que su abuelo paterno también era Nicolás Belmonte –hizo una pausa–. Y si no me equivoco, el abuelo materno murió al final de la guerra.

Enrique meditaba, ahora apoyado en el capó del coche patrulla, que seguía con los faros encendidos iluminando la modesta fachada del cortijo y las siglas que la adornaban, sin poder despegar la vista de ellas.

–Abuelo, en la fachada del cortijo de Nicolás están las siglas PGZ y SGZ, ¿qué significan?

–Sí, se trata del nombre de su madre y su tía. Te acabo de decir que su madre se llamaba Paloma. La tía era Sara, quizá, no lo recuerdo bien.

Todo eso ya lo sabía Enrique. Pero había algo que no cuadraba. Lo tenía delante de sus narices, probablemente sería una obviedad, pero algo estaba pasando por alto. Su abuelo, que ya no tenía más remedio que preguntar, le dijo:

–¿A qué viene todo esto ahora?

–Pues a que las siglas son PGZ... ¿Qué pinta la G?

–¿De qué me estás hablando? Así no hay quién te entienda. Pero si hablas de las siglas pintadas en la fachada del cortijo de Nicolás, te diré que pueden deberse a un segundo nombre. Paloma Guadalupe, por la virgen, o a saber.

De repente, el corazón de Enrique dio otro vuelco, uno de los tantos que llevaba ya esa noche.

–No puede ser, abuelo, la tía también lleva la G... ¿Dos segundos nombres idénticos?

–Es algo habitual... Fíjate en lo que sucede con el nombre de María y tus primas: Ana María, Rosa María... Probablemente, sus abuelos serían beatos de una virgen, casi seguro que de la de Guadalupe.

–Gracias, abuelo. Dile a la abuela que hoy llegaré tarde, no os preocupéis.

Cortó la conexión sin darle posibilidad de mucha más réplica a su abuelo, nada convencido con la explicación que éste le proponía para las siglas, por más lógica que desentrañara. Entró de nuevo en el cortijo, aturdido y con el cerebro colapsado, pensando en las fotografías que tenía Nicolás y dispuesto a escuchar el próximo paso que tuviera pensado dar Casto, esta vez ya sin él, porque se había rendido y había decidido irse a casa a la espera de que los agentes le revelaran alguna novedad del paradero de su cliente.

–Gómez –dijo Ramón, mirando fijamente a Enrique.

–¿Qué? –exclamó con voz quebrada.

–El diario es de Paloma Gómez Zapata –aclaró Ramón–. Hemos encontrado entre todo este manojito de papeles una carta que contenía, además, la foto de un hombre vestido de militar con dedicatoria en la trasera a su hija Paloma. Es decir, que, probablemente, sería su padre, el abuelo de Nicolás. El destinatario es Paloma Gómez Zapata y data de enero de 1939.

Ramón extendió el sobre a Enrique, que releyó unas cuantas líneas y echó una rápida ojeada a la foto. No le hizo falta especular demasiado para que sus

sospechas se vieran confirmadas, pues era algo que su subconsciente llevaba barruntando desde que había cruzado la puerta de ese cortijo. Las fotografías, las frases incendiarias... Todo apuntaba a ello, pero era como si, a pesar de todo, necesitara una confirmación. Algo que no dejara lugar a duda alguna. Había estado buscando un motivo, oculto tras unas siglas y un apellido. Y ahí estaba. Desorientado, se sentó en el sofá, tratando de encontrar el sentido a lo que acababa de descubrir.

–Gómez... Así que es nieto de uno de los Gómez... ¿Cuál de ellos? – balbuceaba, como ido, más para sí que para Casto y Ramón.

Los agentes, parados frente a él, no entendían bien qué quería decir el joven abogado, que parecía haber perdido el juicio. Gómez era un apellido muy común, más aún en esa zona. Pero Enrique tenía bien anidada en su mente la historia de Teodoro Martínez y los Gómez que le había terminado de completar su abuela. Una crónica sobre la rivalidad en tiempos de guerra. Un relato que, a buen seguro, ni Casto ni Ramón conocían y del que estaba completamente seguro que tenía mucho que ver con las muertes de Santiago y Francisco.

–¿Qué sucede? Tenemos que encontrar a Nicolás y que además nos dé una explicación para esto... –dijo Casto señalando las fotos.

Ramón ya lo había entendido, Enrique lo notaba en sus ojos. Solo había una realidad, una única verdad que ese diario, esas fotos y esas siglas grabadas hace años sobre el duro cemento justo encima de la puerta del cortijo no hacían sino evidenciar. Nicolás había participado directa o indirectamente en los asesinatos de Francisco Carmona, Santiago Vázquez y puede que, a esas horas, los jóvenes gemelos y Alejandro Martínez también estuviesen ya muertos.

Enrique hizo por reponerse y, en menos de treinta segundos, puso brevemente al día a Casto y Ramón sobre la historia de los Gómez y Teodoro Martínez. Por momentos, se quedaron paralizados cuando escucharon el ruido de un motor acercándose. Al poco, comprobaron que se trataba de los agentes Castillo y Díaz, que irrumpían en el interior del cortijo instantes después. Habían dejado a otros agentes de relevo en la puerta de la casa de Nicolás. En el cortijo cercano, el de los gemelos, tampoco había nadie, según informaban por radio a Casto los propios agentes que acababan de personarse allí. En definitiva, ni rastro de uno ni otros.

El teniente miró a Enrique, quien comenzó a detectar en el brillo de sus ojos que se mascaba una inevitable tragedia.

–Díaz –dijo con su imponente voz–, proseguid la búsqueda y pedid más refuerzos. Necesitamos hasta el último hombre disponible para buscar a...

Paró de hablar sin saber bien qué decir, consciente de que tenía cuatro desaparecidos y de que aún no se atrevía a afirmar, pese a las nuevas pruebas que apuntaban directamente a Nicolás, quién era ahora el principal sospechoso.

–¡A los gemelos Vázquez, a Nicolás Belmonte y al multimillonario Alejandro Martínez! –dijo exaltado al fin–. ¡Y si os cruzáis con algún pariente de cualquiera de ellos, lo detenéis también! ¡Quiero que detengan a todos y cada uno de ellos! ¡Antes del alba necesito a los cuatro dentro de un calabozo, ¿entendido?! –dijo colérico y pagando de nuevo su ira con aquellos dos pobres agentes que acababan de llegar.

Tras dar la orden, añadió algo más calmado:

–Pasaos por la finca que aún gestiona Teresa, la viuda de Francisco Carmona. Dudo que ella pase alguna noche en un paraje como ese, pero quiero que deis una vuelta por allí por si veis algo raro.

Díaz y Castillo asintieron y salieron precipitadamente de la estancia sin abrir la boca, temerosos de sufrir otro de los ataques de ira de su superior.

–Narvárez –suavizó aún más su tono–, ¿dónde podría estar Nicolás? Tú eres la persona que mejor lo conoce de los que estamos aquí... ¿No tiene ninguna otra casa o cortijo? Su coche también ha desaparecido, pero no creo que haya podido ir demasiado lejos.

Enrique no tenía ni la más remota idea. Parte de la finca de su abuelo la llevaba ahora Nicolás, pero el diminuto cortijo de David Narvárez, más pequeño y dedicado exclusivamente a herramientas, seguía aún en posesión de su abuelo, que lo utilizaba para los pequeños quehaceres que le surgían en la finca que conservaba, en teoría, para su esparcimiento.

–No lo sé... El pequeño cortijo de mi abuelo sigue estando en nuestras manos y no tiene más casas, que yo sepa... Y respecto a los gemelos, desconozco si tienen alguna otra propiedad –contestó reflexivo.

–Bien, esperaremos un poco antes de avisar a los familiares. Tengo dos patrullas buscando activamente y nosotros formamos la tercera unidad.

–¿Y dentro de las propias fincas? –sugirió Ramón– ¿No sería bueno que echemos un vistazo?

–Me parece buena idea –afirmó Enrique–. En extensiones tan grandes, a veces hay casetas en las que guardar pequeños utensilios y sirven además para mantener la comida y bebida del día fresca. Fijaos en nuestro amigo

uruguayo, Horacio, que se mantuvo escondido durante varias semanas en una de esas.

–Está bien –dijo Casto, no muy convencido–. ¿Empezamos por la finca de los gemelos? –preguntó a Ramón, algo inusual en él.

El agente negó con la cabeza. Al parecer, Casto no quería creer que las tornas habían cambiado y que, a pesar de todo, las sospechas se dirigían ahora hacia Nicolás.

–Sería mejor que empezásemos por aquí, ya que estamos. Si le parece, teniente, claro está. –Y añadió–: Casto, no hay duda. Nicolás Belmonte es nuestro hombre.

Casto miró fijamente a los ojos a Ramón. Lentamente, se dio la vuelta y se dirigió a la ventana. Miró al tenebroso horizonte con aire distraído, con las manos entrelazadas a su espalda. Había empezado siendo una noche algo brumosa, pero en ese momento, la luna y las estrellas brillaban de nuevo en el cielo con toda su intensidad.

Instantes después, el cristal de la ventana se hizo añicos, víctima del puño de Casto, que se acercaba a la puerta de salida con la mano ensangrentada y la mirada perdida, pero, a su vez, ciego de ira, tratando de asumir y sobreponerse a tan importante revelación.

Capítulo 32

–¡Vamos, sube al coche, Narváez, joder! –Casto gritaba como un energúmeno–. Ramón, averigua qué pasa con los nuevos refuerzos.

El teniente cerró de un portazo y aceleró tanto que las ruedas derraparon al salir. La valla metálica apenas cedió ligeramente con el primer envite, por lo que la verja no llegó a abrirse del todo. Dio marcha atrás y volvió a intentarlo. Esta vez, el golpe fue mayor, y el 4x4 se abrió paso a través del amasijo de hierros y alambres que dejaba atrás.

–Castillo, Díaz, si no hay nadie, localizad a la dueña y registrad su casa y cortijo de arriba abajo; no dejéis losa sin levantar –decía por radio el teniente a los agentes que iban de camino a la finca de Teresa.

Cortó la conexión y se dirigió a Ramón y Enrique, sin dejar de mirar al frente en ningún momento.

–Iremos por el camino principal en una primera batida. Quiero que tengáis los ojos bien abiertos sobre los caminos secundarios que se esconden entre las hileras de árboles.

Las sirenas retumbaban por todo el valle entre aquel inmenso mar de vegetación. Un manto de nubes se había sumado a la escena y, lo que minutos antes se antojaba un crepúsculo relativamente apacible, se había convertido en una noche oscura y cerrada. Su mente era incapaz de procesar toda la información que acababa de conocer y estaba horrorizado ante la serie de los acontecimientos que habían sucedido en las últimas horas. Había ido todo muy rápido. Tras semanas de investigación, de repente, los hechos se desencadenaban súbitamente, sin dar tiempo a digerirlos mínimamente. Casto y Ramón parecían ser hombres de acción, preparados y dispuestos a actuar en cualquier momento, pero aun así, no sabía cómo a veces tenían el estómago y la sangre fría de enfrentarse de forma tan decidida a situaciones límite como la que tenían delante.

El teniente seguía balbuceando en el coche. Iba maldiciendo sin dejar de lanzar injurias al aire ni un segundo. Las luces de las sirenas del coche bailaban rodeadas de olivos sobre los senderos de tierra, creando una especie de molesto juego que no desapareció hasta que Casto tuvo el sentido común de apagarlas.

–Solo espero que no lleguemos demasiado tarde –seguía murmurando el teniente–. Me quiero jubilar como Dios manda, no con más muertos a mis espaldas.

Enrique tragó saliva, pues no tenía ni la menor idea de cómo podría acabar aquello. Había sido todo tan precipitado e irreal que no lograba asumirlo. Miró desde su asiento trasero hacia el espejo retrovisor y vio a Ramón Pérez concentrado en el asiento del copiloto. Su cara era la de una persona que va directa y sin vacilación alguna a cumplir un objetivo. Por lo que ya había visto, sabía que, si el caso se complicaba, podría tirar tanto o más de él que incluso del propio Casto. Su mente volvió nuevamente a los gemelos. ¿Podía fiarse de ellos? ¿Fue el miedo lo que les hizo escapar? ¿Pero miedo a qué, si no eran culpables de nada? ¿Se había tratado de un impulso incontrolable o realmente escondían algo? «A veces resulta difícil entender las reacciones de las personas si no se conoce lo que se esconde en lo más profundo de ellas», pensó para sí un tanto abstraído. Inmerso en sus reflexiones durante ese recorrido de apenas siete u ocho minutos que se le hicieron interminables, zigzagueando entre los árboles con la respiración agitada y la gravilla del camino salpicando en los cristales del coche, no podía dejar de lamentarse por haber estado tan ciego durante todo ese tiempo.

Dieron varias vueltas por el camino principal, cubriendo las distintas zonas del terreno sin toparse con nada que pudiera parecer extraño. La finca de Nicolás, aunque más pequeña que la de los difuntos Francisco Carmona y Santiago Vázquez, no dejaba de ser inmensa, por lo que a Enrique le extrañó no toparse con ninguna de las pequeñas construcciones que tantas veces había visto en otras parcelas y que tanto agradecían los jornaleros para librarse del sol durante sus tiempos de descanso.

–Vamos a la finca de los gemelos. Creo que allí tendremos más posibilidades –sugirió Casto, algo desanimado.

Ramón asintió y, de repente, un destello. Fue solo un instante. Algo a lo lejos, a mano izquierda, había irradiado luz por una centésima de segundo.

–¡Parad! –dijo Enrique de pronto, excitado–. Allí hay algo.

Los dos miraron fijamente hacia donde señalaba, pero no lograron distinguir nada en el negro horizonte. Casto apagó las luces del vehículo, aminoró la marcha y los tres se quedaron completamente en silencio.

–Nos acercaremos un poco más y dejaremos el coche –dijo el teniente.

Aparcaron unos cincuenta metros más adelante, entre dos árboles. Casto preguntó una vez más:

–¿Qué has visto exactamente, Narváez?

–Un destello. Quizá una linterna o una luz que se apagaba, no estoy seguro.

Casto cogió sus prismáticos de la guantera y escudriñó nuevamente el horizonte. A pesar de sus esfuerzos, no podía distinguir absolutamente nada debido a la oscuridad reinante. Le pareció que había un bulto grande a lo lejos, pero podría ser cualquier cosa. O nada en absoluto. Pero Casto sí distinguió la pequeña choza, oculta parcialmente por un pequeño barranco. Así se lo hizo saber a sus acompañantes.

–Narváez, escucha con atención. No quiero que salgas del coche. Te quedarás aquí. Si en cinco minutos no tienes noticias nuestras, usa la radio. No sabemos qué o quién puede haber allí. Podría ser muy peligroso.

–Casto, ¿quién viene de refuerzo? –preguntó Ramón, que había estado observando el terreno, ajeno a la conversación por radio que mantenía poco antes su superior.

–Pedro y Manolo ya han salido del cuartel –respondió el teniente–. Y de Berges viene otra patrulla de apoyo.

–¿Será suficiente? –preguntó de nuevo Ramón–. No sabemos aún a quién perseguimos ni el grado de peligro al que nos enfrentamos.

–Espero que sí –sentenció Casto, no muy convencido–. Pero no podemos esperar más, cinco minutos podrían ser cruciales. Entramos nosotros, Ramón. Narváez, ya sabes, quédate dentro del coche. Y recuerda, Ramón, a la mínima duda, no nos lo pensamos, ¿entendido?

–Entendido, mi teniente. A sus órdenes.

Cuando Enrique escuchó la manera en que Ramón se dirigió a Casto, supo de verdad que esta vez la cosa iba en serio. Estaban a menos de un minuto a pie de la zona en la que el propio Enrique había visto el destello de luz, supuestamente proveniente de la choza que allí se ocultaba. La noche se estaba volviendo más despacible con el paso de los minutos, como si la luz que irradiaban las estrellas momentos antes solo fuese otro centelleo en la oscuridad, en una perfecta simbiosis con el negro panorama al que se enfrentaban. Cuando Casto apagó el motor, Enrique tuvo una sensación cercana al pánico. Se preguntó por qué había insistido tanto en estar ahí. Quizá era porque quería ver con sus propios ojos lo que las pruebas decían por sí solas, como si nada fuera suficiente y aún quedaran esperanzas de que todo tuviese una explicación mucho más lógica que él mismo quisiera oír de primera mano.

Casto se bajó del vehículo de forma sorprendentemente ágil para su edad y sacó el arma reglamentaria. Ese hombre, a pesar de su malhumorado carácter y sus más de sesenta años, no dejaba de sorprenderle.

–Narváez, cámbiate al asiento del conductor –le indicó–. Las llaves están puestas. Si ves cualquier cosa sospechosa, no dudes en poner pies en polvorosa –susurró con su recia voz–. Y usa la radio, este es el canal –señaló–. Te atenderán de inmediato. Si todo va bien, en pocos minutos estaremos de nuevo aquí.

Enrique asintió, no muy convencido, pues seguía en estado de *shock*. Pensaba en su error al pensar en los gemelos como culpables. El del tupé quizá había sido demasiado listo. Al parecer, más que todo el cuerpo de la Guardia Civil y otras cabezas pensantes con mucha más información. Lo malo es que eso le podía haber costado caro, y claro, iba en un *pack* con su hermano. A pesar de todo, seguía sin poder creer capaz a Nicolás de una atrocidad semejante.

En paralelo, Ramón Pérez y Casto Perea, linternas en mano y armas apuntando al frente, se abalanzaron de forma ligera pero sigilosa hacia la pequeña choza. El corazón de Enrique palpitaba de nuevo desbocado. Podía haberle dado un infarto varias veces esa misma noche. El viento comenzaba a soplar especialmente fuerte. Eso le impedía oír del todo bien, lo que, unido a la presente oscuridad, le generaba una inquietud aún mayor. A los pocos segundos, los agentes se perdieron en la penumbra y se sintió de nuevo totalmente desangelado. Fue en ese momento cuando reaccionó y se dio cuenta de que podía estar ante un peligro muy real. Rebuscó por el coche para ver si encontraba algo parecido a un arma, pero allí no había nada. Como era lógico, ambos agentes se habían llevado sus respectivas reglamentarias. De cualquier forma, tampoco sabía usarlas, así que se consoló pensando que aquello no le habría servido de mucho.

Pasaron treinta segundos y aquel campo seguía siendo una balsa de aceite, salpicada solo por las ráfagas de viento que soplaban de forma gradual, golpeando con violencia los cristales del vehículo. Enrique aguzó sus oídos y puso en alerta todos sus sentidos. Se esforzó en recapacitar fríamente. Era poco probable que nadie desde la choza hubiese visto el coche, pues era noche cerrada y se habían parado a una distancia suficientemente razonable. Aunque si él había visto un destello en la lejanía, también cabía esa posibilidad a la inversa. En la choza no se había vuelto a ver luz hasta el momento. Era poco previsible que hubiese alguien, pero ¿qué había visto entonces? ¿El destello de la mirada de un animal desde tan lejos? Sus inquietudes se deslizaban sobre un tiempo que pasaba demasiado lento. Otros treinta segundos más. El corazón le latía cada vez más rápidamente,

expectante ante la suerte de Casto y Ramón, y el dolor en el pecho se le hacía insoportable. Pensó en bajar del coche, la ansiedad lo mataba, pero, ¿de qué serviría? Los agentes se habían dispersado y no le parecía la mejor idea aparecer de repente en esas circunstancias. Podrían pegarle un tiro por error. Contando, eso sí, con que los lograra encontrar. Lo mejor sería quedarse ahí y dejar el papel de protagonista valiente para otro.

Y, de repente, cuando parecía que su corazón podía volver a su cauce, otro fugaz flechazo. Un nuevo *flash* de centésimas de segundo: algo se había movido velozmente a unos cincuenta pasos del coche. El subidón de adrenalina le pasó factura de nuevo y el ya de por sí insufrible dolor se incrementó en su pecho. Su corazón desbocado iba a estallar si no se controlaba. Tensó los músculos, afinó nuevamente los oídos y aguzó la vista, con la mano apoyada en el torso, presa de un profundo malestar. Pero ahí, justo a su lado, había desfilado algo o alguien en dirección al barranco que se extendía unos cuarenta o cincuenta metros más allá. Estaba completamente seguro. No podía quedarse en el coche, se sentía como una presa en una jaula a la espera de ser devorada por su depredador, sin posibilidad de escape alguna. Lo malo era que, si intentaba avisar a Casto Perea por radio o teléfono móvil, podría echar por tierra todo el operativo que estaban llevando a cabo para entrar a la choza. Tampoco podía arrancar el coche... Eso lo delataría. Intentó calmarse de nuevo, autoconvenciéndose de que podía haber sido un perro o incluso un jabalí que bajaba desde lo más alto de la sierra..., pero en el fondo estaba seguro de que lo que había visto no era un animal, sino una persona corriendo agazapada. Y si era así, no podía quedarse en el interior del coche de brazos cruzados. Sin apenas meditarlo, decidió bajar.

Las nubes dejaban a veces un claro por el que se escapaba la luna y, a intervalos irregulares, la visibilidad lograba aumentar considerablemente. Abrió la puerta del vehículo con sumo cuidado y no la cerró para no hacer ruido alguno. Lo que quiera que fuese, parecía que iba a paso muy ligero hacia el barranco, cuya altura no era nada desdeñable. Por eso, se temió lo peor. ¿Era posible que no hubiera visto el vehículo? ¿Podrían estar desplazando algo... o a alguien? No, eso no era posible; nadie podría hacer algo así y pasar a tal velocidad.

A paso lento, con los ojos abiertos como platos, ligeramente agachado, se dirigió hacia el cercano terraplén. Segundos después, el coche patrulla ya había desaparecido de su vista envuelto en la penumbra. Si notaba que Casto y Ramón volvían, no dudaría en gritar para delatar su posición y que vinieran

en su ayuda.

Se agazapaba tras los árboles y avanzaba ocultándose olivo tras olivo, en la dirección en la que parecía que había pasado la fugaz sombra. Vivía uno de esos momentos en los que no era consciente verdaderamente de lo que estaba sucediendo a su alrededor. Por instantes, le parecía que iba a despertar y que todo se terminaría por convertir en un mal sueño. Se detuvo a pocos metros del precipicio. Le daban pánico las alturas y no se atrevía a acercarse mucho más al barranco, que era bastante elevado en la parte central, aunque su pendiente se suavizaba ligeramente varios metros después en cada uno de los costados. Salió de su escondite y, armado de valor, decidió acercarse y mirar hacia abajo.

No le dio tiempo, pues vio cómo un coche de la guardia civil se acercaba rápidamente con las luces encendidas. «Qué poco hábiles son los compañeros de Casto y Ramón», pensó, al ver que iban a todo trapo y que solo les faltaba poner la sirena para espantar a cualquiera. «Quizá no saben que el operativo tiene que ser sigiloso».

Enrique se aproximó nuevamente a la parte central del camino e hizo una señal al coche para indicar su posición, pero pareció que no le veían. El vehículo se dirigía directo hacia él, a toda velocidad. Volvió a hacer un gesto con los brazos y escuchó, a modo de respuesta, cómo el coche aceleraba más, en línea recta hacia donde se encontraba. Las luces lo deslumbraban y no podía ver quién conducía el vehículo. Pero al fin supo qué estaba pasando. Las piernas le flaquearon. No había árboles cercanos en los que resguardarse y el olivo que le había servido de escondite antes de mirar por el precipicio quedaba ya demasiado lejos. Solo la inmensidad del vacío se extendía a sus espaldas.

El coche se encontraba ya a escasos metros. Iba a morir atropellado, arrastrado a un barranco por un vehículo patrulla kamikaze. En contra de lo que se decía, no vio su vida pasar en unos instantes, tan sólo unos pocos rostros atravesaron momentáneamente su mente: la cara de su madre arrojándole en la cama cuando era un niño, sus abuelos, su hermana Eloísa y, para su sorpresa..., Noelia. Instintivamente y como si su cuerpo estuviese poseído, dio un salto a la derecha y se lanzó rodando al suelo.

Se produjo un fuerte impacto y Enrique sintió un inmenso dolor en su pierna. Después escuchó un gran golpe desde lo hondo del barranco. Y luego, de nuevo la oscuridad.

No supo exactamente cuánto le duró la conmoción, pero no debió ser más

de un minuto, pues escuchaba a sus espaldas el motor del coche que se había despeñado por el pronunciado terraplén tras su fallido intento de atropello. Se levantó en su dirección, pero cayó al suelo de bruces de manera inmediata. Se miró la pierna izquierda. El fuerte golpe había sido a la altura de la tibia. Con gran dolor y esfuerzo, apoyándose fundamentalmente en su pierna derecha, consiguió a duras penas ponerse en pie y caminar renqueante hacia el precipicio. El coche estaba boca arriba, las ruedas seguían en movimiento y las luces permanecían aún encendidas. No había duda de que se trataba del mismo coche en el que él mismo había venido junto a Casto y Ramón. Fue él quien había dejado las llaves puestas al salir y ahora alguien lo había intentado atropellar. Alguien que le había estado observando. Alguien que quizá estuviera en ese momento abajo, en el interior del vehículo, o que tal vez siguiera vigilando sus movimientos, con las mismas malas intenciones. ¿Habrían podido oír Casto y Ramón el impacto?

Necesitaba ayuda de manera urgente. Registró su bolsillo, pero, para su sorpresa, había perdido su teléfono móvil. A pesar de intentarlo, palpando con las manos la fría tierra, no logró encontrarlo en la oscuridad. Sin saber qué hacer, si huir hacia atrás con la esperanza de localizar a los agentes o intentar bajar y mirar si había alguien malherido en el coche, contra toda lógica, decidió lo segundo. Quería ver con sus propios ojos quién había querido matarlo precisamente a él, que nada tenía que ver con aquella espiral de violencia y asesinatos.

Con mucho cuidado, anduvo cojeando unos metros hasta la zona en que la pendiente se hacía más suave. Se deslizó barranco abajo, agarrándose como podía a la raída vegetación mientras descendía, sin perder de vista el coche. Las manos le sangraban, pues algunos matojos a los que se aferraba con todas sus fuerzas le punzaban y provocaban dolorosas heridas. Probablemente si no hubiese tenido la pierna tan dolorida, todo habría sido mucho más fácil. Con sumo esfuerzo, un par de minutos después estaba abajo, y pudo centrar toda su atención en el vehículo que, en un espectáculo dantesco, seguía meciendo las ruedas suavemente vuelto del revés. Afinó su vista y aguzó nuevamente su oído. Era como si alguien estuviese pisando el acelerador desde el interior. Segundos después, no le quedaba duda alguna, a pesar de no distinguir nada por la oscuridad y la distancia: allí había una persona. Miró instintivamente alrededor y se encontró con una pesada rama que agarró sin pensárselo dos veces. Con las manos ardiendo de dolor y temblando, comenzó a aproximarse al auto. A pocos metros, pudo distinguir un cuerpo entre los asientos

delanteros. Tenía la cara girada hacia el otro lado, pero estaba seguro de que se trataba de un hombre de pelo oscuro. ¿Estaría inconsciente? Puede que incluso estuviese muerto tras su acto temerario. A pesar de todo, no podía descartar que fuese otra trampa, por lo que se aproximó con sumo cuidado con la rama por delante.

–¡Ponga las manos sobre la cabeza, voy armado! –gritó al conductor con la mayor entereza que pudo.

Pero nadie se movió. El cuerpo seguía inerte en la misma posición. Se acercó un par de pasos más y pudo comprobar que el hombre tenía las manos atadas a la espalda. ¿Cómo había podido dirigir el vehículo entonces contra él? Volvió a insistir en su orden. Ni un solo gesto o movimiento. Ni mucho menos una respuesta. Enrique se acercó un poco más y extendió la rama hacia el vehículo, a través del cristal de la ventanilla que había estallado. Con suavidad, la posó sobre la cabeza y la meció en dirección contraria. Había sentido miedo muchas veces esa noche, pero no de forma tan intensa como en ese instante, el momento en que intentaba averiguar de quién era el rostro que se escondía al otro lado. Poco a poco, asomó una imagen. La cara que floreció entre las sombras le causó un escalofrío. Su sola visión hizo que diera un salto hacia atrás y gritara de terror. El dolor de la pierna pasó a un segundo plano. Chilló con todas sus fuerzas y se lanzó a correr como pudo, arrojando bruscamente la rama y gritando esta vez como un loco pidiendo auxilio, sin discreción alguna. Cojeando como iba, tomó el camino de vuelta en busca de ayuda. Se encaminó de nuevo a la zona del barranco en el que la pendiente era menor. Giró la vista un momento y comprobó que él continuaba inerte en el interior del vehículo. Probablemente, Alejandro Martínez no se movería de allí.

Se topó con Casto y Ramón cuando casi había terminado de trepar por el barranco. Habían pasado solo diez minutos desde que lo habían dejado en el coche, pero a él le había parecido una eternidad. Totalmente fuera de sí, Ramón optó entonces por explicarle primero que no habían encontrado nada en la pequeña choza y que, cuando volvieron al lugar donde dejaron el vehículo, comprobaron que había desaparecido. Sus últimos gritos ayudaron a localizarle en medio de la noche, pero necesitaban saber con urgencia qué había sucedido.

–Intenta explicarte, Narváez, ¿qué ha ocurrido? ¿Qué te ha pasado? ¿Y el coche? –preguntó el sargento Pérez, impresionado al ver a la luz de su

linterna las magulladuras, la cojera y el cambio físico que había sufrido Enrique en tan poco tiempo.

–En el barranco –acertó a murmurar Enrique–. Alejandro Martínez... intentó atropellarme.

Casto y Ramón dieron unos pasos hacia delante y se asomaron al precipicio, viendo el coche patrulla en la misma posición que lo había descubierto Enrique unos minutos antes, con las luces encendidas y las ruedas meciéndose suavemente en el aire, en un ligero ronronear del motor. Alejandro tenía el pie o alguna otra parte de su cuerpo pulsando involuntariamente sobre el pedal del acelerador.

–Vamos, Ramón –urgió Casto–. Yo bajaré por el otro lado y rodearemos el vehículo. Tú ve por esta pendiente con Narváez.

Enrique asintió de forma automática. Casto añadió:

–No quiero que te separes más de nosotros ni incumplas nuestras órdenes – le espetó visiblemente preocupado, para dirigirse justo a continuación a su compañero–. Atento a mi señal desde el otro lado, Ramón.

Casto se perdió en la oscuridad, dispuesto a bajar por el flanco del barranco, de manera que si había alguien más, no pudiera abandonar el coche por ninguno de los costados cuando decidieran intervenir.

Ramón bajó por la ruta que había usado el propio Enrique minutos antes, aunque con mucha más agilidad y rapidez que él. Se notaba que estaba en mejor forma y que, además, disponía de todas sus extremidades en perfectas condiciones. Enrique le seguía como podía, a pesar de estar exhausto y al borde de un ataque de ansiedad.

Ramón ya había llegado abajo y Enrique estaba a punto de poner el primer pie en suelo firme cuando, de repente, se escuchó un estruendo en mitad de la noche. Fue un golpe fuerte y seco. Y otra visión espeluznante. Agarrado todavía a un matorral de la pendiente, el dolor dejó de importarle cuando vio cómo el cuerpo de Casto se posaba pesadamente encima del coche patrulla, situándose boca abajo en medio del eje de las ruedas delanteras, con las piernas descansando sobre el paragolpes. Había caído desde varios metros como un peso muerto desde la parte superior del barranco.

Enrique, impactado con la visión, cayó de espaldas al suelo y tuvo el tiempo justo de ponerse en posición lateral para vomitar. En su borrosa visión, Ramón desenfundaba el arma reglamentaria.

–¡Alto a la Guardia Civil o disparo! –Ramón llevaba la linterna pegada a la pistola y se aproximaba al vehículo–. No me lo pensaré dos veces –añadió.

El sargento solo obtuvo la oscuridad como respuesta. Aunque la finca era de olivos casi en su totalidad, estaban en una pequeña extensión en la que también crecían cerezos, un árbol que no era demasiado habitual por esa zona de la Alpujarra. Ramón pedía de nuevo ayuda por radio mientras intentaba describir su posición. Enrique seguía tumbado, observando sin fuerzas y con un inmenso dolor en la pierna cómo su compañero intentaba controlar una situación que hacía mucho tiempo se había desbocado. Desde esa posición, pudo ver también el cuerpo de Alejandro Martínez, con su cara mirando hacia él, y también el de Casto, en una macabra posición, como si estuviera abrazando al coche con todas sus fuerzas para no caer de nuevo en otro precipicio. Quien o quienesquiera que fuesen, habían reducido en tiempo récord al teniente y lo habían arrojado por el barranco, o directamente lo habían empujado, sin más, ante la sorpresa de éste. Había ocurrido todo muy rápido. Enrique rezó para que, a pesar del estrepitoso impacto, Casto Perea no estuviese muerto.

El miedo había dado paso a un malestar general. Las náuseas siguieron y le sobrevino otro vómito. Sus espasmos se vieron interrumpidos instantes después por un disparo. A pesar de su estado, Enrique levantó la vista esperando encontrar a Ramón, pero él ya no estaba en pie. Permanecía tumbado boca arriba, apoyando la mano derecha en su vientre. La sangre salía a pequeños borbotones. Semiinconsciente y lejos ya de sentir cualquier sensación cercana al peligro, Enrique se acercó como pudo al sargento.

–Huye, Narváez –dijo Ramón con un hilo de voz–. Da el aviso.

En un destello de inmensa lucidez, el abogado se quitó la chaqueta, rodeó con las mangas el cuerpo del sargento y le hizo un nudo sobre la herida. Apretó muy fuerte, con todas sus fuerzas. Eso ralentizaría la hemorragia. Con todo, tenía muy mala pinta. ¿De dónde había venido el disparo? Instantes después, Ramón se desmayó. Se dispuso a sacar el teléfono del agente para llamar a emergencias, preguntándose dónde estaban los refuerzos que habían pedido hacía ya largo rato. Al pronto, vio el arma extendida a su lado e intentó cogerla, pero fue en vano. Sin previo aviso, alguien pisó su mano y dio un puntapié a la pistola que yacía en el suelo junto a Ramón. Enrique alzó la vista, paralizado. Entonces lo vio. En el fondo, él ya lo sabía. Sin mediar palabra, el otro le propinó una patada en la cara con todas sus fuerzas. Enrique perdió el conocimiento de inmediato, con la macabra imagen del cuerpo de Casto Perea posado sobre su propio coche patrulla del revés.

Capítulo 33

Se despertó sin saber dónde estaba. Profundamente aturdido y con un indescriptible dolor en el cuello, miró a su derecha y se topó a escasos centímetros con el rostro de uno de los gemelos, lo que le provocó un fuerte respingo. Se llevó la mano a la sien. La cabeza le dolía a rabiar y no lograba recordar cómo había llegado hasta allí. ¿Cuánto tiempo había pasado? Miró como pudo alrededor y comprobó que se encontraba en una especie de cabaña. A su lado yacían los gemelos, debidamente atados y amordazados. Parecían dormidos, o más bien sedados, pero aun así, era como si con la décima parte del ojo que cada uno de ellos conseguía mantener abierto lo mirara suplicante. Dolorido, giró levemente la cabeza una vez más para mirar a su izquierda y se llevó un susto aún mayor al encontrarse de frente al propio Alejandro Martínez, con los ojos totalmente cerrados y la cabeza ladeada a un costado. ¿Qué hacía él ahí? ¿Respiraba? Aunque ni mucho menos lograba ubicarse, en ese primer vistazo llegó a intuir de forma casi inequívoca que estaban en una de las pequeñas chozas tan características de las fincas alpujarreñas.

Buscó a través de la puerta entreabierta algún rastro de su captor. El silencio era absoluto. Una sensación de pánico más potente que el dolor se apoderó de él, que también se encontraba atado, pero no amordazado. Contuvo sus deseos de gritar y, con gran esfuerzo, logró despegarse unos centímetros del suelo para mirar a través de la estrecha ventana. La visión de cuatro taburetes de madera bajo varias gruesas sogas que colgaban de las ramas de un par de árboles le sacudió las entrañas. No podía significar otra cosa. En ese momento, lo supo. Iba a morir ahorcado.

La puerta se abrió y, repentinamente, apareció él. Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo. Lo había visto cientos de veces; sin embargo, el que estaba ahí no era la persona que creía conocer. Instintivamente, ya sin poder reprimirse, gritó con todas sus fuerzas.

–¡Ayuda! ¡¡Socorro!! ¡Por favor, ayuda!

Nicolás no dijo nada, simplemente se acercó y le propinó un fuerte puñetazo en la cara, golpeándolo contra la pared. Un fuerte pitido se apoderó de sus oídos.

–Grita lo que quieras, aquí no puede oírte nadie –dijo–. No hay un alma en varios kilómetros a la redonda. Por deferencia a tu abuelo, no te he amordazado, no me obligues a hacerlo ahora –añadió severo.

–¿Dónde estamos? –balbuceó, a pesar de seguir profundamente aturdido por el golpe.

–Eso no te importa –contestó–. Lo importante es a dónde vais a ir. Os aseguro que los cuatro estaréis juntos en un lugar mejor muy pronto.

Paradójicamente, en ese momento ya no sentía miedo. Al fin sabía a quién se enfrentaba y cuál era su sino. Comprendía que su suerte, salvo un milagro, era cierta. Pero al tener definido al enemigo, a pesar de las circunstancias adversas o el destino irrevocable, el miedo siempre tiende a disminuir con respecto a enfrentarse a lo desconocido. Tenía a Nicolás ante sí, lo había visto muchas veces antes. Habían estado juntos en casa de sus abuelos y, hasta hace pocos días, él mismo había estado consolándolo. Pero su sensación era que tenía otra persona completamente diferente delante, alguien al que jamás había conocido. De repente, un sentimiento de rabia e impotencia se apoderó de él.

–¿Crees que esto te va a salir bien? –le espetó colérico, a pesar de su desventajosa posición–. Pasarás el resto de tu vida en la cárcel.

Nicolás mostró una débil sonrisa. Vestía la misma ropa que había podido ver en el encuentro horas antes en el paraje El Palmeral: pantalón marrón oscuro, botas negras y un jersey de lana azul.

–Me borraré del mapa, estate tranquilo –repuso–. Nadie podrá probar nada. Hallarán a cuatro hombres ahorcados y yo, para entonces, habré desaparecido. Fingiré mi propia muerte. Mi coche ya está hundido en el pantano. También me he tomado la molestia de dejar mi casa patas arriba. Pensarán en un secuestro o un asesinato. Estarán meses buscando mi cuerpo, pero jamás lo encontrarán.

Enrique tragó saliva.

–Casto y Ramón saben que...

–Casto y Ramón están muertos –replicó tajante–. Y si no lo están, sería todo un milagro. Una disputa entre ellos que acabó con un disparo y un terrible accidente de tráfico... Toda una tragedia –dijo irónico. Y añadió–: La pena es que ninguno haya podido ver quién los mató. En parte, ha sido triste que haya tenido que ocurrir así. Tenían cojones y eso es algo que por esta zona no abunda.

Enrique tragó de nuevo saliva, a pesar de tener la garganta seca. No podía creer que Casto y Ramón hubiesen muerto. A pesar de que él mismo había visto con sus propios ojos la distancia de la caída desde la cima del barranco que había sufrido el teniente y el disparo desgarrador que había dejado fuera

de combate al sargento, con todo, mantuvo la esperanza de que al menos alguno de los dos hubiese sobrevivido. Al parecer y probablemente motivado por las prisas ante la más que posible inminente llegada de refuerzos, Nicolás ni se había molestado en rematarlos al dar por hecho que no lo habían identificado. Se vio a sí mismo siguiendo los pasos de los agentes y un escalofrío recorrió de nuevo todo su cuerpo.

–Veo que lo tienes todo muy atado. ¿Y él, está muerto? –dijo señalando esta vez a Alejandro Martínez, que yacía inmóvil a su lado.

–Pronto lo estará. De momento, lo tengo solo adormilado. Igual que ellos –dijo dirigiendo la mirada a los gemelos–. Aunque parece que a estos hay que aumentarles la dosis –añadió al comprobar que ambos tenían los ojos como platos y forcejeaban tímidamente con las gruesas cuerdas que los apresaban–. Bien, no tenemos tiempo que perder. Como deferencia hacia ti, por tus servicios prestados, te dejaré para el último. Lamento que te hayas interpuesto; no quería hacerte esto, pero me veo obligado. Es una verdadera lástima –dijo mientras se dirigía a la mesita bajo la ventana en la que se posaban varias agujas y recipientes que le eran imposibles de distinguir.

Enrique bajó la mirada. Sopesó las posibilidades que tenía y estas se reducían a la nada. Aunque, a pesar de los golpes recibidos, podía pensar con relativa claridad, estaba malherido de la pierna y atado de pies y manos. Sus compañeros, al parecer, estaban drogados y también amordazados. La única opción era ganar tiempo y rezar para que ocurriera un milagro.

–Nicolás, antes de despedirme de este mundo, me gustaría saber el motivo. ¿Por qué has hecho todo esto? Al menos, déjame irme con esa satisfacción –le pidió con todo el aplomo que fue capaz de reunir.

–¿Que por qué he hecho esto? –contestó, como indignado por la pregunta–. ¿Te atreves a preguntar por qué he hecho esto...? –subió el tono–. Pues simplemente porque mi familia lleva más de un siglo aguantando las tropelías, malos tratos e injusticias de unos malditos estafadores, ricachones y malcriados.

Se dirigió a Alejandro Martínez, aún profundamente sedado y, sin decir nada más, le propinó un puñetazo en la nariz, de la que empezó a brotar un pequeño hilo de sangre de inmediato. Se giró de nuevo como si nada, esta vez hacia una pequeña mesa que se arrinconaba en la esquina. Mientras realizaba lo que parecían preparativos de alguna sustancia, comenzó a hablar pausadamente de espaldas a Enrique.

–Mi abuelo era Mateo Gómez, aunque, probablemente, ese nombre no te

diga nada –Enrique no hizo comentario alguno, pues Nicolás se equivocaba en eso; sabía perfectamente quién era–. Él, y antes que él su padre, trabajaron muy duro para el viejo Matías Martínez, un cacique al que no le importaban nada sus jornaleros. Nunca nos dieron una mínima oportunidad de prosperar y permitimos comprar una pequeña parcela, ni tampoco de mejorar en absoluto nuestras condiciones. Cuando el viejo Matías murió, mi abuelo Mateo pensó que su hijo Teodoro cambiaría las cosas... Parecía un buen chico con el que podríamos llegar a un trato..., pero lo único que hizo fue deshonorar a su hermana. –Se volvió de repente y miró a los ojos a Enrique–. Aquello fue la gota que colmó el vaso, así que mi abuelo decidió hacer por su cuenta la justicia que otros no consintieron en darle. Además, a esos ricachones y caciques no les importaba la tierra como a nosotros. Ellos no se habían criado entre el barro y las mulas. Yo mismo he tenido que llegar a escuchar que Teodoro Martínez sí se interesaba por el trabajo de campo, pero, ¿acaso le dio tiempo a demostrarlo en poco más de un año en el que estuvo al mando? ¿El que diera más permisos a sus jornaleros daba a entender que era mejor que su padre? Nada de eso era cierto... Mi abuelo y sus hermanos amaban esta tierra, la habían trabajado durante décadas. La tierra que pisamos ahora, esta finca, está bañada por el sudor de varias generaciones de mi familia. De la tierra nace todo, ¿sabes, Narváez? Es la base de nuestro mundo. Fíjate en el nombre que le dieron nuestros ancestros a este planeta. ¿Ahora lo entiendes, no? –preguntó con los ojos desencajados en una terrible mueca.

Enrique asintió ligeramente, estupefacto ante su evidente desequilibrio mental, animándolo a su vez con la mirada a seguir con su relato. Había cierto dolor en sus palabras. Nicolás permanecía de pie frente a él sosteniendo una jeringuilla que acababa de cargar, mientras lo miraba ahora colmado de odio. De manera casi imperceptible, echó una rápida ojeada a Alejandro Martínez. Nicolás ansiaba seguir con su discurso y Enrique notó que hacía mucho que necesitaba soltarlo de sus adentros. En ese instante, al detectar el profundo rencor de su raptor, pensó que tal vez si se despistaba, podría tener alguna posibilidad. Aunque miraba fijamente a Nicolás, su mente ya maquinaba cómo liberar al menos una de las manos para tener una mínima opción.

–Mi abuelo y sus hermanos decidieron darle un buen susto –prosiguió–. Teodoro Martínez demostró lo poco hombre que era huyendo a las Américas y dejando a mi tía-abuela encinta, pero, gracias a eso, mi abuelo Mateo pudo

quedarse durante la última etapa de la República con algunas tierras, con la mala fortuna de que murió herido de bala el último mes de guerra. Todo un infortunio que vino seguido de una dura represión franquista en esta zona y que hizo que los terrenos se dividieran y pasaran a otros dueños. Pero, para entonces, mi abuela y mi madre ya estaban dispuestas a cumplir con la voluntad de mi difunto abuelo Mateo. El terreno que había labrado con sus propias manos junto a sus hermanos pasaría de nuevo a los Gómez. Mi padre conocía la historia casi tan bien como mi madre... Siempre lo tuvimos claro como familia y es algo de lo que me enorgullezco. Recuperaríamos estos terrenos de una manera u otra. Años después, surgió la oportunidad de comprar una parte, y así lo hicimos. Mi madre Paloma se encargó de ello. Para las otras fincas, no llegamos a tiempo ni tampoco tuvimos los medios. Con todo, a lo largo de los años, he hecho varias ofertas a Francisco y Santiago, pero ninguno de los dos aceptó jamás... Bueno, el borracho de Santiago sí, pero estos mocosos engreídos me mandaron a paseo. ¡Les va a salir caro su orgullo! –exclamó mirando de reojo a los gemelos que se encontraban amordazados.

–Creía que había sido al revés... –apuntó Enrique, recordando una de las primeras conversaciones que habían tenido con él hacía semanas.

Nicolás sonrió de nuevo. La tenue luz del quinqué alumbraba su rostro aguileño, sobre el que se podía ver el semblante de alguien sin escrúpulos y Enrique ya sabía que la persona que tenía delante era capaz de realizar los actos más atroces.

–Yo estaba seguro de que Santiago acabaría cediendo de nuevo si lo dejaban –continuó, parado frente a él–. A estos impertinentes lo único que les hacía falta era una distracción, mostrar interés por otras cosas, y yo solo tendría que ocuparme de la finca más alejada, la de Francisco. Y ten por seguro que ya encontraría el modo de que entrara en razón. El sueño de mi abuelo y de mi madre hecho realidad por mí. No tengo hijos, pero ya podría morir tranquilo. Habría cumplido con mi propósito en la vida. Cualquiera de mis sobrinos podría continuar alegremente mi legado. Toda mi vida ha sido esto: el campo, las olivas, los almendros y los castaños... –Hizo una pausa y miró a Alejandro, que permanecía sentado con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en la pared–. Era mi sueño y he vivido para ello. Y, cuando más cerca estaba, todo se torció de repente. Este maldito millonario quería comprar las tierras... y tenía la desfachatez de airear a los cuatro vientos que, en realidad, eran tuyas, pero que a pesar de todo, estaba dispuesto a

comprarlas... ¡Como si nos estuviese haciendo un favor! Y para colmo, presumía de ser descendiente de Teodoro Martínez, que no fue más que un cobarde, un listillo que dejaba embarazadas a niñas impedidas... Aún no me explico qué hizo aquel desgraciado aquí para que la gente lo admirara tanto. ¡Si huyó, el muy cobarde! –gritó poseído–. El enemigo número uno de mi familia... –Tomó aire profundamente, como resignado–. Yo conocía la verdadera historia. Aunque intentaron que abortara, mi tía-abuela Trina tuvo una hija bastarda, la abuela de este pobre diablo. –Señaló con el dedo a Alejandro–. Y no podía permitir que la tierra que tanto esfuerzo y sudor había costado a mi familia pasara de nuevo a manos de un cacique. No tuve más remedio que actuar –sentenció.

El silencio se adueñó de la pequeña cabaña. Enrique percibió una vez más la agitada respiración de Nicolás y tuvo la certeza de que, a pesar de las apariencias, durante muchos años había sido un hombre profundamente trastornado. Su mente, mientras tanto, ideaba la mejor manera de que no dejara de hablar. Si ganaba tiempo, quizá la policía o la guardia civil los encontrara antes de que fuese demasiado tarde.

–¿Por eso mataste a Francisco? ¿Y luego a Santiago? ¿Por qué pusiste una nota entonces? –Las dudas afloraban en el interior de Enrique, que a su vez, buscaba un error, un mal gesto, una mínima oportunidad mientras que, de forma discreta, intentaba con sus dedos liberarse de las cuerdas que lo apresaban a su espalda.

–Por aquel entonces, yo había recibido una nota un tanto extraña –dijo–. Ya las conoces. En su día, estuve tentado de comentarlo con mis vecinos, pero terminé restándole importancia. Me olvidé de ello enseguida. La nota pasó a la historia, pues pronto me indigné por la actitud de Francisco, que a la mínima complicación, no había dudado un segundo en vender sus tierras a Alejandro Martínez tras rechazar todas mis ofertas previas... Un millonario se iba a meter aquí, hasta la cocina ¿a cuento de qué? ¿A hacer qué? –hablaba de nuevo atropelladamente–. Puse todo mi empeño en conocer los verdaderos motivos de este mequetrefe para no querer renunciar a las tierras bajo ningún concepto. No me costó mucho enterarme de un proyecto de recalificación... Todo era tan sucio... ¡Qué asco de país! –Escupió al suelo, desairado–. Se disponían a tirar por tierra todo por lo que mi familia y yo habíamos luchado con la corrupción como bandera. Un digno descendiente de los Martínez, eso sí. Como imaginarás, yo no lo podía permitir. –Volvió a parar y miró a Alejandro, que parecía que se había movido ligeramente–. Tengo que

resumir, Narváez, pronto llegará el alba –dijo suavemente, cambiando el tono al instante.

Enrique volvió a tragar saliva, en un gesto ya de por sí inconsciente. Por un momento, se había olvidado de la situación en la que se encontraba. Quizá podía suplicarle que le dejara con vida a él, que no tenía nada que ver con aquella historia, con la promesa de que jamás lo delataría donde quisiera que estuviese. Pero veía improbable que eso sucediera, era evidente que Nicolás no era un hombre que dejara las cosas al azar. Y aunque se lo prometiera, era obvio que ni uno lo creería, ni el otro lo acabaría cumpliendo.

–Aquella noche fui a ver a Francisco y discutimos –siguió hablando–. Le reproché su actitud, le ofrecí una suma cercana a la que le daban... ¡A mí, que me conoce de toda la vida, con todos los favores que le he hecho! –exclamó indignado–. Pero me dejó claro que solo le importaba el dinero y, a ser posible, rápido. Así que me vi obligado a acabar con él –dijo sin más.

–¿Pero y la nota? ¿Por qué la dejaste?

–Ah, sí, la nota –contestó, como restándole importancia–. Fue la excusa con la que lo cité en mi casa a tomar una copa de vino. Le dije que había recibido algo que quería que viera. Cuando llegó, se la enseñé y se puso blanco al instante, pues, según me confesó, él había recibido una similar. En mi caso, era la primera vez que iba a utilizar el veneno y quería asegurarme de sus resultados, así que, cuando Francisco se cayó por su efecto, se me ocurrió, a modo de despedida, escribirle otra nota de mi puño y letra... ¿Una ironía, verdad? El muy imbécil... –Escupió de nuevo en el suelo, en un evidente gesto de desprecio.

Enrique lo entendió y, de repente, todo encajó como en un rompecabezas. La nota que había recibido Francisco era similar a la que se encontró junto a Santiago... y distinta a la primera presentada por Nicolás y las suyas propias, pues las de los agricultores asesinados estaban escritas por el propio Nicolás adrede y las segundas se correspondían con las que había ido enviando Horacio a unos y otros indistintamente. Sus sospechas se vieron confirmadas instantes después.

–Lo de la nota vino a ser una ventaja, un juego del que podía beneficiarme, como así resultó ser. La policía lo tomó como una pista primordial. En realidad, lo era, pero para desvelar otro factor con el que yo no contaba en un principio, el idiota que nos quiso hacer creer que era la reencarnación de Teodoro Martínez. Hasta hace muy poco no supe de quién se trataba en realidad y he de confesar que por unos momentos dudé e incluso, en alguna

ocasión, estuve a punto de perder la compostura.

–Así que tú escribiste tus propias notas que sí utilizaste para Francisco y Santiago... –repitió Enrique más bien para sí mismo.

–¡Muy bien, Narváez! Sin saber quién me las enviaba a mí, sabía de antemano que mis vecinos también las habían recibido. Francisco me confesó la misma noche de su muerte que la había quemado y Santiago, conociendo lo borracho que era, probablemente tampoco habría conservado la suya; así que puse un nuevo falso cebo de mi cuenta y me relajé mientras los responsables de resolver la muerte daban palos de ciego. Entonces decidí seguir adelante con mis planes. –Dirigió la mirada a los gemelos, que estaban ya despiertos–. No culpo a estos mocosos, tampoco querían firmar. Al menos, tienen agallas. Pero el borracho de su padre no pensaba más que en el vino y el dinero y optó por vender a este otro miserable en vez de a mí.

Alejandro empezaba a moverse y era evidente que, de un momento a otro, terminaría de despertar. Nicolás lo vigilaba de reojo, probablemente esperando a que estuviese consciente de nuevo para culminar su plan.

–Cuando me llegó una segunda nota, he de reconocer que me asusté un poco –prosiguió Nicolás, frenético en su narración–. Pero yo mejor que nadie sabía que mi vida no corría un peligro real. Un tiempo después, fue detenido el uruguayo, desvelándose así su secreto, y para entonces, yo solo tenía que encargarme de alguien más: de él.

En ese momento, Alejandro abrió los ojos y vio cómo el dedo de Nicolás lo señalaba. Forcejeó levemente, pero tan sedado como estaba, probablemente ni podría sentir los brazos. El multimillonario empresario empezó a jadear y a dar dóciles tirones, pero su captor hizo caso omiso y, por toda respuesta, esbozó una maquiavélica sonrisilla.

–Todo pasaba por detener la recalificación. Con las muertes de todos los propietarios, quedaría paralizada el tiempo suficiente para poder demostrar la corrupción reinante, y yo acabaría comprando a un buen precio los demás terrenos. Pero apareciste tú –dijo con rabia–. Demasiada gente comenzaba a saber más de la cuenta y tuve que precipitar mis planes. Poco después, me cité con los gemelos en la colina. Tenía todo perfectamente preparado, aunque quizá las prisas me obligaron a prescindir de algunos detalles. Estos mocosos... –Apretó el puño con rabia–. Los provocaría... y todas las sospechas irían a parar a los dos hasta que acabaran matándose entre sí. Te aseguro que me fue muy fácil dar con ellos y reducirlos tras nuestro breve encuentro. No me hizo falta la violencia, solo tener las sustancias necesarias

en el lugar indicado en el momento adecuado –sonreía mientras narraba su ignominioso plan–. El problema vino cuando fui a por este maldito engreído a la otra cabaña –señaló a Alejandro–. ¿Cómo demonios sabíais que estaba allí, tan apartado del camino principal? –preguntó más para sí que para Enrique–. Pude llegar a ver cómo las luces de vuestro coche se apagaban de repente. Antes de que me rodearais, gracias a la carretilla que tenía en la cabaña, arrastré con sigilo a tu amiguito el millonario hacia el barranco y pude verte sentado en el coche de los picoletos cuando pasé a tu lado. Desconozco cómo llegasteis a encontrar concretamente esa choza entre las muchas que tengo repartidas en la finca, tengo que reconocer que me sorprendió. Si no es por la carretilla, tendría que haber dejado a este imbécil allí tirado.

Nicolás esperaba una respuesta, pero Enrique callaba. De momento, era mejor solo preguntar. Si quería dar un golpe de efecto, lo dejaría para el último momento.

–¿Tú me llegaste a ver? –preguntó Nicolás–. En fin, a estas alturas, ya da igual –se respondió a su vez–. No podía arriesgarme. Tenía que acabar contigo igualmente. Lo coloqué en el asiento del copiloto, cargué la carretilla en la parte trasera y, cuando saliste de tu escondrijo, aceleré. Era la forma más fácil. Y además, serían dos pájaros de un tiro. Me sorprende que lograras esquivar el envite en el último momento, es de destacar, la verdad. –Hizo un amago de aplauso, juntando las palmas de las manos–. Pero al igual que tú, yo también pude saltar antes de despeñar el coche por el barranco. Baje rápidamente y le quité la mordaza a Alejandro, sin saber si estaba vivo o muerto. Tuve el tiempo justo y, apenas me escondí en la maleza, te vi bajar. El resto de la historia ya la conoces –dijo, con las manos abiertas en su dirección–. Me ha supuesto casi una hora transportaros con la carretilla, pero aquí nadie podrá encontrarnos. Ya tienes tu historia –terminó con un deje de satisfacción.

Así, sin una palabra más, Nicolás se dirigió a la mesita de la esquina contraria y tomó otra de las jeringuillas que había encima de la desgastada tabla de madera. Se dirigió veloz hacia el gemelo del pronunciado tupé, se puso en cuclillas y le inyectó la sustancia en uno de sus brazos, mientras el otro lo seguía mirando con los ojos inmensamente abiertos, como si quisieran salirse de sus órbitas. También se resistió lo que pudo, moviendo la cabeza y aleteando con pies y brazos mientras intentaba liberarse de mil maneras; pero no tuvo efecto alguno e, instantes después, ambos volvían a estar

adormilados. Nicolás ni se inmutaba. Desató las cuerdas que los amarraban a la pared, tomó en brazos al primero y lo llevó afuera. Lo subió en el taburete y pasó la cuerda por el cuello, sujetándolo, además, por los brazos con otra pequeña cuerda mucho más fina. Rápidamente, fue a por el otro y repitió la misma operación.

Enrique contemplaba trastornado la escena. Alejandro Martínez... ¿cómo había llegado él hasta ahí...? Con todo, había salido vivo del terrible accidente en el barranco. Mientras su captor estaba fuera, seguía buscando alguna forma de desatarse y escapar. Segundos después, Nicolás entró de nuevo, fue en dirección al empresario, tomó su brazo y le inyectó la misma sustancia que a sus compañeros de encierro, lo que hizo que se volviera a adormecer de inmediato. Con más esfuerzo, pues Alejandro era más alto y pesado, lo arrastró hacia la calle y lo colocó del mismo modo que a los otros dos. Enrique contempló con pavor cómo iban desfilando uno tras otro. Quedaba solo él. Era su final. Rayaba el alba en el cielo.

Hizo un último intento.

–Alejandro... ¿cómo diste con él? –le preguntó.

Nicolás rio, complacido.

–Fue él mismo quien vino a verme, ¡qué estúpido! –dijo con desprecio–. Pensó que conmigo también sería solo una cuestión de dinero. No sabe nada de la vida, aún me pregunto cómo habrá triunfado ese mamarracho

–dijo mirando por la ventana a sus tres víctimas, inconscientes ante la suerte que les esperaba–. Fue el más fácil de todos. Pero ya está bien de cháchara... Tendrías que haber aprendido a hablar menos y escuchar más, como tu abuelo. Qué pena que el viejo Narvárez nos vaya a dejar, eso sí que me duele...

–¿Cómo? –preguntó Enrique, alterado de pronto–. ¡Cómo toques un pelo a mi abuelo, juro por Dios que...! –De la rabia, dio súbitamente un fuerte tirón a las cuerdas que lo apresaban, pero solo consiguió desgarrarse la muñeca. Los ojos del abogado se inyectaron en sangre tras la mención de su abuelo.

–Schhhh... Cállate. –Se acercó y le dio un puntapié en la cara. Su cabeza se golpeó contra la pared y quedó de nuevo en un estado de semiinconsciencia–. Mira por dónde –dijo entretenido Nicolás–, así te ahorro el pinchazo. –Y añadió–: Tranquilo, a tu abuelo jamás lo tocaría. A diferencia de ti, él es un hombre de verdad. Me alegra que no vaya a sufrir largo tiempo con tu muerte. Le quedan, como mucho, dos meses, tal vez tres.

Totalmente abatido, casi en un susurro, Enrique llegó a murmurar:

–¿De qué estás hablando?

–¿No me digas que no sabes nada? ¡Vaya! –exclamó–. Tantos días aquí y aún no han tenido el valor. No me sorprende, viendo lo sensiblero que eres... –Le escupió con desprecio en la cara–. Tú abuelo tiene un cáncer terminal. Es cuestión de días, pocas semanas a lo sumo.

Enrique, a pesar de su estado, comprendió al instante muchas cosas. Las inéditas conversaciones con sus abuelos, sus repetidas e injustificadas ausencias de la casa... Un comportamiento anormal en ellos y por el que no se había preocupado en absoluto. Por primera vez en todo ese tiempo, sintió verdaderas ganas de llorar. No le dio tiempo a que brotara una sola lágrima, pues de inmediato sintió un leve pinchazo en su brazo. Instantes después, apenas tuvo ligera conciencia de que lo estaban transportando; en aquellos momentos, se sentía como un autómatas. Ya no apreciaba dolor alguno. Sus músculos no respondían a las órdenes de su cerebro, pero sentía mucha angustia por dentro. Y no porque fuera a morir, sino por su abuelo... En su cabeza revivía muchas escenas y conversaciones de las últimas semanas. ¿Por qué se lo habían ocultado? Al fin, las lágrimas emergieron de sus ojos a borbotones. No podía notarlas en la cara, pero sabía que estaban ahí, corriendo como manantiales por sus mejillas. Cuando vino a darse cuenta de nuevo, se vio en mitad del campo, frente a la choza, atado cual cordero con una soga rodeándole el cuello y otras dos bajo los brazos.

–Bien, señores –dijo Nicolás, poniéndose frente al primero en discordia, el gemelo del tupé–. Despídanse de este mundo. –Se agachó y puso bajo una piedra lo que parecía una nota a los pies del primero. Se dirigió al segundo gemelo y luego hacia Alejandro, hasta que hizo lo mismo con Enrique, que, obviamente, era incapaz de distinguir lo que había escrito en ellas. Nicolás volvió de nuevo al extremo y miró a su izquierda, desde donde veía en una perfecta fila a todas las demás víctimas posando sobre los raídos taburetes.

–Todos ustedes han manchado la honra de los Gómez y tienen que pagar por ello –sentenció mirando alternativamente a unos y otros.

En ese instante, Enrique movió los párpados hacia el horizonte y pudo ver el inicio de un nuevo amanecer rosado y fresco. Un comienzo de día casi idéntico al atardecer de tantos otros, tan bellos por aquella zona. Sin saberlo, estaban muy cerca del castaño junto al que, ochenta años antes, Teodoro Martínez había enterrado una cajita con un importante secreto en su interior.

–Nos veremos en el otro mundo. –Acto seguido, Nicolás dio una patada al primer taburete y uno de los gemelos quedó suspendido en el aire. Enrique

podía ver, a pesar de su ensimismamiento, cómo se retorció, intentando luchar contra algo que se sabía inevitable.

Nicolás se dirigió al segundo gemelo. Enrique presenciaba todo de forma confusa. La droga suministrada, los fuertes golpes, las emociones... Ya no tenía miedo, solo quería que aquello terminara. Se había resignado y entregado a su suerte. Al menos, con el efecto de la sustancia que le habían inyectado, presumiblemente no sufriría. Y fue entonces, con toda su esperanza perdida en aquel mar de confusión, cuando, repentinamente, un fuerte estruendo se adueñó de sus oídos... De pronto, le pareció que Nicolás se desplomaba. Así, sin más, súbitamente. ¿Había sido una explosión, un disparo? ¿Lo estaba soñando o es que ya estaba muerto? Desde la distancia, le pareció ver un rostro conocido. ¿Quién era aquel hombre? Avanzaba corriendo a trompicones hacia donde se encontraban. Cogió en peso al primer gemelo, suspendido en el aire hasta entonces, y disparó a la cuerda, que se deshilachó de inmediato. El gemelo del tupé cayó encima de su salvador aparatosamente, quedando ambos tumbados en el suelo. Con todo, Enrique, dado el tiempo que había estado colgado, tenía pocas esperanzas de que siguiese con vida.

El rostro conocido se levantó y se dispuso a bajar al segundo. Pero Nicolás, tras él, se había logrado incorporar en cuclillas y se echaba la mano al bolsillo. Enrique quiso avisar al recién llegado, pero las palabras no conseguían brotar de sus labios. La droga había dejado sus músculos, incluidos los de la boca, paralizados. Aun así, el otro hombre se dio cuenta a tiempo. Con un gesto increíblemente rápido, rodó sobre sí mismo, se echó a un costado, hincó la rodilla derecha en el suelo y vació el cargador. ¡Pum, pum, pum! Un ruido ensordecedor, otro, y otro más... Enrique perdió la cuenta del número de detonaciones. Los pájaros trinaban y salían espantados de los árboles cercanos. Nicolás se desplomó sobre un reguero de sangre. Enrique no pudo mantener los ojos abiertos durante más tiempo, los párpados le pesaban demasiado. Rendido, al fin los cerró.

Volvió a abrirlos apenas unos instantes después. Tras bajar a Alejandro Martínez, el misterioso héroe se acercaba a él. La borrosa visión del hombre de pelo alborotado se iba haciendo más nítida poco a poco, a medida que se aproximaba, hasta que, cuando llegó a su lado, pudo verlo bien mientras cortaba la cuerda que lo sujetaba, esta vez sí, empuñando una pequeña navaja. El hombre lo sujetó con cuidado y lo tendió en el suelo boca arriba. Enrique Narvárez al fin pudo respirar aliviado, con la imagen de Rodolfo

Barrilado clavada en su maltrecha retina.

Capítulo 34

Cuatro meses después

–Tómalo con humor –bromeaba tras el mostrador de recepción su ex-compañero–. ¡Al fin han conseguido jubilarte, algo que parecía imposible! –dijo haciendo una mueca.

El ex-teniente Casto Perea resopló y se llevó la mano a su espeso bigote. Tras más de un mes en la UCI y temiendo gravemente por su vida, milagrosamente su única secuela sería había quedado en la cadera. Andaba con dificultades, pero ese día había hecho el esfuerzo de ir al cuartel por su propio pie, apoyado en su ya inseparable muleta.

–Déjate de gilipolleces, Díaz, y dime dónde está Ramón. Ah, y no me hagas llamar a mis amigos de Sevilla y obligarles a que te metan un paquete, ¡no estoy de buen humor hoy! –le gritó Casto.

El agente Díaz no recordaba un día de servicio en el que Casto hubiese estado de un humor razonable, pero, a pesar de ello, prefirió no bromear más.

–Está en su despacho –le respondió, esta vez neutro–. Y cuídate, Casto –añadió con una evidente mirada de aprecio.

El ex-teniente, aunque no dijo nada, agradeció para sí el comentario y se adentró en el pasillo sin pedir permiso alguno, pues para él ese lugar aún seguía siendo suyo. Encontró a su inseparable y joven compañero en el que había sido su despacho hasta no mucho tiempo atrás. Con excelente criterio y dadas sus excelentes cualidades, sus superiores habían ascendido a Ramón Pérez a teniente, y ahora ocupaba el antiguo puesto del veterano y ya retirado guardia civil.

Ramón lo vio a través de las ventanillas y le dedicó a su vez otra sonrisa de afecto. No hizo falta indicarle que pasara, Casto entró sin llamar.

–¿Cómo te encuentras hoy? –preguntó directamente al que había sido durante mucho tiempo su mentor y a la vez superior. Ese día, en el cuartel, era la primera vez que se lo preguntaba como amigo.

–Mucho mejor. Esta muleta –la levantó con el brazo derecho– es la mejor inversión que he hecho en mi vida –le dijo satisfecho.

Ramón sonrió y se llevó instintivamente la mano al vientre. Aún le dolía a menudo, pero lo importante era que, milagrosamente, también había sobrevivido. Todo gracias al oportuno chófer de Alejandro Martínez y el artilugio GPS que el multimillonario siempre portaba a raíz de su

enfermedad, y que le valió al primero para localizarlo. Al parecer, cada setenta y dos horas la señal se activaba automáticamente si el paciente no confirmaba su estado de forma manual. Aquel golpe de suerte puso a Rodolfo tras la pista y, para su sorpresa, vino a encontrarse con los agentes heridos en el barranco instantes después de la huida de Nicolás, que se había llevado a Enrique y al propio Alejandro sobre una rudimentaria carretilla aprisa y corriendo ante la inminente llegada de refuerzos policiales. Gracias a la rápida e impecable actuación de emergencias, ambos guardias civiles salvaron la vida. Un cúmulo de circunstancias, en gran medida afortunadas, permitió que ese día los dos estuvieran de nuevo en aquel despacho. Rodolfo Barrilado adoptó el papel de héroe inesperado aquella noche, siguiendo el rastro del GPS activo, culminando con una gran actuación de madrugada, en la que salvó la vida de cuatro inocentes más cuyo destino era morir ahorcados.

–No te esfuerces demasiado –sugirió Casto–. Estas heridas aún tardarán en cicatrizar. Y, cambiando de tema, ¿qué sabes de Alejandro Martínez? Te apuesto unos vinos a que al final no va al trullo...

–Queda poco para el juicio. Puede que se libere de prisión, estuvo muy hábil con los movimientos bancarios para no dejar directamente su sello. Sin embargo, el que va a pringar seguro es el abogado de tapadillo ese que tenía, el tal Oliver Torres. Está hasta el cuello de irregularidades... Algún que otro concejal también lo acompañará y pasará una buena temporada a la sombra. Al menos, todo esto ha servido para que el periodista amigo de Narváez, ese tal López que se acaba de jubilar, se haya cubierto de gloria con su último reportaje, en gran parte gracias a su labor.

–Vaya... y pensar que fue el propio Narváez el que nos puso sobre la pista correcta. Jamás habría imaginado una trama así en un pueblucho como este. Por cierto, ¿dónde anda nuestro abogado? –indagó el ex-teniente.

–Creo que ha encontrado un nuevo proyecto vital. Y parece que ya ha terminado su primer guion. Quién sabe, quizá tenga suerte y se convierta en el próximo taquillazo del siglo. Estoy seguro de que es muy bueno, a pesar de haberlo escrito en un tiempo récord.

–Yo también, Ramón, yo también... –dijo pensativo Casto, acariciándose el bigote una vez más.

Casto Perea miró de nuevo a Ramón, con una mezcla de orgullo y satisfacción personal porque ese chico precisamente, y no otro, estuviese ahora sentado allí, ocupando el que había sido su lugar hasta entonces. Él,

aunque casado, no había tenido descendencia y en parte veía a Ramón como eso, el hijo que nunca llegó a tener. Para él, merecía el puesto más que nadie.

–Bien, ¿me acompañas a la finca? –preguntó el ex-teniente–. Creo que el uruguayo es un excelente capataz. Al menos, Alejandro Martínez ha hecho algo bien desistiendo de su proyecto hotelero y poniendo al cargo a su primo o lo que quiera que sea. Se acerca la temporada de higos y pronto vendrá la de las castañas. Estoy deseando probar todos y cada uno de esos manjares a cuenta de nuestro ya querido multimillonario –le guiñó un ojo en un gesto totalmente inusual en él.

Ramón se levantó y, con cuidado, puso un brazo en el hombro de Casto a la par que abría la puerta del despacho. Le debía mucho a aquel hombre, tan hosco como bondadoso, honrado y capaz.

–Claro –le respondió con una amplia sonrisa–. No me lo perdería por nada del mundo.

Y cogiendo su chaqueta de la percha, cerró la puerta tras de sí.

Capítulo 35

Enrique pensaba en todas y cada una de las despedidas que tenía que haber hecho a lo largo de su vida: De lugares, de personas, de momentos, de amores pasados... Se daba cuenta de que era verdad eso que decían de que no llegas a valorar del todo las cosas hasta que las pierdes. Al menos, no te das cuenta en ese momento. La mayoría de todas esas despedidas habían ocurrido de forma muy natural, a pesar de lo que significaban. Cuando se fue de Granada, la ciudad en la que vivió los mejores años de su vida como estudiante, no sintió pena alguna, pero se daba cuenta de que ese tipo de sensaciones se daban fundamentalmente porque tenía una nueva ilusión, un nuevo proyecto de futuro con el que entusiasmarse. Sin embargo, cuando se trataba de personas, las cosas cambiaban. Como ejemplo relativamente reciente tenía la ruptura con Ariana, que le había destrozado; la despedida fue tan dilatada en el tiempo y los encuentros esporádicos se prologaron durante tantos meses, que al final el dolor fue mucho mayor. Ahora todo eso ya daba igual. Era 6 de junio. El día D. El día que los aliados desembarcaron en Normandía e iniciaron un inexorable avance hacia Berlín, provocando con ello la caída del nazismo. Era curioso que justamente aquello pasara en esa misma fecha y pensó que tal vez era una curiosa forma de rendir homenaje, en cierto modo, a los valientes que arriesgaron su vida hacía decenas de años para luchar y vencer al fascismo.

Jamás recordaba el cementerio tan abarrotado de gente. En cuanto se colocaron en posición, su abuela le dio la mano y apretó fuerte. Poco a poco, fueron desfilando rostros conocidos que les expresaban a él, a su abuela, a su hermana y a sus tíos su pesar y dolor. Enrique mantuvo la compostura, se había estado preparando durante mucho tiempo para ese momento. Su abuelo aguantó mucho más de lo que los médicos habían llegado a prever y, lo que es más importante, lo hizo con gran fortaleza, valentía y dignidad. David Narváez les había dejado una última lección antes de irse.

Cuando todo hubo pasado, llegaron de nuevo a una casa que se les antojaba vacía. Enrique acompañó a su abuela a la cama, dejó a su hermana con sus tíos en el salón y se dirigió de nuevo al cementerio. Se dio prisa, pues quería llegar antes del anochecer. Se acercó a la lápida y se puso en cuclillas junto a ella. Las flores frescas que la adornaban desprendían un agradable olor, en contraste con la situación a la que se había enfrentado su abuelo y todos los que lo rodearon durante sus últimos días.

Estuvo así durante casi media hora. Hablaba en voz alta con su abuelo pero, más que nada, consigo mismo. Necesitaba consejo, ese que nunca se atrevió a pedirle abiertamente. Él era consciente de que estaba en medio de una crisis existencial. A sus treinta y tres años, seguía con un gran dilema. ¿Acaso todo por lo que había luchado esos años valía realmente la pena? ¿De qué le había servido estar en uno de los bufetes más prestigiosos del país si no podía disfrutar realmente en su día a día de las pequeñas cosas? Esos meses con sus abuelos y su gente le habían recordado lo que era la vida de verdad: la familia, la montaña, el aire fresco... Enrique nunca había creído en el término «felicidad», para él ese significado como tal no existía, pero sí creía en la compilación de pequeños momentos de alegría que, en su conjunto, posibilitaban sentirse lo que se podría tildar como feliz. Y allí, en Alcor, había vuelto a tenerlos y, por ende, se había sentido así. Aquella tarde, frente a la tumba de su abuelo, intentaba descifrar para sus adentros qué debía hacer realmente con su vida a partir de ese momento.

Sin previo aviso, una mano se apoyó en su hombro y él sufrió un ligero estremecimiento. Era ella. Lo miraba como jamás lo había hecho hasta entonces ninguna otra mujer. Sus ojos claros eran casi como agua cristalina. Llevaba unos tejanos oscuros y un fino jersey de punto blanco. Sus cabellos rubios se recogían en una media coleta. A pesar del duro momento, intuía tras su rostro esa serenidad que siempre portaba y la sincera sonrisa que llevaba por bandera dondequiera que fuese.

–Sabía que estarías aquí –le dijo.

Por primera vez se dio cuenta de que, esos meses, sin hacer apenas ruido, a pesar de todo lo que había sucedido a su alrededor, habían sido muy bonitos junto a ella. Tras el horrible episodio de Nicolás y descubrir la enfermedad de su abuelo, ella más que nadie había estado apoyándolo y animándolo en los momentos más difíciles de su vida. Fue como si, en ese instante, al lado de la tumba de su abuelo, hubiese tenido la revelación que había buscado durante todo ese tiempo.

Él, aún de rodillas, tomó su mano y le dio un beso pausado en los nudillos. Se levantó y le cogió la otra mano, a la que dio otro tierno beso. De pie, frente a ella, Enrique la miró nuevamente de arriba abajo, como si fuese la primera vez que la viera. Su corazón latía con fuerza, a buen ritmo. Al fin había logrado dar con la velocidad de crucero que tanto había anhelado, aquella que su abuela le instaba a buscar meses atrás en medio de una fría noche de Navidad. Ella lo miró y él notó el brillo en sus ojos. Tuvo la

sensación de que había tenido ante sí lo que llevaba buscando toda la vida y no había podido verlo realmente hasta ese preciso instante. Al fin ese momento había llegado, ese suspiro en el que el paso del tiempo y los momentos especiales lo había hecho tan obvio que no quedaba más remedio que reconocerlo y disfrutarlo.

Y es que, poco a poco, se había enamorado de Noelia.

Enrique Narváez la miró fijamente a los ojos, apretó su mano con fuerza y esbozó una tímida sonrisa. Acto seguido, con sus dedos entrelazados entre los de ella, emprendió el camino de vuelta.

Al fin estaba en casa.

Epílogo

Madrid, 3 de abril de 2017

Cuando alguien deja una ciudad y vuelve un tiempo después, es normal que se sienta invadido por ese extraño sentimiento mezcla de nostalgia y soledad.

Enrique paseaba lentamente a dos calles del lugar en el que había vivido durante cinco años. De pronto, esas calles, aquel bar que tiempo atrás había sido el suyo, la panadería de la esquina, todo ello le pareció profundamente extraño. Se sentía, a pesar de conocer el barrio a la perfección, como un extranjero que cruza la frontera y pisa por primera vez una nueva jurisdicción.

El tibio sol primaveral de media tarde irradiaba en el asfalto. Caminaba apesadumbrado, recorriendo la manzana de un lado a otro, intentando recordar algunas de las escenas que había vivido en aquellas calles tiempo atrás. En su mente no tenían cabida especialmente sucesos memorables, pues de esos no habría podido contar demasiados, sino más bien escenas cotidianas. La sonrisa de la dependienta cada mañana cuando compraba el pan, aquel tipo rubio lleno de tatuajes que se sentaba junto a la chica del enorme perro cada tarde en la terraza del mismo bar. ¿Qué raza de perro era? Le era imposible recordarlo. Las caras con las que se cruzaba a la vuelta del gimnasio, algunas de ellas conocidas; otras, simplemente rostros pasajeros. También el dependiente del supermercado y la amable farmacéutica... En otro tiempo, se sintió bien allí. Por aquel entonces, muchos de ellos lo saludaban al pasar. Algunos hasta lo conocían y lo llamaban por su nombre.

Los recuerdos afloraban en su cabeza. No sabía en realidad por qué había vuelto. Podría haber hecho cualquier otra cosa durante el tiempo libre que tenía hasta la salida del tren. Pero tras la firma del acuerdo de venta de su tercer guion a una importante productora, había decidido ir expresamente a ese lugar. Supuso para sí mismo que quería ver de nuevo el portal en el que había estado entrando y saliendo durante años. Cuando divisó la carcomida verja, por un instante barajó la idea de saludar al portero del edificio. Pero la descartó enseguida, pues eso supondría una tanda de preguntas a bocajarro que no tenía ánimos de soportar. El bueno de Floro. ¿Se habría jubilado ya? En sus tiempos, podía llamar un día a casa simplemente para entregar una carta en mano y pasarse allí casi dos horas hablando de cualquier cosa. Aquel

tipo vivía despacio, sin prisa, en contra de lo que aquella ciudad y los nuevos tiempos marcaban. Por eso, tras su estancia en Madrid, Floro había permanecido para siempre en su recuerdo como uno de sus pequeños héroes.

Sobrepasó la esquina y pudo ver la que había sido su ventana. La persiana estaba subida, la cortina echada. Se preguntó quién viviría allí ahora...¿Un estudiante? ¿Una joven pareja quizá? Tanto daba. Solo esperaba que quienquiera que fuera se sintiese feliz. A ser posible, más feliz de lo que fue él durante esos años de su vida. Echó una última ojeada a su alrededor y se despidió definitivamente. Profundamente melancólico, enfiló rumbo hacia la estación de tren.

A pocos pasos de la boca de metro, miró hacia atrás una última vez y esbozó una ligera sonrisa, pensando en lo que allí pudo ser y jamás fue.

Nota del autor

En primer lugar, quiero aprovechar estas líneas para agradecer a mi padre, mi madre y mis hermanas el inmenso cariño y apoyo prestado desde el primer momento, haciendo especial mención al esfuerzo y dedicación de Marisa Piqueras y Fernando Martínez en la corrección de esta obra. Sin su ayuda y predisposición, esto no habría sido posible.

Gracias también al resto de familiares y amigos que han compartido conmigo este maravilloso camino. Y por supuesto, mi más sincero agradecimiento a Ángeles Díaz, mi editora, y a todo el equipo de Editables.es, por confiar en mi obra y apostar por un proyecto tan ilusionante.

Irene, todo lo que pueda escribir aquí se queda corto. Gracias por todo y por tanto.

Cuando comencé a escribir «Terral», no tenía absolutamente nada. Ni guion ni estructura ni personajes... Ni tan siquiera una historia completa. Lo único que tenía era un puñado de escenas en mi imaginario a las que no lograba encontrar conexión. En realidad, nada muy diferente a lo que le sucede a nuestro protagonista Enrique Narváez con su primer guion. Poco a poco, la historia me fue arrastrando por unos derroteros en los que, a pesar de los cambios que se fueron produciendo en la narrativa, me guardé bien de que conservaran la esencia de todo aquello que quería contar. Si el lector se pregunta por qué el grueso de la misma transcurre en los pueblos ficticios alpujarreños de Alcor y Berges en lugar de localizaciones reales, la respuesta es sencilla: quería narrar la historia y definir los paisajes con libertad absoluta, sin tener que lidiar con una rigurosidad que me pudiera desviar de dicho propósito.

«Terral» habla de la gente de antes: hombres y mujeres que plantaron cara a la vida con un valor descomunal ante unas circunstancias excepcionales que superaban con creces lo que cualquiera pudiera llegar a imaginar entonces. Habla también de la gente de ahora: personas con inmensas posibilidades de decidir su futuro y que, a pesar de todo, se sienten perdidas y no logran cogerle el paso a un mundo que cambia a cada instante. Los rencores, celos, luchas de poder y amores imposibles marcan el denominador común en el que converge esta historia.

Y, por supuesto, «Terral» habla de la tierra, de ese valor-refugio que nos acompaña desde tiempos inmemoriales y que, a pesar de los muchos cambios que puedan darse, probablemente siempre siga siendo así. Y es que los

hombres y mujeres van y vienen, pero esos castaños de la finca de David Narváez se erigen desde hace siglos altivos y orgullosos, observando en silencio el transcurrir de la vida a su alrededor. Esos árboles seguirán siendo testigos privilegiados hasta que el aire que se lleva cada otoño parte de su fruto vuelva y se decida llevárselos también a ellos.

Entonces quedará solo ella. La tierra. Eterna.

Esta obra ha sido escrita por un autor novel.
Editables.es apuesta por títulos de calidad, dando a conocer libros “con alma”,
que, tras un proceso de cariñosa pulición, ven la luz por primera vez.
Si quieres apoyarnos en esta finalidad y descubrir con nosotros tesoros
escondidos entre letras, visita nuestro catálogo en:
www.editables.es